



Ignacio del Valle

El arte de matar dragones

Poco después de finalizar la guerra civil, la Sección de Información de Alto Estado Mayor franquista recibe el encargo de localizar *El arte de matar dragones*, una tabla italiana perdida en el traslado de los fondos del museo del Prado. La orden procede del propio Serrano Suñer, y Arturo —un agente de pasado turbio y endeble convicciones políticas— habrá de investigar el desconcertante periplo de la obra.

El arte de matar dragones no es sólo una novela de intriga sobre traficantes de arte y ajustes de cuentas en la posguerra. También es la historia de un amor imposible, e incluso un relato iniciático donde la tabla de un pintor italiano anónimo parece ocultar unas claves más allá de la razón y de la historia, y preservar el espíritu de la caballería medieval a través de los siglos, en un país dominado por la crueldad y el odio.



Ignacio del Valle

El arte de matar dragones

Arturo Andrade - 1

ePub r1.9

Titivillus 30.01.2018

Título original: *El arte de matar dragones*

Ignacio del Valle, 2004

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

A mi madre, que tantas veces robó el fuego para mí.

*Y es la imagen del dragón lo que hace tan
hermosas las pupilas abstractas de la
virgen.*

JOSÉ MARÍA PARREÑO,
Las reglas del fuego

Prefacio

La línea caudal de la frontera francesa se había convertido desde hacía un mes en un escenario de separaciones dramáticas, decisiones irrevocables y últimos pensamientos. Y los funcionarios galos que ejercían su policía, en el silencioso auditorio de aquella otra España roja que, en un gota a gota de hombres, huía de la depuración nacional. Soldados y civiles malvestidos y malcomidos se coagulaban frente a las garitas de las aduanas, hostigados por los aviones que seguían su rastro. La multitud lo infestaba todo. Delante se les presentaba una travesía infinita para sus flacas fuerzas; detrás quedaba el borde de una edad que se cerraba para siempre.

La noticia del cruce de la frontera del gobierno republicano apenas diez días después de que las tropas franquistas entraran en Barcelona, había acelerado el tránsito. El espectáculo de la carretera desde un par de kilómetros antes de La Junquera resultaba desolador: coches y camiones abandonados, bidones de gasolina, cadáveres... Los cuerpos, como casas de nadie, continuaban su camino decididos no tanto por tener un claro destino como por una necesidad perentoria de huir. Aquí y allá se aislaban estampas que resumían en un par de trazos toda aquella derrota: un hombre abrazado con firmeza a un muerto, como si temiese que alguien se lo fuera a robar; una madre empeñada en amamantar la boca quieta de un bebé; un individuo barbudo arrastrando un sillón.

Algo apartados, en una linde descampada, cuatro hombres contemplaban el laborioso trabajo de la muerte. Miraban y remiraban sin saber qué hacer. En el centro del semicírculo, otro individuo yacía con la cabeza apoyada en

un macuto. Un reguero de sangre le caía del cuello. Los silbidos encharcados que se escapaban por el agujero practicado en su tráquea no hacían más que acentuar la impotencia del corrillo. Era una muerte estúpida. Apenas media hora antes compartían unos pedazos de pan empapados en aceite, aceitunas y una bota de vino. Cuando le pasaron la bota al ahora moribundo, la hinchó de un soplido y dejó que un hilo escarlata inundara su boca. Nadie, ni siquiera él, intuía que aquel sería su último trago. A puñaditos, se fue llenando de nuevo la boca con aceitunas, escondiéndose del frío en una piojosa manta cuando, de súbito, se levantó descompuesto y echó las manos a la garganta. Congestionado, con las venas a punto de explotar, cayó desplomado. Los hombres se arremolinaron a su alrededor e intentaron en vano sacarle la bola de comida que se le había atorado. Su rostro seguía adquiriendo una tonalidad azulada y uno de ellos, apuradísimo, sacó una navaja y ordenando que le sujetasen, intentó practicarle una incisión por debajo de la nuez. El estropicio que causó hizo que mudara el gesto y se detuviese. Se levantó en silencio. «Eso es todo», dijo. Los demás comprendieron y se irguieron; si hubieran sido hombres capaces de llorar, lo hubieran hecho, pero el único tributo que le fue rendido fue acomodar su cabeza sobre un macuto.

Y el charco de sangre crecía como un ser vivo.

Delicado, con esa delicadeza torpe de quien no la ha usado en mucho tiempo, uno de los hombres puso su mano en un brazo del que apretaba la navaja. «Habría que decir algo, una oración, algo», dijo.

El otro lo buscó y lo fulminó con la mirada.

—Qué oración ni qué hostias, si es anarquista —le respondió.

—Algo habría que decir —insistió.

—Pues di algo alegre, joder, las oraciones son tristes, la religión es triste y éste era un tipo alegre que amó, luchó...

El hombre fraseó igual unas oraciones. El moribundo, con los ojos ya en blanco, pareció reaccionar e incorporarse un poco.

—¿Ves? —le reprochó—. Cuando llega la Gran Puta no hay ateos —y continuó con sus preces.

Desde el pequeño taifa de su muerte, el yacente le sonrió. Una sonrisa devastada de dientes, de una alegría infantil. Extendió su mano y, cuando el suplicante fue a tomarla, levantó con saña su dedo corazón de muerto.

Rígido, muy rígido. Después ya pudo ser lo que era. Ya fue nada.

Primera parte

Capítulo 1

La estrategia de la aproximación indirecta

Se llamaba Manuel Cortina Molins, y vivió como murió: con dos cojones. A Arturo, la frase del teniente Mario García le pareció muy novelesca. Le observó acabar de liar un pitillo y, tras darle fuego con un Dupont de oro, inclinarse hacia atrás en su asiento y fabricar unos cuantos rulos de humo. Su rostro era sanguíneo, curtido, sus maneras toscas, espejo falso de una ensayada bonhomía que posiblemente le había librado de más de un pelotón de fusilamiento. No es que fuera un tipo duro, de éstos Arturo sólo había conocido unos pocos en toda su vida, pero tenía la capacidad de ocultar su miedo. Los dos últimos años de la guerra como quintacolumnista del SIPM, el Servicio de Información y Policía Militar, lo atestiguaban. Los servicios prestados le habían valido un laureado ascenso y un puesto tranquilo y burocrático en Capitanía. Embutido en su flamante uniforme caqui fumaba con aire obsesionado mientras echaba fuera aquel tenaz, periódico fantasma que seguramente le habitaba. Arturo comprobó un manoseado calendario con publicidad de Norit. 14 de octubre de 1939. Año de la Victoria. Hacía poco más de una semana que Hitler había completado la invasión de Polonia, provocando la entrada en la contienda de Francia y Gran Bretaña. A pesar de que el Caudillo había proclamado la neutralidad del país, la generalización del conflicto europeo hacía planear sobre una España depauperada la amenaza de otra guerra. Arturo suspiró y volvió a su papel de inquisidor.

—Es decir, que el tal Manuel Cortina fue uno de los conductores de los camiones.

—En efecto.

—Según mis informes, había quince camiones.

—Eso creo.

—¿Eso crees?

Mario afiló su mirada y dejó de fumar unos segundos.

—Mira, *teniente* —recalcó el grado parejo de su interrogador—, mi presencia en este despacho es una pura casualidad. Cuando conocí a ese *rojillo* yo andaba en otros asuntos.

—¿Qué asuntos?

—Eso es confidencial. Habla con tus superiores. Además, el tal Manuel tampoco me contó gran cosa.

—Te contaría al menos qué hacía a este lado de la frontera. No entiendo por qué, con la mitad del ejército republicano en desbandada, se quedaba en Cataluña.

Mario le miró como si fuese un taxi ocupado.

—Era un idealista. Un miliciano de la CNT que estuvo en el fregado de Teruel y en la ofensiva del Ebro. Tenía pensado llegarse hasta Madrid para colaborar en la defensa. Como si por entonces no les hubiésemos dado suficiente candela.

Arturo golpeó con un lápiz el flexo de aluminio. Rememoró el motivo de aquella entrevista. Entre el cuatro y el nueve de febrero de ese año, quince camiones habían realizado numerosos viajes hasta la frontera francesa transportando los cuadros del museo del Prado para ponerlos a salvo de la guerra. La huida había sido la etapa final de un arriesgado periplo que había comenzado en noviembre del treinta y seis, con la evacuación de las obras de la capital de España, y terminado, gracias a un acuerdo internacional, en Ginebra. Allí, una vez completo el inventariado de los tesoros, los suizos habían informado en secreto a los delegados de Franco de la desaparición de una tabla valiosísima del siglo XIV, pero ante las prioridades del conflicto no pudieron tomarse las medidas oportunas. La odisea había terminado felizmente en septiembre del treinta y nueve, tras arduas negociaciones, ya con la guerra ganada, al fletarse varios trenes especiales que devolvieron las

obras al Prado.

Como siempre que había mierda que limpiar, habían echado mano del servicio secreto, y aquélla era la papeleta que le había tocado a Arturo.

Tras un par de semanas de tanteo y tras elevar una requisitoria sobre los agentes que se encontraban cerca de la frontera en aquellas fechas, con el único fleco que contaba para desentramar el enigma era con la declaración de un antiguo espía en Cataluña que, casualmente, había intimado con uno de los conductores del convoy. Arturo sabía que, a esas alturas, la tabla ya estaría desaparecida de la circulación y colgada en alguna colección particular, pero, tan íntimamente escéptico como públicamente entusiasta, continuaba con las pesquisas. En el tiempo que le habían llevado esas reflexiones el teniente Mario García había rematado el pitillo y procedía a liar otro que, paradójicamente, encendería con su ostentoso mechero. Arturo aclaró su voz y sus intenciones.

—O sea, que ese Manuel Cortina Molins te contó que los camiones iban hasta Perpiñán.

—Sí. Desde allí un tren especial partía con las cajas hasta Ginebra.

—Ya —Arturo manoseó la hebilla de su correa—. ¿Y no le notaste nada extraño? Quiero decir si estaba nervioso, o apurado, o ansioso...

Mario se tomó unos segundos para encender el cigarrillo.

—Si tú fueses un tipo al que le han ganado una guerra, ¿cómo te encontrarías?

—No sé, dímelo tú.

—No se tenía. Estaba cagado de miedo, desmoralizado.

—Entonces, ¿por qué regresaba?

—¿No te lo he dicho? Era un idealista. Un jodido héroe. ¿Sabes lo que es un héroe, *teniente*?

Arturo arqueó una ceja y abrió las aletas de la nariz.

—Un héroe —continuó Mario—, es un individuo que quiere hacer algo cuando todos le preguntan para qué. O sea: una mosca cojonera. ¿Y sabes qué se hace con las moscas?

—No.

—Se las aplasta.

—Ya, pero tú pareces respetarle.

—Verás, espero que le estén cociendo en la peor caldera, pero si hubiésemos contado con más hombres como él en nuestras filas la guerra no hubiera durado ni dos meses. Y si repites esto, lo negaré, como puedes suponer.

Mario echó una calada y alzó la barbilla como si esa fuera la máxima línea de flotación de su condescendencia. Arturo desvió la mirada hacia una panoplia de sables que colgaba de la pared más alejada y luego ensayó una mirada de taladro.

—Así que le reclutaron en Figueras para conducir el camión. Pero, ¿no había una dotación especial encargada del convoy?

—Eso parece. Pero uno de sus miembros sufrió un accidente a última hora y tuvieron que reemplazarle. Este Manuel había prestado servicios como soldado de automovilismo, así que imagino que lo juzgarían apto.

—Iría muy recomendado. Tenía la responsabilidad de llevar nada menos que una parte del Prado.

—Nuestras tropas les iban pisando los talones, así que no creo que les diese tiempo para oposiciones a la plaza.

—¿No es por lo menos insólito que el tal Manuel le contase tanto a un desconocido?

Mario sonrió e hizo un gesto ambiguo, como desvinculándose de la pregunta.

—La gente se suele fiar de mí, es mi trabajo. Yo creo que incluso me darían la comunión sin haberme confesado —volvió a sonreír—. Aunque no hay nada como el miedo para forjar rápidas alianzas. Eso lo sabe cualquiera que haya estado en el frente. ¿Tú has estado en el frente, *teniente*?

Arturo comenzó a simular que subrayaba algo con el lápiz, pero la excesiva fuerza que imprimió al gesto hizo que el grafito se partiese.

—No —respondió.

Estuvo a punto de continuar alegando que las batallas no se ganaban sólo en las vanguardias pero, en un vistazo rápido e instintivo, estuvo seguro de que aquello era lo que Mario esperaba. Lo dejó así.

—Es muy jodido estar en el frente —dijo Mario.

—Comprendo.

—No, tú no comprendes.

Arturo efectuó un imperceptible gesto de asentimiento, obviando la impertinencia, y consultó su reloj. Las agujas a modo de brazos del torero pintado en la esfera indicaban que la hora se iba cuadrando en el mediodía. Mario hizo alarde de una agudeza óptica envidiable y distinguió el traje de luces.

—¿Te gustan los toros, teniente? —le interpeló.

Arturo se estaba acostumbrando últimamente a la pregunta, así que soltó la respuesta que guardaba para los tipos de una estrella para abajo.

—Odio los toros.

Mario le miró con una especie de santo horror y se santiguó como rogando por el alma de aquel pecador.

—¿Quiénes eran los tipos que estaban contigo el día de la muerte de nuestro hombre? —rehiló Arturo.

—No eran nadie. Como él: simples almas en pena.

—Y tú te encargaste de enviar una al infierno.

—Ahí te equivocas. Yo intenté salvar a aquel tipo.

—¿Abriéndole la garganta?

—Fue mala suerte. No suelo cagar donde como, ya me entiendes.

—¿Y te interesaba mucho el traslado de los cuadros?

—No más que cualquier otra cosa. De todas maneras, el itinerario de los camiones era un secreto a voces. Todo el mundo sabe que los rojos habían hecho un pacto con Burgos para que no bombardeáramos el convoy.

—Para lo que les sirvió... —Arturo recordó el hostigamiento sistemático que había realizado la aviación sobre la zona—. ¿Había más agentes en el lugar?

—Aunque lo supiera, eso es material reservado. Habla con tus superiores.

—Hablo contigo.

—Si no te han remitido a otro más que a mí, es que no habría más.

—Ni los nombres ni las direcciones de los agentes están escritas en ninguna parte, y ahora las células han sido disueltas. ¿Quién más lo sabía además del antiguo jefe del SIPM?

—Sólo él: el coronel Gandía.

—Y siguiendo el organigrama, supongo que el encargado de la red en Barcelona, ¿no?

—El Círculo.

—¿El Círculo?

—Así denominábamos a la quinta columna.

—Ya, ¿y quién era la cabeza?

—No lo sé. Yo me comunicaba con él a través de intermediarios, y ellos por otros. Nadie le conocía.

—Pero tendría un nombre en clave.

Mario dudó por primera vez, como si hubiera hablado más de la cuenta. Se puso algo nervioso. Intentó ganar tiempo apagando el pitillo.

—Vamos —le incitó Arturo—, acabaré por enterarme. Me ahorrarás mucho papeleo.

Aún tardó en decidirse.

—Greta —dijo de repente.

—¿Cómo?

—El nombre en clave era Greta.

Arturo guardó un silencio expectante sin levantar la vista de unos folios que tenía enfrente. Luego habló con premeditada lentitud.

—¿Sabes de dónde provienen las órdenes para la recuperación de la tabla?

—No tengo ni idea.

—De lo más alto, de la diestra de dios.

—¿Serrano? —se refería a Serrano Suñer.

—Efectivamente. ¿Qué imagen daría el Gobierno si llega a saberse que vamos por ahí perdiendo cuadros del Prado?

—Pero eso fue cosa de los rojos.

—Con más motivo entonces; aparte del interés que la misma esposa del Caudillo ha expresado por razones de índole religiosa, que por sí solas ya serían suficientes para poner el país patas arriba, las comparaciones con la República nos vendrían de perilla: que unos cuantos criminales hayan estado paseando durante tres años el museo por todo el país y parte del extranjero y que luego lo hayan desvalijado, y que nosotros en apenas unos meses seamos capaces de arreglar la chapuza, hablará bien de la eficacia de la nueva España.

Arturo dejó que sus palabras se fueran transformando en una piedra

lanzada contra las quietas aguas de su conciencia.

—La búsqueda ha de realizarse sin que trascienda —continuó—, y para ello se...

En ese momento sonó el teléfono. Arturo levantó el auricular de baquelita y contestó con un cabreado *diga* al que siguieron una vertiginosa sucesión de monosílabos. La interrupción no fue larga, pero lo suficientemente violenta como para que al colgar Arturo se hallase algo congestionado.

—Disculpa.

—Y para ello —prosiguió—, se me ha dotado de ciertas prerrogativas.

—¿Prerrogativas?

—Quiero decir que habrá... recompensas para quienes colaboren.

—¿Qué insinúas? —Mario solemnizó el gesto—. ¿Que los patriotas necesitamos huesos para cumplir con nuestro deber?

Arturo había envidado fuerte pero, a pesar de que quizás hubiese minusvalorado el fanatismo de aquel tipo, no movió ni un músculo. Aguantó la mirada. Al cabo, Mario trazó un breve signo en el aire y a juzgar por la naturalidad con la que se deshizo de su firmeza, le movió a pensar que no era la primera vez que intentaban corromperle.

—Claro que tampoco se hace mal a nadie si además de servir al país nos alegramos un poco la vida, ¿no es cierto?

—En efecto —confirmó Arturo—, y encima la patria te lo agradecerá. Háblame de ese o esa Greta.

La mención del nombre volvió a atribularlo.

—No sé más de lo que te he dicho, créeme. Para eso será mejor que te dirijas directamente al coronel Gandía. Sólo que... —sus palabras se vieron interrumpidas por alguna muestra de ansiedad.

—¿Sólo que?

—Acercarse demasiado a Greta siempre ha sido delicado. Más que delicado, peligroso. No te recomiendo que tomes ese camino, es preferible dar un rodeo.

Sus palabras dejaron un vacío delante de ellas, como un puente a medio construir. Arturo supo que nada de lo que hiciera serviría para que continuase. No le dio más vueltas.

—Tomo nota. Ahora cuéntame algo que no sepa.

—¿Cómo de grande será el agradecimiento de la patria?

—Eterno, la patria siempre sabe devolver los favores.

Mario sacó de nuevo su Dupont y comenzó a jugar con él entre secos chasquidos metálicos. Su rubicundo rostro parecía ahora más colorado todavía.

—No sé si te servirá, pero Manuel Cortina me comentó algo que quizás pueda interesarte. Durante el traslado el convoy tuvo un encuentro con avanzadillas de nuestras tropas; iban protegidos por los carabineros y el resto de los camiones pudo llegar hasta la frontera, pero ellos tuvieron que volver sobre sus pasos e intentar pasar a Francia a través de caminos de montaña. Intentándolo casi se despeñan, así que optaron por utilizar caballos para cargar lo que llevaban en el camión. A Manuel lo licenciaron y tiró para la frontera, pero una vez allí le dio por regresar. Lo que sigue... lo conoces mejor que yo.

—¿Te dijo algo referente a las escoltas? ¿Cuántos eran? ¿Sus nombres?

—No. ¿Alguna pregunta más?

Arturo tenía miles de preguntas más, pero negó con la cabeza. Mario guardó el mechero y, tan recto como si se hubiera tragado una estaca, se levantó, se estiró la guerrera y se colocó la gorra de plato. Arturo también se puso en pie. No había sido un duelo ni físico ni moral, pero comprobó con satisfacción que era más alto que él.

—Bueno —dijo Mario—, hemos de seguir limpiando el país. Gracias a Dios, en España ya empieza a amanecer.

Hizo una leve venia a guiso de saludo al que Arturo respondió con una especie de manotazo para espantar moscas.

—Creo que no hace falta decirte que no comentes nada —le advirtió Arturo—. Y espero tenerte a mi disposición, puede que te necesite más adelante.

—Y yo a ti, *teniente*, y yo a ti. Ya hablaremos de mutuos favores. Por cierto, si estuviese en tu lugar, empezaría por barrer la casa.

—¿A qué te refieres?

—Nunca se sabe, a veces no se encuentran las cosas por tenerlas demasiado cerca. Condiós.

* * *

Cuando abrió y cerró la puerta del despacho el tráfago de los pasillos del ministerio de Gobernación se coló durante unos segundos. Tras la desaparición del SIPM al terminar la guerra y su reorganización en la sección de información del Alto Estado Mayor, más conocida como la Segunda Sección, o la Segunda a secas, el remozado servicio tenía allí una oficina de enlace y Arturo era su titular. Miró las abultadas carpetas, gordísimas, que había apartado sobre un fichero; estaban llenas de vidas caducadas: las listas de fusilables y encarcelables. La Ley de Responsabilidades Políticas había programado un terror institucional para purgar la nación, y una parte de aquella laboriosidad de colmena al otro lado de la puerta tenía en ello uno de sus objetivos principales. El desafortunado Mola había sido claro al respecto: *la vacilación sólo conduce al fracaso*. Arturo se sentía agradecido por aquella misión que le apartaba temporalmente de la extenuante tarea de investigar denuncias y expedientes. En los últimos meses se había fusilado de cincuenta a cien personas diarias, así que esperaba poder prolongar el trabajo lo suficiente, hasta que la cosa aflojase. La llamada de antes había procedido de un atolondrado soldado mecanógrafo que aún no había sido informado de su cambio de destino.

Arturo puso un enrejado de dedos sobre su cara. Por inhumano que pareciera, todo aquel caos le dejaba indiferente. No era más que una inmensa función de teatro que había convertido a tenderos en generales. Sólo había que saberse aprovechar de las circunstancias. Él mismo, en su Badajoz natal, al inicio de la guerra, no era más que un funcionario de bibliotecas huérfano que redondeaba su escaso sueldo gracias a sus conocimientos de inglés y alemán, dando clases particulares. La noticia del Alzamiento en Marruecos le había pillado conjugando el verbo *scheitern* y no le había producido mayor impresión. La historia de España estaba repleta de asonadas, de pólvora mojada. Pero los tumultuosos acontecimientos de Sevilla y el inesperado éxito de los rebeldes, con su consiguiente avance hacia Madrid, le habían hecho reconsiderar la situación. Badajoz era el primer reducto republicano

capaz de cortarle el paso a los rebeldes. No se necesitaba ser ningún estratega para adivinar que no tardarían en presentarse allí. Tampoco hacía falta ser un genio para intuir que algo había tenido que ver la alborotada situación europea en aquella aventura, sobre todo Alemania e Italia. *A río revuelto, ganancia de pescadores*. En el nuevo contexto alguien con cultura e idiomas sería muy necesario. Y la República no le había dado nada, había rechazado una y otra vez sus peticiones de traslado a Madrid; al Madrid de las tertulias literarias, del Ateneo, de Ortega y Juan Ramón, pero también de los cabarés, de Chicote, de Celia y la Piquer, relegándole a aquel tremedal extremeño. Se consideraba traicionado. Hizo sus apuestas y cuando los legionarios entraron en la ciudad se las ingenió para, en un primer momento, fingir ser un ciudadano alemán y eludir las operaciones de limpieza, y luego convencer a los oficiales de su utilidad. Un servicio secreto aún en pañales fue el destino escogido para sus conocimientos. Se le instruyó fundamentalmente en labores de criptografía, pero su facilidad para el trillado de los caudales de información que llegaban al SIPM le valieron una rápida promoción y un creciente prestigio dentro de la organización. Cuando era imprescindible vivir, la moral era lo primero que había que matar. Ya no amaba su odio, todo aquello no implicaba aversión ni desprecio, sino una indiferencia que intentaba equilibrar las cosas *a contrario*. Arturo endureció su visaje con esa expresión de quien pretende convencerse de que hizo lo debido. Pero Badajoz. Muchas noches soñaba con Badajoz. Con los gritos. Con la sangre. Ajena.

Abrió un cajón y sacó una carpeta. Dentro, mezclada entre farragosos informes, había una lámina de la obra desaparecida. Pasó un dedo por su superficie. Era una tabla al temple de un pintor anónimo, fechada a principios del *Trecento* italiano, con una temática tópica: la lucha entre el Bien y el Mal. Bajo un cielo esmaltado y sobre un horizonte de montañas, el caballero de brillante armadura se enfrenta al dragón que tiene secuestrada a la doncella. Hasta ahí, todo era corriente. La peculiaridad de la obra radicaba en unos cuantos detalles que, a primera vista, no se apreciaban. El primero, que el dragón aparentaba tener acorralado al caballero, que daba mandobles a la desesperada. El segundo, que la doncella, a la entrada de la cueva que el monstruo usaba como cubil, no parecía asustada o afligida; no era una sonrisa

ni un gesto, sino el aura, la actitud serena con que contemplaba la acción. Y el tercero, que sobre el prado en el cual se desarrollaba la escena había una letra, una pequeña doble A que pasaba casi desapercibida entre las huellas que iba dejando el dragón en su avance. El arcano significado de la tabla quedaba acentuado por el título que el autor había elegido para ella: *El arte de matar dragones*. En suma, una iconoclasta y rara desviación de la leyenda clásica de San Jorge. Numerosos especialistas, a lo largo de todas las épocas, habían estudiado el cuadro tanto por su misterioso simbolismo como por su precursora utilización de una primitiva *perspectiva*, sin llegar a conclusiones definitivas.

Arturo se deleitó un rato contemplando la blindada figura del caballero. Era el Héroe. Recordó los comentarios que el antiguo agente había hecho respecto a Manuel Cortina. Resultaba una coincidencia que últimamente se hubiera interesado por esa figura, atraído por algunas de las lecturas que basaban las teorías raciales de los nazis, tan populares en esos tiempos. Aquella mezcla de mitos medievales y filosofía moderna era apasionante. Al caballero que recorre el mundo, que busca erradicar el Mal allá donde se encuentre, le habían encontrado una nueva dimensión. Su verdadera grandeza no estaba ya en su fuerza ni en su nobleza, sino en esa voluntad de aventuras, es decir, en el ansia del Héroe por transformar la realidad a su imagen y semejanza. Y para que el mundo fuese tan puro como el Héroe, éste debería enfrentarse a la realidad: al Dragón. Y de su mágica sangre, un Héroe bañado en ella renacería, el mundo renacería.

Arturo también se consideraba, a escala menor, un héroe. De vida diaria, de ambiciones. Había tenido un amago de encuentro con su dragón en Badajoz y había salido con vida. Las heridas aún no habían cicatrizado, pero él no era un héroe como el del cuadro, desahuciado, sino que había ido adquiriendo experiencia para la batalla definitiva. No sabía cómo ni cuándo se produciría, pero el monstruo terminaría cayendo y él lograría ponerse a la altura de sus deseos. «*Draco*», murmuró como retándolo. Un denso, aprensivo silencio le envolvió. Los músculos se le endurecieron a la espera de ver aparecer su desfile de escamas, de oír su sulfurosa respiración. Pero ese temido minuto no acababa de llegar; todavía no era la hora. Cuadró el mazo de folios y lo guardó con un golpe de goma en la carpeta.

«¿A quién podía interesar la tabla?», se preguntó. Supo al instante que era una pregunta estúpida: a todo el mundo. Un interés universal, porque también el móvil era universal: el dinero. Bien, tenía que jugar a detectives en un tablero del que desconocía las reglas y hasta los jugadores. Sabía por qué le habían elegido; al igual que en su antiguo trabajo del SIPM, era menos meritoria la obtención de informaciones que la capacidad para valorar cada una de ellas, así que aplicaría a la investigación el mismo método que tan buenos resultados le había dado durante la guerra: suponer que todo es cierto, la realidad no tarda en hacer surgir las contradicciones.

Sólo contaba con el pequeño hilo de Ariadna proporcionado por aquel Mario García. Deshilachado convenientemente, se dividía en unos cuantos cabos más. Todo se reducía a elegir y ordenar. Respecto al robo lo más probable fuese que lo hubieran perpetrado antes de cruzar la frontera, aprovechando el incidente del camión, ya que una vez cargadas las cajas en los vagones éstos no se abrieron hasta llegar a Suiza. Alguno de la escolta, o más bien un pacto entre varios, habrían decidido llevarse un recuerdo del museo y de paso endulzarse el futuro a costa del patrimonio nacional. Unidos de nuevo al convoy nadie echaría la tabla en falta. La cosa pudo estar convenida de antemano o surgir sobre la marcha, eso no importaba. Según los informes solicitados a los servicios aliados de la Abwehr y la Ovrá, no se tenía constancia de que en el mercado negro europeo se hubiese ofertado la tabla. A lo mejor aquel teniente tenía razón y la tabla no se encontrara fuera del país, puede que ni siquiera hubiese seguido canales clandestinos: en ocasiones la manera más eficaz de esconder algo era poniéndolo a la vista. Arturo raspó con la uña un cartapacio color canela dejando una huella blanquecina. Pensaba. No le importaba tanto el quién ni el cómo, como el paradero de la tabla. Una vez recuperada, lo que sobraban siempre eran cabezas de turco. Se le ocurrían algunos *peros* a la declaración del teniente, pero también explicaciones lo suficientemente convincentes como para obviarlos; de momento, era demasiado pronto para querer ir más lejos, una muerte estúpida y un camión que nunca había llegado a su destino eran lo único peculiar del asunto, quizá no encontrase ninguna otra tuerca floja y no tendría que buscarle más pies de los necesarios al gato. Así que, dando por bueno todo lo que le había contado Mario García y aceptando que no hubiese

nada turbio, en principio sería interesante fisgar un poco en las cloacas de la compraventa de arte. También sería conveniente hacer una llamada a la Segunda para que se registraran las cárceles y los campos de concentración en busca de oficiales o carabineros que hubiesen tenido que ver con el traslado, así como concertar una charla con el coronel Gandía para saber más acerca de sus antiguos agentes en Cataluña, en especial de esa tal Greta. Las opciones más peregrinas, como irse a buscar agujas por los pajares de Europa, haría todo lo posible por evitarlas.

Cerró los ojos, echó hacia atrás la silla con un crujido de madera, se estiró, empezó a contar una por una todas las molestias que sentía en el cuerpo, y cuando los volvió a abrir supo que ya tenía un puerto, y mares, todos los mares.

Capítulo 2

La formación de la serpiente

Madrid era una ciudad convaleciente de la guerra. Mal alumbrada, cosida a zambombazos, con el frío inyectado en los huesos. Hileras de árboles talados de la vía pública ardían en los cuatro puntos de la ciudad. Campesinos urbanos roturaban algunos solares parcelados. Las largas colas del racionamiento hablaban de la penuria y de un hambre larga, endémica. Miseria, bulos, miedo, estraperlo, delación... En aquel Madrid hasta los pájaros parecían buscarse la vida. El único sitio donde hubieran debido encontrarse ya esperanzas era en los murales de propaganda del Movimiento Nacional. Pero lo que asombraba a Arturo era que mientras andaba por las calles no dejaba de captar ciertas frases castizas, chácharas inconsecuentes, súbitos relámpagos de sonrisas que descargaban de gravedad aquella existencia vicaria. Tras cambiar el uniforme por ropa de paisano y enfundarse la pistola, había abandonado Gobernación con la intención de comer algo; no muy lejos de la Puerta del Sol intentó coger uno de los escasos tranvías que aún circulaban, pero el racimo humano que colgaba de sus estribos le impidió montarse. En la carrera perdió el resuello y volvió de nuevo a la acera, sudoroso, dándose con la luna de una tienda de sombreros. Se quitó el suyo con un gesto impotente. No le acababa de gustar lo que veía. Un tipo escuchimizado, con el pelo grasoso de brillantina, y los recuerdos llenos de tumbas. Y sólo tenía veinticinco años. Intentó sonreír, pero así aún parecía

más triste. Sacó un pañuelo y se sonó con fuerza. «Cuánta mierda cabe dentro de un hombre», pensó. Su bar habitual quedaba por Hortaleza, y el frío en sus talones, así que no habría sido una tontería disponer de un vehículo oficial. No, en absoluto. Lástima que no supiera conducir.

* * *

Una vaharada de vinazo y tabaco le recibió tras la puerta de cristal nevado del Ibérico. Era una bodega amplia, decorada con carteles de toros y añejas y descoloridas fotos de toreros. Sucias banderillas cruzadas, cagadas de moscas, se alternaban en las paredes junto con apolilladas cabezas de animales lidiados. En los altos anaqueles, cientos de botellas polvorientas, sepias y ambarinas. La barra estaba ocupada por media clientela; en uno de los reservados alguien templaba una guitarra. Arturo se acercó hasta el mostrador. El dueño era un tipo callado, con unas espaldas como muros y una nariz rota de boxeador inutilizado.

Aunque Arturo era un asiduo del local, se saludaban apenas con un movimiento de cabeza. Pidió un orujo, se lo bebió de un trago y pidió otro más. Quemaba como un navajazo. Necesitaba comer algo para hacer de almohada al aguardiente. Algunos parroquianos picoteaban en un platillo de aceitunas, pero el recuerdo de Manuel Cortina le decidió, tras encargar unos garbanzos, por unos altramuces.

Se fue a sentar en uno de los veladores masticando lentamente los frutos secos. Le agradaba aquel sitio. Nadie le molestaba. Allí no era más que otro cliente anónimo, no un oscuro ángel de la muerte. Por lo general le gustaba esa abnegación servil con que le trataban cuando se identificaba; entonces alargaba su actuación esforzándose en parecer humano y desviaba la mirada para no intimidar sabiendo que con una simple llamada podía cortar el finísimo hilo del que pendía cualquier vida, pero allí le agradaba alejarse de sí mismo. Se quitó el sombrero y jugueteó con sus alas. Dejaba pasar el tiempo hasta la llegada de su único amigo. Hacía pocos meses que le conocía, y ni siquiera el otro estaba enterado de que era la única persona con la que mantenía algún trato aparte de los motivados por estrictas necesidades

sociales o de trabajo. Sí, era su amigo. O algo que se le parecía.

Vladimiro hizo su aparición después de la cazuelita de garbanzos y de dos orujos más. En cuanto vio a Arturo esbozó una sonrisa y fue a acomodar la banqueta a sus pies. Sin mediar palabra le cogió un zapato, lo colocó en la cuña de su caja de betunero, insertó dos ajados naipes entre tobillo y zapato, uno a cada lado, para proteger los calcetines, y sus manos ennegrecidas de betún comenzaron a lustrarle el calzado.

—Le voy a dejar los zapatos como los de un duque, don Arturo. Más relucientes que un espejo —le soltó con su deje andaluz.

—Eso no lo dudo, Vicente.

A Arturo le habría gustado llamarle por su verdadero nombre, pero el limpia había insistido en que no le buscara problemas. Tras el plazo de sesenta días dado ese mismo año por el gobierno para que se cambiaran todos los nombres exóticos o extravagantes, llevar el mismo nombre que Lenin, el demonizado dirigente comunista, no le hubiera traído precisamente buena suerte. Vicente era un veterano del África que no tuvo las mil quinientas pesetas que le libraban a uno de la leva, que había estado en el descalabro de Annual y a raíz de unas heridas allí infligidas le había quedado una trabajosa cojera que le hacía andar como sobre el canto de un bordillo. Aún se despertaba por las noches, decía, muerto de miedo y cercado por los gritos de los compañeros degollados por los *harkas* rifeños. Después de dar tumbos como eventual en distintos oficios, había acabado ganándose la vida como limpiabotas. Pero, aunque la procesión fuera por dentro, era uno de esos tipos listos como el hambre y con una gracia sevillana que prodigaba su humor a manos llenas. Arturo lo consideraba como una especie de escudero, conejil, enano y cojo, pero imprescindible para todo caballero que se preciara.

—¿Y qué hay de bueno hoy, don Arturo? —preguntó Vicente manejando un enorme cepillo.

—Nada que no nos hayamos merecido —respondió Arturo.

El limpia sonrió.

—¿No le tratan bien en el currelo?

Arturo tenía la coartada de trabajar como traductor en uno de los consorcios mineros hispano-alemanes para la exportación del wolframio.

—Ya conoces la capacidad atrofiada que tienen los alemanes para no

pensar en otra cosa que no sea ellos mismos.

—Dígamelo a mí, había cantidad durante la guerra.

—Buen negocio para ti.

—Buen negocio para todos: gente con pesetas para gastar.

—Y los zapatos muy sucios.

Vicente celebró tanto la broma que estuvo a punto de caerse de su mínima banqueta.

—¿Y el reloj? —preguntó con cachondeo.

—Sigue funcionando.

—A quién se le ocurre apostar por El Ferrol. Mi Sevilla es más equipo. En cuanto sacaron, no tardó ni cinco minutos en destaparse. Con esa alegría, y esa escuela, y ese temple...

Tres meses antes, con ocasión de la final de la Copa del Generalísimo, habían apostado sobre el resultado del partido. El equipo andaluz había goleado a los gallegos y Arturo tuvo que cumplir su parte: comprarse un llamativo reloj con un torero con brazos por agujas. Miró la hora.

—Hay que joderse. Y tengo que llevarlo hasta que se descacharre.

—No caerá esa breva; Longines: maquinaria de primera. Y acuérdesse de darle cuerda, no trampee. A propósito, don Arturo, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Y más de una si quieres.

—Si le incomoda no me responde y en paz, pero es que ya no aguanto más. ¿Por qué viene siempre aquí si no puede ver los toros?

Arturo estudió por unos instantes los inertes ojos de vidrio de una de las cabezas astadas.

—Es una penitencia por mis pecados —concluyó.

Vicente frunció el entrecejo e hizo mutis; sabía perfectamente cuándo no menear demasiado las cosas. Cambiándose de mano el cepillo con destreza, comenzó un monólogo sobre las virtudes de los hombres con zapatos limpios que no tardó en derivar hacia su tema preferido: las películas americanas con mujeres fatales de rubias melenas y lencería de satén.

—Que sí, don Arturo, que no hay color, imagínese usted lo que debe ser montarse a una de esas gachís. Que aquí no las hay, se lo digo yo.

—¿Cómo que no las hay? Por la calle veo cada hembra...

—Que no, don Arturo, con esas tetas que parecen obuses y esos labios que son como de pan recién hecho... —se quedó unos instantes perdido como si la Dietrich, la Harlow y la Crawford constituyeran un solo conjunto de vientres, senos, labios...—. Sí, y que cuando nos quieren matar lo hacen sin una sola gota de sangre, con una sonrisa o una mirada les basta.

—Vienes hoy caliente, Vicentito.

—No me diga que a usted no le gustaría que una de esas fulanas se largase con todo su dinero, su futuro, y hasta su pasado si le diera la gana.

—Tengo suficientes problemas pequeños como para tener el mayor de todos.

Vicente le miró con curiosidad mientras seguía pasando el cepillo algo más despacio.

—Usted, don Arturo, lo que me parece que necesita es tener precisamente un problema que valga la pena y olvidarse de las minucias.

Arturo sintió como si algo se aflojase en su interior y se vio en la disyuntiva de improvisar un discurso hueco para mantener la distancia o sincerarse y resquebrajar la natural distancia social que les separaba. Optó por sincerarse; al fin y al cabo, y aunque Vicente no lo supiera, era su amigo. Y en la vida siempre hay que terminar por confiar en alguien.

—La verdad es que a veces me siento algo solo —dijo en voz baja.

Vicente descabalgó su pie del escabel y le subió el otro sin decir palabra. Arturo creyó que no le había oído o que si lo había hecho le había dado vergüenza aquel alarde excesivo de intimidad. Empezaba a ponerse colorado cuando el limpia se detuvo y contempló su caja de betunero, barnizada de oscuro y adornada con las flechas de Falange.

—Mire, don Arturo —empezó levantándole un poco el zapato—, quiérase o no, debajo de este pie hay algún paso que será el último, así que lo mejor que podemos hacer en esta vida es pasarlo como mejor nos dejen. Envejecer, lo que se dice envejecer, sin un poco de amor o un poco de gloria no se puede; la gloria me parece que no nos toca, así que habrá que buscarse una mujer.

—¿Y qué me recomiendas?

Vicente sonrió con una ambigüedad de giocondo.

—Con una pistola y un par de ojos en la nuca podríamos meternos sin

problemas en una de esas películas de *Jolivú*.

Arturo se imaginó divertido a ambos enfundados en uno de aquellos trajes a rayas y con botines blancos.

—Podría ser —repuso—, podría ser... pero, ¿y si no encontramos talla de esmoquin?

Vicente comenzó a frotar de nuevo con aplicación.

—Pues se puede empezar por la Castellana. Es lo más barato.

Arturo recordó el reñidero de ratas y perros y hombres famélicos en que se había convertido el paseo. Cada noche, una corte de los milagros se reunía entre sillas y tumbonas: ciegos que lo eran y no lo eran, lisiados, putas, mujeres preñadas de estraperlo, chicas jóvenes... seres heridos de hambre y soledad dispuestos a ofrecer condones, tabaco, vueltas de chorizo, pan blanco, tactos fríos como lágrimas a cambio de un día más de purgatorio. Porque allí donde hay demanda siempre habrá oferta. Se le puso mal cuerpo.

—No me diga que nunca se ha ido de putas... —adivinó Vicente.

—¿Tanta cara tengo de estúpido? —respondió Arturo escamado.

—No, por Dios, quiero decir que usted es de rosario en familia y ejercicios espirituales en Cuaresma. No es malo.

—Tampoco es eso, pero no me gusta que la carne humana valga menos que la de comer.

—Eso le honra, don Arturo, ya sabía yo que tenía usted algo de Quijote, pero la carne, humana o de comer, sigue siendo carne, usted ya me entiende. Hay que encontrar algún vicio que le salve a uno la vida.

Arturo pensó que en esa *vida* todo se reducía a casualidades y contradicciones. Las mismas contradicciones que harían que él pudiese enviar al paredón a cientos de hombres y, sin embargo, tener piedad de unas pobres desgraciadas; y las mismas casualidades que habían hecho a Vicente traer a colación el tema de la caballería. Si esperaba que la inspiración viniera de una mano invisible y alada, quizás estuviera equivocado, quizás debiese indagar entre las andrajosas. Contempló a Vicente, su cuerpo tallado a fuego por los años y las humillaciones.

—Vicente... —las ideas le fueron saliendo, pequeñas, como hormigas de una grieta—, tú estás al cabo de la calle, ¿no? Me refiero a que, con lo que tú te mueves, conocerás gente, te caerán rumores, habladurías, chismorreos...

—Algo de eso hay, don Arturo, no es que yo lo busque...

—¿Y si lo buscaras?

—Ya sabe, las palabras son como las cerezas, se enredan, y unas arrastran tras de sí a otras. Nada raro.

—¿Te puedo pedir un favor?

—Siempre que no sea desafecto a la causa, lo que usted quiera, don Arturo.

Arturo esbozó una sonrisa amplia y secreta.

—No, no, sólo quiero que me aconsejes.

—Poco será lo que tenga que aconsejar yo.

—Dime, si tuvieses que vender o comprar una cosa, una cosa artística, de valor, sentimental y del otro, pero que no te gustasen los Montes de Piedad ni las subastas, ¿a quién acudirías?

En una época de estrecheces y tejemaneje, Vicente no puso en evidencia ningún recelo ante la pregunta, simplemente veló con palabras neutras el inconveniente.

—¿De cuánto hablamos cuando hablamos del *otro* valor?

Arturo tomó aire como si acabara de salir del agua.

—Lo suficiente para tentar a un santo.

Vicente silbó por lo bajo.

—¿Sabe dónde se mete, don Arturo?

—Descuida.

El limpia echó un vistazo a sus dos hombros y pensó en lo que él haría.

—Bueno —comenzó—, hay un señorón llamado Publio Medina, marqués de noséqué y de mucha influencia —aquí se cubrió la boca sesgadamente—; se comenta que era masón, pero vaya usted a saber. Lleva el mercado negro de antigüedades en la capital, que es como decir en el país. Cuando no está en el Palace está en Chicote, pero donde de verdad merca los negocios es en la Sociedad de Naciones.

—¿Dónde? —Arturo se alarmó.

—En la Sociedad de Naciones, así llaman a Casa Margot porque hay de todo: italianas, francesas, belgas... Queda en la calle Gravina y es la casa de putas más cara de Madrid. Despacha género fino, tal parece que todas hayan ido a las monjas. Doscientas, trescientas, hasta quinientas pesetas. Sólo se

puede entrar muy recomendado, y ahí yo ya no puedo hacer nada, don Arturo.

—Vale. ¿No me puedes contar algo más de ese Publio Medina?

—Es un pájaro —afirmó con su gracejo andaluz—. Un aristócrata de capa caída que pegó un braguetazo con la hija del presidente del Banco Central y a partir de ahí subió como la espuma. Al tener vara alta en el ministerio anda metido en todos los ajos, préstamo, estraperlo... pero lo que más le tira son las cosas artísticas. Tiene siempre habitaciones alquiladas para él y sus invitados en Casa Margot. Ya sabe, como picadero, para rematar tratos. Bueno, esto ya está —afirmó Vicente examinando profesionalmente su trabajo.

Arturo introdujo dos dedos en el bolsillo del chaleco y extrajo unos níqueles que lanzó al limpiabotas.

—¿Y a qué hora se le puede encontrar en la *oficina*?

Vicente esbozó una media sonrisa mientras se levantaba.

—Los murciélagos le darán razón.

Arturo celebró la gracia y cacheó el brazo del limpia. En ese momento se abrió la puerta del local y un grupo de falangistas, con las camisas azules y consteladas de insignias, entraron ruidosamente entre groserías y chistes rijosos. Tomando por asalto el mostrador, comenzaron a beber para rematar la borrachera larga que llevaban. Estaban celebrando algo; estrofas guerreras del *Cara al sol*, vivas a José Antonio y arribas a España. Todo el bar adoptó de inmediato una política de sinonimia para no buscarse problemas. Vicente se despedía con exagerada cautela cuando uno del corrillo, el jefe, le chistó señalando sus zapatos más que para un servicio por echar una guasa a su costa. Vicente, solícito y resignado, se le acercó dando cojetadas y se acomodó en su banqueta. El líder, un señorito fino y chulesco, con un rostro de ángel y unas intenciones torcidas, no acababa de poner el pie en la cuña.

—A ver, tú, menudencia —el sarcasmo provocó grandes risotadas entre sus camaradas—, ¿crees que ésta es manera de presentármeme?

Vicente, acostumbrado a soportar crueles bromas, adoptó una mueca cómica.

—Buenas tardes, camarada —dijo.

—Camarada de quién, mamón, ¿no sabes saludar como hacen los

patriotas? ¿O es que eres comunista?

—No, señor —respondió palpándose la pierna como si fuese una mascota fiel—, ésta perdió la vida por el rey.

—Aquí los Borbones ya no pintan nada, aquí sólo cuenta España, y en España los españoles saludan con la mano diestra y el brazo en alto.

Vicente, sintiéndose observado por todos, parecía más pequeño que nunca. Cuadrándose como en sus tiempos mozos, elevó el brazo y soltó el *Vivafrancoarribaspaña* de rigor. La mayoría de los exaltados se consideró satisfecha y dio la broma por concluida, pero el rostro patricio del cabecilla compuso un gesto como de oler algo podrido.

—No me acabo de tragar que una rata como tú no sea comunista. Los pobres siempre son comunistas.

—¿Cómo voy a ser comunista, señor, si los comunistas llevan alpargatas? ¿De qué viviría yo entonces?

Vicente recogió las sonrisas de la concurrencia como un posible pasaporte hacia la libertad. Pero el otro seguía provocador, poco dispuesto a permitir que un limpia tuviese más gracia que él.

—Alguien como tú diría cualquier cosa para salvarse. Las ratas tienen muy desarrollado el instinto de conservación.

—No, señor, y perdone que le contradiga, no es que tenga desarrollado el instinto de conservación, sino que tengo desarrollado el de comer.

Las carcajadas aprobatorias fueron escuchadas hasta por los viandantes que en ese momento cruzaban frente al Ibérico. El falangista, muy picado, dejó que amainaran para endurecer su estrategia.

—¿Vosotros creéis que con esta mierda se puede ir a una Cruzada? —dijo señalando al limpia con la barbilla.

Uno de la camarilla pretendió desmontar el andamiaje de su violencia.

—Pues con lo feo que es podríamos vendérselo a los alemanes como arma secreta. Seguro que desmoralizaría a los ingleses y se rendirían.

—Tiene razón, señor, hasta a mí me vienen ganas de darme una limosna cuando me veo —apoyó con humildad Vicente.

La sonrisa cínica del falangista amartilló su actitud jaque y violenta.

—En el nuevo estado fusilamos a los mendigos —sentenció.

Arturo contemplaba la escena con inquietud. Román había enganchado su

mano derecha en el correa que le cruzaba el pecho, un correa que iba a dar a su pistola reglamentaria, y sus comparsas empezaban a intercambiar significativas miradas seguramente prevenidos por anteriores comportamientos de su cabecilla. Vicente mantenía su actitud sumisa. Sabía que un vaso de vino marcaba la frontera entre un hombre corriente y un asesino y acentuaba su mansedumbre.

—Venga, Román, que hay mucho que celebrar, déjalo correr y tómate el anís —le aconsejó Guillen, uno de los fieles, al que apodaban el Gonococo por unas purgaciones que había pillado yendo de putas.

A la arrogancia de Román le resultaba difícil aceptar los consejos de nadie, y menos con la sangre quemada por el alcohol y de un capullo apodado Gonococo.

—Si a mí no me da la gana de beber no bebo, joder. Y tú —señaló despótico a Vicente—, que no me olvido de ti, ahora mismo te van a tomar declaración.

—Charol limpio, señor —declaró Vicente, señalando los bártulos—, no soy más que un limpiabotas —y como recordando algo se arrimó la caja de betunero y la alzó mostrándole el haz de flechas de Falange que la adornaban—. Y afecto como el que más.

—¿No me habéis oído, coño? —gritó indiferente a la partida—. A ver, tú, Gregorio, y tú, Díaz, os lo lleváis y que le hagan un interrogatorio como Dios manda.

—Pregúntele a quien quiera —gimió Vicente—, nunca me he metido en política, soy persona de orden.

—A ver, despejarme esto de una vez.

—Pero, ¿por qué? —medio gritó el limpia con impotencia.

Román se le quedó mirando con una extraña expresión enajenada.

—¿Por qué? Porque durante la guerra perdí muchos hombres bragados por culpa de los traidores, porque mientras haya un solo rojo en el mundo todo dios es sospechoso, y lo más importante, porque me sale de los cojones. ¿Está claro?

—Este hombre se queda.

Un rumor sordo y poderoso, como de pleamar, recorrió el océano de caras sorprendidas. De inmediato, buscaron al imprudente que se atrevía a desafiar

a la autoridad. Román, mientras giraba a un lado y a otro con furia contenida, compuso un gesto teatral, a lo Mussolini, con las manos en la cintura, la barbilla alzada y todos los músculos del cuello en tensión. Arturo apreció que su pose, seguramente ensayada, no pegaba con él: era demasiado guapo. Se le parecía incluso a un actor de cine, pero no acabó de dar con él. Durante unos segundos dudó si ponerle rostro a la voz, hasta que terminó por levantarse y acortar distancias con su contrincante. «Ahora estoy solo, contra follones, malandrines y gigantes», pensó.

—Este hombre se queda —repitió con suave autoridad.

Román le miró como fijando un punto de mira y habló con voz enronquecida.

—¿Y quién eres tú para decir si se queda o no?

—Le agradecería que me tratase de usted, aún no hemos sido presentados.

Román lo fulminó con la mirada, pero mantuvo ese punto de prevención con que la fuerza considera el valor.

—¿Y quién es usted?

Arturo se vio de repente en una encrucijada. Con la tensión no se había parado a pensar en las consecuencias de su intervención. Se fijó por primera vez en el parche cosido a la camisa con las estrellas de capitán que llevaba Román Duarte. Si se quitaba la máscara solucionaría con rapidez el incidente, pero perdería aquel anonimato que tanto velaba, y si no lo hacía corría el riesgo de acabar con un agujero más en su cuerpo. Cada segundo que permanecía callado se sentía más muerto. Sintió la dureza de su pistola como único apoyo.

—Gente de orden —improvisó indignado—, un patriota que ha sido perseguido por la Causa.

—Los papeles —se le adelantó el Gonococo a Román.

—No sabe usted con quién está tratando, y en todo caso, sólo responderé ante alguien debidamente acreditado —faroleó Arturo.

El Gonococo hizo ademán de sacar su arma, pero Román, más taimado y astuto, le detuvo enérgicamente. Había que ser alguien importante para enfrentárseles de esa forma, alguien importante o ser un estúpido y tener los cojones de un toro. Ambas cosas le imponían, pero valoraba más la segunda.

—Veamos, Guillen, si el señor asegura que es afecto, no tenemos por qué

dudar. Y dice usted, señor...

—Andrade. Arturo Andrade.

Los ojos verdes del falangista no parpadearon, como si estuviesen buscando algo y no acabasen de encontrarlo.

—¿Y dice usted que responde de este infeliz?

—En efecto.

—Creo ser una persona acreditada para pedirle la documentación, pero no vamos a entrar en pleitos por tan poca cosa —dijo mirando despreciativo a Vicente—. Veo en usted a alguien cabal y no creo que quiera meterse en camisas de once varas.

Arturo no se dejó engañar por el tono conciliador de Román. Contempló sus ojos vidriados y supo que también él estaba envidando. Su titubeo no era más que la precaución del tiburón ante el naufrago, a la espera únicamente de una muestra de debilidad por parte de un ser extraño a su hábitat.

Tragó saliva.

—Yo conozco a este hombre y le digo que es inocente, y por lo tanto no debería temer nada de quienes se proclaman defensores de los españoles de bien.

—Eso seré yo quien lo decida. Y ya puestos, si usted también lo es.

—En ese caso, tendré mucho gusto en acompañarle adonde desee, pero le advierto que más tarde no me conformaré sólo con sus excusas. Esto ha llegado demasiado lejos. Protestaré directamente ante lo más alto.

Román vaciló de nuevo ante posibles avales estratosféricos, pero a sus espaldas el grupo de falangistas comenzó a increpar y amenazar a Arturo, devolviéndole su dureza de templario. Sacó la pistola y la amartilló apuntando directamente a su pecho.

—Ya está bien de mariconadas. Vas a tener que ser hermano de leche del mismo Caudillo para librarte de ésta. Gonococo, regístrale, y al enano os lo lleváis.

Mientras un par de camisas azules agarraban a Vicente por los brazos, haciéndole patear en el aire, el Gonococo avanzó con una sonrisa amarillenta ajustándose el correaje sobre la barriga.

—A ver, prenda.

Arturo iba a identificarse cuando un estropicio de cristales provocó que

todas las cabezas se agachasen como por un resorte. La luna de la puerta había saltado en pedazos salpicando con una lluvia de esquirlas cortantes el suelo del bar. Fuera, la gente corría de acá para allá como gallinas histéricas o se recortaba contra los portales. Se oían gritos y disparos. Un policía entró a trompicones en el local, parapetándose en cuclillas contra una de las paredes. Román reaccionó con ligereza y se dejó caer junto a él.

—¿Qué pasa ahí fuera?

—Un *paco* —respondió el policía entrecortadamente—. Andábamos haciendo registros rutinarios y uno de éstos hijos de puta estaba escondido en uno de los pisos. Al verse rodeado le dio por subirse a la azotea y disparar a todo cristo.

Se oyeron dos pacazos más y luego una salva de respuestas como si hubiesen encendido una traca. Despreciando el peligro, Román cambió de posición y asomó la cabeza para examinar las fachadas de los inmuebles. Un nuevo fusilazo señaló con una nubecilla de humo el punto donde se hallaba el *paco*.

—Ese cabrón está allá arriba, en aquel voladizo. No creo que tenga cargadores para mucho. Hay que montar un piquete e ir por él.

—¿No será mejor esperar a que vengan refuerzos? —preguntó el policía nervioso—. No sabemos si hay más escondidos.

Román le miró con una mezcla de ira y decepción.

—¿Por un mierda que está acorralado? —enfundó la pistola y se enfrentó al resto de falangistas—. Voluntarios para ir a cortarles los cojones a un rojo.

Una fiera alegría acompañó los *yoes* de todos los compañeros que dieron un paso al frente. Arturo sintió el odio del momento, su irracionalidad, y pensó que todo aquel manantial de rencor podía ser más hondo, de sangres ancestrales y afrentas olvidadas, de antepasados que se saltaban los cráneos por un jirón de carne. La clientela, excitada por la comunidad del momento, comenzó a jalear a los falangistas con un griterío de abordaje. Empezaba la caza.

—Laguardía y Montes nos cubrirán desde aquí. El resto, de dos en dos y arreando detrás de mí hasta el portal; tú el primero —dijo Román agarrando por la guerrera al acobardado policía.

Una tanda intermitente de pacazos provocó que todo el mundo volviera a

encogerse por instinto. La réplica multiplicada no se hizo esperar. Al policía no le llegaba la camisa al cuello.

—Pero... nos van a matar —balbuceó.

Román apretó los dientes hasta que le rechinaron. Su belleza era ya perfecta con la mueca de crueldad que se dibujaba en su cara.

—No, no nos van a matar, vamos a morir, que es diferente —le escupió.

Los falangistas se agruparon expectantes alrededor de su jefe. Éste midió la distancia que les separaba del portal del edificio. Cuando ajustó los metros y la decisión, se volvió buscando a Arturo y Vicente. El limpia intentaba sobornar con rezos a todos los dioses posibles. Arturo se hizo la esfinge. La mirada de Román pesaba sobre él.

—Recuerda este nombre: Román Duarte Aldecoa —le dijo fríamente—, porque yo no me olvidaré del tuyo. Arrieritos somos...

Y sin más demora ordenó que comenzasen a disparar contra el francotirador, emprendiendo una veloz carrera, primero recta y luego en zigzag. El *paco* volvió a hostigar la calle con sus disparos. En cuanto llegó salvo al portal, les hizo señas de que salieran los siguientes. Al Gonococo le faltó tiempo para agarrar al plañidero policía, que estaba pálido y con la frente perlada de sudor, y aprovechando una pausa gritar a *carreramar* y salir cagando leches hacia la protectora fachada. El falangista logró refugiarse junto a Román, pero la vacilante carrera del policía terminó inexplicablemente en una inmovilidad suicida. Algunos gritos le incitaron a correr, hasta que acabaron por rendirse ante la evidencia. Una muerte de muchos ojos le aquerenció con su mirada. Parecía un conejo deslumbrado en medio de la carretera. El silencio no tardó en ser agujereado por un tiro y el individuo cayó boca arriba, desmadejado, con el pecho lleno de sangre. Aún daba alguna patadita intermitente, como si le cruzase una corriente eléctrica.

—Dispara bien el condenado —fue el único comentario que se oyó entre el auditorio.

El bullicio alentador y perito de la clientela no tardó en restablecerse mientras los falangistas iban tomando posiciones. Corrían agachados, buscados episódicamente por alguna bala. Vicente se hizo el Tancredo y fue acercándose como quien no quiere la cosa a Arturo. Éste se sobresaltó al oír su voz, como si hubiera regresado bruscamente de algún lugar muy lejano.

—Se la ha jugado por mí, don Arturo. No sé cómo agradeceréelo.

—No tiene importancia. Tenemos que largarnos en cuanto despejen la puerta.

—Sí, sí, claro, pero le debo la vida.

—La próxima vez me limpias gratis y en paz.

—Por éstas —juró el enano besando la cruz del pulgar y el índice—, que usted no llevará jamás los zapatos sucios. Y aquí estaré para lo que quiera, me oye, para lo que usted quiera.

Arturo se fijó en que el limpia bizqueaba un poco cuando se emocionaba.

—Muy bien —exhaló un profundo suspiro—, ahora aire.

—Y tenga cuidado con ese negocio.

—Lo tendré.

Le despidió afectuosamente y vio cómo Vicente se alejaba cojeando, semejante a un pequeño Byron que tuviera una cabeza de Quasimodo, y se escurría entre el grupo de envalentonados clientes que disfrazaban su miedo de ira. Luego recogió el sombrero que había dejado sobre el mármol vetado del velador y fue a pagar a la barra. El dueño era el único que no había ido a contemplar el espectáculo. Permanecía impertérrito, brillantando unos vasos con un trapo y pendiente de Arturo.

—¿Qué se debe?

—Nada —respondió sin perder el ritmo del enroscado.

—¿Nada?

—Invita la casa.

Le miró con ese ademán grave de los hombres que te romperían las costillas si se vieses obligados a decirte lo que te admiran.

—Muchas gracias.

Soltó un gruñido por toda respuesta. Cuando Arturo se daba la vuelta escuchó de nuevo la voz del bodeguero.

—Me llamo Mauricio.

Arturo estuvo a punto de contestar, pero supo que aquello era pura biología anímica, silenciosa. Continuó hasta la puerta. Allí aumentaba el griterío entre los clientes, lo que indicaba que la caza estaba llegando a su fin. Ni siquiera intentó hacerse un hueco entre las cabezas. Imaginó unas cuantas siluetas forcejeantes sobre un tejado; a una de ellas levantada en vilo,

pataleando con desesperación. Imaginó su caída como si fuese un muñeco de trapo; dos cuerpos sobre el empedrado de la calle; un bulto frente a otro, sin ideologías deformantes, sin vida: bien poca cosa. Cuando en el corro se dieron cuenta de que quería salir, los hombres se fueron abriendo como las aguas del mar Rojo. Le encauzaron con respeto, nadie mostró intención de retenerle. Se despidió educada, pero secamente, y pisó la calle. Hacía frío y se notaba tenso, pero iba exultante: por unos gloriosos momentos había estado a la altura de sus deseos. Se echó un vistazo en la luna de una tienda de sostenes y ya no se encontró nada insignificante. Recorrió la mayoría del trayecto hasta Gobernación con la primera regla de la caballería en la cabeza: *nunca dar la espalda*. Él también podía ser un héroe. Como Manuel Cortina. Igual que él.

Lo primero que hizo cuando se sentó tras su escritorio fue echar mano al teléfono. Unas cuantas llamadas después ya sabía pormenorizadamente quién era Publio Medina, y había ordenado el rastreo sistemático de cárceles y campos de concentración para hallar presos relacionados con el convoy. A continuación, tras laboriosas gestiones con un secretario, logró una cita para la tarde del día siguiente con el coronel Gandía, el legendario jefe del SIPM durante la guerra, que probablemente le resultaría muy útil si no para facilitarle alguna pista, para aclararle cómo se desarrollaban las operaciones en la zona de Cataluña y hablarle de esa tal Greta. Cuando terminó, estuvo durante un rato dándole vueltas al asunto. Se encontraba casi seguro de que las cosas habían ocurrido como parecía, pero siempre refrenaba ese impulso tan humano de intentar explicar lo sucedido con ayuda de lo que conoces. Además, la muerte de Manuel Cortina no dejaba de chirriar lejanísimamente en su cabeza, advirtiéndole como una especie de sexto sentido. Debía ir paso a paso, y a lo mejor, con un poco de suerte, todos sus temores no serían más que una especie de velo de Isis y esa misma noche Publio Medina solucionaría todos sus problemas. Ojalá.

Capítulo 3

Cuando las vírgenes eran putas

Los rostros de Francisco Franco y de José Antonio le observaban fijamente. Sus efigies estarcidas en un sinfín de fachadas de Madrid vigilaban desde su teología de andar por casa que su capital, prostituida por el liberalismo, recuperase la moralidad. También desde las casas de putas. Arturo contempló a la luz vaporosa y tintineante de las farolas de gas el portal señorial de Casa Margot. El crepúsculo estaba lleno de murciélagos, como bien había dicho Vicente; de unos que se entrecruzaban en bailes aéreos a la caza de insectos y de otros muy peculiares que llevaban sombrero flexible y gabán. Un constante ir y venir de putañeros y calaveras surcaba la noche de aquel sábado en busca de una ocasión para conculcar el sexto mandamiento. Un aire helado se le acabó colando bajo la gabardina, abultándola y dándole un aire grotesco, por lo que se decidió a entrar.

El portal era altísimo, con un profundo zaguán de paredes y techo artesonado, un desconfiado portero y una escalera de mármol en torno al hueco del ascensor parado por restricción eléctrica. La casa de citas estaba en el tercer piso. Su puerta se hallaba adornada con la vera efigie y el célebre abracadabra del santo varón de Loyola: *Al demonio: no entres. Ignacio*. Arturo sintió la adrenalina inundándole, como ante una de esas casas deshabitadas donde los niños consideran de gran valor entrar. Tras golpear el picaporte no tardó en descorrerse una mirilla circular dejando entrever a

través de los gajos abiertos unos ojos negros.

—Buenas noches —le recibieron en un pedregoso español—. ¿A quién tengo el placer de recibir?

Arturo no traía recomendación alguna, así que optó por mostrar sus papeles. Los ojos negríssimos soltaron una exclamación mínima y abrieron la puerta sin dilación. Una madame vestida de negro, de severo moño y maquillada con un exceso que lograba conservar algo de la agresiva belleza con la que se había abierto paso en la vida, le tendió la mano.

—Don Arturo Andrade, si no he leído mal.

—Exacto.

—Un funcionario del Glorioso Movimiento siempre es bien recibido en nuestra humilde casa. Mi nombre es Margot. Y dígame, ¿es ésta una visita oficial u oficiosa?

—Oficial. Pero no serán más que unos minutos, así que no querría que se alarmase a nadie. Busco a don Publio Medina —y antes de que a la mujer se le pudiese ocurrir negar cualquier filiación con el susodicho, añadió con gravedad—, y sería conveniente para todos que estuviese.

—Comprendo.

La madame asintió haciéndose cargo de la delicada situación. Por su experiencia no le resultaba difícil manejar situaciones comprometedoras; tampoco se le escapaba el azoramiento gárrulo de aquel funcionario y de que no le costaría nada hacerle desaparecer vivo entre sus elegantes fauces. Pero tenía un negocio que atender. Siguió la mirada de Arturo hasta el beato talismán de la puerta y su acento extranjero se tiñó de un leve toque irónico.

—No hay que confundir decencia con religión, señor. Hágame el honor de entrar.

La madame le dio paso a un lujoso recibidor y recogió su sombrero y su gabardina. Luego le condujo por un dédalo de pasillos tapizados de un granate chillón y decorados con óleos galantes de la escuela francesa. En algún lugar se oía un menudeo de risas y cháchara. El último corredor desembocaba en un gran salón circular con una fuente central de mármol blanco, con un delfín lanzando un chorrito de agua por la boca. En un ambiente turbio y profusamente adornado con cornucopias y espejos, un hervidero de negociantes, generales, especuladores, comerciantes

desaprensivos e industriales se arrellanaban en mullidos sillones y sofás. Sentadas sobre sus rodillas o volando de flor en flor, chicas jóvenes y sonrientes, ataviadas con negligés de raso, vendían su mercancía de modo distinto aunque el género fuera siempre el mismo. El trasiego era constante y cada cuarto de hora volvía de las habitaciones algún parroquiano con su cara beatífica de recién eyaculado. La madame le abrió paso discretamente entre la clientela y se plantó frente a una puerta semioculta por un cortinón.

—¿Me permite anunciarle su visita? —le preguntó Margot con un matiz neutro.

—Creo que será mejor que me anuncie yo mismo.

La madame picó en la puerta hasta que un amortiguado *adelante* les invitó a pasar.

—Es todo suyo —dijo señalándole la puerta—. Cualquier cosa que necesiten no tienen más que pedirla.

Arturo le cogió la mano y se la besó cortesanamente. Un leve destello de sorpresa iluminó los ojos de Margot. Le correspondió con una graciosa reverencia. Arturo abrió la puerta y la cerró tras de sí. La habitación estaba decorada con elegante decadencia. Arturo se fijaba mucho en el contexto donde se encontraban las personas, porque un hombre es lo que tiene alrededor. En este caso, entre la profusión de espejos y damascos rojos, se quedó con un gran reloj de bronce, con dos sátiros magníficamente empalmados sujetando su esfera. Al fondo de la habitación, sentado a una mesa bien surtida y ataviado con una bata de seda, había un hombre. Delante tenía un enorme bogavante con un vago aire de máquina de guerra medieval. Sus dedos habían interrumpido el gesto de hurgar en la parte pulposa de su acorazada vianda. No debía de tener más de cuarenta, pero su obesidad morbosa le había sumado ya todo lo que no viviría. Tenía un pelo segado y espeso, doble papada, gafas redondas de concha y unas extrañas facciones a la vez aguileñas y mofletudas, ligeramente orientales.

—¿Qué le ha parecido nuestra anfitriona, camarada Andrade? —le recibió en un tono zarzuelero.

Arturo se quedó confuso.

—Marguerite Horváth, *alias* Margot —continuó sin darle opción a abrir la boca—, nacida en algún lugar del imperio austrohúngaro, que en paz

descanse; es decir, que es húngara, croata, eslovaca, alemana, checa... Examante del infausto Nicolás II, excompañera de farra de Henry Miller, exmodelo de Picasso, y ex en general de todo lo que fuera lo más noble y depravado del gran mundo parisino. Y de todo, ¿a que no adivina lo que más echa de menos? Los paseos por el Volga en el vaporcito de los Romanov, con una banda de esturiones vivos a remolque sujetos con anzuelos, para tener el caviar fresco a la hora de cenar. Una mujer con clase, sí señor.

—¿Cómo sabe mi nombre? —le preguntó Arturo entre irritado y sorprendido.

—¿No creerá que en un local tan caro dejan de proteger la intimidad de sus clientes? —señaló con aire distraído unos tubos de comunicación disimulados junto a la cama—. Créame, hay más de una salida en la casa.

—Ya veo.

Arturo adoptó una severidad densa.

—¿Y qué se le ofrece, teniente? —el tono del aristócrata indicaba que ya no las tenía todas consigo.

Arturo continuó mirándolo en silencio, como si tuviese un martillo en los ojos.

—¿Una copita de vino blanco? ¿Un habano? ¿Un cigarrillo...? —Publio Medina, un poco nervioso, abarcó con un gesto feudal la mesa.

—No, gracias —terminó por decir—. Quisiera acabar con este asunto lo antes posible.

—Me parece muy bien. Y disculpe esta manía mía de no utilizar cubiertos con el marisco.

El aristócrata apartó al colorado animal que estaba devorando y se mojó los dedos en una tacita de agua y limón. «Comprobaré que entro en su Historia como Pilatos en el Credo», bromeó. Luego cogió un cigarrillo de un paquete de Lucky e incrustándolo en una boquilla de carey, se puso a fumar algo intranquilo.

—¿Y a qué debo el honor de su visita?

—Usted es don Publio Medina.

—Publio Aurelio Tiberio Adriano Graco César Medina de las Hurdes y Mellado, marqués de Medina, Grande de España, etcétera, etcétera... Sí, ése soy yo. Como verá, mi madre tenía cierta debilidad por los emperadores

romanos. Pero no se quede en pie, tome asiento.

—No, muchas gracias, prefiero estar así. Iré al grano, usted es uno de los más reputados especialistas en arte del país, pero eso no sería trascendente si no fuese también el más importante de los contrabandistas —acalló con un gesto un inicio de protesta—. A mí no me incumbe el trapicheo, allá usted, pero la patria le necesita para un asunto de importancia.

El alivio que ocultó el marqués sólo se podía comparar con la propensión a fingir que lo tenía todo controlado. Apoyó suavemente las yemas de una mano sobre la mesa.

—Por supuesto, por supuesto, estamos al servicio de la Causa —adoptó inflexiones rigoristas—; y máxime ahora que nuestra España ha de mantenerse vigilante ante los restos de la ralea roja, exterminada gracias a la bondad del Altísimo que se ha dignado proporcionarnos a nuestro bienamado Caudillo, artífice y adalid de una victoria que... —Arturo cortó de nuevo con un ademán el arranque de hinchada prosa, propia de los cucañistas del régimen, y el marqués retomó su desenvoltura ostentosa—. Mmm, ¿y qué asunto es ése?

Arturo echó mano a su cartera y sacó un pliego que fue desdoblando con parsimonia hasta ponérselo enfrente. Publio Medina se removió inquieto en su trono de pereza y apagó el cigarrillo, guardándose la boquilla. Estiró la lámina con firmeza.

—*El arte de matar dragones*, siglo XIV, autor desconocido —dictaminó con aplomo—. Forma parte de los fondos del Prado. Una obra angustiosa, terriblemente angustiosa —se recolocó las gafas—. ¿Se ha fijado en que hay obras que no se dejan mirar *desde fuera*? Te obligan a entrar en ellas, no te permiten quedarte en el exterior.

Arturo sintió una fugaz simpatía por aquel arranque de genuina pasión en un tipo solamente ávido de árboles a los que arrimarse.

—No me había dado cuenta —mintió—. Lo han robado del Prado.

—Imposible.

Arturo le resumió los sucesos acaecidos en los últimos meses, silenciando todo lo referente a Mario García y Manuel Cortina.

—Como puede presumir, todo esto es confidencial —concluyó.

—Por supuesto, por supuesto, ya veo por dónde van los tiros. Y ustedes

pretenden que yo les informe de una posible compraventa.

—En efecto.

—Lo intentaré, aunque es improbable que quien lo haya robado intente venderlo. Este tipo de obras están marcadas. Más bien me inclino por un encargo directo. Alguien tan enfermizamente egocéntrico como para tener encerrado a cal y canto esta joya.

—¿Egocéntrico?

—Claro, los coleccionistas son seres extremadamente vanidosos, y el placer de la posesión no acaba de redondearse sin su exposición. ¿De qué sirve poseer una obra maestra si el resto no sabe que eres su dueño?

—Entiendo.

—¿De verdad que no quiere nada? ¿Ni siquiera un bombón? —dijo señalando una caja con la mitad de los moldecitos vacíos—. Son de licor.

—No, muchas gracias. Hábleme del cuadro. ¿Qué tiene de especial para que alguien se arriesgue a un paredón?

Publio Medina se retrepó en su silla y miró la lámina con una expresión arrobada.

—Oh, diga mejor qué no tiene, querido amigo. Está usted ante la obra de un revolucionario, uno de los fundadores de la pintura moderna. Este ilustre desconocido es un puente entre el Medievo y el Renacimiento; fíjese en ese movimiento con que va dotando a las figuras estáticas, esa emoción en sus rostros, en la armonía cromática, en ese milagroso intento de perspectiva natural...

—¿Podría hablar en cristiano?

—Sí, claro, disculpe. Técnicamente, todo en la tabla es sorprendente, pero lo que resulta más inaudito es la perspectiva. La perspectiva es lo que permite trabajar las formas para transmitir las tres dimensiones del espacio. Ya sabe, crecimiento de las figuras, puntos de fuga...

Arturo fingió una mirada palurda.

—Si uno pasea a su perro y se le escapa, la manera de crear ilusión de distancia es pintar el perro más pequeño.

—Pero eso es de perogrullo.

—También es de perogrullo que la sangre circula por nuestro interior y hasta hace poco quemaban a la gente por afirmarlo —se impacientó el

marqués—. Pero eso no es lo importante, lo primordial es que nuestro misterioso amigo logró un sucedáneo de perspectiva natural mucho antes de que el mismo Brunelleschi experimentase con la perspectiva artificial haciendo las dos tablillas con las vistas del Baptisterio y la plaza de la Signoria.

Arturo gesticuló como si no pudiera digerir sus palabras.

—Sí, sí, perdone; en líneas generales, la perspectiva artificial es una perspectiva simple, el paso previo a la natural o compleja; Brunelleschi, basándose en estudios de óptica medieval, digamos que la inventó. Es decir, que es como si nuestro autor anónimo estuviera conduciendo un Ford cien años antes de haberse inventado la bicicleta.

—Pero eso es imposible.

—No del todo. Hay quien asegura que el *Jardín de las Delicias* de El Bosco se adelantó en cinco siglos al surrealismo. De todas formas, todo está en nuestra mirada, a nosotros nos parece un adelantado porque lo vemos con una mirada actual. En su momento, nuestro desconocido amigo no se daba cuenta de lo que hacía.

—Puede que Brunelleschi contemplase en algún momento *El arte de matar dragones* y sacase sus conclusiones para jugar con la perspectiva.

—¿Quién sabe? Lo único indubitable es que la tabla viajó mucho por Italia. Hay escritos que recogen su paso por unas cuantas ciudades.

—Además de la perspectiva, no deja de tener otros alicientes, ¿no es cierto?

—¿Se refiere al simbolismo? —el marqués le miró como sospechando que no era tan inocente—. Fíjese que el siglo XV es una época de grandes cambios, pero en el contexto en el cual es pintada la tabla, principios del XIV, aún se están poniendo las bases para que el Renacimiento fragüe. El humanismo todavía no ha impregnado el arte, desvinculándolo de la religión. Por eso resulta curioso ese interés de nuestro amigo por el mundo cortés, pero desacralizándolo. Esta lucha de San Jorge y el Dragón es más que una alegoría del triunfo del cristianismo sobre el paganismo y el poder de las tinieblas; en realidad, no tiene tanta importancia el enfrentamiento entre el Bien y el Mal, como recalcar la ambigüedad que hay en ellos. El héroe está perdiendo la batalla, pero, ¿sabe que los rayos X revelaron que bajo la

imagen del caballero, hay otro dragón, y viceversa? Como si en algún momento hubiese cambiado de idea sobre la composición y pintara encima. Y esa doncella, en apariencia gozosa ante la posibilidad de no ser liberada. Verdaderamente, es todo muy extraño.

—¿Qué puede significar?

—Oh, ya le digo, la ambigüedad, la relatividad de las cosas. Hay una relación muy mística y estrecha entre el dragón y su matador; el dragón es monstruo, pero también maestro, ya que se sacrifica y revela al héroe, que es también su alumno y por ello ritualmente su hijo, el secreto profundo de su ser. La iniciación acaba con la muerte del iniciador y con su revivir en el iniciado a través de la ingestión de la sangre por el caballero. El héroe sabe muy bien que matar al dragón es matarse a sí mismo, suicidarse como hombre viejo y resurgir como hombre nuevo.

Arturo recordó las fuentes paganas de las que había bebido la ideología nazi.

—Con el mérito añadido —continuó—, de que en esa época hacer este tipo de cosas era arriesgado; ya sabe que la Iglesia siempre vela por nuestra alma pecadora. De todas maneras, puede que no tenga necesariamente un significado literal, puede que jamás se sepa lo que el autor quiso decir, que la pintura carezca de significado concreto. Ocurre con la poesía y la música, al igual que ellas puede limitarse a representar un estado de ánimo.

—Pero, si careciesen de significado, ¿para qué iba entonces a molestarse en introducir tantos detalles?

—Es una observación interesante.

—¿Y qué me dice de la firma?

—AA, ése es otro misterio. En el Medievo el artista no ha comenzado aún a serlo, se considera un artesano, alguien que no firma sus obras. Durante el Renacimiento, debido a las transformaciones económicas, ya empieza a manifestarse con criterio propio, personal, firmando sus obras a diferencia del carácter seriado o imitativo que tenía antes el arte. Nuestro desconocido amigo se queda en el intermedio, aún no abandona su antiguo papel pero ya da pistas de su ego. Ésa es la explicación académica, claro que...

—¿Sí?

—Hay otra más sugestiva. Según la tradición, la manera más eficaz de

derrotar un dragón no es clavándole una lanza, sino pronunciando su nombre. El nombre propio es el secreto mejor guardado de todo dragón, su sonido en boca ajena basta para que caiga desplomado. Quizás esa doble A sea una pista, una abreviatura de su nombre.

—Muy poético, ¿y cuánto puede valer la tabla?

—Oh, es una frivolidad intentar tasarla; no tiene valor, acaso lo que cuestan la pintura y la madera empleada. ¿Cómo poner precio al alma humana?

Arturo no adivinó si el aristócrata se reía de él o era una de sus veleidades diletantes.

—Pongamos que usted ha vendido la suya y necesita otra de repuesto.

Publio Medina tampoco supo dilucidar si sus palabras iban con segundas.

—Alrededor del arte siempre hay un baile de brujas: demanda, oferta, factores coyunturales, modas... Aunque, de todas formas, hay algo claro: las cosas cuestan lo que uno esté dispuesto a pagar por ellas. Ni más, ni menos.

Se quitó las gafas, se restregó los ojos y se las puso de nuevo. A continuación dio vuelta a la lámina y la deslizó por la mesa para devolvérsela a Arturo. Éste contempló a la doncella de ropaje rosa y oro, al caballero parapetado tras su espada cortadora, al dragón de rabo enroscado y vértebras marcadas; un dragón de ojos luminosos y sanguinarios, ávido de su sangre. En algún lugar del mundo. Esperándole.

—¿Le gustan los toros?

La voz del marqués le devolvió a este lado del cuadro y soltó la respuesta que guardaba para los tipos que le producían de indiferencia para arriba.

—Mucho. Los toros me gustan mucho.

—Lo digo por el reloj.

—Ya.

—A mí también me gustan. Es curioso, el otro día me enteré de que en las manadas de toros son los cabestros los que dirigen el cotarro. Me refiero a los castrados. Los toros son exactamente igual que nosotros, los huevos nos quitan capacidad de raciocinio, las mujeres lo saben y ésta es la cuerda de la que tiran de nosotros —dijo señalándose la polla.

Arturo sonrió.

—Claro que qué se le va a hacer —continuó con cachonda jocundidad—,

y el joder, como la cultura, no ocupa lugar.

Publio Medina comenzó a cloquear en un remedo de risa que hizo temblar su papada. Luego, con parsimonia de baja oriental, tiró de un cordón con borla que colgaba a su espalda.

—¿Se ocupará usted del asunto? —le preguntó Arturo previendo el final de la entrevista.

—¿Qué duda cabe? Haré todo lo que esté en mi mano.

—Bien —dijo entregándole una tarjeta—, aquí tiene un número al que llamar en el caso de que descubra algo. Creo que ya le he robado demasiado tiempo.

—¿No cometerá usted la descortesía de marcharse antes del postre? —Publio Medina fingió enojarse.

En ese instante pidieron permiso para entrar y la puerta dio paso a la madame y a una adolescente. Cogiéndola de los hombros la adelantó para exponerla a la mirada garañona de los hombres.

—Hermosa como la muerte, seductora como el pecado, fría como la virtud —recitó el marqués.

Arturo sintió como si una bombillita de fragilísimo cristal se rompiera en su interior. El rostro de la chica, enmarcado por unas macizas trenzas negras, parecía modelado en suave porcelana. Los ojos negrísimo, la naricita respingona, los graciosos hoyuelos que se abrían alrededor de la boca. El panal de pechos y caderas que pugnaban bajo la ropa. La habían vestido con una falda tableteada y una blusa de organdí que la aniñaban aún más. *Un ángel dentro de un ángel*, pensó.

—¿No es un primor? —preguntó Margot.

—Una *madonna* —aseguró el aristócrata respirando entrecortadamente.

Arturo era incapaz de separar sus ojos de la chica.

—Vaya, vaya, parece que ambos compartimos los mismos gustos —se felicitó el marqués.

—Si lo desea, puede estar con ella —le ofreció la madame—. Es virgen, y seguirá siéndolo de momento, pero tiene otras virtudes. Invita la casa.

—Adelante, no tenga dengues —le animó el marqués—, es la que más éxito tiene, pero también la más cara, aproveche.

El rostro de Arturo, hasta entonces cortésano, sufrió una mutación

intensa, doliente. Porque supo que la muchacha era luz, la luz alrededor de la que debía girar, la luz que posiblemente le devoraría.

—¿No es muy joven? —preguntó.

—La fruta madura se pudre, hay que comérsela cuando está verde —dijo Publio Medina.

—¿Cuántos años tienes?

La chica le miró abriendo mucho los ojos.

—No le entiende, es austriaca —le aclaró Margot.

—*Wie altsind Sie?* —volvió a preguntar.

La sonrisa de la chica alumbró hasta la última esquina de su oscura vida.

—*Ich bin sechzehn und halb* —le respondió: dieciséis y medio.

—*Und, Wie heissen Sie, denn?*

—*Wie Sie wollen.*

«Y, ¿cómo te llamas?». «Como usted quiera». Lo dijo sin descaro, con la ingenuidad propia de un estuche tan delicado. Arturo supuso que la chica habría sido educada en las artes eróticas desde muy joven, pero, a pesar de ello, aún guardaba en su interior un fuego inviolable de vestal sagrada. Ella era la virgen germánica, rubia aunque fuese morena, la dama a la que todo caballero debía encomendarse. Y el dragón no podía andar lejos.

—Te he buscado a través de los siglos, por la noche del mundo, sin sueño, siempre buscándote.

Se lo dijo en voz alta con la mirada. La muchacha le miraba sin comprender pero con curiosidad. Una tos fingida de Publio Medina le hizo darse cuenta de que se estaba poniendo en evidencia. Él y Margot le observaban muy desconcertados.

—Decididamente, es usted una caja de sorpresas —constató la madame como para sí.

—Margot, prepárele una habitación a don Arturo y que no le falte de nada.

—No, es imposible, tengo mucho trabajo —argumentó.

—El deber, siempre el deber, todo soldado tiene derecho al descanso del guerrero.

—Se lo agradezco muchísimo, de verdad, pero hoy no puedo.

—¿Otro día entonces? —le rogó la madame con su acento eslavo.

—Quizás, sí.

La mezcla de placer y dolor que experimentaba se le estaba haciendo insostenible. Se disculpó y abandonó la habitación seguido por las miradas sorprendidas de sus anfitriones. Cruzó con rapidez el zoco de placer, pero en el dédalo de pasillos se extravió y hubo de detenerse, obligado a esperar hasta que apareciese alguien. La madame no tardó en presentarse con su sombrero y su gabardina, y le guió hasta la salida.

—Le gusta mucho la chica —afirmó cuando le abrió la puerta.

—Es muy bonita.

—Es mucho más que eso, es un sueño. Nunca tendrá un sueño tan cerca.

—Sí.

—¿Le gustaría saber cómo se llama?

Arturo se ruborizó al darse cuenta de que no había preguntado su nombre.

—Si es tan amable.

—Anna.

—Anna —repitió Arturo como paladeándolo—. Anna.

* * *

La procesión avanzaba con una lentitud acompasada. Era uno de los muchos actos de desagravio al Altísimo que se realizaban en esos días. Encapuchados y penitentes, cargados de cadenas y cilicios, seguían a un Cristo crucificado dentro del helado resplandor de un ataúd de cristal. Los pasos sin ruido, la luz fantástica de las hachas encendidas, los rostros pálidos e inquisitoriales de los fieles, aquella mezcla de vida y de muerte le procuraba a la escena cualidades sobrehumanas. Arturo permanecía encajonado en el portal de la casa de putas, zapateando de frío y contemplando la siniestra estampa de los procesionarios. Intentaba poner orden en sus ideas. Un elemento extraño se había introducido en la corrección cartesiana de su mente. Un elemento que a la vez era indispensable para cerrar el círculo. Anna. Su dama. Eso le llevó a pensar, en una conexión singular, en Vicente. Su escudero. Ahora sólo faltaba el dragón.

El último pabilo de la procesión se escurrió como la cola de un reptil

luminoso, dejando a Arturo bajo la tenuidad fantasmal de las farolas de gas. Anna. No podía dejar de pensar en aquella forma carnal de todos sus sentimientos y deseos. Ya la tenía dentro, siempre la había tenido. Le apetecía quitarse su disfraz de adulto y volver junto a ella, acurrucarse en su regazo. Recordó una de las reglas básicas de la caballería: *proteger a las damas y doncellas*. Hasta ese momento Arturo no había logrado sacarle a la vida lo que quería porque no sabía lo que era, pero ahora sí que lo tenía claro. Anna. Anna. Anna.

Con un automatismo castrense se obligó a retornar a la realidad. Primero al tremolar lejano de la Santa Compañía, al zigzag de murciélagos, y luego a la heroica muerte de Manuel Cortina, a un camión abandonado, a la ambigüedad del teniente García, a la tabla robada, a aquel sinvergüenza de Publio Medina... Sí, cada vez había más piezas sobre el tablero, pero seguía como al principio. Prefirió no darle más vueltas al asunto y dejar que un nuevo día añadiese posibilidades al rompecabezas. Pero para eso debía volver a la pensión donde vivía. A su habitación. A su cama. Y a Badajoz. Notó como un nido de alacranes en su cabeza. Se abrigó del bajón de temperatura que ya anunciaba lo más crudo del invierno y entró en la calle. Mientras caminaba, sintió el primero de los muchos presentimientos que tendría de ser espiado.

Capítulo 4

La lírica en la tortura

La noche no había sido propicia. Casi nunca lo era. Arturo desayunaba solo, con los ojos clavados en los resplandores azules y anaranjados de la chapa de hierro de la cocina. La voz de un locutor desde una radio enorme, de estilo ojival, estaba siempre conectada por las mañanas. Le acompañaba, le impedía pensar. En ese momento anunciaba que el señor Troncoso, presidente de la Federación Española de Fútbol, había declarado que se iba a moderar el profesionalismo en el balompié para evitar que en un futuro los futbolistas fueran unos señores sin trabajo que vivieran exclusivamente del balón. Ligeramente escéptico, Arturo aspiró profundamente el aroma del café con leche; normalmente se veía obligado a tomar un sucedáneo a base de achicoria y malta recolado, más que nada agua teñida de cocer bien cocidos los posos del día anterior, pero esta vez había conseguido, a duras penas, en el mercado negro, una bolsita llena de café. Los oscuros granos eran una cosa fina, rara en aquellos días: *diamantes negros*, pensó. Cogió una rebanada y la mojó. Mientras comía echó un vistazo a la foto del decimonónico matrimonio que presidía la cocina: la dueña de la pensión y su marido de bigotes enhiestos en la postura más difícil para salir naturales. La pensión Rosa se hallaba en el segundo piso de un edificio ya vigilado por la ruina, sin ascensor y con incipientes aureolas en los techos que anunciaban futuras goteras, pero que, al igual que su dueña, aún conservaba la dignidad. Doña

Rosa era una señora de sesenta años, viudísima de un brigada caído en Filipinas, algo escrupulosa, pero de talante jovial y desinteresado. Sobrevivía gracias a pequeños encargos de costura y a lo que le rentaban los alquileres. Tenía diez huéspedes, de los cuales tres eran hijos. Arturo era el más reciente. A pesar de ello, su habitación resultaba de lo más acogedora: techos altos, un baño de azulejos floreados, sólidos muebles rústicos, un mirador rizado de hierros. Estaba a gusto. Radio Nacional, a través del locutorio gótico tardío del aparato, pregonaba que el nuevo régimen no iba a mostrarse indiferente ante el antiguo hábito de trasnochar de la nación, impuesto por una minoría ociosa y cuya nociva práctica implicaba un anormal aprovechamiento del tiempo, disponiéndose a preparar severas medidas para atajar tal desorden, cuando sonó el teléfono en el vestíbulo y doña Rosa entró en la cocina anunciándole que era para él, Arturo se extrañó; aquel número sólo lo tenía el comandante Antonio Bouthellier, su actual jefe en la Segunda, y si le llamaba a la pensión debía de ser algo realmente importante. Atravesó el pasillo y dio los buenos días al primero de los huéspedes que se levantaba.

—¿Diga? —dijo Arturo.

—¿Cómo va el asunto? —era efectivamente la voz ronca de Bouthellier.

—Aún estoy en los prolegómenos, mi comandante.

Al otro extremo del hilo se amontonó el silencio. Arturo conocía lo bastante a su jefe para saber que sus mutis eran más peligrosos que sus ataques de ira.

—Pero ya dispongo de un par de pistas que pueden sernos útiles —añadió.

Bouthellier pareció apaciguarse cuando le reseñó lo que resultaba más claro en sus pesquisas.

—Sabe que el cuñado está apretándonos las tuercas, ¿no? —se refería a Serrano Suñer.

—Lo supongo, mi comandante.

—Cada segundo que tarda en encontrar esa tabla es un segundo más que yo he de darle una negativa, eso también lo sabe.

—Hago todo lo que puedo, mi comandante.

—Me consta, por eso te encargué el trabajo —su tono se suavizó, tuteándole—. Tengo algo para ti. ¿Recuerdas que pediste una lista de

oficiales y carabineros presos?

—Sí, mi comandante.

—No hemos tenido suerte, la mayoría de los que nos hubieran servido volaron fuera del país, pero hay una cosa que te interesará. Logramos traernos de Francia a unos cuantos pájaros. Ingresaron ayer por la noche en la cárcel de Porlier. Entre ellos había uno que se hacía pasar por funcionario de la embajada mexicana. El tipo tenía la documentación en regla... falsa pero en regla —emitió un leve gruñido de placer—. Más tarde fue identificado como Frutos Mota Petit, miembro de la Junta Central del Tesoro Artístico, adjunto al Ministerio de la Instrucción Pública de los rojos. Al parecer, realizó parte del trayecto con los cuadros. Podría serte útil.

—Perfecto. Iré en cuanto...

—Irás ahora mismo —le cortó Bouthellier—. Un coche te recogerá dentro de media hora y te llevará a Porlier. Ya se ha avisado al director de la prisión y podrás disponer del detenido. Weber te acompañará.

Arturo sintió una corriente nerviosa recorriéndole la columna.

—No creo que sea necesario, mi comandante.

—Yo soy quien decido si las cosas son necesarias o no. Y ni se te ocurra entorpecer su trabajo, teniente, tiene instrucciones precisas y sólo responde ante mí. Es una orden.

—A sus...

El teléfono hizo *clic*. Arturo se mantuvo unos segundos escuchando el abismo al otro lado de la línea. En ese momento doña Rosa apareció por el pasillo y se le quedó mirando con preocupación.

—Le han hecho una trastada, ¿eh? —sonrió como si lo hubiera oído todo—. Menuda cara se le ha puesto, hijo mío. Seguro que ha sido su jefe; no haga caso de los jefes, siempre es gente estirada, y hay que armarse de paciencia con los estirados —y después añadió con aire maternal—. ¿Por qué no se termina el desayuno y por un día llega tarde al trabajo?

Arturo asintió y le dio la razón con una expresión desbaratada. Luego observó la cinta métrica que rodeaba el cuello de la mujer, y a continuación el acerico de terciopelo con alfileres clavados que llevaba sobre el pecho izquierdo; aquello podía ser una metáfora de algo, pero no se le ocurrió de qué.

* * *

Una llovizna fina como una gumía caía sobre el empedrado de la calle de Santa Clara. El baqueteado Citroën cruzó la cortina de agua y se detuvo frente a la pensión. En cuanto comprobó que era su vehículo, Arturo acabó de ponerse la gabardina, bajó a la calle y, sujetándose el sombrero, echó una carrera hasta la portezuela. Al volante le aguardaba Weber. Era un individuo macizo, nervudo, vestido de cuero negro y con un semblante pálido que contrastaba con sus ojos azulísimos. Estudió a Arturo con frialdad pero sin animadversión, y tras darle los buenos días con un acento guijarroso se concentró de nuevo en el volante. La Cibeles, verja del Retiro, General Mola, Juan Bravo... hicieron todo el recorrido en silencio, obligados a buscar el mejor trazado entre los baches y socavones que salpicaban el asfalto. Las varillas del limpiaparabrisas aclaraban metódicamente la lluvia. La mole rojiza de General Porlier apareció como una inmensa nave deapestados. Una larga cola de mujeres de negro, algunas con sus niños en brazos, aguantaba estoicamente la nubarrada a la entrada de la cárcel. Arturo pensó que la guerra ya no se sentía, pero cada vez había más luto; ésta era otra guerra, secreta, rencorosa, que se prolongaría más allá de los hijos de los que combatieron. Weber aparcó lejos de la entrada principal y le indicó con señas que le siguiera. Una puerta secundaria, disimulada por la frondosidad de unos árboles pegados a la pared del edificio, fue el destino. Les abrió un brigada velludo y cincuentón que les condujo sin demora a través de una larga galería cubierta de arcadas. Un intenso olor a zotal lo invadía todo. El edificio, con su espacioso patio, proclamaba que antes de prisión había sido un colegio religioso de los muchos que la República había habilitado como cárceles. El taconeo de sus botas se multiplicaba como los ecos de antiguas galopadas infantiles.

—El director no estará presente, no le gustan estas cosas —iba diciéndoles el brigada mientras consultaba los folios de una carpetilla de gomas—. Por otro lado, no se preocupen —apuntó con sorna—, no les molestará nadie.

Se detuvo ante una escalera que descendía hacia los intestinos de la cárcel

y bajó por ella. Al pie, había una puerta con un cartelito de *prohibido el paso* en la que se entretuvo hasta acertar con las llaves. El local de interrogatorios era una sala de calderas, cruzada de tubos y valvulería, y alumbrada por unas escuálidas bombillas encerradas en jaulas de bronce que dejaban extensas zonas en la sombra. Un vello de moho cubría las paredes. En el centro, sentado en una silla y con las manos atadas a la espalda, el penado, vestido con una especie de pijama a rejas, hizo un esfuerzo por levantar su cabeza, apoyada sobre el pecho. Sangraba por la nariz y tenía un moratón en el ojo derecho. A sus hombros había dos soldados. Uno era un oficinista de aspecto gris y cansado que se sentaba ante una máquina de escribir Remington sobre una mesa con rodamientos, y el otro un soldado joven con aire fanatizado que hombreó dándole un codazo al preso en cuanto les vio entrar. Arturo se situó frente al individuo mientras Weber se disimulaba en un segundo plano, envuelto por la penumbra. Las pilosas manos del brigada rebuscaron entre los folios de su carpetilla.

—Frutos Mota Petit —acabó por leer tras un carraspeo—, miembro de...

—¿Por qué se ha golpeado al prisionero? —le interrumpió Arturo fingiendo disgusto, en un intento de cortejar al detenido.

El brigada acusó el esfuerzo de dominarse ante lo que consideraba una imbecilidad.

—Se ha puesto un poco farruco, mi teniente.

—De ahora en adelante no se tocará al prisionero, ¿entendido?

Se hizo un silencio incómodo.

—¿Entendido? —dijo examinando al brigada.

—A sus órdenes, mi teniente —respondió éste con algo de orgullo en su voz.

Arturo miró retador al soldado.

—¿Y tú?

—A sus órdenes, mi teniente.

Ni siquiera se fijó en el oficinista.

—Perfecto.

—Frutos Mota Petit, miembro de... —retomó el brigada.

—Dejémoslo estar —le cortó de nuevo.

Arturo observó al prisionero. El tal Frutos era un individuo grueso, de

cara alunada con una barba entrecana y una mirada de indignación que indicaba que era uno de esos tipos que siempre se hallaban seguros de todo aunque estuviesen equivocados. Sus primeras palabras confirmaron la impresión.

—Veo que usted es el único razonable entre esta caterva de salvajes. Soy un representante del gobierno de la República y exijo un trato humano y un juicio con todas las garantías legales. Esto es un atropello. Y para mayor escándalo, incluso se me regatea la insulina.

Arturo sintió algo de pena. La pobre alma de miniador de aquel funcionario no alcanzaba a concebir que se encontraba a las puertas mismas del infierno.

—¿Es usted diabético?

—Desgraciadamente.

Arturo lanzó una mirada salvaje al brigada.

—Por supuesto, esto no se volverá a repetir, pero de ello nos ocuparemos más tarde. Ahora necesitamos que nos responda a unas preguntas respecto al traslado del Prado.

—No tengo ninguna obligación, y a usted le consta.

El burócrata comenzó a invocar sin orden ni concierto constituciones, tratados y declaraciones de derechos humanos. Arturo no sabía si estaba enterado de las *sacas* y paseos que se efectuaban cada poco, pero tanto si lo estaba como si no, constató que la valentía, en la mayoría de las ocasiones, no era más que falta de imaginación. Su paciencia recurrió a otra de las reglas de la caballería: *ser clemente*.

—Cierto, pero a usted y a mí también nos consta que las circunstancias son un poco especiales. Sería conveniente para todos que colaborara.

—¿Me está amenazando?

—En absoluto, pero creo que no se da cuenta de su situación.

—Exijo un abogado.

—Le voy a dar yo caprichitos a este maricón —estalló el brigada—. Sujétalo, Mariano —le dijo al soldado adelantándose con funestas intenciones.

—Quieto —le ordenó Arturo. El brigada forcejeó atrapado en la cadena de mando.

—No se lo repetiré más. Y usted —se dirigió al funcionario—, no sea cabezón, no puedo marcharme sin respuestas y no quiero que le pase nada. Hágame caso.

—Exijo un abogado —insistió recalcitrante.

—No podemos estar así toda la mañana.

—Tengo unos derechos.

—Yo le sacaré de aquí.

La frase le puso a Arturo la piel de gallina.

Provenía de su espalda, de las sombras que se iban desembarazando de su contenido humano. Weber avanzó hasta que fue visible para el funcionario, se quitó con delicadeza el abrigo de cuero y lo dobló pidiéndole al soldado que lo sujetase.

—Yo le sacaré de aquí —repitió—. Y le llevaré muy lejos, a un lugar en el que jamás ha estado.

Hablaba con la mayor frialdad, sólo por ver cuánto podía crecer una esperanza antes de reventarla. Arturo optó por no intervenir; ya conocía la fama que se había labrado el alemán en el poco tiempo que llevaba como *agregado comercial* en el país. La Gestapo tenía en su plantilla a los artistas de la tortura más refinados de Europa y no dudaba en prestárselos a sus aliados para modernizar sus métodos medievales. Observó cómo sacaba un estuche de su abrigo al tiempo que la sonrisa del burócrata se iba enfriando. En su interior había unas agujas finísimas, brillantes, que estudió con detenimiento mientras mandaba al brigada que atase las piernas al preso y le bajase los pantalones. El militar, adivinando sus intenciones, repartió su muda admiración entre Weber y Arturo como reconociendo su superioridad a la hora de escarmentar rojos. A Arturo, su sonrisa servil le produjo repulsión.

—No sé qué pretenden —argumentó un amedrentado Frutos—, pero esto no quedará así. Responderán ante sus superiommm...

El soldado Mariano le tapó la boca mientras el brigada realizaba con presteza el resto de operaciones. Weber le indicó que le bajase también los calzones. Arturo pensó que con los testículos desmayados y el flácido pene al aire la estampa del funcionario resultaba patética. Weber se situó de rodillas frente a los genitales.

—Hágame una seña y no pasará nada, señor Frutos —le sugirió Arturo.

Frutos Mota Petit frunció el ceño y se encastilló en su fundamentalismo legal. Arturo pensó que aquélla era la revancha de los mediocres, la hora gloriosa de los García y Gutiérrez cargados de hijos y facturas, de los cocidos, de los cafés solitarios, de los opositores sin novia. Podrían estar toda la noche golpeándole, que no cedería un ápice. Weber le miró lúgubrementemente y cubrió con su espalda toda la superficie del martirio. Arturo sólo veía sus codos moverse con gestos cortos y eficientes. Sintió una extraña pesadez en sus testículos. Esperaban bramidos, súplicas... pero la reacción del torturado fue una sorpresa para todos. Éste comenzó a mover la boca como intentando coger trozos de aire, incapaz de respirar, de proferir un gemido siquiera. Un hilillo de saliva le arrollaba por la comisura de los labios. Sus ojos transidos y rígidos parecían contemplar el horror supremo que reinaba en dondequiera que se encontrase. La agonía duró apenas un minuto. Cuando Weber se irguió no había una sola gota de sangre en los genitales. El alemán volvió a guardar las agujas y se puso el abrigo, buscando de nuevo resguardo en las sombras. Recién nacida de la muerte, la mirada del burócrata indicaba que su voluntad había sido completamente dismantelada. Todos estaban asombrados.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó Arturo.

Frutos le miró jadeante.

—Le diré lo que quiera —balbuceó—, pero por Dios, no le deje acercarse —apuntó con sus ojos a la oscuridad.

—Descuide —dijo Arturo desaflojándose la corbata con un movimiento brusco—. Esperen fuera, les avisaré cuando hayamos acabado —les ordenó al brigada y a los soldados.

—¿Y quién va a hacer la transcripción, mi teniente? —preguntó de repente el oficinista.

Arturo le miró con sorpresa. No supo si meterle un paquete o felicitarle por su competencia.

—Aquí no necesitamos que nadie firme confesiones —dijo con firmeza—. Fuera.

Aguardó a que los aludidos cerraran la puerta para desatar al preso. Frutos se frotó las doloridas muñecas con una expresión desvalida.

—Súbase los pantalones —le aconsejó Arturo.

El funcionario se quedó mirando su desnudez con el desconcierto de

quien acabara de despertarse. Se abotonó la ropa con torpeza.

—Estupendo, ¿se encuentra mejor? ¿Quiere un vaso de agua? ¿Un cigarrillo?

—No, gracias. Estoy bien.

—De acuerdo, empecemos entonces. Usted se hallaba en Perpiñán cuando llegaron los cuadros, por lo que le supongo al tanto de ciertos detalles de su traslado.

—Sí.

—Lo que no sabe es que han robado una de las obras.

Frutos boqueó como si le faltara de nuevo el aire.

—¿Cuál?

—*El arte de matar dragones* —el funcionario reaccionó con indignación—. La cosa ya no tiene solución pero, como verá, su información es por el bien del patrimonio nacional, no implica ninguna traición. Cuénteme lo que sepa.

El funcionario cabeceó negativamente.

—No lo entiendo. El tren partió para Suiza con todo perfectamente inventariado y precintado.

—Vayamos por partes. ¿Cuándo se unió usted al convoy?

—Yo estuve con los cuadros casi desde el principio. Dos años y pico.

—Madrid, Valencia, Barcelona...

—En efecto.

—¿Cuántos hombres custodiaban los camiones?

—Era variable, pero aparte de los conductores, oficiales, personal de la Junta y demás funcionarios, solía haber unos cincuenta soldados. No se lo puedo confirmar.

—¿La vigilancia del convoy fue la misma durante todo el viaje?

—Ya le digo, no era fijo, fue a partir de Figueras cuando nos asignaron más protección. Carabineros, sobre todo.

—Pormenorece. Hablamos de qué fechas...

—Llegamos a Cataluña desde Valencia por abril del año pasado. Inicialmente almacenamos los tesoros en el monasterio de Pedralbes y en dos casas particulares de la provincia de Gerona. Pero nos quedamos pocos días; no tardó en recibirse una orden directa de Negrín para que los evacuáramos a

lugares más seguros y próximos a la frontera, justo donde estaba instalada la plana mayor del gobierno.

—¿Qué eran?

—El castillo de San Fernando en Figueras, el palacio de Peralada y una mina de yeso en La Vajol.

—¿Dónde depositaron *El arte de matar dragones*?

Frutos rebuscó en su ordenada memoria.

—Le tocó la mina de La Vajol.

—¿Y antes de pasar la frontera estaba todo?

—Sí, y perfectamente inventariado.

Arturo iba engranando las piezas. Aquello coincidía con su presunción de que el robo se había producido durante el cruce.

—¿Cómo fue el traslado?

El funcionario condensó los datos que seguramente albergaba con una precisión de quilate.

—Entre el cuatro y el nueve de febrero realizamos setenta y un viajes hasta la frontera, salvo el seis y el siete que tuvimos que descansar por los bombardeos que sufríamos. El último día, cuando las tropas faccio... — rectificó azarado—, quiero decir nacionales, no se encontraban a más que unos kilómetros, aún hicimos dieciséis viajes.

Arturo quiso poner a prueba la sinceridad del funcionario.

—¿Sucedió algo fuera de lo normal el último día?

Frutos vaciló, pero su voluntad estaba ahormada por el recuerdo del dolor. Miró de soslayo a las sombras. Los músculos se le aflojaron.

—En el último viaje el camión que llevaba *El arte de matar dragones* no pudo cruzar la frontera, la proximidad de las tropas enemigas lo impidió.

—Partió de La Vajol, ¿no es cierto?

—Así es.

—Continúe.

—No hay mucho más. Al parecer los carabineros optaron por utilizar caballos para pasar las obras de arte por los caminos de montaña. Pocas horas después se unieron al convoy y seguimos hasta Perpiñán.

—Muy bien. ¿Y recuerda cuántos hombres custodiaban nuestro camión?

—Exactamente, no. Entre seis y diez carabineros... pero me parece que

llegaron menos, tuvieron un encuentro con avanzadillas nacionales.

Arturo tomó nota mentalmente del detalle.

—¿Cuántos menos?

—No le podría decir.

—¿Recuerda algún nombre?

—No, lo siento, la seguridad era un tema estrictamente militar.

—Ya... ¿Quién estaba al mando?

—El capitán Segura —Frutos advirtió la expresión expectante de Arturo

—. Pero creo que a estas horas debe andar por alguna parte de Inglaterra.

Arturo se mordió los labios y comenzó a deambular alrededor de la silla con las manos a la espalda. El funcionario se hallaba más pendiente de Weber que de su paseo circular; cuando el alemán salió sesgadamente de la penumbra y le dedicó una escalofriante sonrisa, se descompuso un poco. Finalmente, Arturo resolvió preguntar con más concisión.

—Hubo un accidente, ¿no? Uno de los conductores tuvo que ser sustituido.

—No oí nada de eso —replicó con un tono doblemente afecto—, pero ya le digo, todo el operativo era exclusivamente militar. Además, aquello era una estampida, era difícil enterarse de nada.

—¿Le suena el nombre de Manuel Cortina Molins?

—No.

Arturo frunció los labios.

—¿Recuerda si hubo alguna otra incorporación de última hora?

—¿Incorporaciones? Aquello parecía un avispero. La mitad del país estaba en retirada.

—Me refiero a...

—Sí, perdón —le interrumpió—, enviaron de Barcelona algunos asesores para guiar al convoy hasta la frontera.

Arturo se tensó como un perro que hubiera olisqueado rastro.

—¿Recuerda sus nombres?

—No, pero eran militares. Aunque les reconocería si los viese, como a todos los componentes del convoy. Tengo buena memoria.

Arturo torció el gesto pero apuntó la aclaración. Puso la mano en el hombro del funcionario para establecer una corriente de empatía.

—Lo está haciendo muy bien —recalcó sonriendo—, me ocuparé de que su estancia aquí resulte lo menos embarazosa posible —la siguiente frase la dejó caer por simple curiosidad—. Sería complicado cargar en caballos lo que había en la mina, ¿no?

Frutos compuso un semblante ligeramente atribulado.

—Es curioso, pero a aquel lugar se destinaron sólo las obras de menor tamaño y peso. El mismo Negrín insistió mucho en ese punto.

—¿Negrín? ¿Qué tenía que ver en la organización del traslado?

—Nada, pero a partir de Cataluña estuvo muy pendiente de lo que se almacenaba en La Vajol. Quería que la seguridad se llevara a rajatabla. Es más, aprovechando que él se había instalado cerca, en el pueblo de Agullana, hacía de vez en cuando inspecciones en la mina.

—¿Había algo especial allí?

—Eso es lo extraño, las obras más importantes, los Goya, Velázquez, Tiziano... estaban en el palacio de Perelada. En La Vajol había cosas irremplazables, sí, la misma tabla es un ejemplo, pero en comparación con lo que se guardaba en los otros sitios era calderilla.

A Arturo le pareció oír cómo empezaba a rechinar todo el mecanismo indagatorio que había construido.

—No me diga.

En ese instante Weber salió de entre las sombras y su rostro equino volcó todo su escepticismo en una sonrisa. Frutos empezó a sufrir una desagradable sensación de aire respirado. Arturo sintió una leve ansiedad mordiéndole el estómago. La escala de silencio llegó a su punto máximo.

—No nos has dicho toda la verdad —susurró el alemán con más desencanto que reproche.

—He dicho todo lo que sabía —aseguró Frutos.

—Yo huelo la mentira. Y tú estás mintiendo.

—No es cierto, he respondido a todo, he colaborado con ustedes —su rostro iba lacándose de sudor.

—No nos has dicho toda la verdad.

—No, no es cierto.

—Mientes.

—Por favor, créame.

Su voz era cada vez más escasa. Una línea de falla se le iba abriendo progresivamente y un súbito temblor, embrión de las lágrimas que deseaba verter, le recorrió. Arturo tardó en darse cuenta de que aquella era otra tortura, todavía más sutil que la de las agujas. Weber se adelantó con el estuche de nuevo en sus manos.

—Por favor, por favor...

Frutos no dejaba de suplicar al alemán. Estaba desatado pero, como un ratón hipnotizado por un reptil, ni siquiera se le pasaba por la cabeza resistir. Cuando le vio sacar una aguja se encorvó bajo el peso de su miedo y vomitó desde el desayuno hasta la cena. Weber se quedó mirando cada uno de sus espasmos y terminó por guardar sus instrumentos. Seguidamente murmuró algo en su idioma, tan bajo que Arturo no pudo interpretarlo, y luego procuró que sus palabras sonaran como un refugio.

—Le creo, señor.

Cogió una de las manos del funcionario, resbaladiza como un pescado, le elevó la cabeza hasta que pudo mirarle a los ojos y le pasó su palma por la frente dejando un rastro oleoso.

—Le creo, señor —repitió—. Le creo.

Arturo confirmó en los agradecidos ojos de Frutos que *agonía* era la palabra más larga del mundo. Cuando comprobó que poco más podría sacar del funcionario, ordenó al brigada y a uno de los soldados que entrasen y se llevaran al preso con la advertencia explícita de que le asignaran un régimen de favor, con un control diario por parte del médico de la cárcel de sus inyecciones de insulina, del que haría responsable al mismo brigada, y la inclusión de un avío con artículos de aseo y recado de escribir. En cuanto mencionó esto último, Frutos aún dio una muestra más de su suicida valor, y carraspeando para llamar su atención preguntó si sería posible que le dejaran la Remington que había traído el oficinista. Arturo no acababa de creerse la audacia de aquel hombre. Y al añadir que la única manera legal de elevar sus quejas era por conducto reglamentario y mecanografiadas («en papel timbrado, por supuesto», especificó), no pudo reprimir una carcajada. Miró la máquina de escribir. Miró a Frutos. Y tras encontrar un razonable parecido en su diseño cuadriculado, le concedió el deseo con una mueca de haberlo visto todo después de aquello. A continuación, ordenó que le condujeran a la

salida.

La lluvia seguía poniendo a prueba la paciencia de los hombres. La fila de mujeres que aguardaba en la entrada principal exhalaba ahora hilachas de vapor. Una vez en el coche, Arturo esperaba que el alemán hiciese referencia a lo que acababa de suceder, pero Weber no decía nada, ni tampoco parecía impaciente por hablar. Solamente tras prender el motor le preguntó dónde desearía que le dejara. Arturo contempló durante unos breves instantes el parabrisas ocelado de gotitas y le indicó con displicencia que fuera conduciendo, que ya le diría dónde parar. Se dedicó a ver pasar las calles. Aquel punto de vista sobre la nada fue poco a poco ocupado por la imagen de un molinillo que iba reventando los granos de café, por el profundo olor de sus partículas, por una taza llena de oscuro y humeante líquido... y por Anna, envuelta en un *chipao* de seda negra y cuello alto, bordado de dragones que se le enroscaban a la figura, ofreciéndosela con unos ojos aún entibiecidos por el sueño.

Capítulo 5

El marfil de la torre

La villa del coronel Gandía se levantaba con una calidad de templo pagano: en su interior guardaba uno de los ídolos más inquietantes del régimen. Arturo contemplaba su fachada en pleno centro del barrio de Salamanca desde un bar cercano. Llevaba allí un par de horas, desde que Weber le acercara en su automóvil. Tras comer algo, se había pasado el tiempo rumiando los hechos delante de sucesivas achicorias, debido a la escasez de café en la calle. Fuera, la lluvia había continuado colocando sus dedos sobre cada centímetro cuadrado. Echó un último sorbo y consultó los brazos del torero de su reloj; después comprobó por otro reloj de propaganda de Anís del Mono que eran las cuatro y media. Se levantó del velador. Durante el recorrido hasta el jardincillo posterior que ponía coto al paseo, Arturo sintió la misma angustia infantil que le asaltaba siempre que se disponía a entrar en casas ajenas. Abrió la chirriante verja y cruzó la parcela. En cuanto golpeó el aldabón, no tardó en aparecer un criado con una librea azul correctamente abotonada hasta la sotabarba, que tras confirmar su identidad le hizo pasar al interior y le condujo a la sala de espera en la que aguardaba el secretario con quien había concertado la cita. Mediante las habituales fórmulas de cortesía, éste le guió a través de amplias habitaciones sorprendentemente vacías o salpicadas aquí y allá de muebles y cuadros cubiertos de lienzos blancos. Por fuera, el edificio no parecía gran cosa, pero por dentro se magnificaba. Y el

eco de sus pasos agrandaba todavía más las estancias.

La habitación donde le esperaba el coronel estaba al final de una antesala con aire de estado. Al penetrar en ella Arturo tuvo la impresión de entrar en una capital dentro de otra capital. Una luz de ceniza a través de un gran ventanal recortaba colores y volúmenes. La habitación era la biblioteca de la casa y la única que aún permanecía intacta. La amplia sala, amortiguada por los miles de libros que se subían por las paredes, desprendía una atmósfera de recogimiento con matices mundanos, y exhibía una rara belleza a base de bronces, maderas nobles y lomos de infolios e incunables. Entre las pinturas había un par de hermosísimos retratos que le llamaron poderosamente la atención: uno flamenco del primer Habsburgo, Felipe I, más conocido como el Hermoso, y otro dieciochesco de Luis I, toda una reivindicación histórica de un reconocido monárquico hacia dos sensatos reyes de España que siempre se olvidaban en las listas del trono hispano. José Gandía Alférez, vestido con un traje color marfil de corte inglés, se hallaba de pie frente a una de las estanterías buscando entre los lomos de los libros. Su nuca afeitada formaba pliegues como una frente fruncida. Arturo no había tenido nunca trato directo con él cuando trabajaba a sus órdenes, pero le había visto en alguna ocasión. Normalmente, procuraba no adornar a los hombres con el prestigio de su función, pero en este caso resultaba casi imposible. Aquel individuo pequeño, de rasgos rocosos, había sido el alma de una gigantesca y compleja organización sobre la que había ejercido un poder omnímodo. Su biografía era bien conocida en los círculos internos del régimen: se había unido al levantamiento del 18 de julio debido a la que entonces era la esperanza de gran parte de los golpistas: la restauración monárquica. Con el cese de las hostilidades, y ante la constatación de que Franco no albergaba intención alguna de abandonar el poder, Gandía se había desvinculado de las esferas de poder con una carta reprobatoria dirigida al mismísimo Caudillo y regresado a la que había sido una de sus actividades antes de la guerra: la abogacía. Desde entonces había sobrellevado su decepción política sin mover un dedo para hostilizar al gobierno franquista, pero sin hacer tampoco manifestación de adhesión, convirtiéndose así en un personaje polémico e incómodo.

En ese instante el coronel extrajo el libro que buscaba y simuló que

acabara de darse cuenta de su presencia.

—Ah, está usted ahí —había cierta ironía en sus palabras—. Arturo Andrade.

Arturo se cuadró *a las órdenes de usía* y no tardó en sentirse cercado por su mirada fija y averiguante. Su rostro de dios primitivo se entretuvo en contemplarle de arriba a abajo, hasta que una sonrisa de complacencia indicó que daba su visto bueno.

—Descanse. De ahora en adelante puede apear el tratamiento, bastará con el usted. ¿Le gusta nuestro amigo comunista? —dijo alzando el libro, un ejemplar de *España en el corazón* de Neruda.

—No suelo leer mucho.

Arturo logró utilizar con aplomo su técnica de aparentar tosquedad.

—Claro que lee, Arturo Andrade —Gandía sonrió—, por desgracia y por fortuna la inteligencia es tan difícil de ocultar como la falta de ella.

—Disculpe.

—No tiene por qué, es su oficio, nuestro oficio. ¿Y qué opina de Neruda?

—Es un buen poeta.

Gandía levantó un dedo admonitorio.

—Es un gran poeta. Lástima que en estos tiempos tienda a mezclar su poesía con la política: la poesía siempre sale perdiendo.

Le señaló con su mano sarmentosa un par de butacones y le invitó cortésmente a tomar asiento. Una suave fragancia a *after shave* le precedía; Floid, reconoció Arturo.

—Se habrá dado cuenta de la precariedad del marfil de mi torre —continuó—, apenas puedo ofrecerle algo de beber.

—Muchas gracias, no es necesario.

—Me mudo a Soria, el aire de Madrid está un poco enrarecido para mi gusto. Mi familia se ha marchado esta mañana. Yo aún me quedaré unos días para arreglar unos asuntos —le miró de nuevo como si leyese en todo su cuerpo—. Usted dirá.

Arturo carraspeó.

—Le supongo enterado de lo que ha pasado.

—A grandes rasgos. Pero usted me pondrá al día.

Arturo le resumió lo que había conseguido hasta el momento, omitiendo

deliberadamente su visita a Porlier.

—Entiendo. ¿Y qué desea de mí? —le instó Gandía.

—Como antiguo jefe del SIPM usted tuvo acceso a determinada información que ahora necesitamos.

—¿Por ejemplo?

—¿Qué operaciones se llevaron a cabo en la frontera durante la época en que el convoy se disponía a pasar a Francia?

—Mmm... Muchas, desde luego. Pero en lo tocante a usted, seguramente preferirá el seguimiento de personalidades de la República.

—Explíquese.

—En esas fechas, me refiero entre finales de enero y principios de febrero, los altos cargos tanto del gobierno de la República como del vasco y catalán, se concentraron en poblaciones cercanas a la raya de Francia. Era lógico que nosotros quisiéramos estar al corriente de sus pasos para posteriores detenciones.

—¿Y qué hay del Prado?

—El Prado era algo secundario, no había sitio en Europa donde esconder el museo, pero las personas sí que podían escurrírsenos por cualquier agujero.

—Así que encargaron a Greta tender las redes de pescar peces gordos.

Gandía no pudo ocultar un turbio fulgor en sus ojos.

—¿Qué sabe de Greta?

—Lo que usted desee contarme.

Por la manera como entrecruzó los dedos de sus manos, Arturo adivinó que Gandía iba a ponerse a la altura de su leyenda.

—Sun Tzu —dijo con evidente placer.

—Fue un general chino —acotó Arturo sin esperar confirmación.

—Sí, un estratega del siglo V antes de Cristo. Escribió un librito titulado *El arte de la guerra*.

—Le aseguro que no lo he leído.

—Le creo —esbozó una sonrisa—. En ese libro habla de muchas cosas, y en particular de nosotros. Habla de que los buenos guerreros vencen primero y luego van a la guerra. De que ello sólo es posible si se reduce en todo lo posible la incertidumbre respecto al enemigo. Y habla también del espía perfecto; un espía que no tiene forma, que se adapta a cualquier accidente del

terreno. Un espía capaz de contar lo sucedido como ficticio, lo ficticio como hecho, lo hecho como quizá sucedido, o quizá imaginado, o quizá mal recordado. Greta era ese espía.

—¿Por qué?

—En una época en que el SIM contaba con más medios que nosotros y estaba mejor organizado, Greta logró montar una red de quintacolumnistas en Barcelona a la que denominó el Círculo, que luego extendió a toda Cataluña. Durante el desconcierto de los primeros meses cayeron muchos agentes, pero poco a poco fue dotándola de una eficiencia que, sinceramente, nos sorprendió. Y más dada la chapuza de la mayoría de los otros grupos...

—¿Cuáles eran exactamente sus actividades?

—Un poco de todo: contrainformación, sabotajes, atentados... Lo habitual. Pero no se trataba sólo de las actividades clandestinas que llevaba a cabo, en realidad aportó un nuevo estilo al oficio; de Greta fue la idea de fomentar el derrotismo y la anarquía en la zona republicana, no enfrentándose al gobierno o a los sindicatos, sino propugnando la revolución y ensalzando la figura de los milicianos, lo que implicaba una negación de la disciplina militar y por tanto la ineficacia en el campo de batalla. También organizó las células subversivas de manera triangular, de manera que un jefe designaba a otros dos individuos y así sucesivamente, creando compartimentos estancos en caso de denuncia, etcétera, etcétera...

—Ya veo, un artista.

—No, simplemente alguien que superó nuestra españolísima propensión a la impulsividad y la improvisación.

—Deduzco que Greta dirigía las operaciones en la frontera.

—Dentro del programa de objetivos que se le ordenaba.

—¿Con total libertad de acción?

—Salvo instrucciones concretas, sí, puede decirse que sí.

Arturo ponderó en silencio las respuestas.

—¿Y quién es Greta? —se decidió a preguntar.

Gandía no respondió de inmediato; se levantó y fue a echar un vistazo por el ventanal. El cielo parecía de papel sucio, y la lluvia era tan delgada que no estuvo seguro de si seguía cayendo. Un charco lleno de temblores se lo confirmó.

—No lo sé —acabó reconociendo. El rostro de Arturo reflejó su desconcierto.

—¿No conoce a uno de sus principales agentes?

Gandía le miró con un algo de excusa.

—Fue Greta quien se puso en contacto con nosotros. A cambio de dinero y apoyo logístico nos ofreció la posibilidad de tener en Cataluña un brazo ejecutor. De su capacidad para planear acciones y dirigirlas nos dio sobradas muestras. A cambio, sólo pedía una cosa: anonimato.

—Pero eso es increíble. Podía ser cualquier cosa, una trampa del SIM, por ejemplo. ¿Cómo aceptaron?

—Precisamente porque la maniobra era demasiado burda como para no ser verdad. Como es lógico, le exigimos antes algunas pruebas que cumplió satisfactoriamente.

—Pero aun así fue una irresponsabilidad.

—Mire —su tono agrio indicaba que no había olvidado quién mandaba allí—, como hombre me he equivocado muchas veces, pero como soldado, nunca.

—Disculpe, tiene razón. No soy nadie para juzgarle.

Gandía se calmó.

—Claro que siempre es más fácil ser soldado que hombre —contemporizó—. En realidad tiene usted razón, Arturo Andrade, no le puedo asegurar que Greta no hiciera un doble juego con los republicanos, aunque, en ese caso, procuró mantener un inteligente equilibrio de fuerzas hasta que la guerra se decantó de nuestro lado. De todas formas, doy lo perdido por lo ganado.

—¿Qué fue de Greta cuando acabó la guerra?

—Se esfumó. Desapareció. No hemos vuelto a saber nada.

—Un desinteresado patriota —dijo Arturo con un punto de ironía—. Bien, ciñámonos a lo nuestro. ¿Sabe la identidad del resto de agentes en Cataluña?

—Por supuesto.

—¿Le suena el nombre de Mario García?

—Agente 9517: el principal hombre de Greta en la frontera. Ascendido a teniente por sus excelentes servicios. Ahora está en Capitanía.

—Eso creo. ¿Cuál era exactamente su labor?

—Remitir informes sobre los movimientos de la cúpula republicana: Azaña, Martínez Barrio, Negrín...

El apellido del presidente del gobierno despertó su interés.

—Hágame un resumen.

Gandía dejó la ventana y volvió a sentarse con parsimonia.

—No hay mucho que contar. La mayoría de las personalidades se repartieron entre diversas poblaciones de la frontera en previsión de la huida definitiva. El 1 de febrero Negrín montó su pantomima en las caballerizas del castillo de Figueras: la última sesión de las Cortes de la República y sus ridículos *Trece Puntos*. Supongo que tendrían como fondo musical nuestra artillería. El mismo Azaña no compareció tachándola de bufonada. El domingo 5 de febrero comenzó el paso de la frontera de los cortejos presidenciales: Azaña, Companys, Negrín, José Antonio de Aguirre... una larga lista.

—¿Qué fue de Negrín?

—Se arrepintió y volvió para intentar reorganizar el ejército, pero al levantarse Casado en Madrid comprobó que la situación se ponía realmente negra y cogió un avión para Francia.

—Ya, y a todo esto... ¿llevaban algo más de importancia en el convoy? Quiero decir... —Arturo procuró que sus palabras no reflejasen nada—, ¿informó el teniente Mario García de algún traslado de documentación, armas, dinero... o de cualquier otra cosa que pudiera cargarse en los camiones?

—Archivos, material burocrático, armas... De todo eso siempre hay en una retirada, sobre todo en Figueras, donde estaba el gobierno. Pero nada especial.

—¿Y de los hombres que conformaban el convoy? ¿Listas de altas y bajas?

—Mire, un solo agente infiltrado no podía estar en todo. Y considerando que, además de las medidas de seguridad que protegían el convoy, por esas fechas el SIM había desplazado toda su maquinaria a Barcelona, endureciendo la represión, tuvimos mucha suerte de contar con alguien dentro.

—¿En calidad de qué?

—¿A qué se refiere?

—¿Cuál era su coartada?

—Servía en transmisiones.

—Por supuesto. El lugar ideal para interceptar información.

Entre los dos se hizo silencio. Gandía lo aprovechó para tirar de una leontina de oro y sacar su reloj, como demostrando lo precioso de su tiempo. A continuación miró a Arturo con una expresión granítica.

—Usted pertenecía al departamento de criptografía.

—En efecto. Creí que no sabría quién era.

—No sería un buen jefe si no conociera a mis hombres. Y, dígame, ¿piensa que será capaz de descifrar este enigma?

—Al menos lo intentaré.

Gandía cabeceó y, volviendo a levantarse, se acercó a la ventana.

—Pronto llegará el tiempo del turrón y las castañas —se confirmó a sí mismo—. A mis nietos les encanta.

Arturo se sorprendió de aquella muestra de humanidad. Tanto como de las mullidas pisadas que se oyeron en la habitación. Gandía se giró con una sonrisa.

—Franquito, ¿por dónde has entrado?

Un perro baboso y de raza indeterminada caminaba de un lado a otro de la habitación con la mirada perdida, como si buscara algo. Husmeaba, circundaba patas de mesas, se encaramaba en los sofás; todo aquel ritual, ejecutado en la más solemne de las indiferencias hacia la raza humana, concluyó cuando se quedó completamente tieso vigilando con sus ojos porcinos un punto concreto de la estancia. Los dos hombres siguieron su mirada hasta aquella esquina vacía.

—Los animales captan cosas inimaginables para nosotros —dijo Gandía—. ¿Qué estará viendo en este momento?

Arturo dio un respingo. En ese momento el perro se erizó de la cola hasta las orejas y soltando un espantado lamento, salió disparado hacia las protectoras pantorrillas de su dueño. Gandía se lo sacó de entre los dobladillos del pantalón y lo hizo una bola contra el pecho, achuchándole.

—Ya pasó, Franquito, ya pasó —le mostró el perro a Arturo—. No me

diga que no son iguales: gordo, culibajo y cobardica.

Arturo se tragó una carcajada.

—Por menos se ha fusilado gente —le advirtió.

—Sé demasiado. Lo máximo que puede hacerme es lo que ha hecho —
aseguró mirando con nostalgia la casa.

—Lo siento.

—No lo sienta. Era previsible. En esta maldita guerra hemos perdido
todos, los que ganaron y los que perdieron.

Dejó el perro en el suelo, que fue inmediatamente a husmear los zapatos
de Arturo, y se dirigió a la biblioteca. Arturo aprovechó que estaba de
espaldas para propinarle un punterazo al hocico de la mascota, que soltó sus
últimas babas en un sonoro estornudo y se fue a sentar en el sillón que había
ocupado su amo.

—Mi coronel —recuperó adrede el tratamiento—, ¿puedo pedirle un
consejo?

—No doy consejos —contestó Gandía con sequedad.

—Una opinión, entonces.

—Respecto a qué...

—Pues... Todo este asunto, ¿qué le parece?

Gandía ni siquiera se dio la vuelta.

—¿Conoce usted el principio de Ockham? —preguntó.

—La explicación más sencilla de un hecho suele ser la correcta.

—Muy bien, pues Ockham era un maula.

* * *

Arturo aspiró con fuerza el olor a humedad y nitrógeno. La lluvia había
pasado, pero aún se la sentía cerca. En su lugar, una neblina a nivel de los
tobillos permanecía estancada en la calle. Apoyado en la barandilla de su
balcón contemplaba una atormentada planicie de tejados, buhardillas,
chimeneas y azoteas. En una ciudad que cada noche se preparaba para dormir
ajustando un agujero más en la hebilla del hambre, él era un hombre con
suerte: había cenado. Se notaba satisfecho, pero no podía quitarse de la

cabeza al coronel Gandía. Le veía tan nítidamente como si estuviera delante. Antes de marcharse le había dado la mano y le había dicho que no sabía en lo que se estaba metiendo ni le interesaba, pero que si quería ser un quijote, tuviese en cuenta que había molinos de viento muy peligrosos. Luego se había quedado mirando su Longines sin hacer ningún comentario más. La frase se le había clavado como un estoque. Ya era la segunda vez que alguien hacía referencia a su obsesión. Vicente también lo había intuido. Parecía que estuviese hecho de un material transparente y que cada persona sensible viese a través de él. Nunca había albergado intención de ser un mártir: el Héroe no tenía por qué morir.

Sólo deseaba encontrar aquella maldita tabla. Y volver a ver a Anna. De repente, tuvo la sensación de ser observado y en un gesto maquinal exploró la calle. No había nadie. Nada salvo la niebla caracoleando en una esquina cercana, como si una presencia la hubiera cruzado hacía poco.

Capítulo 6

El genio del lugar

Había perdido de nuevo el tranvía. Lo contempló apoyado en el poste con el cuadrado rojo de la parada discrecional, a medida que se alejaba triturando los raíles con su carga de hombres bostezantes. Observó con curiosidad cómo el duro roce de metal contra metal era amortiguado por la arena que el tranviario iba arrojando desde un depósito. Arturo no estaba irritado, se había acostumbrado a andar y aquella mañana se había levantado de un humor excelente: no había tenido pesadillas. Se sonó su nariz encendida por el frío, se arrebujó en la gabardina y se caló el sombrero. Mientras atravesaba la ciudad se repetía que aquél podía ser uno de esos días dichosos, aburridos de tan parecidos. Casi como una confirmación divina, se cruzó con un trapero que tiraba de un carro con una traperita en su pescante, que venía tocando la campanilla y que le dedicó una sonrisa. Los buenos augurios no cesaban y un poco más allá, ante una tienda recién abierta, un grupo de gente se arremolinaba hipnotizada por su escaparate. Arturo se detuvo unos segundos. ¿Una joyería nueva?, ¿una pastelería? Cuando fisgó en su interior también quedó fascinado. Distribuidos en pequeñas islas, bidés de tersas lozas, lujosos retretes de dos tapas, elegantes cisternas bajas, grifos relucientes, nítidos, puros. En aquel Madrid de miseria, las casas con baño eran tan raras como el tabaco en la España colombina.

Justo antes de llegar a Gobernación, el paso matinal de unos requetés le

obligó a detenerse. Orillado, un reguero de manos alzadas y voces imperiales jalonaban la marcha. Arturo repartía su atención entre soldados y civiles cuando, de repente, distinguió entre éstos últimos el rostro congestionado de Mario García. El humo de un cigarrillo trazaba lentas espirales sobre su inquietante mirada. Se encontraba en la acera de enfrente pero, debido a la distancia, Arturo no pudo discernir si también le había visto o simplemente se dedicaba a contemplar el desfile. Con vistosidad y aparato, el último de los requetés cerró la columna que se iba alejando sincronizadamente. Arturo despistó un segundo la vista en su boina roja, y cuando la volvió hacia Mario García se encontró con un rostro desconocido y de apariencia tuberculosa. Buscó con ansia la cara del teniente entre los fortuitos espectadores, que ya se iban disolviendo, sin éxito. Barajó la posibilidad de haberse equivocado y concluyó que no: las caras no se le despintaban con facilidad.

Aquello reforzó su intención de tener otra entrevista con él; acaso recordara nuevos datos que le ayudarían a continuar la búsqueda. Cuando ya enfilaba para Gobernación, oyó a sus espaldas un *don Arturo* fatigoso y una carrera cojitranca. Al girarse, se encontró con Vicente. Allí estaba, feo como un demonio, con su caja de limpia y una sonrisa que le daba la vuelta a la cabeza. Arturo se alegró de verle, aunque supo que le pondría en una situación embarazosa.

—Dichosos los ojos, don Arturo.

—Lo mismo digo, Vicente.

—¿Cómo usted por aquí? —dijo señalando con su caja el ministerio.

—Nada importante. He venido a resolver unos papeles —improvisó—. ¿Cómo te va?

—Dios aprieta pero no ahoga. Aunque si no fuera por usted ni siquiera apretaría.

—Ya te dije que eso está olvidado.

—Perdone, don Arturo, sé que soy un bruto, y un pesado, pero es que nadie había hecho nunca algo así por mí. Y llega usted, un señor, y le canta las cuarenta a aquella bestia. Ya me entiende, que me podía haber costado un disgusto.

—No fue para tanto, Vicente.

—Que yo sólo soy un pobre diablo, que nunca me he metido con nadie,

don Arturo, y que las he pasado moradas aquí y allá, en África...

El betunero seguía riéndose, pero mientras lo hacía iba soltando unos lagrimones como los de cuando no reía.

—Ya, ya... —le consoló Arturo; sacó su pañuelo pero recordó que lo había usado hacía nada—, espera, he de tener otro en algún bolsillo. Toma.

Vicente cogió el pañuelo que le ofrecían y se sonó con fuerza. Estuvo así un buen rato.

—Como sigas vas a sacarte el cerebro por la nariz.

El limpia casi se ahoga con sus mocos al contener la risa.

—Es que me emociono. Usted perdone.

—Recuerda que me debes un servicio gratis.

—Y lo que se tercie, don Arturo, y lo que se tercie —apretó el pañuelo como sellando un pacto—. A propósito, y si no es indiscreción, ¿arregló usted aquel asunto que se traía?

—Me vino muy bien lo que me contaste.

—Me da un alegrón. ¿Es por eso por lo que está tan contento? Nunca le había visto así.

—Puede.

El enano le escrutó con unos ojos como rendijas.

—Pues a mí se me antoja que o le ha dado muy de mañana al morapio o algo hay que le interesó el corazón.

Arturo sonrió.

—O sea —continuó—, que la cosa va de faldas. Si ya se lo decía yo, don Arturo, no hay nada como echar un polvete para que el personal esté pacífico.

—No, es algo más que eso.

—Vaya —dijo con complacencia—, ¿y cómo es ella?

Arturo se quedó con la mirada perdida pensando en cómo haría un caballero para describir su dama a su escudero. Habló suave, acariciando las palabras.

—Ella es la cosa más bonita y terrible del mundo.

—Sí que ha de ser guapa —Vicente parecía algo preocupado.

—¿Hay algún problema?

—Pues que va a tener que gastar muchos duros con ella. Pero no se preocupe, yo me encargo de conseguirle medias de *nilón* tiradas de precio.

—No te entiendo.

—Pues que si es tan buena moza como dice, tendrá que ir regalándole cosas para que vea que hay posibles. Que ellas no pierden el sentido práctico ni bajo la luz de la luna, don Arturo.

—Pero qué animal eres, Vicente.

—Bueno, ya me dará usted razón; por lo menos llévele unas conservas, que también tienen su quedar bien.

—Ya miraremos —Arturo sonrió y le mostró su reloj—. Ahora he de irme, que se me pasa la hora.

El limpia también esbozó una sonrisa.

—Con ese reloj no tiene problema de que se le pase ninguna hora. Pero no le distraigo más, don Arturo, lo siento por el pañuelo, pero no se preocupe que yo se lo lavo.

—Es tuyo —le ofreció Arturo—. Nos vemos en el Ibérico.

—Nos vemos, don Arturo.

* * *

La montaña de expedientes que había apilada sobre su mesa le hizo blasfemar con dureza. Algún inepto seguía sin enterarse de que estaba fuera del aparato represivo. Se sentó tras el escritorio y se quedó mirando todas aquellas vidas trasapeladas. A su lado, el Cristo de bronce que utilizaba como pisapapeles también las miraba. Aquel pobre hombre que agonizaba en la cruz era el mismo que había caminado sobre las aguas o resucitado a la hija de Jairo. Si ni siquiera Él supo por qué Dios le había abandonado, ¿cómo podían aquellos mortales saberlo? Arturo también pensó que estaba solo, que nadie le ayudaría a dar con la solución. Se le apareció el rostro de Manuel Cortina. No conocía su cara, así que le puso la misma del dios sacrificado. Seguía sin ocurrírsele ninguna manera de continuar. Recordó el fortuito encuentro con Mario García: tuvo la esperanza de que el teniente se hubiera dejado alguna cosa en el tintero, debía presionarle un poco más. Descolgó el auricular, y justo cuando iba a meter el índice en una de las celdillas del dial, pidieron permiso para entrar. Era uno de los mecanógrafos encargados de copiar las

listas. Iba a abroncarle cuando le comunicó que había un tal Publio Medina al teléfono solicitando hablar con él urgentemente. Accionó el conmutador que pasaba la llamada y le ordenó retirarse.

—¿Don Arturo Andrade? —era la voz excesiva del marqués.

—Al teléfono.

—Es un milagro, pero tal vez recuperemos la tabla.

Arturo se quedó sin voz.

—¿Sigue usted ahí? —preguntó el marqués.

—Sí, sí, continúe.

—Uno de mis contactos recibió a un tipo que pretendía venderle la tabla. Tiene una casa de empeños en la Carrera de San Jerónimo, y normalmente es gente que no hace preguntas, pero al reconocerla no quiso mancharse las manos. Eso sí, prometió buscarle a alguien interesado y después me avisó de inmediato.

—Pero, ¿no me dijo usted que nadie intentaría vender ese tipo de obras?

—Habitualmente es así, pero ese tipo conocía el percal. Se la ofreció a uno de los marchantes más granujas del negocio. Y, entre nosotros, da igual que esa tabla pertenezca al patrimonio, le puedo asegurar que en dos días volvería a desaparecer, y esta vez para siempre. Ya sabe la cantidad de rufián que hay.

Arturo sonrió ante la caradura del marqués.

—Muy bien, ¿cuándo podemos citarnos con él?

—Podemos tomar el aperitivo en Chicote, si le apetece. Está usted convidado, naturalmente.

—Allí nos veremos.

—A propósito, espero que no le suene interesado, pero, ¿qué parte del negocio me llevaré yo?

—Cumplir con su patriótico deber de denuncia.

—Sí, pero entiéndame...

—¿Le parece poco seguir como hasta ahora?

Un oscuro silencio hormigueó en el auricular.

—Por supuesto, por supuesto —respondió el marqués con premura—, no me interprete mal.

—No tenga apuro.

—Pues allí le espero. Ya sabe, Gran Vía. Y arriba España.

—Arriba.

* * *

«De Chicote al cielo y de allí un agujerito para ver Chicote», le dijo Publio Medina mientras le ofrecía un silla. Arturo se sentó echando un vistazo sesgado al local. Era la primera vez que entraba en aquel santuario de la diversión madrileña, a causa sobre todo de sus prohibitivos precios. Todo era como le habían contado. Los botones de uniforme verde, los globos eléctricos de luz blanca, y las mujeres equívocas esperando tras sus cócteles. Sólo una vez inspeccionado el establecimiento se fijó en el tercer ocupante de la mesa. También estaba gordo, como Publio, y camino de serlo aún más. Pero lo que en uno era libido de cabrón en el otro era atildamiento sarasa. Rosado de cara y con ojos azulados, llevaba en la mano derecha un enorme anillo destellador y en la cabeza un plafón de cabellos engomados para cubrir su incipiente calvicie. En circunstancias normales, su llamativo traje y su manera de gesticular le hubieran hecho ser el hazmerreír de la gente, pero la prestancia acaudalada de su persona motivaba que todo pareciesen dones. Notó que le observaba con sus ojillos concupiscentes.

—Me alegro de volver a verle, don Arturo —dijo Publio Medina—, le presento a mi colega Gerardo Albaida.

Éste se levantó y con una delicadeza exquisita le dio la mano.

—Mucho gusto.

—Igualmente —respondió Arturo.

—Bueno —dijo Publio Medina—, pues nosotros estamos tomando un *ginfizz*. ¿A usted qué le apetece?

Arturo se fijó en una combinación rojiza en una de las mesas adyacentes.

—Aquello —señaló.

—Ah, un *bloody Mary*. Camarero.

Publio dio un par de palmadas y encargó la bebida y algo de picar. Arturo se quedó mirándoles expectante.

—El tipo no dijo su nombre —comenzó Gerardo Albaida—. Apareció

ayer por mi tienda y me mostró una foto de la tabla. Todo el que está en el negocio la conoce. Le aseguré que podría haber posibilidades de colocarla.

—Cualquiera puede hacerse con una foto —objetó Arturo.

—¿Con la tabla sobre una silla y un ejemplar del *ABC* del día anterior?

—Sin duda es lo que buscamos —intervino Publio—. Cómo la ha conseguido no nos incumbe.

—¿Cuándo se pondrá otra vez en contacto? —preguntó Arturo.

—Dijo que volvería en un par de días —respondió Gerardo.

—Pues no habrá más remedio que esperar. ¿Cómo era?

—Alto, moreno, retrechero —se besó el anillo de una manera nada neutral—, no parecía un quinqui, desde luego.

—Organizaremos guardias en su tienda hasta que dé señales de vida. Usted se encargará de avisarnos. Asegúrele que ya tiene comprador, alguien importante que quiere permanecer anónimo, y que usted llevará las negociaciones por él. Ya concretaremos los detalles más adelante. Según cómo transcurra el encuentro le seguiremos o le detendremos, sobre la marcha.

—Perfecto.

En ese momento el camarero volvió con unas tapas. Se hizo una pausa tácita y Gerardo desplegó todo su almacén de gestos afeminados mientras cogía las rodajas de chorizo o chupaba cabezas de gamba. Al igual que Publio, iba dejándolo todo manchado de huellas digitales.

—Ha habido mucha suerte, ¿no creen? —dijo.

—Quizá demasiada —respondió un escéptico Arturo.

—La verdad es que si yo no hubiera sabido por aquí el señor marqués que la tabla podía ser la auténtica, ni me hubiera tomado el trabajo de mirar la foto.

Arturo miró a Publio. Éste se encogió de hombros y mojó los labios en su *ginfizz*.

—Estas cosas son así —dijo lacónico.

—¿Quién podrá ser? —preguntó Gerardo.

—¿Acaso importa?

Otro camarero le trajo su *bloody Mary* a Arturo. Éste enjugó su boca con un sorbo del mejunje. No le gustó.

—¿No come? —se interesó el marqués.

—Comer y rascar, todo es empezar —le animó Gerardo—. Pruebe, pruebe este embutido.

Arturo cedió al brillo del nutritivo oropel. No recordaba la última vez que había comido alguna de aquellas ahora rarezas. Publio Medina, sobrenadando en una vaga nube alcohólica, no había olvidado el desplante que le hiciera Arturo. El pez moría por la boca, y en este caso por el compromiso que adquiriría al compartir su mesa. Le vio morder el anzuelo y comenzar a agitarse. Esperó durante tres rodajas de chorizo y dos gambas.

—Mire a la barra, don Arturo —acabó por soltar—. ¿Qué le parece aquella hembra?

El comentario tomó por sorpresa a Arturo. Se volvió hacia ella y contempló a una belleza de cabellos oxigenados y pechuga tembladora que, solitaria, se sentaba en uno de los taburetes giratorios.

—Muy guapa.

—Pues esa zorra no la chupa ni la mitad de bien que Anna. Se acuerda de Anna, ¿no?

—Sí.

—Esa putita es como uno de esos mamones recién nacidos: no deja ni una sola gota.

Arturo permaneció impertérrito.

—¿No ha ido todavía a hacerle una visita? —añadió.

—He estado muy ocupado.

—Pues ha de darse prisa, porque dentro de nada la subastan.

—No le entiendo.

—Esa joya aún está por desflorar, y eso tiene un precio.

Arturo sintió una labor de lima en su alma.

—¿Y cuándo será?

—¿Pujará usted?

—A lo mejor.

—El día exacto no lo sé, pero no se preocupe, si va por allí Margot se encargará de avisarle.

Gerardo eructó con fuerza.

—Aquí se come como dios —dijo hurgándose la dentadura con un

palillo.

Arturo se hallaba irritado consigo mismo por el deslugar donde se había colocado.

—Empezaremos las guardias esta misma tarde —concluyó—, y usted...

—¿Cerillas? ¿Lotería?

Arturo se volvió para ver quién le había atajado. La voz provenía de una viejecita de espalda engatillada, toda de luto, que se había situado a su lado. Su rostro semejaba el de una faraona tras los primeros mil años de momificación.

—Hombre, Lola —saludó Gerardo—, sí, deme unas cerillas.

La mujer le pasó una cajita. Gerardo sacó un cigarrillo de un estuche plateado y encendió un fósforo.

—Ah, qué inconveniencia, estas cerillas ya no son como las de antes, ahora hay que ponerlas boca abajo para que cojan fuerza.

—¿No quiere que le lean el futuro, teniente? —le preguntó Publio—. Lola es muy especial.

—No creo en esas cosas.

—Se llevaría muchas sorpresas. ¿Lola?

—No, en serio, no...

—Concédame el capricho, por favor. Lola...

El marqués le dio unas monedas a la vieja y ésta hizo un hueco entre los platos. Después extendió nueve cartas boca abajo formando un círculo. «El Círculo de la Sabiduría —dijo—, esto es el centro del cielo y aquí tenemos las cuatro constelaciones, con sus elementos». Daba vueltas con la mano en el aire, extendiendo el índice. Acabó colocándolo sobre una carta.

—La Casa de las Disposiciones —dijo mostrando su reverso—. Veo que vivirás muchos años, serás rico, te casarás con una mujer muy bella, viajarás, tendrás tres hijos y buena salud.

—Está bien, Lola —dijo Publio—, es más que suficiente.

La vieja hizo caso omiso y permaneció unos segundos escrutando las cartas sin voltearlas. Luego las recogió y las barajó para que nadie más supiese el porvenir. Se fue como había venido: encogida.

—Lo dicho. Empezaremos la vigilancia esta misma tarde —liquidó Arturo levantándose.

—¿Ya se marcha?

—No quiero abusar de su hospitalidad.

—Es un auténtico placer contar con su presencia.

—No lo dudo.

Los dos se miraron sabiendo que les importaba un comino su presencia.

* * *

Fuera, hacía tanto frío que le parecía ir desnudo. Arturo echó un vistazo a la Gran Vía. El *Guá*, como llamaban al edificio de la Telefónica durante el asedio, debido a la obsesión de los artilleros nacionales por acertarle con sus proyectiles, seguía coronando la calle y dominando Madrid como una pirámide. A ras de suelo, frente a él, en una calle adyacente, había unos críos jugando a juegos sólo descifrables por ellos mismos. A su lado, dos policías pedían la documentación a un individuo. Enfilando la calle se acercaba una furgoneta que difundía consignas patrióticas mediante un altavoz. Arturo respiró hondo y elevó la vista. Un ángulo de pájaros cruzaba el cielo, alargándose a medida que se alejaba. Cuando ya fueron casi indistinguibles, se arrebujó en la ropa y comenzó a caminar Gran Vía arriba, pero a los pocos metros le detuvieron cogiéndole del brazo con urgencia. Pegó un respingo y se volvió. Era la vieja.

—Hay vivos que son tan bellos para los muertos que muchas veces se quedan a su alrededor para contemplarles —le dijo estoicamente.

—¿Qué quiere de mí?

—A tu alrededor hay muchos muertos, Arturo.

—No es necesario que continúe con la farsa. Mire, si quiere más dinero... —hizo ademán de meterse la mano en el bolsillo.

—Lo que te dije antes eran patrañas. Nunca me he topado con unas cartas como las tuyas, hijo. He visto mausoleos abandonados, a la luz de la luna. Fortuna y muerte. También he visto reyes. Poder y muerte. He visto la carta Pareja: una mujer y un hombre. Ella está en la casa del amor y él en la casa de las contrariedades y el fin trágico. Cuídate de él.

—No entiendo nada de lo que me cuenta —dijo Arturo contrariado.

—Así son siempre los oráculos: certeros pero imprecisos. Tú sólo escucha y recuerda. No podrás evitar que suceda, pero te dolerá menos.

—Yo no creo en esas cosas.

—Aún no he terminado —le cortó con la palma de la mano—. La mujer te hará feliz pero te hará esclavo. Y el hombre... El hombre es pérfido y engañoso, se encuentra en el mundo para hacer el mal. Habrá violencia y muerte. Y todos seréis devorados por la última carta: el dragón. Pero debes tener en cuenta que la fuerza del dragón no procede de su pánico, sino de un fuego interior que le consume. El verdadero combate comenzará cuando deba combatir contra sí mismo.

El semblante de Arturo se tornó preocupado cuando oyó la mención del dragón.

—¿Y quién es ese hombre?

—Ay, alma de cántaro, yo no sé más ni quiero saberlo. Ni quiero.

Arturo tuvo la repentina intuición de ser una cáscara entre turbulencias descomunales. Los ojos de la vieja le lastimaban. Y tuvo ganas de huir. De salir corriendo. Logró ir colocando un pie tras otro, lentamente, alejándose de la vieja sin dejar de mirarla. Más. Y más. Hasta que sólo fue un punto negro en la mañana gris.

Capítulo 7

Ladrón

La tapa levantada del piano de cola permitía a Arturo ver tamborilear el martillo de guata sobre el tenso alambre. Su aburrimiento producía un pálpito de Morse sobre la tecla: una nota obsesiva, repetida, única. Cuando se cansó, se puso a acariciar un flautista de porcelana de Sajonia que había sobre un antiguo traje acolchado de esgrimista con un corazón pintado. Toda la tienda se hallaba repleta de objetos por el estilo, heterogéneos y decimonónicos, que inundaban la nariz de olores picantes. Hastiado también del traje, fue hasta la luna de la tienda y elevándose sobre la cortinilla que la velaba, quebró las pequeñas florecitas de escarcha que crecían en el cristal. Sus agentes seguían cubriendo perfectamente los ángulos por los que podría aparecer su hombre. Una vez inspeccionados, echó un vistazo al cercano Neptuno, con su sempiterno tridente. Casi sonrió. El optimista, le apodaban, porque siempre tenía el tenedor a punto. Volvió al piano. La nota sonó de nuevo, como una idea fija. Jueves. Ya era el cuarto día que permanecía de guardia. La noticia de la jornada era que el Caudillo, acompañado de su séquito y escolta, se había trasladado definitivamente de Burgos a Madrid. Pero eso a él le traía sin cuidado. Apenas dormía, acosado bárbaramente por las pesadillas, y apenas estaba despierto, asomado a la tristeza de los patios interiores de su vida. Anna. Tu caballero no puede ir aún a rescatarte. Fuerzas oscuras le mantienen preso. Fuerzas oscuras...

—Yo vi a Lorca tocar el piano —dijo Gerardo.

Arturo interrumpió la nota y observó la figura de Gerardo Albaida, mezclado como un maniquí entre la confusión de almoneda de su tienda. Hacía poco que había terminado de bombear insecticida con un fumigador por las esquinas más recónditas del local. El anticuario hizo una pausa esperando alguna réplica, pero Arturo mantuvo el silencio.

—Sí —prosiguió—, fue en casa de Fifi Estrada, cantaba canciones andaluzas. Con mucha gracia, por cierto. Pero un día le encontré así, como a usted. Por eso lo he recordado.

Arturo se moría de ganas de preguntar por el poeta, pero dio un último golpe de tecla.

—¿Está seguro de que ese tipo le dijo que volvería en un par de días?

—Segurísimo.

—Pues no parece que tenga intenciones.

—No sé qué decirle.

En ese momento brincaron las láminas metálicas que colgaban de la puerta y entró alguien. Arturo fingió ser un cliente que curioseaba, pero al mismo tiempo aflojó la sobaquera donde enfundaba la pistola y le quitó el seguro. Espió al desconocido. Era un tipo alto, delgado, con barba de tres días. Se había acercado a Gerardo y mantenían una conversación. El anticuario adoptaba una actitud zalamera, deshaciéndose en atenciones hacia el individuo. En cinco minutos resolvieron el asunto que traían entre manos y el desconocido se marchó por donde había venido. Arturo se lanzó hacia la entrada para prevenir a sus hombres.

—¿Dónde va?

La voz de Gerardo le detuvo en seco.

—No es él —continuó—. ¿No habíamos convenido que le haría una seña?

Arturo soltó el pomo de la puerta y se quedó mirando al suelo.

—Está usted algo nervioso —dijo Gerardo—, y no me extraña, no come nada, todo el día aquí... —se le arrimó maternalmente—. Ni siquiera se ha afeitado hoy. Tómese un descanso, alma de dios, que ya aparecerá.

Repentinamente, el teléfono comenzó a sonar. Gerardo fue a contestar. Arturo le observó mientras descolgaba y empezaba a asentir. En el último

cabeceo le hizo señas de que se aproximara ofreciéndole el auricular.

—¿Diga? —dijo Arturo.

—¿Hay nuevas? —era la voz cavernaria de Bouthellier, pendiente como cada día.

—Aún no, mi comandante. Seguimos esperando.

Hubo un breve silencio.

—Pues calma, esperaremos lo que haga falta. ¿Qué tal se porta nuestro amigo?

Arturo observó a Gerardo.

—Perfectamente, mi comandante.

—Muy bien. Y ten en cuenta que la mentalidad española huye del sistema, debes estar preparado para lo imprevisible. Si me haces caso, llegarás lejos.

Arturo aún no comprendía del todo las mudanzas de humor de su jefe: de una habitual antipatía castrense podía pasar sin solución de continuidad al más afectuoso tuteo paternalista.

—A sus órdenes, mi comandante.

—Estás trabajando bien —continuó Bouthellier—. Recuerda que no nos interesa desmigajar el pan, los de arriba quieren un trabajo rápido y limpio, y no me importa cómo lo consigas. Amárralo todo bien y te prometo un ascenso.

—A sus órdenes —repitió Arturo.

Sin previo aviso, la línea se cortó en algún punto entre ellos dos. Arturo también colgó y se quedó mirando la baquelita negra.

—¿Algún cambio? —le interpeló Gerardo.

—No, todo continuará como hasta ahora.

—¿Le apetece un café?

Arturo sonrió.

—Me ha leído el pensamiento.

Gerardo se dirigió a la trastienda y comenzó a hacer un ruido de tazas y cucharillas. Durante todos esos días se había empeñado en servirle el café utilizando un servicio completo de porcelana fina y utensilios de plata. Arturo aprovechó el lapso para sentarse en un inmenso butacón inglés de orejas. Cuando Gerardo se asomó para preguntarle cuántos terrones, volvió a sonar

el teléfono.

—Vaya, su jefe se ha olvidado de algo —dijo—. ¿Lo quiere coger usted?

—No, mejor cójalo usted.

El anticuario se pegó de nuevo al auricular. Tras un par de escuetas respuestas miró a Arturo con expresión de sobresalto. Éste se le acercó presintiendo que la advertencia de su jefe había sido profética. Gerardo prosiguió una viva conversación, interrumpida a veces por aspavientos o súbitas detenciones contemplativas. Arturo estudiaba su rostro intentando completar con sus gestos los vacíos de la conversación. Cuando colgó, el anticuario se estremeció amaneradamente no sabiendo por dónde empezar.

—Era él —concluyó algo sofocado—. El cabrito es más listo de lo que creíamos.

—¿Qué ha dicho?

—Me preguntó si ya tenía comprador y le dije que sí. Entonces me respondió que no trataría conmigo, sino con él directamente, y que esto no sería negociable. Intenté discutirlo pero me fue imposible. Luego dijo que el interesado debía estar en el metro de Cibeles dentro de una hora, y que tenía que esperarle en un banco que hay debajo de un anuncio de Cinzano. Si no se presenta nadie, no habrá trato —resopló indignado—. Ese tipo está loco, no tiene ni idea de cómo se hacen estas cosas.

—O tiene demasiada. Lleva prisa y está seguro de que no pondremos pegas.

—Pero éstas no son maneras...

Arturo anduvo nervioso de un extremo a otro de la sala. En uno de los viajes se plantó frente a la luna y observó la calle: dos de las cabezas de sus agentes aparecían guillotinas por la cortinilla.

—Está bien —decidió—, me haré pasar por el comprador.

—Pero eso es muy arriesgado.

—Improvisaré.

—¿Y si sospecha algo?

—Mala suerte. Si vuelve a llamar, dígame que estoy en camino.

Arturo chasqueó la lengua y con un sonoro estremecimiento de las láminas metálicas salió fuera. El frío hizo que le escocieran los ojos. Echó unos rápidos vistazos a sus hombros e indicó a sus hombres que se acercaran.

Les explicó el cambio de planes: a partir de ese instante serían su sombra y la de cualquiera que hablase con él. A continuación repasaron las señas que tenían convenidas y tras una palmada cogió Paseo del Prado arriba. Desde las Cortes, la boca del metro no quedaba lejos. Durante la marcha sintió cómo su decisión inicial iba adelgazándose, pero se consoló pensando que más tarde o más temprano debía pagar su bisoñez en el oficio. En un momento dado levantó la cabeza y un edificio le distrajo de su ansiedad. No recordaba haberlo visto nunca; se hallaba cortado por la mitad como por un inmenso hacha, y la mitad que permanecía en pie mostraba un interior de casa de juguete: sillas en equilibrio sobre el abismo, lámparas de araña balanceando sus prismas colgantes, armarios desencuadrados, cuadros torcidos, jirones de papel floreado que flameaban al viento... Contemplando aquella casa seca, sin sangre, constató con extrañeza que apenas unos meses antes sus habitantes harían su vida normal ignorantes del infierno futuro. Fue entonces cuando sintió sus miembros pesados por el cansancio, como si toda la fatiga acumulada durante la espera se le cayese encima de repente. Y le pareció mentira que aún tuviese veinticinco años; aquellos tres días se le habían antojado siglos.

La diosa Cibeles apareció progresivamente, con todas sus connotaciones frías y mitológicas diluidas en su casticismo madrileño. La boca de metro estaba a poca distancia, en uno de sus laterales.

Bajó las escaleras y recorrió aquel laberinto de blancos baldosines descascarillados intentando fijarse en cada rostro. Cuando llegó al andén, se detuvo dubitativo; no había dado con nadie que respondiese a las señas que le había proporcionado Gerardo. En un tic involuntario miró la postura del torero en su muñeca, y luego comparó la hora con la de un enorme reloj dentro de un estuche de hierro negro que colgaba sobre el andén. Era puntual. Buscó a sus hombres y comprobó cómo iban extendiendo una red secreta a su alrededor. A continuación localizó el anuncio de Cinzano y se sentó en el banco señalado. Esperó. Los metros entraron y salieron de continuo tragándose su ración de viajeros sin que el vendedor diera señales de vida. Arturo llegó a dudar de todo. Cada poco verificaba nerviosamente el gran reloj que gravitaba sobre la estación, intercambiando miradas con sus hombres. Ya se planteaba la retirada cuando, en un momento en que el andén

se quedó casi vacío, apareció un individuo alto, de rasgos totémicos y poderosa anatomía.

Permaneció rondando por la estación, sin dar muestras de buscar a nadie. Los minutos se sucedieron sin que abandonase su pasividad. Arturo indicó silenciosamente a sus hombres que se alejaran; de esa manera, ellos dos se quedarían solos, obligados a descubrirse. Arturo se dispuso para el encuentro, pero el desconocido continuaba en su línea solipsista: se asomaba a las vías, paseaba, se pesaba en una báscula de esfera...

Arturo se sintió enredado en sus propias artes; quizás se había equivocado de hombre. Los segundos transcurrieron como un gran oído atento. Al cabo, cuando ya daba por seguro su error, el tipo se le acercó reacomodándose en su chaquetón y se sentó a su lado. Encabalgando una pierna sobre otra, le sonrió con un destello de canino dorado.

—El metro siempre me parece un gran cuarto de baño —dijo.

Arturo miró los baldosines de las paredes y le devolvió la sonrisa.

—¿Tiene hora? —le preguntó el desconocido.

—Sí.

Estiró el brazo derecho para consultar su reloj, pero un segundo antes decidió fiarse más del que colgaba sobre el andén.

—Las dos menos cuarto. El mío anda un poco retrasado.

—Gracias. Bonito reloj.

Arturo se decidió por una respuesta conciliadora.

—Me gustan mucho los toros.

—¿Y los toreros?

—Sobre todo Bienvenida.

—Eso es un torero y no los desgarramantas que se estilan ahora. Ceñido de pases, esperando al toro firme como una roca. Una vez, en las Ventas, le vi dar una tanda de naturales a un toro tan grande que casi echaba fuego por el hocico. Como un dragón.

El hombre le miró con una expectación sonriente. Arturo no acababa de entender.

—Como un dragón —repitió Arturo.

—Eso es. ¿Le gustaría ver uno?

—Puede.

—Pues si le apetece coja el próximo metro y vaya hasta la Ciudad Universitaria.

—¿Cómo?

—Coja el metro hasta Princesa, y luego el tranvía hasta la Ciudad Universitaria. Allí espere delante de la Facultad de Filosofía y Letras. Usted solo. Si el dragón ve a alguien más, volará. ¿Me ha comprendido?

El desconocido espizó gravemente su reacción. A Arturo le entró un miedo irracional a pensar, como si aquella estatua de hielo pudiese leerle la mente.

—Del todo —respondió.

Arturo observó al desconocido: era la punta civil e ilógica de aquel laberinto. Y él estaba obligado a tomar una decisión. Le pareció como si hubiera una compuerta sujetando un gran caudal de sucesos que estuvieran a punto de arrasarlo todo. Únicamente dependía de si se montaba o no en aquel metro. A su alrededor comenzó de nuevo el hormiguar de gente. Al poco, una acelerada trepidación anunció la inminente irrupción del metro. Por miedo a no actuar, Arturo no le dio más vueltas y haciendo un solapado gesto a sus hombres, se situó al borde del andén. Ahora se quedaba definitivamente solo. Recordó otra de las reglas de la caballería: caballero y armas, armas y caballero; y por unos segundos sintió brillar su alma de Amadís encarcelado entre civiles. Cuando el metro se detuvo, se introdujo con rapidez en un coche, se sentó tras una ventanilla y se quedó mirando la estación. Con un lamento de chapa y golpetazo de topes, los vagones volvieron a recuperar su prisa subterránea. Antes de la repentina y vertiginosa negrura, Arturo contempló cómo sus hombres iban estrechando su círculo alrededor del desconocido.

* * *

La Ciudad Universitaria era uno de los monumentos guerreros a la resistencia de la República. Allí, durante la batalla de Madrid, los milicianos del futuro Ejército Popular junto con las Brigadas Internacionales, habían detenido tras una encarnizada lucha a las tropas nacionales que ya daban por segura la toma de la capital. Aún se podían topar, aquí y allá, estarcidos con el No

pasarán y carteles de propaganda protagonizados por republicanos bellos como ángeles y fascistas de aspecto repugnante. Arturo recordaba los acontecimientos mientras paseaba sobre un engrudo de barro por entre las solitarias ruinas de los edificios. No tardó en encontrar el bloque rojo de la Facultad de Filosofía y Letras. La zona se hallaba totalmente desierta; intentó conservar la calma mientras echaba un vistazo a los alrededores. Si alguien quisiese deshacerse de él, aquél era el lugar idóneo. Pero no se arredró; tomó asiento en la escalinata y esperó. No habían transcurrido ni diez minutos cuando oyó que alguien le llamaba. Creyó que la voz provenía de la entrada principal, pero un segundo reclamo le encaminó hacia una de las gargantas que los obuses habían abierto en la fachada. Pasó como pudo a través del hueco. Sus pupilas ciegas se demoraron unos segundos en acostumbrarse a la penumbra. Era una especie de aula que, a pesar del desorden y la basura, se conservaba asombrosamente intacta. Observó los suelos de elegante mármol, las gradas de ricos artesonados y, en el centro, una gran pizarra con una extraña frase a tiza iluminada por uno de los cañones de luz de los múltiples boquetes: En el mundo de afuera acecha el león, en el mundo de adentro acecha la ausencia del león.

—Si lleva cacharra déjela en el suelo —dijo una voz.

Arturo no puso objeciones y sacó su pistola con cuidado.

—Necesito un salvoconducto —volvió a señalar la voz—. Y dinero. Y su palabra de que saldré del país en un par de días.

La sorpresa de Arturo superó al susto. A dos metros escasos había un individuo de unos cuarenta años, chaparro, sin afeitado, con el rostro desencajado y una piorrea que le estaba devastando la dentadura. Tenía un pecho ancho, e iba vestido con dos chaquetas, una encima de la otra, y debajo un chaleco de lana percutida. En una mano tenía una botella de coñac, pero no parecía borracho. En la otra un nueve largo con el que le apuntaba.

—No creo que yo sea la persona adecuada —dijo Arturo.

—Mire, no haga teatro, usted es un comprador ful. ¿Quién le envía? ¿La Segunda?

—No tengo ni idea de qué me habla, usted quería un comprador, ¿no? Pues aquí me tiene.

—Va por mal camino. Si se empeña por ahí, me iré.

Arturo le estudió y decidió que aquél no era un hombre a quien poder engañar. Descubrió sus cartas.

—¿Cómo se ha enterado?

—Yo no estoy enterado de nada. Sabía que no tardaría mucho en aparecer alguien. Por eso monté este tinglado.

—Pero el robo todavía se mantiene en secreto.

—Que hayamos perdido la guerra no significa que la mitad del país no siga siendo más roja que el pimentón. Radio Macuto funciona, y funciona bien, y cuenta que en Gobernación andan muy nerviosos.

—Ya. Sin la pistola nos entenderíamos mucho mejor —dijo Arturo resignado, pero adivinando que jugaba con ventaja.

El desconocido se quedó mirando el arma como si fuera la primera vez que veía una. Antes de guardarla, posó la botella y colocó a Arturo contra una pared, sometiéndole a un minucioso cacheo. Luego recuperó su botella y se alejó.

—Necesito lo de antes —repitió echando un trago a morro y limpiándose los labios con la bocamanga.

—¿A cambio de qué?

—A cambio de esa maldita tabla.

—¿Cómo sé que no me miente?

—Porque yo era uno de los que vigilaban el camión.

—Es decir, uno de los que lo desvalijaron.

—Yo no soy un ladrón —dijo como obsesionado por una letanía que se repitiera cada noche—, ni un chaquetero. Yo estuve aquí, ¿sabe? —levantó algo la voz—, yo defendí estas casas. Caíamos como moscas. La mayoría de los nuestros no había oído un tiro en su vida, pero ni uno solo se hizo el piernas... —calló bruscamente al darse cuenta de con quién trataba.

Arturo asintió mecánicamente.

—Hace frío. ¿Me da un poco? —señaló la botella.

El soldado se la pasó. Arturo bebió un largo trago.

—Muy bueno —le devolvió la botella—. ¿Dónde está la tabla?

—A buen recaudo. Primero hay que hablar.

—No, primero me aclara ciertos detalles. Luego hablamos.

—¿A qué se refiere?

—Soy muy curioso. Salgamos fuera.

Cuando se hallaron al aire libre, el rostro del soldado se volvió torvo y obcecado: andaba pendiente de todo. Arturo pudo apreciar mejor sus rasgos. Era un hombre duro, uno de éstos que han sonreído en medio de las llamas y comprendido el profundo sentido de la vida. Sus ojos permanecían semicerrados, como si escudriñara siempre el horizonte.

—Vaya al grano —dijo echando otro trago del gollete y eructando.

—¿Cuál es su nombre?

—Eso no importa... —titubeó—. No, espere, llámeme por mi mote de guerra... Sí, llámeme Xargu.

—Perfecto. ¿Qué hay del tipo que me mandó aquí, Xargu?

—Es un infeliz. Déjele en paz, no está enterado de nada. Le pagué para que me sirviera de anzuelo.

—Entonces, ¿quién organizó todo esto?

—Nadie organizó nada.

—¿No hubo encargos?

—Encargos de qué.

—¿Nadie les propuso hacerse con la tabla?

—¿Quién iba a tener los cojones? Se los hubiésemos cortado.

Arturo adoptó un semblante perplejo.

—Si no hubo encargos, ¿por qué robaron la tabla?

—¿Por qué se emperra en decir robaron? No hay nadie más. Fui yo, y solamente cogí lo que era mío.

Arturo aspiró con fuerza. El aire estaba tan frío que le hizo daño en el pecho.

—Intente contármelo con lógica, si no no podré entenderlo. Tenga en cuenta que yo no sé absolutamente nada.

Xargu bufó.

—No me líe, coño. Lo único que no sabe es lo que le voy a decir ahora. Y es muy simple: me harté. Cruzando los Pirineos me harté. Al voluntario se le acabó la voluntad. ¿Ve como es fácil? Yo fui a la guerra a ganar o a morir; de lo que no me habían avisado es que se puede ir a la guerra y salir vivo y derrotado. Soy un hombre sencillo, de cosas a las claras, no estaba preparado para ver cómo los mandamases nos dejaban tirados, cómo freían a chinazos a

los civiles, cómo los amigos se denunciaban para ganar puntos cuando llegaran los facciosos... Si usted viera lo que yo vi... Joder... Fue una gran mierda —se le redondeó la boca como si fuera a decir algo, pero en su lugar echó otro trago—. Y hay que tocarse los cojones, ahora somos nosotros los rebeldes —soltó una risa hueca, amarga—. Pues eso, que me llevé la tabla: *El arte de matar dragones* —impostó una voz ostentosa y despreciativa—. Lo más caro, después de tanto tiempo con el museo algo de cultura se me pegó.

—¿Y sus compañeros?

—Ni a uno solo se le ocurrió levantar la voz. Además, bastante habíamos arriesgado la vida por los malditos cuadros.

—¿Cómo es eso?

—Nos cazaron en una bolsa y mataron a bastantes. Salimos vivos de milagro.

—¿Cuántos iban?

Apiñó los dedos contándolos con el gordo.

—Salimos diez, pero llegamos menos, cinco.

—¿Y qué ocurrió?

—Ya lo sabe, no perdamos tiempo.

—Cuéntemelo usted.

—Coño, pues que en la carretera general tuvimos que dar la vuelta porque nos encontramos con los navarros; por los caminos de montaña no pasaba el camión, así que lo cargamos todo en caballos y cruzamos la frontera.

—¿Y no se perdieron?

—Venía con nosotros un geógrafo, uno de Barcelona, conocía bien la zona.

—¿Cómo se llamaba? ¿Qué fue de él?

—Ya está bien.

—Si pretende que le crea, respóndame.

—No me acuerdo cómo se llamaba, además fue uno de los que mataron.

Sus respuestas, salvo el número de los supervivientes, coincidían más o menos con la declaración de Frutos.

—¿Cómo rob... se apropió de la tabla?

—La tabla era fácil de esconder, y mis compañeros nunca me delatarían. Cuando nos juntamos con el resto cada uno tiró por su lado. Los que

quedamos, ya le digo.

—¿Por qué lo hizo?

—Y yo qué sé. ¿Sabe usted por qué hace todo lo que hace?

Aquella mezcla de sangre fría e inconsciencia inclinaba más a Arturo al desconcierto que a la incertidumbre. Podía imaginarse perfectamente a aquel tipo sintiendo la impotencia del exilio en su propio país, el trauma de la capitulación y el horror; preguntándose de qué servía toda aquella concentración de belleza si no les podía dar de comer, si no les podía salvar.

—¿Transportaban algo más? —preguntó por inercia—. Quiero decir en el camión. Armas, documentos, dinero...

Xargu pareció no entenderle.

—¿Qué más podríamos llevar?

—Nada, claro. ¿Y por qué ha vuelto?

—A eso voy, coño... —vació la botella y la lanzó lejos—. Cuando nos desmovilizaron me encontré en Francia, sin un duro, sin conocidos, sin una carta de recomendación... Antes que acabar por ahí pidiendo o en uno de esos campos apestosos donde nos metían los franceses, mejor me volvía a mi pueblo. Además Franco había prometido un indulto, y si no eras oficial o comisario político no tenías por qué acabar en el trullo, o peor. Y yo me pasé la mitad de la guerra con los cuadros, sin pegar un tiro. Eso era la teoría, claro... Así que cogí un tren y regresé a Asturias. En Ribadesella conocía a un cabo de la Guardia Civil, amigo de la infancia, que podría extenderme un certificado por si las cosas venían mal dadas, para bandearme un poco. Ya sabe, un rojo geográfico: que si el Alzamiento me había pillado en zona republicana, que si antes de la guerra yo era de rosario y fiestas de guardar... todo eso. Lo que no me esperaba fue que al presentarme en el cuartelillo, este amigo me avisó para que desapareciera porque había una denuncia contra mí. La verdad es que no sé quién pudo ser. Algún hijo de la gran puta que me la tenía jurada. Disputas entre familias, envidias... Ahora da igual. No quise arriesgarme y me las piré. El único comodín que me quedaba era la tabla, así que tiré para Madrid y monté todo este embolado...

La boca se le había calentado de nuevo al asturiano. A Arturo se le ocurrió que bastaría ese segundo en que se deja de pensar en el toro para acercársele y, con un golpe rápido, solucionar todo el asunto. Justo entonces

Xargu calló y se le acercó a una distancia en la que le fue posible ver con detalle sus dientes renegridos. Su aliento nauseabundo le golpeó en la cara. Xargu sacó la pistola y le hizo concentrarse en la boca de su cañón.

—No me costaría nada darle aquí el matarile —susurró—. Se lo digo por si me ha preparado algo. Y tampoco me costaría nada pegarme un tiro. Yo no tengo nada que perder, ¿entiende? Por eso no me podrían coger vivo. Y si yo la palmo, la tabla... —chasqueó los dedos como en un truco de chistera—. Y eso no nos conviene a ninguno. ¿Qué decide?

Arturo elevó la vista a un cielo de platino y sintió su paz astronómica. Tosió un poco.

—Hablemos —dijo.

Xargu sonrió sin mover los labios.

—¿Dónde está la tabla? —preguntó Arturo.

El asturiano rapaceó el gesto.

—Primero me soluciona la salida y luego le digo dónde está —respondió con sorna.

—Tengo que hablar con mis superiores. No creo que haya problema.

—Pistonudo.

—¿Puedo hacerle una última pregunta?

—Basta de preguntas.

—La última.

Xargu guardó la pistola.

—La última —amenazó.

—¿Recuerda a Manuel Cortina?

—Manuel, Manuel... —se acarició la rasposa mejilla mientras recordaba—. ¿Se refiere a uno de los conductores? Me parece que el nuestro se llamaba así.

—Sí, el conductor.

—Lo recuerdo. Un buen tipo. Cruzó con nosotros los Pirineos, aguantó hasta el final. ¿Por qué?

—No, por nada.

—Ya.

Arturo había comprobado todo lo que quería.

—¿Cómo nos pondremos en contacto? —preguntó.

Xargu le miró con suspicacia, pero no comentó nada.

—Deme un número de teléfono —dijo.

—4158. Es el del despacho.

—Muy bien. Y recuerde —Xargu pareció sufrir un ataque febril—: Yo no tengo nada que perder. Métaselo bien en la cabeza. Nada. No se le ocurra joderme.

Sonrió mostrando sus encías podridas y se despidió con el puño cerrado a la altura de la sien. Salud. Luego se arrebujó en su chaqueta y, dándole la espalda, se fue alejando como un fantasma, como uno de aquellos fantasmas que aún debían vagar por las ruinas.

Capítulo 8

El sexo de las princesas

«Después de detenerlo en su domicilio lo tuvimos un par horas a caldo, mi comandante. No es más que un desgraciado. Se llama Victoriano Taboada Pereira, pero le dicen *el Chistera*. Nacido en Alcobendas, hijo de María Antonia, ama de casa, y de Blas, panadero. Vive en la glorieta de Bilbao. Mujer y dos críos. Antes de la guerra era funcionario de Correos, luego estuvo de teniente de intendencia en la 222 Brigada Mixta de Carabineros, 40 División del Ejército de Levante. Un rojillo que se anda buscando la vida. Lo arrestaron hace nada por un asunto con cartillas de racionamiento. De poco monto. Suele trapichear con...».

Arturo iba olvidando los datos a medida que el agente les repasaba el informe al comandante Bouthellier y a él. Aquel pobre diablo no era más que una vía muerta, como le había dicho Xargu. Tenía que centrarse en el asturiano. Con las palabras del agente sonando en un distante ronroneo, repasó la conversación que habían mantenido. En un principio la entrevista le había parecido razonable pero, ahora, en frío, tenía la impresión de que todo había sucedido demasiado deprisa. En apariencia, las cosas se habían ensamblado de manera contundente: el móvil, el culpable, el desarrollo de causas y efectos... No tenía por qué exprimirse más la cabeza. Pero, precisamente porque todo casaba a la perfección, no dejaba de antojársele sospechoso. En los interrogatorios a los que había asistido durante la guerra,

cuando dos testigos coincidían en la declaración es que ésta era falsa, porque se habían puesto de acuerdo. Ahora tenía la misma sensación. Aunque los presagios de grandeza, la imagen del futuro ascenso resultaban una tentación demasiado fuerte para atender a su instinto. Y quizás todo fuera un cúmulo de casualidades y la Virgen de las Casualidades le hubiese elegido a él para hacer su milagro anual.

Cuando el agente terminó de leer, Bouthellier le despidió con un gesto eufórico. Luego se levantó, cogió la fusta que tenía sobre la mesa y jugueteando con ella fue a echar un vistazo al paisaje gris que se vislumbraba desde la tercera planta del inmueble número diez de la calle Alcalá Galiano, actual jefatura del servicio de Información. Fuera, la tarde se movía lentamente sobre sus goznes, dando paso a la noche. De perfil, Bouthellier resultaba un individuo delgado, sinuoso; de pelo muy negro peinado hacia atrás con fijador, nariz prominente y con un afilado bigote que convertía en astucia cualquier muestra de simpatía, hacía perfecto juego con la bandera rojigualda, el retrato del Caudillo y el crucifijo que adornaban su despacho. Únicamente su mano derecha desentonaba con su fina apostura, o más bien su falta. Cualquiera imaginaría que se la habían volado en una arriesgada acción de guerra, pero nada más lejos de la realidad: una caída accidental de su yegua preferida había sido la causante de que quedase machacada bajo sus cascos, cosa que a él no parecía afectarle, utilizando más su mano fantasma para saludar o subrayar comentarios que su mano viuda. Su fina inteligencia y una voz bien timbrada resumieron su estado de ánimo de una forma directa: *cojonudo*.

—Cojonudo —repitió—. Si las cosas salen como tienen que salir, todos comeremos el turrón en casa.

Arturo hizo un esfuerzo e intentó compartir sus dudas, pero Bouthellier le cortó con el muñón, reiterándole su exclusiva avidez de resultados.

—Mire, teniente, ya tenemos lo que buscábamos, que falten o que sobren piezas me da igual.

—Pero, mi comandante...

—Pero nada. Se acabó su trabajo. Esperará tranquilamente a que ese tipo le ponga su ascenso en bandeja y yo devolveré la tabla al museo. Después se pone al *piano*, me redacta un informe y aquí paz y después gloria.

Arturo terminó por acogerse a la confianza de su comandante.

—¿Le dejaremos escapar?

—De momento, sí. No correremos riesgos. Tenemos las cárceles llenas de esos animales, cualquiera puede ocupar su lugar. Usted aceptará sus condiciones y le dejará en la frontera. Luego, ya veremos, siempre hay tiempo para ponerlo en busca y captura. A propósito, ¿conoce al nuevo delegado de Orden Público?

—No.

Bouthellier apartó un abrecartas y el balancín del secante, y se sentó en una esquina de su mesa, alargando el cuello en busca de mayor confidencialidad.

—Hay hombres que se dejarían dar patadas en los huevos sólo para demostrar que los tienen —dijo con admiración doblando la fusta en un arco imposible—. Herido tres veces en campaña con Yagüe, ascendido a capitán por méritos de guerra... Un tipo fogueado, como los que nos hacen falta. Llegará lejos, se lo digo yo. Le he citado aquí, estará al caer.

—¿Para qué, mi comandante?

—Él se ocupará de organizar el operativo. Usted ha de estar a cubierto.

—Si nuestro hombre huele un solo soldado me temo que la cosa acabará mal. Le aseguro que es alguien capaz de cumplir sus amenazas.

—No lo dudo, pero se hará de una manera discreta. Usted llevará la negociación y nosotros sólo apareceremos en un apuro.

Bouthellier volvió a tomar asiento tras su mesa y dejó la fusta sobre ella. Se quedó mirando en silencio a Arturo. A continuación abrió uno de los cajones y tras rebuscar unos segundos sacó una carpeta abultada y una lata de cigarrillos mentolados Kool, con las dos vocales entrelazadas en una superficie blanca donde se veía un pingüino verde fumando. El cigarrillo lo encendió con una cerilla que seguidamente utilizó para remover un cenicero cubierto de dunas y llanos de ceniza.

—*Suai, suai*, como dicen los mojamés —dijo tras la primera bocanada—. Hay que tomarse las cosas con calma —se desaflojó el correa del uniforme—. ¿No tienes frío, teniente? —Bouthellier volvía al tuteo, pero Arturo supo que era una de esas preguntas que no esperaban respuesta—. En este edificio siempre hace frío, da igual que enciendan las estufas. Y, dime, ¿cómo te va?,

¿qué tal tus padres?, ¿tienes novia?, ¿estás casado?

Esas preguntas también las realizaba como un profesor que examina no para saber él, sino para comprobar cuánto sabe el alumno.

—Mis padres murieron hace ya tiempo, mi comandante. Y ni tengo novia, ni estoy casado. Voy tirando, como todos.

Bouthellier se removió en la silla y fijó en él la tenaza de su mirada.

—Has hecho un buen trabajo. No esperaba menos. Eres eficiente, que es lo que debe ser un buen soldado. Pero...

—Diga, mi comandante.

—En estos tiempos no sólo es necesaria la eficiencia, hace falta algo más, ¿cómo diríamos?... Fe, eso es, se necesita fe.

Acalló con una mano las tímidas protestas de lealtad de Arturo.

—No dudo de tu fidelidad, teniente —continuó—, aunque lo que yo creo o deje de creer no es importante. El problema es que corren ciertos rumores que te suponen cierta tibieza en tu adhesión a la Causa.

Echó una calada y posó su muñón sobre la carpeta, como si dentro guardase las pruebas de su culpabilidad. Arturo observó cómo se enroscaba el humo y luego miró el miembro amputado. Las protuberancias del tocón adquirieron un imperio infinito. Casi tanto como la amenazadora carpeta. «Badajoz, ahí dentro está Badajoz», pensó. Se tragó su miedo.

—No sé quién puede manifestar eso —dijo con un mohín de orgullo—, pero me he pasado la guerra trabajando como el que más.

—Qué me vas a contar, teniente —la voz de Bouthellier adoptó un tono artificialmente cordial—. Pero recuerda que más peligrosa que la verdad o la mentira, es la media verdad o la media mentira. Si tuvieses que confiarme algo, lo harías, ¿no es cierto?

Hizo rotar la carpeta lentamente.

—No hay nada que confiar, mi comandante —respondió Arturo.

Bouthellier chasqueó la lengua y realizó otro de sus malabarismos de humor, pasando de la franqueza a la imposición.

—Vaya a dar la luz, casi no veo. Y alcánceme aquel periódico.

Arturo se acercó hasta el llavín de la luz y luego cogió el periódico de la noche, *Informaciones*, que estaba sobre un archivador. Cuando se lo entregó a Bouthellier, éste lo hojeó con rapidez hasta detenerse en una página.

—Eche un vistazo.

Arturo contempló la foto y leyó las líneas que Bouthellier le señalaba con el pitillo. Era uno de los típicos retratos de un Franco barrigón y militar, con fajín y gorro cuartelero rematado por un madroño colgante. A pie de foto, un periodista había glosado la imagen con adjetivos tales como *Enviado de Dios, Salvador de la Patria, Centinela de Occidente, Falo Incomparable, Supremo Exponente de la Raza, Campeón de España...*

—No creo que haya dudas sobre las lealtades de este periodista —opinó Arturo con cautela.

Bouthellier dejó gotear la ceniza de su pitillo mientras su boca iba dibujando un tenso rictus.

—Pelotas los ha habido siempre, pero al margen de literaturas, no sé si se da cuenta del calibre del hombre que nos dirige. El Caudillo es un gran hombre, teniente, porque el Caudillo ha ganado esta guerra. Pero, ¿sabe por qué la ha ganado?

La pregunta tenía un algo de inquisidor que busca que el culpable se delate, se comprometa. Arturo no olvidó que no se hallaba en un despacho, sino en un reino de intrigas y doble lenguaje.

—Porque es un gran estratega —aventuró.

—Además.

—Porque Dios está de su lado.

—Además.

Arturo permaneció callado.

—Porque sólo él no dudó, teniente —le aclaró Bouthellier—. Porque en un país de derrotistas y robaperas, sólo él no dudó. El Caudillo era el único que tenía claro lo que había que hacer. Si los rojos hubiesen tenido sólo una pizca de su determinación, quizás nosotros no nos encontraríamos aquí. Por eso debemos estar todos unidos a su alrededor, como una piña. No podemos permitirnos ni un solo interés individual, porque ahora formamos parte de algo más grande, de un bloque con un inmenso futuro común.

De pronto, Bouthellier pareció más interesado en la carpeta que en continuar explicándole las causas de la victoria nacional.

—Usted es un hombre discreto —continuó—; siga siéndolo y no dé pábulo a especulaciones.

Aplastó el cigarrillo contra el cenicero y, abriendo la carpeta, sacó un sobre del que extrajo unos cuantos billetes de cien que cuadró sobre la mesa.

—Dos mil pesetas. Cójalas, es una orden. Y esto queda entre los dos, por supuesto. Hay recompensas especiales para los trabajos especiales. Y hágame caso: vaya más a misa, hombre.

Arturo pellizcó las pesetas como si quemasen. La orden de Bouthellier había sido superflua: ni por un momento se le había ocurrido rechazarlas. Lo primero que se le vino a la cabeza fue su princesa, Anna, y luego la propuesta de su escudero, Vicente, ofreciéndole presentes para ella. Ahora no le parecía tan descabellada. Justo en ese instante el rostro de Bouthellier se iluminó y Arturo se giró siguiendo su mirada hasta la puerta. Tras el cristal esmerilado se dibujaba una figura alta y esbelta. Los golpes no se hicieron esperar. Arturo, imitando a su superior, se levantó para recibirla. Bouthellier concedió su permiso y la puerta se abrió dando paso al delegado que, tras quitarse la gorra, saludó con un taconazo y alzó el brazo con firmeza. El tiempo que mantuvo el gesto fue el mismo que tardó en vislumbrar a Arturo. La mano que saludaba se fue entonces directamente a la cartuchera, agarrando la culata de su pistola con tal fuerza que los nudillos se le blanquearon. Arturo, también alterado, retrocedió con brusquedad derribando la silla. Cuando se miraron, supo que lo único que impedía que le descerrajaran un tiro era la presencia de Bouthellier. Éste les observó con los ojos de quien ha visto demasiados sinsentidos en un lapso demasiado corto de tiempo, y volvió a sentarse.

—Cuádrese —ordenó.

Ninguno de los dos oponentes pareció escuchar la orden.

—Cuádrese, coño —rugió esta vez pegando un fustazo sobre la mesa.

Ambos dieron un taconazo y se quedaron con la mirada al frente.

—Así, firmes, más firmes, como una bayoneta —bramó Bouthellier—. Por lo visto ya se conocían de antes, pues bien, tendré el gusto de volver a presentarles —apuntó con su muñón a uno y a otro alternativamente—. Capitán Román Duarte Aldecoa, delegado de Orden Público de Madrid, y teniente Arturo Andrade, en misión especial de la Segunda. Y ahora vamos a aclarar algunas cosas. No me importa lo que haya entre ustedes dos, a partir de ahora quien le busque las cosquillas al otro va a acabar viendo los luceros

tirado en una cuneta. De eso me encargaré yo personalmente. Usted, capitán, no abusará de su rango, y usted, teniente, denunciará cualquier incumplimiento del capitán. Y no se olvide, de este trabajo usted sólo responde ante Serrano.

Durante todo el sermón Román había ido dibujando una sonrisa de chulesca suficiencia, pero la mención de Serrano Suñer se la cortó como un manotazo.

—Así que ya saben —continuó Bouthellier—; no les voy a pedir que se den un beso, pero quiero su palabra. Es una orden. Y firmes, no les he dicho que descansen.

Arturo aguardó primero la reacción de Román. Éste le miró unos segundos con esa nostalgia de los perros a los que no dejan satisfacer sus instintos, y con una sonrisa que era su mejor tarjeta de indiferencia, zanjó el asunto.

—Por mí bien, mi comandante —dijo.

—Por mí también, mi comandante —respondió Arturo.

Una vez obtenida la tregua, se permitió admirar la belleza de Román hasta encontrar el modelo que no había logrado hallar durante su altercado en el Ibérico: era igual que Valentino.

—Pues basta de cháchara y siéntense —concluyó Bouthellier.

Tomaron asiento con un estruendo de sillas arrastradas y, sin más dilación, Bouthellier comenzó a explicar la estrategia que seguirían. Así estuvo alrededor de una hora. En el transcurso, Arturo fue sintiendo las palabras cada vez más opacas y brumosas. El esfuerzo de los días de guardia le estaba pasando factura y ahora notaba el cuerpo como cargado de hierro. «Me pesa la armadura», pensó. Bastó con eso para que su mente se le fuera yendo de nuevo, casi sin darse cuenta, hacia la explanada de una justa, toda llena de banderas y estandartes que ondeaban al viento. Juglares y bufones iban de acá para allá, contorsionándose. Ante sus pabellones, numerosos caballeros terminaban de blindarse embrazando escudos, enristrando lanzas, abrochando yelmos; sus caballos, cubiertos y enjaezados de vivos colores, piafaban y caracoleaban nerviosos. Arturo lo observaba todo, pero sólo buscando una cosa. Acabó por encontrarla sentada en las gradas del palenque, entre los nobles y las pálidas damas de armiño y sedas tornasoladas. Anna.

Algunos caballeros ya cabalgaban hacia allá para recoger un lazo antes de entrar en combate. Anna. Anna. Arturo les siguió. Los clarines empezaban a sonar y apresuró el paso. Cabalgaba. Cabalgaba y sonreía. Cogería su prenda, la anudaría a su lanza y la defendería en justa liza contra todo aquél que la pretendiese. En el centro del palenque, rodeado por pajes y sirvientes, había un trono vacío decorado con gallardetes y banderolas con bordados de corazones en llamas: la plaza reservada a la reina de la belleza. Y sería de Anna. De ello se encargaría su caballero. Contra la realidad, contra los hábitos, contra la tradición, contra la historia, contra la naturaleza...

—Tiene mala cara, teniente.

Arturo dio un respingo y su rostro fue cruzado por diversas expresiones: sorpresa, disimulo, rechazo... Detrás de la voz, encontró los ojos de Román.

—¿Usted qué opina, mi comandante? —volvió a decir éste.

Bouthellier le estudió.

—Tiene razón, son demasiados días al pie del cañón. Por hoy vamos a dejarlo. Váyase a casa, teniente, y descanse. Ya le comunicaremos cualquier novedad.

El silencio de Arturo fue evidente.

—Tiene un coche abajo —le informó Bouthellier—. Que le lleven.

—Muchas gracias, mi comandante —respondió—. Con su permiso.

Cuando Arturo se levantó, Román hizo ademán de seguirle.

—¿Dónde va, capitán? —le preguntó Bouthellier apuntándole con su muñón—. A usted no le he dado permiso.

—Perdone, mi comandante. Pensaba...

—Usted se quedará conmigo. Aún tenemos que despachar algunos asuntos.

Román se reacomodó con una irritación mal disimulada y miró a Arturo como si él fuese el culpable. Éste saludó marcialmente a ambos, pero demorándose intencionadamente en Román.

—A sus órdenes, mi comandante.

—Y descanse bien, teniente —reiteró Bouthellier.

—Lo procuraré.

Un último y *recuerdos de mi parte al Gonococo, mi capitán*, precedió a la espalda de Arturo desfigurándose tras el cristal esmerilado. Si el odio pudiese

matar, no habría llegado ni a cerrar la puerta.

* * *

Ante la entrada del ministerio había un elegante Mercedes-Benz de chasis de vagón y carrocería encerada. Arturo oteó el resto de la calle para comprobar si había algún otro vehículo, sin resultado. Supuso que aquél sería al que se refería el comandante: su coche oficial. Se sorprendió de la magnanimidad de su jefe y arrebuajándose en su gabardina, se acercó a la ventanilla del chofer. Éste no se inmutó ante el encargo y se bajó para abrirle la puerta trasera. De inmediato, un crujido de cuero y un olor a tabaco mentolado le envolvió. Estaba claro que, a pesar de su apariencia espartana, Bouthellier poseía una clara conciencia de la parte epicúrea de su posición. Le dijo la dirección de la pensión, y cuando el chofer dio por buenas las señas, el Mercedes se puso en marcha con suavidad haciendo un complicado dibujo por las calles que le llevó a pensar en un recorrido aleatorio para prevenir atentados. Las calles de Madrid se hallaban vacías, interrumpidas de vez en cuando por algún retén que saludaba al paso del vehículo. Arturo iba con los ojos fijos en el cogote del chofer, ausentes, y la cabeza apoyada pesadamente hacia atrás. Una niebla finísima iba cubriéndolo todo como un animal blanco e inmenso. Los edificios sólidos y extensos de los palacios, las iglesias y los museos iban relevándose, borrados los detalles presuntuosos de su arquitectura por el abrigo de la noche. El chofer observaba de vez en cuando su semblante por el espejo retrovisor para comprobar que no necesitaba nada. Arturo se estaba quedando amodorrado, cuando un afilado reflejo por el mismo retrovisor le desveló. Confirmó por la mirilla trasera que era otro coche. La oscuridad no le permitía distinguir la marca, pero su forma de escarabajo y los dos faros juntos, entre la parrilla delantera y el radiador, hacían probable que se tratara de un Renault. Al principio no le dio importancia, pero luego, ante su constante presencia, se le ocurrió que quizás les estuviesen siguiendo. Miró al chofer. Su rostro tenía tanta vida como el brazo cortado de su jefe; no parecía apercibirse del invitado. Se giró y observó de nuevo el coche. No era una ilusión; en cada nueva curva o desvío el Renault seguía su trazado como si lo

estuvieran remolcando. Arturo intentó vislumbrar a sus ocupantes, pero la reverberación de los faros se lo impedía. El juego se prolongó lo suficiente para decidirse a alertar al chofer. Pero, justo cuando se disponía a tocar su hombro, a la vista del palacio escondido entre jardines del Ministerio de la Guerra, el Renault se evaporó.

—¿Le ocurre algo, mi teniente? —el chofer le lanzó una ojeada.

—¿No se ha dado cuenta de que nos seguían?

—¿Seguirnos? Llevábamos un coche detrás, mi teniente, eso sí. Pero que nos siguiera...

Arturo espió su rostro en el retrovisor con ojos de contable, como intentando descubrir una cuenta falsa. Pero las puertas de su cara continuaban cerradas, y sus ojos descampados le sugerían que quizás estuviera sacando las cosas de quicio. Sintió un poco de vergüenza. Aquella sensación de insidia podía no ser más que cansancio. Acaso el problema fuera su obsesión.

—Sí, sí, tiene razón —acabó por conceder.

Se echó de golpe contra el asiento y se puso a contemplar de nuevo un Madrid arrugado por el frío. Cuando ya estaban cerca de la pensión, Arturo se envaró de repente.

—Olvídese de esta dirección. Dé la vuelta y lléveme a Gravina.

El chofer le miró con una expresión franciscana. Los pensamientos que fluían por su mente no dejaban ningún rastro en su cara.

—¿Está seguro, mi teniente?

—Nunca he estado más seguro en mi vida.

* * *

Los rostros de Franco y José Antonio seguían protegiendo como arcángeles custodios la virtud de Casa Margot. Ésta continuaba asediada perpetuamente por los satánicos murciélagos que colgaban de una uña o un ala triangular. Arturo, tras despedir al Mercedes, se introdujo en el portal. El portero le vigiló como echándole mal de ojo. El ascensor, de madera y cubierto de latón, con crujientes puertas plegables, seguía parado por la restricción. Subió los tres pisos hasta encontrarse otra vez frente al talismán de Loyola, y

experimentó el mismo sentimiento de vacío y límite de siempre, como si se hallase al borde de un acantilado. Golpeó la bola de bronce y la mirilla circular no tardó en descorrerse. Unos ojos negros le espionaron. La *madame* le reconoció de inmediato y le abrió la puerta.

—Don Arturo, benditos los ojos —le recibió en su trabajoso español.

Arturo no quiso recordar más los elementos que agitaban su vida y se dedicó, esta ocasión con más calma, a apreciar la figura de Margot. Había mujeres que irradiaban algo misterioso, algo que nos fascinaba y nos obligaba a ver en ellas sólo lo que ellas querían que viéramos y, definitivamente, la *madame* formaba parte de ese grupo. A pesar del uniforme de beata adoratriz y el colorete espeso, únicamente se podía contemplar a la diosa de las noches de París.

—Buenas noches, ¿molesto?

—¿Pero qué dice usted? ¿Cómo va a molestar? Pase. ¿Me permite?

Arturo se quedó mirando estúpidamente la mano que le tendía, hasta que comprendió que sólo buscaba su gabardina y su sombrero.

—Claro —le entregó sólo el sombrero.

—¿Todo bien?

—Muy bien, gracias.

—Me parece que hoy no encontrará a don Publio. No nos ha honrado con su visita.

—No vengo a ver al marqués.

Margot le observó con intención, como si le hubiera descubierto una carta escondida. Arturo sintió esa pequeña humillación que sufre todo hombre cuando depende de alguien. El silencio que se estableció entre ellos no esperaba palabras.

—Perfecto. Sígame, por favor.

Margot le guió por las múltiples y laberínticas revueltas de pasillos granates; al fondo se escuchaban risas y conversaciones con *La cucaracha* de fondo. A Arturo le desagradó tener que mezclarse con toda aquella gente, pero, como si la *madame* hubiese intuido su disgusto, se detuvo antes de llegar al gran salón circular y le abrió la puerta de una habitación, rogándole que esperase dentro.

En cuanto le dejó solo, Arturo se paseó por el cuarto fiel a su costumbre

de estudiar los contextos humanos. Lámparas de tulipas rosas, gladiadores desnudos de escayola, una enorme cama con gruesos cabezales de bronce, un gramófono a imitación de *La voz de su amo*, sofás de damasco rojo con sirenas labradas en sus brazos de caoba oscura... Había incluso un cuartito de baño con pastillas nuevas de jabón Heno de Pravia y un frasco de Listerine para hacer gárgaras. Aunque lo que más le llamó la atención fue un tocador de lunas biseladas abarrotado de los instrumentos del rito femenino: polvos de arroz, pinceles y redomas para la abéñula, bastoncillos de rouge, tenacillas de pestañas, borlas y borlones de empolvase, una bandeja con cepillos diversos... Se sintió fascinado. En aquel lugar, aquellas criaturas se dibujaban, se creaban, se reinventaban cada noche. Y allí se respiraba dulzura, misterio, secreto... casi santidad. Cogió un perfumador. Con una mano sostuvo el frasquito tallado a facetas y con la otra la blanda goma glandular, exquisitamente envuelta por una redecilla de seda, en la que acababa el largo tubo que salía del frasco. Agitó el líquido que resplandecía en el interior del cristal. Luego presionó la goma. Una miriada de gotitas invisibles inundó el aire. Reconoció el perfume. Era ella. Anna. Su presencia. Su ausencia.

En ese momento picaron a la puerta y Arturo dejó el perfumador nerviosamente, alterando el concierto de objetos con su torpeza. En cuanto logró remediar la calamidad, dio permiso para que entraran. Esperaba a Margot, pero en el umbral sólo encontró a Anna. Se quedó sin respiración. Iba vestida con un *chipao* de seda negra y cuello alto, sin mangas y abierto en los costados, y llevaba su pelo negrísimo recogido en un moño y traspasado por agujas de jade. Igual que en sus ensoñaciones. Por faltar, sólo faltaba el detalle de los dragones enroscados. «De nuevo la Virgen de las Casualidades haciendo sus milagrerías», pensó. Cuando ella le dio las buenas noches y le preguntó si le apetecía algo, estuvo a punto de decir que un café sería perfecto, pero no dijo nada. En su lugar, negó con la cabeza y aspiró con fuerza. Su olor. Un olor que le producía tanta excitación como aprensión.

—¿Dónde está Margot? —preguntó casi alarmado.

Anna no pareció comprender.

—*Margot sagt sie mó'chte mich sehen* —«Margot me dijo que le gustaría verme», le dijo.

—*Ach... ja, ja* —alcanzó a responder Arturo.

Anna sonrió y se movió con levedad hasta situarse frente al gramófono. Era una máquina de elegantes mecanismos negros y letras en pan de oro y plateadas. Una enorme bocina metálica se curvaba desde su caja de madera. Estuvo contemplándolo y después miró a Arturo.

—*Gefallen Ihnen die Musik?*

—*Ja... ach, ja* —sí, le gustaba la música.

Anna levantó el brazo del gramófono, quitó una basurita de la aguja y lo colocó sobre el disco. El asmático sonido del disco rayado dio paso a los pentagramas concéntricos de una extraña canción alemana.

—*Mir gefällt dieses Lied sehr* —dijo Anna.

—*Ja, mir auch.*

A ambos les gustaba aquella canción. Ella se fue a sentar sobre la cama. Las sábanas crujieron de limpieza. Arturo la miraba con los ojos tatuados de deseo y ella lo notaba.

—*Gefallen Ihnen, wie Ich aussehe? Mochten Sie, dass ich ausziehe?*

—«¿Le gusta como estoy? ¿Quiere que me cambie?», le preguntó con coquetería.

Arturo estuvo a punto de responder con una atropellada negativa, pero se contuvo. A pesar de ello, se dio cuenta de que su no había sonado demasiado vehemente.

—*Kommen Sie nicht mit?* —«¿No viene?», dijo Anna dando golpecitos a la colcha.

Fue sólo un momento, pero lo suficiente para que Arturo oyese con claridad el ruido de una cola de reptil recogándose en algún agujero.

—*Ja* —contestó.

Se sentó junto a ella. La cama le recibió con un ligero rebote.

—¿Prefiere que hable en su idioma? —le preguntó Anna.

Arturo la miró con sorpresa.

—Al resto de los clientes les gusta el alemán, pagan más —aclaró—. Pero Margot me ha dicho que usted es especial.

—Margot se equivoca.

—Entonces, ¿quiere que volvamos al alemán?

—No, está bien así. Me refiero a que no soy especial —se metió la mano

en el bolsillo y sacó los billetes que le había dado Bouthellier.

Anna interrumpió su gesto negando con la cabeza.

—Está invitado.

Arturo no dijo nada. Guardó el dinero sin insistir. Permanecieron así, sentados, hasta que sintió una leve presión en la muñeca. Era la mano de Anna. Se levantó como pinchado por un aguijón eléctrico y cruzó la habitación hasta el gramófono. La canción se acercaba a sus últimas notas. Cuando terminó, Arturo volvió a colocar el brazo al principio de la espiral.

—¿Quieres bailar? —preguntó.

Anna sonrió.

—Claro.

Arturo notó que le temblaban algo las manos cuando la recibió. Dos pasos a la izquierda, uno a la derecha, dos pasos a la izquierda, uno a la derecha... Bailaban en silencio, abrazados. Pero Arturo sufría. Tenía ganas de hablar, de revelar su secreto, de decirle *te quiero*, pero no era capaz de abrir la boca. Súbitamente, la orquesta calló. Sonrieron. Sin la coartada de la música, Arturo se sintió cohibido. Anna le condujo de nuevo al borde de la cama.

—¿No te gustaría marcharte de aquí? —preguntó de repente Arturo.

Su franqueza le sorprendió incluso a él mismo. Ella le miró con curiosidad.

—¿Adónde?

—¿Dónde te apetecería?

—No he viajado mucho.

—Dime un lugar.

—No sé, cualquiera que esté lejos.

—Pues nos fugamos ahora mismo.

—¿Y qué me llevo?

—Sólo tus ojos. Con eso basta.

Anna soltó una limpia carcajada. Arturo también sonrió, pero su sonrisa acabó por transformarse en una mueca. Él hablaba totalmente en serio.

—Me hace usted reír —dijo Anna—. Hacía mucho tiempo que no reía. Quiero decir, de verdad.

—Me alegro.

—¿Por qué es tan amable? —le espió con sus ojos negros.

—No hay por qué, se es amable sin motivo. Si hay motivo, ya no se es amable.

Ella arrugó su naricita en un gesto de incomprensión, pero volvió a sonreír. Arturo notó que su mórbida mano se colocaba otra vez sobre la suya. Esto le provocó una perturbadora descarga de deseo, pero también le puso a la defensiva.

—¿No le gusto? —le preguntó Anna con un tono desamparado.

—No, no es eso.

«¿Cómo explicarte? —pensó Arturo—. ¿Cómo?». La deseaba como deseaba que sus padres resucitasen. Vendería su alma porque ella le amase un solo segundo, uno solo. Pero ella era la princesa. ¿Cómo hacerle entender que ella era la princesa y él su caballero? ¿No se daba cuenta? Era tan fácil darse cuenta, tan... fácil.

—Está nervioso. Relájese.

Arturo se contempló sentado junto a Anna en la luna biselada del tocador. Su rostro sin afeitar, sus profundas ojeras. Era como si fuese otro hombre. Se vigiló con esa secreta repugnancia y solidaridad al descubrir en otro esa imagen y semejanza de querer a la misma persona. Sintió incluso celos cuando ella empezó a besarle, el cuello, las mejillas, la esquina de los labios.

—Relájese. Yo lo haré todo. Y creo que se equivoca.

—¿En qué me equivoco?

—Margot tenía razón: es usted especial.

Fue desvestiéndole amorosamente entre palabras de azúcar y suaves caricias. Luego, también ella se quedó desnuda; vientre contra vientre, fue extrayendo el placer de su cuerpo, masajeándole como si le vistiera con algo transparente y brillante. Había algo doloroso en todo aquello. Perdido entre el oleaje, Arturo se dejaba hacer; leve, frágil, íntima, la sensualidad que dimanaba de toda ella, aquella especie de magnetismo, le mantenía en un estado mesmeriano. Pero, en un momento dado, Anna soltó un gritito y se montó a horcajadas sobre él, atenazándole las muñecas con violencia. Arturo permaneció quieto, y cuando ella estuvo segura de que no se movería, comenzó a desenvainar con extremada lentitud las agujas de jade que sujetaban su melena y sus cabellos se derramaron sobre su cara.

Entre la maraña negra, Arturo vislumbró su mirada: una mirada burlona,

cruel. En el instante siguiente Anna se apartó el pelo con un vaivén y Arturo pudo distinguir en su cuello las moraduras hechas por los bocados de algún putófago; fue entonces cuando se quebró su hechizo y recordó que había venido a liberar a la doncella, no a follar con ella. Pero ya era demasiado tarde. Anna empezó a frotarse enérgicamente, deslizándose por su entrepierna hasta introducirse su pene en la boca con un movimiento experto. Arturo intentó apartar su cabeza, oponerse, pero ella inició un movimiento que sabía irresistible.

El caballero se hallaba impotente ante el encantamiento que sufría la princesa, y el dragón se relamía en su agujero, babeando fuego líquido; sus escamas brillantes, pentagonales, se estremecían de gusto. Anna. Anna. Aquello era un pacto con el absurdo. Un incesto moral. Anna. Anna. La eyaculación fue violenta, inesperada. Cuando se vació, Arturo pudo separarse y, haciéndose un ovillo, comenzó a llorar. Estuvo llorando, acurrucado entre los desconcertados brazos de su princesa, hasta que logró refugiarse en la oscuridad del sueño.

Capítulo 9

Profundidad de las almas

Arturo no supo que había sido él quien había gritado hasta que prendió la luz y contempló tres rostros aterrorizados en la luna biselada del tocador: su rostro. Un sudor frío y viscoso le cubría la piel. Fogonazos de pesadilla continuaban circulando por su mente, incapaces aún de dissociarse de la realidad. Calor canicular. Negras humaredas. Ametralladoras. Gritos. Morteros. Carreras. Una y otra vez se zambullía en Badajoz desde lo más alto, como un Sísifo convertido en piedra de sí mismo. Badajoz. Siempre la plaza de toros de Badajoz. Se esforzó en mantener los ojos abiertos y mirar fijamente al techo, pues tan pronto como los cerraba las imágenes penetraban en su cabeza y se aferraban a ella como sanguijuelas. Fue el redoble de la lluvia en la ventana lo que terminó por distraerle de su tormento. Por inercia, echó un vistazo al torero de su reloj. Luego comprobó la hora en un gran reloj de bronce con un Tiempo barbudo que movía una guadaña a modo de péndulo sobre un aparador. Eran las siete de la mañana. Se había quedado dormido en la casa de putas. De repente, se acordó de Anna. Su mano llegó antes que sus ojos a la otra mitad del lecho. Sólo había un hueco vacío, helado. No comprendió del todo aquel dolor que le llegó de repente. Pero cuando sus pensamientos se volvían más sombríos, descubrió algo pequeño, precioso. Sobre la almohada se silueteaba un borrón. Lo observó con detenimiento. En realidad no era una mancha, sino dos: la marca de unos

labios femeninos, el estampado perfecto de un beso carmesí. Eran unos labios carnosos, un poco abiertos y estriados, fantasmales, obsesivos sobre la blancura perfecta de la almohada. Los labios de Anna.

Los golpes sonaron secos y discretos. Arturo se sobresaltó y se cubrió con las sábanas. La voz susurrante de Margot le recordó que seguía en una casa de putas, de putas durmientes. Dio su permiso y la madame entró, cruzando la habitación hasta la cama. Venía envuelta en una bata de seda oscura y sin pintar; recién levantada su rostro aparecía afantasmado y con la carne un poco descolgada, como si todos los años que conseguía mantener a raya durante el día aprovecharan el abandono de la noche para tomar posesión de sus territorios. Margot se dio cuenta de sus ojos decepcionados y suspiró con lentitud.

—Ha tenido una pesadilla —se limitó a decir.

—Sí, disculpe si he armado escándalo.

—No se preocupe. Están todas tan cansadas que haría falta la Filarmónica de Londres para despertarlas.

Arturo no lograba apartar la mirada del inicio abarquillado de sus tetas. Margot cerró más la bata.

—Me he quedado roque —dijo disculpándose.

—Mandé que no le despertasen. No tenga cuidado, a la primera dormida invita la casa.

—Muchas gracias.

La madame se sentó en el borde de la cama y pasó su mano sobre la colcha, alisándola. Arturo se removió con ansiedad.

—¿Cuándo la subastan?

Margot le miró con algo de conmiseración.

—¿Qué día es hoy?

—Veinte de octubre. Viernes.

—Este miércoles no. El siguiente —respondió.

—¿Quién estará?

—Todo el mundo.

Arturo sintió una tensión entre su corazón y su mente.

—Don Arturo, tengo una santanderina nueva tan guapa o más que Anna. Si quiere...

—No.

Margot se apretó la bata y le dedicó una cálida mirada.

—Atiéndeme un momento, Arturo. ¿Puedo llamarte así, Arturo?

Arturo asintió mecánicamente.

—Voy a contarte una historia. Y te la voy a contar porque hacía muchos años que no veía algo así.

—¿Qué no veía?

Margot sonrió.

—Un corazón a punto de ser triturado. Me trae recuerdos.

Durante unos segundos sólo se escuchó el repicar incansable de la lluvia. En el ínterin, la expresión de Margot se retrotrajo a otro tiempo; un tiempo de palcos de ópera reservados, de vocalistas inclinados sobre sus micrófonos haciendo moverse pistas repletas, de luz de luna empapada en champán; un tiempo en el cual ella era eternamente joven y deseada, y sus amantes abandonados se retiraban a los rincones más apartados de los jardines para fumarse un último cigarrillo antes de suicidarse. Un tiempo esplendoroso. Un tiempo póstumo.

—Sucedió en París —comenzó—, que es donde suelen suceder estas cosas. Estrenábamos los veinte. París era entonces algo digno de contemplar, créame; algo generoso; una mezcla canalla y aristócrata, nada que ver con el provincianismo de ahora. Pues... imagínese a una chica preciosa descubriendo el gran mundo. Fiestas, joyas, viajes... Esta chica, magníficamente egoísta, como sólo se puede ser cuando se es joven, podía tener lo que quisiera y a quien quisiera: hombres guapos, o inteligentes, o ricos, o con talento... Pero, claro, el amor siempre está ahí, como una enfermedad, y uno siempre se enamora de la persona equivocada. La chica se quedó prendada de él en cuanto lo vio, igual que él de ella. Tendría su misma edad, y ni era guapo, ni inteligente, ni rico, ni con talento... una hipoteca —sonrió con ternura—. Y entonces comenzó el sinvivir, la necesidad de estar cerca de él y las ganas de desaparecer, de hablar y de retirarle la palabra, de verle y de ser invisible... Fue algo clandestino, no podía ser de otra manera. Porque aquel chico representaba un peligro, el mayor peligro que podía amenazar a la chica: renunciar a ese mundo elegante y lujoso, la única atmósfera en la que ella podía respirar. Lamentablemente el amor es eso, algo

perverso: cogerse las manos, besarse, dormir junto a alguien, olvidarse de uno. Resulta demasiado poderoso. La chica lo pasó muy mal; decidía suicidarse todos los días —Margot ya no hablaba para sí, sino para un ilusorio fiscal que conociera perfectamente el drama—. Aunque la vida consiste en elegir entre un miedo u otro, es muy simple. La chica nunca olvidó el rostro del chico cuando se encontró con los dos matones a sueldo que le partieron el alma a cuenta de uno de sus ricos amantes. Mientras escupía sangre, sus ojos supieron al instante que había sido ella quien lo había ordenado. Fue la única manera que halló la chica para no sucumbir a lo que hubiera sido una locura: hacer que él la odiara tanto que nunca más volviera a verle —aquí se le quebró un poco la voz y perdió seguridad—. Qué melodramático suena todo, ¿verdad? Como esas frases estúpidas, ridículas, como lo son todas las frases de amor cuando se quedan frías y se las recuerda al cabo de un tiempo. Pero, bueno, esto ya es historia.

Arturo adivinó que la madame había contado sin lágrimas un episodio por el que no hacía demasiado todavía las derramaba a mares, y admiró su fortaleza.

—¿Le compensó? A la chica, me refiero.

—Por supuesto. Habría sido una insensatez. Le costó superarlo, pero como decía aquella monja de clausura: «Lo difícil del convento sólo son los primeros treinta años, luego se hace más llevadero».

Arturo sonrió con pena.

—Anna no es lo que aparenta —continuó—. Y tú, Arturo, eres demasiado sensible en lo que no debieras.

Arturo pensó en un faro, uno que daba señales de peligro pero que era impotente para evitar las catástrofes.

—Es inútil —dijo.

—Ya lo sé —respondió Margot—. Ya lo sé.

En ese instante se oyeron protestar las tripas de Arturo.

—Estoy muerto de hambre —se excusó.

—Vete a la cocina y sírvete lo que quieras. Si me disculpas, volveré a la cama. Estoy agotada.

—Faltaría más. Y perdone el alboroto.

—Estás perdonado.

—A propósito, ¿puedo utilizar el baño? —preguntó acariciándose a contrapelo su mentón aborascado.

—Estás en tu casa, Arturo. La bañera tiene agua caliente, y en el armarito hay una navaja y lo necesario para afeitarse. Toallas, creo que hay de sobra.

Margot se levantó y se dirigió a la puerta. Antes de salir, le dedicó una mirada que había recuperado parcialmente su orgullo.

—Cuídate, Arturo —se veía que no era eso lo que quería decir, pero no añadió nada más.

Arturo no halló una manera mejor de responder.

—Gracias.

* * *

La tacita de café era un pequeño milagro de la industria de la porcelana, ligera, y decorada con unos delicados fillos de oro y una cenefa de rosas que se emparraba por toda su superficie. Arturo, ya vestido y sentado en la cocina, la contemplaba al tiempo que jugueteaba con las cortezas de la mitad de una empanada que había encontrado en la despensera y que le había servido de desayuno. De la tacita pasó a observar su mano: sus venas marcadas, encabalgadas sobre sus tendones. Miraba sin mirar, pensando en la estupidez que habría sido ceder al impulso que tuvo cuando se marchó la madame. Se le había ocurrido registrar las habitaciones hasta dar con el cuarto de Anna, despertarla, abrirla con la colcha y sacarla en brazos de aquel antro como si fuese una novia que hubiese de cruzar el umbral de una nueva vida. ¿Cómo habría reaccionado? Arturo podría hacer cábalas, pero renunció a internarse en aquella tenebrosa jungla de frágiles equilibrios; prefirió volver sobre los sucesos de la Ciudad Universitaria y neutralizar a Anna para no deteriorar su capacidad de juicio. Aunque ya no le pagaran por aquel trabajo extra, reconstruyó de nuevo la secuencia íntegra de los hechos. La revisó a conciencia. Todo era demasiado rotundo, demasiado exacto. Le recordaba el apólogo de la sartén, un sistema filosófico que tiene una coherencia demasiado fuerte es como el aceite hirviendo en una sartén: se podía echar en él lo que fuera, pero siempre saldría una patata frita. Xargu,

Frutos... Manuel Cortina. Había algo, algo. Una sospecha que iba cambiando sus perfiles conforme iba evolucionando su pensamiento. Una incertidumbre de no saber si las piezas encajaban porque de verdad lo hacían o porque algún dragón tenía la maldita habilidad de reconstruir los rompecabezas según las moviesen. Dio otro sorbo al café y posó la taza, que sonajeó contra el platillo. Miró por la ventana de la cocina. La mañana seguía emplomada, como si hubiera habido una fuga de luz, y la lluvia continuaba empañando vidrios y personas. El tenaz repiqueteo contra los cristales le recordó el tecleo de las grandes máquinas de escribir Underwood que había en Gobernación. «Un paraíso para un tipo como Frutos», pensó. No podía dejar de sonreír cada vez que evocaba al funcionario. La idea le llegó de repente, con el rostro de Frutos. Cuando le había interrogado, el funcionario había hecho ostentación de su memoria y afirmado que si los volviese a ver reconocería a todos los componentes del convoy. Una manera de librarse de sus incertidumbres sería poner a Frutos frente a Xargu. Bastaría con que le echase un vistazo de lejos. Si le identificaba y confirmaba su testimonio, la cabeza de Arturo quedaría más despejada. No por completo, pero más despejada. Aún era temprano para aparecer por Gobernación, tenía tiempo para darse una vuelta por Porlier. Terminó el café y salió de la cocina abriendo una escandalosa cortina de abalorios. Un silencio de amanecida, subrayado por alguna tos o murmullo, le acompañó mientras cruzaba el pasillo. Fue colocando su palma sobre las puertas de las habitaciones con la absurda esperanza de que alguna estuviera caliente. Allí se encontraría el dragón. Y durmiendo en el interior de su cuerpo enrollado, Anna. Una tras otra, las puertas callaban. Una tras otra, las puertas gritaban.

* * *

El taxi rodeó toda la manzana entre Padilla, Bravo y Conde Peñalver, deteniéndose frente a la entrada principal de la cárcel. Cuando se apeó, tuvo la impresión de que sus muros rojizos chorreaban sangre por efecto del aguacero. Mandó al taxista que esperase. Sus papeles le franquearon el paso hasta la diminuta oficina de un sargento, situada en el cuerpo de guardia, al

final de una de las inacabables galerías. Allí ordenó que se presentase el brigada que le había recibido la vez anterior. El sargento hizo una llamada telefónica y no tardó en aparecer el piloso individuo con una cara mezcla de sueño y circunstancia. En cuanto vio su gesto de embarazo, Arturo adivinó que algo iba mal. Cuando le preguntó por Frutos, el brigada inició una disertación previa de descargo antes de explicar lo sucedido. El suicidio del funcionario la noche anterior era la comidilla de los reclusos. Frutos, ante la imposibilidad de conseguir un arma o disponer de una cuerda o un cinturón para colgarse —a los reclusos se les despojaba incluso de los cordones de los zapatos—, había elegido un procedimiento sutilísimo. A pesar de que el brigada había cumplido las órdenes de Arturo a rajatabla y comprobado diariamente junto con el médico las inyecciones para la diabetes del funcionario, no había considerado peligroso que éste recibiera un paquete con comida que incluía un gran bote de jalea.

Cuando entraron en su celda para administrarle su dosis de insulina, Frutos llevaba ya varias horas en coma diabético. En la enfermería habían intentado todo lo humanamente posible para salvar su vida, pero entre los escasos medios y la gravedad de su estado, poco hubo que hacer. Arturo apenas daba crédito a sus oídos. Y, encima, no podía dar rienda suelta a su ira, porque el mismo método del suicidio confirmaba el celo del brigada. ¿Cómo podía el funcionario haber llegado a aquello? Frutos no tenía psicología de mártir; al contrario, era una de esas personas que creía que lo más importante era poner piedrecitas en los zapatos de los demás. Arturo habría apostado su cabeza a que antes de volver a verle ya habría inundado todas las auditorías de guerra con sus reclamaciones. Aunque, ¿quién sabe?, también era posible que alguien que lo tenía todo cuadrado, incluso las circunvoluciones de su cerebro, fuese incapaz a la larga de aceptar que su vida hubiese caído en un reino de arbitrariedad. Arturo se sentía aturdido. Manifestó su interés por ver el cadáver y el brigada se ofreció para llevarle hasta la enfermería.

La llamada *enfermería* estaba situada en el tercer piso, y era apenas un cuartucho azulejado con tres camas, un biombo y una vitrina con algunas botellas e instrumentos. Un fuerte olor a ácido fénico inundaba las fosas nasales. El brigada propuso ir a despertar al médico, pero Arturo no lo creyó

necesario; bastaba con ver la penuria de material para comprender que hasta un simple resfriado habría sido peligroso en aquel lugar. El cuerpo de Frutos se hallaba sobre una camilla, junto a la pared, delineado bajo una sábana.

Cuando el brigada la apartó, permitió entrever el rostro de Frutos, de un tono cerúleo y con su mirada clavada en el más allá. Aprovechando la confusión de Arturo, el brigada, exageradamente servil, quiso remediar la calamidad señalándole que el difunto, antes de comerse su azucarada cicuta, había dejado una nota que él había guardado; pero no sólo eso, sino que también se había incautado de los escritos que Frutos había ido enviando en la creencia de que llegarían a la Capitanía militar. La censura de la cárcel los había interceptado, pero él, tras obtener el visto bueno del director, se había encargado de que no se convirtieran en combustible para las cocinas. Arturo no pudo menos que felicitar al brigada por su inesperada competencia. Éste no se demoró en ir a buscar los documentos. El tiempo que se quedó a solas con el cadáver, Arturo no fue capaz de apartar la vista de Frutos, seducido por aquel aire entre macabro y fascinante de los muertos. Cuando volvió el brigada, trayendo una carpeta de gran tamaño, pudo comprobar que la mayoría de los papeles consistían en escritos legales a máquina destinados a los cuerpos jurídicos militares. Una prosa exacta, eficiente, de la que el funcionario no había sido capaz de librarse ni a la hora de explicar unas razones tan íntimas como las que podían conducir a un hombre al suicidio. Al igual que un simple científico de los hechos, diseccionaba en apenas una hoja los motivos que le habían llevado, tras arduas reflexiones, a tomar una decisión tan drástica. No había utilizado la pluma, en lo que hubiera sido un último guiño personal, ni siquiera lo había rubricado; con el mismo gesto automático de los legajos, había mecanografiado un remontado sermón sobre la maldad del fascismo, considerando incompatible aquel estado de cosas con la existencia digna de un demócrata republicano. Coherente con sus principios, y maliciándose que cualquier juicio a que le sometieran no pasaría de mera pantomima, había dejado constancia de su disconformidad y tomado una determinación. Arturo repasó una vez más los folios y cerró la carpeta con un golpe seco. «Fin del asunto», pensó. Aunque no dejó de admirar el gesto de un hombre que sabía que llegaba un momento en el cual toda existencia era una derrota aceptada, y como tal la había asumido enseguida y

de una manera consciente. Frutos había pretendido darle a su muerte un sentido que otros daban a la vida, morir lo más alto posible. «Qué vale una vida por la cual no se acepte morir», se le ocurrió. Por eso decidió conservar los documentos: para que la muerte, que le había arrebatado su cuerpo al funcionario, no pudiera así hacerse del todo con su voluntad. Reflexionó sobre Xargu; ¿en qué posición quedaba ahora él respecto al asturiano? Desgraciadamente, no le restaba otra opción que fiarse.

* * *

La lluvia continuaba torrencial en el patio de la prisión. Y la mañana no parecía mañana, sino una de esas noches negras que sólo recordaban las partes más terroríficas de la Biblia. Mientras bajaban las escaleras, escuchó gritos provenientes del hervidero de almas encalabozadas. Recordó las metáforas oficiales que se empleaban para las defunciones por torturas, hambre, miseria y *paseos*: traumatismo por arma de fuego, hemorragia traumática interna... Le entristeció no estar emocionado, pero no consideraba su indiferencia cifra de culpabilidad. Porque sabía que lo único que convertía a un culpable en víctima era haberse encontrado en un lugar concreto en el momento indicado; ser culpable o inocente era sólo un estado de probabilidad, cualquiera de aquellos condenados podía ser su verdugo: sólo la indefensión les redimía. Aunque se lo tuvo que repetir varias veces para que su razonamiento no sufriera grietas. Se fijó en las torres de vigilancia, en los reflectores, en los cascos y capotes que hacían guardia en las garitas. El repentino resplandor de un relámpago alargó la realidad de todos ellos. A su lado, el brigada se persignó. Arturo musitó un pasaje de caballería: *recuerda que debes sentirte alegre por tener ante ti fuerzas oscuras tan numerosas e invencibles: pues de tal modo tu empresa, al ser casi sin esperanza, se hace más heroica, y tu alma alcanza una grandeza más trágica*. El brigada, creyendo que mascullaba una oración, la santificó con un Amén.

Antes de que Arturo cruzase el portón de salida, éste se cruzó en su camino; a Arturo se le ocurrió un disparate: quizás esperase una propina, como un botones. El brigada le miró de una forma que tanto podía ser de

antipatía como de devoción. Arturo aguardó a que se decidiese por una de las dos cosas.

—¿Y se va a ir así, mi teniente? —terminó por preguntarle.

—¿Cómo?

—Pues... así.

Lo primero que hizo Arturo fue comprobar si tenía la bragueta abierta. Una vez verificada, arqueó las cejas.

—Sí.

El brigada se introdujo en la puntiaguda garita que custodiaba la salida y volvió a salir con rapidez, saludando marcialmente.

—Mejor con esto, mi teniente.

Arturo observó el paraguas que le ofrecía y se esforzó porque su rostro fuese tan inexpresivo como una piedra; de lo contrario, estuvo seguro de que su retirada no hubiera resultado demasiado digna.

* * *

La Puerta del Sol se levantaba como un desafío de piedra y argamasa frente a la soberanía de la tormenta que cubría Madrid. Cuando Arturo se apeó del taxi, un puñetazo de viento se encargó de desbaratarle el paraguas. Se quedó quieto, mirando estúpidamente la plaza a través de la catarata que caía desde sus bordes quebrados: parecía hecha de un cristal duro y turbio. La Puerta del Sol. El kilómetro cero. Se hallaba en el centro mismo de un descomunal sistema nervioso que se bifurcaba arborescente por todo el territorio: un tablero de poder donde no se apostaba nada que no fuera tan importante como la propia vida; pero Arturo aún no tenía claro si a él le tocaba el papel de cebo o de aguijón. Sintió las manos amoratadas por el frío. Se levantó las solapas de la gabardina, se caló el sombrero y, agachando el cuerpo, con la carpeta bien segura, tiró para Gobernación caminando como sobre una cuerda floja.

En su despacho no había novedad. La corta conversación telefónica que mantuvo con Bouthellier sólo sirvió para aclararle ciertos detalles tratados la noche anterior con Román, y percibir una velada e irónica alusión a su

pernocta. Cuando la voz eléctrica y diminuta de Bouthellier se interrumpió, Arturo se dio cuenta de que, por primera vez en días, no tenía nada que hacer. Nada absolutamente. Guardó la carpeta de Frutos en un cajón de su escritorio y, cerrando los ojos, se recostó en la silla. Cada imagen, cada pensamiento, cada idea se movía ahora lentamente, como impulsada por un motor de juguete. Cumplía patrióticamente con el deporte nacional: no dar un palo al agua. Recordó con una sonrisa el comentario desalentado de aquel oficial alemán durante la guerra: *Was kann man von einem Land erwarten, das feuert nicht, um Mittagsschlaf zu halten?* «¿Qué se puede esperar de un país que hace un alto el fuego a la hora de la siesta?». Sí, ¿qué se le iba a hacer? Había extrañas relaciones, palabras que sonaban mejor juntas sin que se supiera muy bien por qué: *español* y *fiesta* eran algunas de ellas. Pero él debía de tener algún laborioso gen nórdico porque, al cabo de un cuarto de hora, el tiempo se le volvió aún más tiempo. Abrió los ojos y se puso a rebuscar en otro de los cajones. Bajo un montón de cuartillas grapadas encontró un ejemplar del *Arriba*. Era un periódico atrasado, del cuatro de octubre, diez días antes de su entrevista con Mario García. Parecía mentira que hiciera ya más de una semana que hubiera comenzado todo aquel rompecabezas. Mientras lo repasaba tuvo la impresión de ser trasladado al pasado, como por la máquina de H. G. Wells. ¿Cuánto valdría entonces un adelanto del futuro? ¿Cuánto le pagarían los polacos por saber que al día siguiente su legendaria caballería sería aplastada por un entreverado de filosofía alemana y blindados nazis, terminando con una época, una mentalidad y un país?, ¿cuánto los franceses por enterarse de la oportunidad que desperdiciaban al no atacar el flanco sur de Alemania inmediatamente después de su declaración de guerra, cuando la mayoría de los efectivos germanos se hallaban inmersos en la conquista de Polonia, evitando así una larga guerra? Los grandes caracteres de tinta negra, atrapados en su cepo de tiempo, anunciaban el comienzo de la fiesta mundial de la muerte. Ciudades, reinos, seres que irían entrando en su negro hocico; control, grisalla, cascos de acero por cerebro: el rostro de Hitler sobre Europa. Pero, entre aquel Armageddon extranjero, entre las notificaciones de ejecuciones sumarísimas, las inacabables listas de desaparecidos y detenidos, las gratificaciones por noticias de familiares, las esquelas de jóvenes muertos, brillaban jaspeados benévolos, joviales: los ecos

de sociedad apuntaban que el actor Francisco Martínez Soria estrenaba obra en el Fontalba, y que Manolete, la joven promesa del toreo, haría su confirmación en Las Ventas. *Borrachos, curación segura del vicio, no se enteran ni perjudica. Mandamos información gratis.* Se buscaba al criminal que había asaltado una sucursal bancaria sin un solo tiro, llegando y marchándose en taxi y dejando una propina de miles de pesetas al despistado taxista. Se denunciaba el truco de la embarazada: colocarse algo bajo la falda para aumentar el grosor de la cintura y conseguir colarse a los primeros puestos de las colas del racionamiento; *nunca he visto tantas embarazadas, incluso de edad avanzada, como este año,* declaraba el asombrado dependiente de un colmado. *Ungüento Golgorotea, para ántrax, golondrinos y toda clase de granos.* Comparecía ante un tribunal una peligrosa banda de traficantes de sacarina —la policía de Madrid informa que uno de los desalmados tenía depositada una partida de sacarina en la caja fuerte de un banco—. Una tal Antonia anunciaba que, perdido el zapatito derecho de un par azul de la nena, se recompensaría a quien lo encontrara. *¿El vencedor del alcohol? ¿El sedante contra el sol? ¿El gran refresco español? Zumol. También en Cuba y Sebastopol.*

Cerró el periódico y abrió el cajón donde había guardado la carpeta de Frutos. Era el mismo que contenía los informes sobre la tabla. Entresacó la lámina de la obra y la puso sobre un cartapacio. *El arte de matar dragones.* Allí estaba, el Héroe, la encarnación de los valores e ideales humanos preservados del desfile de los siglos; el Bien en estado puro, pero el Bien carecía de sentido sin un reverso oscuro: el Mal, el Dragón, complemento indispensable para subrayar el valor del caballero. *Hay una relación muy mística y estrecha entre el dragón y su matador... El dragón es monstruo, pero también maestro... La iniciación acaba con la muerte del iniciador y con su revivir en el iniciado a través de la ingestión de la sangre por el caballero... El héroe sabe muy bien que matar al dragón es matarse a sí mismo...* Las palabras de Publio Medina resonaron en su mente en frases inconexas junto a las de aquella bruja tronada que le había asaltado a la salida de Chicote. *La mujer te hará feliz pero te hará esclavo... Y el hombre... El hombre es pérfido y engañoso... Habrá violencia y muerte... Todos seréis devorados por el dragón... La fuerza del dragón no procede de su pánico,*

sino de un fuego interior que le consume... El verdadero combate comenzará cuando deba combatir contra sí mismo. Se percató de las extrañas coincidencias que había entre ellas. La mujer no podía ser otra que Anna. El hombre... el hombre quizás fuese Román. Y el dragón... ¿dónde estaba el dragón? ¿Y por qué debía enfrentarse a sí mismo? Contempló la lámina. El pintor resultaba igual de ambiguo; con una imagen lo decía todo, lo ocultaba todo. Llevaba ocho siglos haciéndolo. La doncella contemplaba a los contendientes con la misma placidez misteriosa; el dragón continuaba su irresistible avance, aplanando cualquier esperanza; el caballero esgrimía desesperadamente fronteras de acero. Su rostro, enmarcado por la celada abierta, era tan pequeño que Arturo precisó acercarse con sumo cuidado a la lámina para verlo con claridad. Al aproximarse, descubrió con sorpresa que el anónimo artista lo había dotado de una vida, es decir, de una angustia, tan crudamente real, que parecía una fotografía: la fotografía de un condenado. Escrutó la cara con atención. Inexplicablemente, se le antojaba familiar, como si fuese un hermano. Apretó los labios; le sufría todo aquel dolor que no era suyo. Pero, aun así, Arturo seguía considerándose un héroe nietzscheano; la realidad era densa, pesaba y abultaba más que los sueños, pero era en esa realidad donde comenzaba la voluntad del héroe, una voluntad que acababa en el ideal. El *ser o no ser* carecía de importancia, sólo valía *querer ser*; Arturo recordó las palabras de Don Quijote cuando le devolvieron a casa: *yo sé quién soy*, que significaba que Don Quijote sabía lo que debía o quería ser. Arturo tampoco se conformaba con lo que era; luchaba contra la materia, contra el hábito, contra la costumbre; ansiaba la dislocación de su realidad: enfrentarse al dragón. Esa perpetua resistencia gobernaba su vida, y por eso procuraba no mirarse en los espejos: porque reflejaban una imagen distinta de la que tenía de sí mismo.

Draco, susurró. Estaba ahí fuera, en algún lugar; una criatura de escamas fuertes, superpuestas, esperando pacientemente venir a por él. *Draco*. Crujió su armadura, desenvainó lentamente la espada. *Draco*. *Draco*. Una leve ráfaga de aire sofocante, oscuros murmullos de hechicerías. Pero cuando los conjuros alcanzaban su máxima potencia, una tensión semejante al miedo, sostenida hasta el límite, todo acabó por diluirse con un áspero rumor de escamas arrastrándose. Sí, hasta el infierno tenía sus reglas: aún no había

llegado la hora.

Se disponía a guardar la lámina cuando se fijó en la doble A, casi invisible entre las huellas del dragón. Arturo examinó el criptograma con aire profesional. Una clave ejercía por sí misma las funciones de un laberinto, con sus trampas y compuertas; pero, como los laberintos, ninguna clave resultaba inexpugnable, y también como ellos podían guardar al final un minotauro. A los pocos minutos de analizar el arcano Arturo sintió un miedo instintivo, una inexplicable aprensión que lindaba casi con el terror. Exactamente, como si al doblar una esquina, hubiese escuchado un bramar lúgubre y lejano. Volvió a meter la lámina en el cajón y lo cerró con llave. Necesitaba una copa. Y algo de charla con un amigo. No se le ocurrió otro lugar donde se dieran los dos requisitos que en el Ibérico. Pero ya era tarde. «Mañana —pensó—, mañana a primera hora...».

* * *

Madrid comenzaba a espesarse de gente en sus obligaciones diarias; ya se oía ese zumbido sordo, continuo, punteado por los gritos de los vendedores de los primeros periódicos de la mañana, la nota aguda de las campanas de los tranvías y el clamor de los cláxones de los automóviles. Era un ruido constante, pero del que no se era consciente a fuerza de escucharlo. En un estrechamiento de la calle, yendo hacia Hortaleza, la corriente de transeúntes que iban y venían era tal que Arturo quedó atrapado en un embotellamiento humano; una angustiante masa de hombros y brazos que le llevó y le arrastró hasta que por fin la acera se ensanchó y pudo respirar ampliamente. En el tiempo que se demoró en plantarse frente al Ibérico, las nubes, en una de esas rarezas de cielo, se habían descorrido y dejado paso a un sol frío que hacía que todo resplandeciera como recién barnizado. La entrada acristalada de la bodega rebrillaba con fuerza. Entró en el local. Las cabezas de los astados, con sus enormes corazas de cuernos y sus hocicos negros y lustrosos, seguían reflejándose mal que bien en un espejo panorámico que perdía azogue. Bajo ellas, los hombres trasegaban sus vinos acodados sobre la barra o sentados en los veladores; algunos, más retraídos, se arrimaban a unos toneles apartados

como si la vida les hubiera acorralado allí. En uno de los veladores, bajo un calendario ya cumplido y cagadísimo de moscas, se jugaba una ruidosa partida de dominó. Arturo respiró con fuerza el aroma a serrín húmedo y a vino agrio de las escurriduras de los barriles. En la barra, Mauricio le dio la bienvenida con los brazos sobre el mostrador.

—Buenos días, don Arturo.

Aunque impertérrito en su gravedad, era la primera vez que el dueño le recibía con un saludo personal. Arturo se quitó el sombrero un poco desorientado y lo apoyó contra el pecho.

—Buenos días... Mauricio.

—¿Qué se va a poner?

—Un coñac... —Arturo dudó un poco—. Con sifón, es muy temprano.

Mauricio se secó las manos en el mandil ceñido al torso como una venda, y se estiró hasta un anaquel para coger la botella más apartada. Cuando la tuvo sobre la barra, la fue girando al tiempo que con un paño desempolvaba una malla de alambre dorado sobre un papel de estaño azul y una etiqueta llena de arabescos y medallas de oro de exposiciones.

—Déjese de sifones —comentó mientras le escanciaba la bebida—. Un asaltaparapetos. Esto limpia la sangre y depura los humores.

—Falta me hace. Arturo apuró el vaso de un trago y torció los rasgos como si hubiera bebido vinagre.

—Jo... der. Co-jo-nu-do.

Los músculos del exboxeador se estremecieron de satisfacción y le rellenó la panzuda copa.

—Pero esta vez paso la cuenta —dijo.

Arturo sonrió.

—Hay que vivir.

Pagó con unos céntimos y se fue a sentar en su velador habitual. Apoyándose sobre la corteza de mármol, vigiló la concurrencia. Uno de los parroquianos lucía un bigotito, uno de aquellos que llamaban *a lo Charlot* antes de que un fracasado pintor austríaco le diera por cambiar los pinceles por la política. Otro se atondaba contra su silla con esa gordura de los hombres solamente indulgentes consigo mismos. Otro se aferraba a su vaso en apariencia más afecto a la bebida que al orgullo. Traidores, espías,

ambiciosos, idealistas, tronados, fracasados, supervivientes, estrategias de café... Se preguntó cuántos de ellos se habrían inventado una máscara al principio de la guerra, para descubrir finalmente que aquél era su verdadero rostro. Tras unos cuantos sorbos y caras más, llegó a la conclusión de que no sería ninguna tontería que hubiera algo que permitiera distinguir a los buenos de los malos. No, ninguna tontería, aunque la frontera entre unos y otros fuese tan delgada como un cabello. Acabó el coñac y pidió otro más. El cerco que dejaba el vaso sobre la corteza del velador le pareció una metáfora de su vida: la circunscripción de su soledad. ¿Y Vicente? ¿Cuánto tardaría Vicente? ¿Vendría siquiera?

El limpia no se demoró más de dos copazos en presentarse. Se plantó a cojetadas en medio de la bodega y, desde su perspectiva liliputiense, contempló el mundo de gigantes que le rodeaba buscando alguno con zapatos sucios. Arturo levantó su copa y Vicente fue extrayendo cepillos y cremas de su caja de betunero mientras maniobraba sonriente hacia él. Colocando su banqueta, acomodó el pie de Arturo sobre el soporte de la caja, insertó dos naipes uno a cada lado del zapato y comenzó a frotar con brío.

—Buen día, don Arturo.

—Sólo para algunos, Vicente.

—Pues a ver si le hago a usted uno de esos afortunados —dijo con su gracia andaluza—. Le tengo una sorpresa.

—No me digas.

Todavía refregó un poco más la dermis de los zapatos antes de dejar los trebejos del oficio y fisgar dentro de su abrigo. Cuando pareció satisfecho, vigiló que no hubiera nadie mirando y abrió los delanteros como si fueran un almacén. En su interior, prendidas del forro con imperdibles, había fotografías eróticas, cajetillas de tabaco, condones, medias de cristal... Desenganchó una de éstas y se la ofreció a Arturo.

—*Nilón* puro —mercadeó—, y se lo dejo a precio de saldo. Yo no gano dinero. Para su dueña, don Arturo. Y si quiere, le regalo la jamona que más le guste. Mire, mire...

Señaló las fotos color carne en las que, entre decorados clásicos de columnas truncadas, había chicas jóvenes haciendo de novia en cueros, parejas de hombre y mujer en posturas académicas, grupos de tres o más en

cuadro plástico...

—Menudos guayabos, ¿eh? Las tengo hasta bautizadas: la Cuerpobueno, la Chata, la Damajuana... O si prefiere algún condón para el meneo...

Arturo no se molestó porque sabía que su manera de hablar estaba motivada por el afecto.

—No, basta con las medias.

Realizaron la transacción discretamente. Luego, Vicente desplegó de nuevo sus instrumentos y se puso a la labor.

—Buen tipo, el bodeguero —comentó Arturo.

—¿Quién? ¿Mauricio? Es un poco raro, pero no le digo que no.

—¿Qué sabes de él?

—Poca cosa. Fue boxeador, pero lo que de verdad le tiraba era el toreo, así que se metió a matador. Aunque, por lo visto, tenía más valor que arte y a veces perdía la paciencia, dejaba los trastos y se liaba a puñetazos con el toro. En una de éstas le enganchó uno y casi lo descalabra. Tuvo que retirarse, así que abrió este local.

Arturo sonrió.

—Buena gente.

—Pero muy raro. Por cierto, ¿le cuento el último chiste? —Vicente interrumpió el refrote.

—A ver.

El limpia tenía que aguantarse la risa antes de empezar.

—Usted ya sabe que primero vino el Alzamiento, ¿no?

—Sí, el 18 de julio.

—Pues bueno, y después el Glorioso Movimiento.

—Sí, señor.

—Pues vale. Primero vino el Alzamiento, luego el Glorioso Movimiento —aquí ya reprimía la carcajada que tenía dentro—, y luego, luego...

Arturo puso cara de no saber qué había hecho para merecer aquello, pero el limpia acabó por soltar una risa destartalada que casi lo tira del banquetín.

—Cuéntame cómo te va la vida, anda —dijo Arturo con divertida resignación.

Vicente volvió al brillo con denuedo.

—Jodida, como siempre, con la espada de... —buscó como una palabra

que hubiera aprendido hacía poco— con la espada de Demóstenes encima.

—De Damocles, querrás decir.

—De Demóstenes, de Damocles, da lo mismo, don Arturo, en esa época todos iban armados, ¿no? Pues eso, que *achuchá*. Lo único que me la alegra es el cine. Pero no vaya a creer que pago por ver esas mariconadas de *Mariquilla Terremoto* o *Morena Clara*; no, no, adónde íbamos a parar.

—Hombre, Vicente, no me digas que Imperio Argentina no está buena.

—Quite, quite, no es más que una estrecha con bata de cola. Dentro de poco estrenan en Madrid *Margarita Gautier*, con Roberto *Tailor* y la Garbo. Hostia la Garbo, qué tía, superior; cada vez que la veo se me pone más dura que una barra de tres días. Y es una perdida, y una fulana, y lo que usted quiera, pero... Joder, cómo mira; a un hombre le basta con una mirada, con una de éstas, para enfrentarse a la muerte sin un solo tembleque.

Vicente se quedó contemplando su caja de betunero llena de tachuelas doradas y estampas como poniéndola por testigo de aquella verdad universal.

—A ésa ya la enteraría yo, si me dejaran —remató más flamenco que nunca.

Arturo observó cómo le cambiaba el pie del escabel y comenzaba a darle de nuevo al cepillo.

Pensó que Vicente era como un botijo; uno que, de cuando en cuando, cagaba delicadas piezas de porcelana.

—Quizá si todos nos comportásemos como actores la vida sería como una película —dijo.

—Es usted un *ojalatero*, don Arturo.

—¿Un qué?

—En África llamábamos así a los que estaban todo el día con pájaros en la cabeza: ojalá esto, ojalá lo otro... Pero no se moleste, yo también soy un *ojalatero*, y tal como andan las cosas, se me antoja que todo el país. A ver si no cómo se levanta uno cada día.

—Hay que tragar mucho.

—Sí, bueno, ¿y mi Longines? ¿Cómo está? —preguntó en un tono socarrón y esquinado.

Arturo echó un vistazo rápido al torero de la esfera.

—Sigue arrugándonos.

—Y no se olvide de darle cuerda.

—No se me olvida —aseguró con retintín.

—¿Y qué me dice de su pimpollo? —dijo cambiando de tercio.

—¿Anna?

—Así me dijo que la bautizaron.

—Anna está bien.

—Anda usted por sus huesos, ¿eh?

—Pst, lo normal.

—Nones, don Arturo, no me enfule, que parece usted un quinto. Y me alegro mucho, qué quiere que le diga. No andaba muy católico últimamente. Ahora se le ve de otra manera.

Arturo deseaba aproximar a Vicente al objeto de su amor, introducirle en la confidencia, en la propia pasión, pero un sentimiento de humillación inherente a toda confesión íntima le detenía.

—Sí —resolvió decir—. Es raro, ¿verdad?

Vicente hizo una pausa de cepillo y se quedó pensativo, como si tratara de buscar una solución en las innumerables películas que había visto.

—Es el amor, don Arturo, que es lo más bonito del mundo; claro que el amor puede convertirse en ojeriza en menos que canta un gallo. Así que tenga cuidado de enamorarse, o si lo hace, que ella no le cale. Las mujeres son como los perros, sólo lamen la mano que les zurra; las otras las muerden.

—¿Es un consejo?

—Sólo le digo lo que hay. En estas cosas del corazón nadie puede dar consejos, don Arturo. ¿Cómo va a fiarse uno de alguien que le aconseja sobre algo en lo que él mismo ha gambado? Aquí no hay Pichi que valga, aquí el único castigador era el cura de mi pueblo, que solmenaba unas hostias como cántaros. Bueno, esto está.

Vicente admiró su reluciente obra y fue guardando los instrumentos en el estuche. Cuando Arturo sacó los céntimos preceptivos, el limpia se hizo el ofendido.

—Habíamos quedado en algo —dijo.

—Vamos, Vicente, hay que mirar por el negocio. Yo te lo agradezco...

—Usted y yo vamos a tener un problema tela de grande, don Arturo —le interrumpió—, y no me gustaría nada.

—No seas burro, coge el dinero.

El limpia acabó de guardar los bártulos y se irguió indiferente.

—Por el oído derecho no oigo nada, don Arturo.

—¿Y por el izquierdo?

—Tampoco.

—Haz el favor...

—No.

—De acuerdo, no vamos a andar como críos, tú ganas, pero que conste que no estoy de acuerdo.

Vicente exhaló un profundo suspiro y sonrió.

—Muchas gracias, don Arturo. Debe comprender que si a un piojo resucitado como yo le quitan su palabra, ya no le queda nada. Lo entiende, ¿verdad? Un hombre vale lo que vale su palabra.

—Yo no entiendo nada, Vicente, lo único que sé es que eres un cabezón.

La frase puso tal satisfacción en el semblante del limpia que Arturo se emocionó un poco.

—Pues cabezón soy, don Arturo.

Su firmeza le dio un rotundo aire al Sancho Panza incapaz de ver gigantes. «Sí —pensó Arturo—, éste es mi amigo». El limpia ya giraba sobre su pierna seca dispuesto a hacerse cargo de toda la suciedad del mundo, cuando se detuvo y se quedó observándole por el rabillo de ojo.

—Don Arturo, que se le va a caer —le previno.

—¿Qué?

—En el bolsillo ése —señaló con la caja de betunero—, que se le va a caer.

Arturo se miró los bolsillos de la chaqueta, y en el izquierdo encontró un folio doblado que sobresalía peligrosamente. No recordaba haber cogido nada en el despacho. Sacó la hoja y la desdobló. *Diríjase a Cuatro Caminos, calle de Oviedo, número 7, tercero izquierda. Vaya solo*, leyó. La nota estaba firmada por Xargu. La sorpresa fue mayúscula, pero no lo suficiente como para que no se pusiera inmediatamente a cavilar sobre cuándo podían habérsela introducido en la chaqueta. La ocasión más propicia que halló fue durante el trayecto hacia el Ibérico, en el tapón humano en que se había visto envuelto. Literalmente aplastado entre una turba de desconocidos, habría sido

sencillo para otro cómplice cualquiera de Xargu aprovechar el barullo. Leyó otra vez la nota. Era una letra impecable, de cuaderno de caligrafía. Una letra minuciosa, elegante, que no acababa de casarle con la naturaleza de Xargu. Pero lo más llamativo era la firma: era como una puñalada de tinta.

—¿Todo bien, don Arturo?

La voz de Vicente le sacó de su ensimismamiento.

—Sí, no hay problema. Una factura de empresa.

Transformó el mensaje en una bola de papel y articuló una sonrisa forzada. El limpia volvió a acomodarse la impedimenta y se giró decidido a reconducir la higiene de la humanidad. A los pocos pasos escuchó la palabra mágica: *limpia*. Arturo apuró su coñac y contempló cómo Vicente se sentaba de nuevo sobre sus reales y se concentraba en los zapatos de otro cliente. Le utilizó como excusa visual para el tiempo de una decisión; la tomó antes de que el betunero cambiase de pie: nada de Segunda. Mejor que Xargu no venteara peligro, ya se arreglaría luego con Bouthellier. Se levantó del velador, fue a despedirse de Vicente, y sosteniendo la insostenible aunque adicta mirada de Mauricio, se colocó el sombrero y salió a la calle peleándose con la gabardina.

* * *

Incomprensibles juegos de corrientes continuaban manteniendo a raya el frente nuboso, pero un sol ya anémico no parecía capaz de mantener mucho más sus avenidas de luz. El frío se le coló por debajo de los faldones de la gabardina, demorándose en su cuerpo y entumeciéndole las extremidades. Caminó con rapidez en dirección a Alonso Martínez. A medida que avanzaba, una sospecha se fue apoderando de él, creciendo hasta hacerle ralentizar el paso. Acabó por detenerse. Se agachó e hizo como si anudara un zapato, disimulando un vistazo a su alrededor. Acechaba movimientos extraños, individuos sospechosos. Sólo contempló la calle: un círculo de risas y comentarios de matronas junto a un portal; unos mendigos asaltando a los concurrentes de un restaurante; una trotera de ínfima laya haciendo la acera arriba y abajo, vigilando recelosa no se sabía qué. Se irguió y retomó la

marcha. Apretó el paso. Sabía que atravesaba una época en la cual su sensibilidad recibía las impresiones con la ductilidad de la cera caliente, pero no hasta el punto de desarrollar una manía persecutoria. No se lo tomó por lo trágico, sino por la tangente. Seguramente, aquello no era más que fruto del abuso de la soledad y el coñac. Muy cerca ya del metro, el sol volvió a cobrar fuerza, como haciéndole saber que podía contar con él. Se detuvo un momento y dejó que la luz calentara su rostro. *Un sol amigo de los gatos*, pensó. Claro que ya no se veían gatos por las calles de Madrid: se los habían comido todos.

Capítulo 10

Secretos obvios

—¿Es que está manco?, salude.

Arturo se volvió hacia la voz grave y redonda que le había increpado. Era un hombre de pómulos altos y mejillas hundidas, con una sahariana azul bajo el abrigo y el pelo untuoso de fijador. Le había reprendido mientras observaba abstraído el inmueble de la cita. Cuando logró salir de su ausencia, se apercibió del porqué: a través de unos altavoces colgados de un balcón, retumbaban las notas del himno nacional. El individuo que le había amonestado mantenía una incómoda posición de firmes, con el cuello girado hacia él y la mano disparada a lo alto. En torno, saludando con el mismo ademán por respeto o por miedo a significarse, todos los hombres, mujeres, e incluso niños que ocupaban la calle, permanecían varados miméticamente en las más diversas posturas como parientes lejanos de la mujer de Lot.

—*Fuck off, fucking bastard* —respondió Arturo con una plácida sonrisa.

El hombre le atajó secamente.

—Habla en cristiano, cabrón.

—*Go to the fucking hell.*

—Contesta en la lengua del imperio o la vamos a liar, te digo.

—*Shut up, you bullshit.*

Aquello pareció sacarlo de sí.

—Te voy a moler a palos, gabacho de mierda.

Se revolvía con gesto iracundo cuando en ese instante alguien gritó un *Viva Franco* y, como en un juego de espejos, calcos del incendiario grito se extendieron por las figuras como siguiendo un camino de pólvora. El tipo estiró el brazo con renovados bríos y se solidarizó con otro *Viva Franco* y un *y la madre que lo parió* de postre. Acto seguido se volvió a enfrentar con Arturo que, con la seguridad de un domador de leones, sacó su carné de la sección de información interponiéndolo entre ellos. El documento ejerció un efecto sedante sobre el hombre, que echó el freno de inmediato.

—Perdone usted, yo no sabía... —entonó con un deje servicial.

—Tú no sabes nada, mamón, ni siquiera distinguir a un gabacho de un puerco inglés. Aire, antes de que me arrepienta.

El hombre se desinfló y cruzó la calle encorvado; a los pocos pasos, ya parecía estar muy lejos. El chin chin de la música se interrumpió súbitamente, y la gente rindió sus brazos recuperando su apresurada agitación como si alguien hubiese arreglado un proyector atascado.

Incluso el aire recobró con más ganas sus bromas ventolinas. Arturo guardó el carné y volvió a atornillar su mirada en la fachada del edificio. El piso se venía abajo de viejo: las grietas dibujaban largos costurones verticales, la humedad abría oscuras flores en el enjabelgado, agudas agujas de cristal colgaban del marco de algunas ventanas. El inmueble no desentonaba de la tónica general de los alrededores: carriles de tranvía levantados, retorcidos en rizos convulsos, casas destripadas y sostenidas por listones carbonizados, quioscos en ruinas, harapos y papeles viejos esparcidos aquí y allá... Incluso la gente, gris, como una huella de humo, parecía haberse contagiado de aquel ambiente leproso. Resultaba obvio que aquélla había sido una zona muy punteada por los cañones nacionales durante el asedio. Volvió a leer la placa de la calle: *Calle de Oviedo, número 7*. Arturo pensó que no había sido elegida al azar; el asturiano, seguramente con nostalgia de su tierra, no habría encontrado mejor sucedáneo que un hogar que se la recordase. Permaneció inmóvil, con el miedo desvaneciéndose en nada su premura; por un instante olvidó por qué estaba delante de aquel esqueleto urbano. Fue la mínima aguja de flato que tenía clavada en las costillas la que le instó a meterse de nuevo en la batalla, a no permitir que la gloria se adelgazara por demasiado compartida. Se abotonó del todo la

gabardina, como apretando las láminas de una cota de malla, se aseguró de que su pistola estaba cargada y desapareció en el interior sombrío y húmedo del portal.

La única bombilla que había, protegida por una tela de araña, babeaba una luz podrida. Acomodó sus pupilas a la penumbra. La portería estaba vacía. El leve olor a orina, madera mojada, coliflor y acelga, hacía pensar en un pequeño infierno que estuviera madurando al final de la escalera. Ésta carecía de ventanas, así que subió los escalones con precaución, añorando el efímero instante estelar de una cerilla. Barandillas pringosas y carcomidas, paredes desconchadas, peldaños alabeados... Desde el portal la luz se arrastraba a duras penas hasta el primero; encontró el interruptor, pero la bombilla se hallaba fundida. A partir de ahí avanzó a tientas, perseguido por la misma epidemia de bombillas difuntas. En el rellano del tercero situó la puerta por la lengua de luz que se escurría bajo ella. Se disponía a buscar el timbre cuando la voluntad se le caló de nuevo. Le embargó un presentimiento y pegó un oído a la puerta. Había demasiado silencio en el piso. Súbitamente, sufrió un escalofrío, y una reacción contradictoria, como solía suceder en esos casos, le hizo sudar. Apretó los dientes y se obligó a continuar. Pero, justo cuando iba a golpear la puerta, sintió cómo alguien le hundía una pistola en los riñones y le tapaba la boca con una mano.

—Sin escándalos, teniente —le advirtieron con un susurro.

Sorprendentemente, Arturo no acusó la impresión, y como si estuviera en tercera persona calculó con rapidez que, teniendo en cuenta que Xargu era de la altura de un máuser, era imposible que alguien de su estatura pudiese mantener la pistola y su mano en los ángulos en que se hallaban. ¿Sería otro de sus cómplices? No tardó en escuchar los pasos de alguien más, almohadillados por el sigilo, situándose frente a él. La luz de una linterna le deslumbró.

—Mira a quién tenemos aquí —escuchó.

Arturo se intentó revolver, pero la mano le amordazó con más fuerza y la pistola se le clavó en la espalda, haciéndole arquearse de dolor. Farfulló indicando que quería hablar. Contra todo pronóstico, la mano se aflojó un poco.

—Vengo a ver a Xargu —logró balbucear medio ahogado.

—Toma, y nosotros —soltó la voz que tenía delante.

La linterna se giró e iluminó desde abajo la cara del desconocido. Arturo, enceguecido por el brillo, sólo pudo distinguir un blanco manchón ovalado. El borrón fue concretándose en una sonrisa amarillenta que, gradualmente, se convirtió en un rostro bestial con una sonrisa podrida de odio: el rostro de Gonococo.

—Me han dado tus recuerdos —le escupió.

—No seas voceras, y no te entretengas.

Arturo tuvo ya la certeza de que la voz a su espalda era la de Román.

—Sois unos cabrones...

Un rodillazo en los huevos le dobló en dos, cortándole el aliento. Román impidió que se derrumbara, pero con el único propósito de facilitarle a Gonococo los siguientes golpes.

—Sin marcas.

Arturo sabía que tenía el asalto perdido de antemano, así que se cubrió lo mejor que pudo y aguantó unos puñetazos cortos, secos, propinados con profesionalidad.

—Suficiente —decidió Román, dejando a Arturo caer al suelo—. Vete a avisar.

Arturo se sentía como si alguien le hubiese metido en una coctelera y la hubiera agitado durante un par de días. Tardó en reponerse. Lo curioso era que continuaba viéndose fuera de sí, en una irreal tercera persona. Terminó por comprender que era la misma sensación que referían los soldados que regresaban del frente: cuando se corría peligro de muerte, se experimentaba un fenómeno por el cual la percepción de los sentidos se aguzaba hasta el límite de poder ver en lo más hondo de la propia vida. Ésa podía ser la razón por la que comenzaba a escuchar también un distante vocerío de órdenes, frenazos de coches, portazos, silbatos estridentes... No encontró otra respuesta que la de que aquellos idiotas le habían seguido en secreto y ahora estaban acordonando la manzana para colgarse la medalla. ¿No se daban cuenta de que el único trofeo que conseguiría sería la muerte de Xargu? Arturo se levantó vacilante, como borracho. Una barra de luz vigilaba sus movimientos. No le habían quitado la pistola y sentía la dureza del arma contra el esternón, pero adivinó que, en algún sitio entre las sombras, había

una bala esperando a fabricar un héroe: uno de mármol con dos fechas grabadas sobre el que llorar y organizar homenajes.

—¿Está loco, mi capitán? —logró articular—. Vamos a perder la tabla.

—No se meta. Y échese a un lado.

—Esto lo sabrá Bouthellier. No le va a librar ni dios.

—Échate a un lado, coño.

Tras el secreto de aquella voz, Arturo supo que Román sonreía, recreándose en la suerte.

No les dio tiempo a más. A los pasos y voces que ascendían atropelladamente por la escalera les siguió una avalancha de soldados que se amontonó contra la puerta, asediándola a culatazos y blasfemias. La puerta, en apariencia raquítica, no acababa de ceder, lo que empezó a irritar a Román, que cubrió a sus hombres de improperios. Cada segundo que se demoraban en echarla abajo era un candado más que se añadía a la posibilidad de recuperar la tabla. Los rostros centelleantes, lívidos; los gestos crispados; la cacofonía de amenazas y golpes... aquello era como un pozo de almas infernal en el que los condenados pugnaran entre alaridos por escapar del horror. Cuando por fin derribaron la puerta, una catarata de luz les deslumbró. Se precipitaron dentro. Arturo aún esperó un buen rato a que se desfogaran registrando el piso. El silencio posterior que reinó, sin saber exactamente lo que confirmaba, le hizo presentir que llegaban demasiado tarde. Al entrar le recibió una corriente de aire, como si en algún lugar hubiera una ventana abierta. El suelo de madera chirriaba escandalosamente. Atisbó el interior a vuelapluma. Las paredes estaban rajadas y con manchas, y apenas había mobiliario. La primera habitación era un recibidor con dos muebles de pared. Arturo se sobresaltó consigo mismo en el espejo que había sobre uno de ellos. La segunda era un salón algo mayor que el vestíbulo, con un gran aparador vacío y un tresillo. Una cocina diminuta comunicaba directamente con él, y a su izquierda, había un baño en el que difícilmente cabría una persona. Todo suscitaba una sensación de abandono, de provisionalidad. Filatelista de cualquier perfil o sombra que pudiese distinguir fue guiándose por el murmullo de los soldados, que procedía del dormitorio. Cuando entró en él les halló en un semicírculo alrededor de la cama. No podía ver qué observaban con tanto detenimiento, así que se abrió

una rendija entre ellos. En los ojos de Arturo se instaló la opacidad de la derrota y la desesperanza, y su corazón empezó a latir desbocado. El objeto de atención era Xargu. Le habían capturado, pero no de la forma que hubieran querido. Estaba de espaldas sobre el cobertor de la cama, vestido con la misma ropa de su último encuentro, con los brazos extendidos y, en lugar de cara, una máscara de carne y sangre. Entre la red abierta de músculos refulgían inverosímilmente trozos blancos de calavera. Una lluvia sanguinolenta moteaba el techo, las paredes y el suelo. Tirada a sus pies, se hallaba la escopeta de caza que había utilizado. Arturo se dio cuenta de que estaba al borde de un charco de sangre y retrocedió. No pudo separar la vista de la sangre, densa, oscura, coagulada. Y en medio de ella, como un escollo, aquel trozo de materia gris, viscoso, del tamaño del puño de un niño. Tuvo la urgencia de salir corriendo de la habitación, pero la vergüenza le obligó a permanecer quieto; su cuerpo, para compensar, hizo que la boca se le llenase del sabor agrio del vómito inminente, que fue capaz de controlar a duras penas. Los segundos fueron cayendo como gotas de plomo, hasta que Román rechinó los dientes con ira contenida y comenzó a aullar a los soldados ordenando que buscaran hasta en el último agujero. Cuando se quedó solo con Arturo, se desentendió de él y continuó mirando lo que restaba de Xargu, pero lo hacía como si mirase una pared.

—Esto es lo único digno que ha hecho éste en su vida —dijo con frialdad.

—Aquí no va a encontrar nada, mi capitán —aseguró Arturo con ese tono con que se dicen las cosas irremediables.

Román clavó sus ojos en él: eran como los de un pescado muerto.

—Ya lo encontraremos. Le voy a pasar la escoba a esta ciudad.

—Después del consejo de guerra no creo que le dejen barrer mucho, mi capitán.

Román le dedicó una sonrisa prepotente.

—Estás pez, pipiolo. Fueron órdenes del comandante, ¿o creías que le íbamos a dejar escapar? Éste, con una buena sesión de *checa*, hubiera cantado hasta el Oriamendi. Nos olimos que intentaría alguna jugada y te pusimos unas cuantas sombras. No falló.

Arturo comprendió la fantasmagoría de coches y espectros perseguidores que había experimentado todos aquellos días.

—¿Por qué no se contó conmigo?

La sonrisa de Román fue más sardónica que nunca.

—El comandante no se fiaba mucho de ti. Cara a cara con el rojo, seguro que te habría calado. No eres más que una rata de oficina.

Sus últimas palabras tomaron proporciones gigantes, como si alguien hubiese blasfemado en una iglesia vacía. Arturo sintió el odio y la impotencia apretados en su fondo, y cómo la sangre se le iba subiendo a la cabeza. No supo distinguir si el dolor en el costado provenía de sus maltratadas costillas o de su pistola al rojo vivo. Román le miró como midiéndole pero al mismo tiempo para advertirle. Su parsimonia intimidaba, pero no tanto como los dos nichos negros en que se habían convertido sus ojos. Por si no bastaba con la mirada, se dignó a expresarlo con palabras.

—Si no te pones nervioso, quizás salgas de esto sólo con dolor de huevos.

Arturo tragó saliva. No sentía miedo; era como si se encontrara unos metros más atrás, observándose. Dudó una décima de segundo, pero la inminencia de la muerte le aproximó a la vida; supo que sería mejor bajarse en aquel punto de la historia, que sería un suicidio enfrentarse a alguien que había hecho de la guerra un deporte: ya habría mejores ocasiones. «Si no puedes ser fuerte, hay que saber ser débil», pensó.

—De fallero a dinamitero sólo hay un paso, no lo olvide, capitán Román Duarte Aldecoa. Arrieritos somos... —le devolvió la amenaza de su primera escaramuza en el Ibérico.

Román todavía le sostuvo la mirada durante unos segundos, pero sabía perfectamente cuándo tender puentes de plata. Aunque su actitud fue pacífica, utilizó esa magnanimidad de los vencedores para despedirse: *Sería un mal negocio chivarse de lo patoso que eres, teniente*. En ese mismo instante dejó de verle y lo siguiente que escuchó Arturo fueron sus bravuconadas y amenazas al personal. En cuanto se quedó solo, volvió a estudiar a Xargu. Allí estaba, corto de patas, cuadrado y sólido como un dado, pero sin cabeza. Era como si un volcán le hubiese nacido repentinamente en el rostro. No experimentó la fascinación ni la reverencia que le había causado el cadáver de Frutos; acaso, porque lo único que otorgaba humanidad a un hombre era su cabeza; un cuerpo decapitado no era más que una pieza desaparejada, una pregunta en el vacío. Se disponía a echarle la colcha por encima en un afán

cosmético, cuando descubrió un minúsculo movimiento entre su carne acribillada. Fijándose un poco más descubrió la causa: piojos. Pequeños cangrejos que carroñeaban alegremente, hinchándose de sangre coagulada. Luchó por mantener el estómago en un sitio que no fuera la cabeza o los pies, pero esta vez no pudo detener la arcada y vomitó todo lo que quedaba de su desayuno. Cuando ya no le restó nada de aquella papilla grumosa, se limpió la boca y cubrió el cuerpo de Xargu. Luego abrió la ventana con cuidado, debido a las tiras adhesivas que aseguraban algunas fracturas del cristal, y se quedó largo rato asomado a ella, limpiando sus pulmones con el aire frío. Miró hacia tres puntos del compás; la calle permanecía lejana, inhumanamente impasible ante todo aquel disparate. Por el humo que salía de algunas chimeneas supo que era la hora de comer, y enjambres de hambrecillos, como hormigas trajineras, se apresuraban a introducirse en sus agujeros para alimentarse. Madrid; una ráfaga de viento le trajo su olor: gasolina quemada, óxido, basura, perfumes baratos... Cerró la ventana y se palpó las costillas. Le dolían una barbaridad, pero estuvo seguro de la profesionalidad de Gonococo: no tendría marcas que denunciar. Se enfrentó al dormitorio y lo examinó minuciosamente. Mientras lo hacía, el violento estrépito del registro le recordó que Román no tardaría en regresar para violar el último santuario de Xargu. La habitación no daba mucho de sí. Una botella de vino vacía sobre la mesita, acompañando a una tartera, un plato y un vaso de estaño; una cama con cabezales de madera, un viejo cuadro gravitando sobre ella, una silla trenzada de enea, un armario, un brasero de orujo, algo verde e indeterminado plantado en una oxidada lata de carne de membrillo. Curioseó en el cajón de la mesita. Dentro, había un nueve largo; algunos billetes de la República, fuera ya de circulación; un ejemplar pasado de *Blanco y Negro*, que hojeó y en el cual descubrió un curioso llamamiento de Rabindratanah Tagore firmado en Calcuta para defender a España de los fascistas; y un cartel de propaganda doblado. Cogió el dinero y el cartel. Los billetes eran de una peseta, de los llamados con remoquete *la perdición de los hombres* debido a que tenían grabados por una cara una mujer tumbada y por la otra un racimo de uvas. El cartel era una alegoría de la República de pechos abundantes, envuelta en sedas tricolores, sosteniendo una balanza de Justicia y custodiada por un león con rostro de hombre sobre un fondo

fecundo de espigas, chimeneas de fábricas, trozos de cadenas y laureles. «Suficiente», pensó: ni el mismísimo Espíritu Santo se habría librado de un *paseo* si le hubiesen encontrado aquello. Y, sin embargo, Xargu se había arriesgado. Arturo confirmó así que la gente sólo moría por cosas que ya no existían, y que lo peor que le podía suceder a un hombre era tener su futuro en su pasado. Frutos Mota Petit también lo había hecho. Y Manuel Cortina. Arturo comenzó a retorcer sus pensamientos, a rehuir las consecuencias, porque aquella manera de vivir en un mundo de símbolos, en la imaginación, chocaba frontalmente contra la inmediatez de sus otras aspiraciones: un ascenso y vida acomodada, es decir, su anhelo de ser un héroe contra la medianía. Recordó una frase leída en algún libro: *nadie debería tener derecho a llevar a cabo con éxito sus empresas, porque el resto nos vemos obligados a compararnos con tales modelos*. Sí, todo resultaba confuso, todo era una contradicción en su cabeza; eso era lo malo de conservarla todavía. Miró la bandera del cartel. Se le ocurrió otra paradoja: aquellos tres años de guerra, con toda la sombra recorrida, con toda la luz que habían dejado atrás, no habían tenido otro detonante que una banda morada. Un morado que ni siquiera quedaba bonito; objetivamente, vestía más el rojo. A Arturo le costaba abrirse paso entre la madeja de sus pensamientos, pero el cuerpo de Xargu le obligó a salir cuanto antes de aquella obnubilación. Desechó sus razonamientos con un gesto aprensivo y pensó en Anna: *dame fuerzas, mi señora Dulcinea*. Recogiéndolo todo con decisión, cerró el cajón como si cerrara la tapa de un ataúd.

Tenía que registrar a Xargu. Le miró como disculpándose y, abriendo la colcha lo justo, inspeccionó sus bolsillos. Algunas monedas, una cédula falsificada, una navajita, una llave (de la casa, como más tarde pudo comprobar), un vale de Auxilio Social, una tarjeta de fumador... Nada, nada que le pudiera dar un plus de clarividencia sobre dónde podría haber escondido la tabla. Se quedó durante un rato contemplando el cuarto; quería empaparse de los detalles, grabar en su retina no sabía qué. La violenta irrupción de Román y sus pretorianos le sacó de su concentración. No se anduvieron con miramientos; manejaron el cuerpo de Xargu como si fuese un fardo y lo tiraron contra una pared. Los bayonetazos siguientes al colchón provocaron que comenzase a supurar lana por sus heridas. Vacieron cajones,

levantaron tablas del suelo, golpearon los tabiques, desarmaron armarios... Arturo les dejó hacer y fue a sentarse en el tresillo del salón. La habitación parecía haber sufrido el paso de un huracán tropical. Aguardó a que el fragor de la búsqueda fuese menguando. Finalmente, el salón se llenó de desorientados soldados aguardando una orden. Gonococo se situó frente a ellos y los formó en una hilera tirada a cordel, esperando con la vista fija en la puerta del cuarto. Arturo se puso en pie. Román no tardó en recortarse bajo el marco con los ojos nublados, en actitud pensativa. Arturo apreció el perfecto sentido del ritmo que poseía en sus movimientos, y hasta en su inmovilidad. Su rostro seguía evocando un mundo sublime de formas clásicas y apasionadas. No le costó nada imaginarle vestido de gaucho danzarín o de jeque árabe con ánimo de violador de inglesas vírgenes en una película muda. El problema residía en que el silencio, en alguien como Román, siempre era peligroso: la ausencia de palabras incitaba a expresarse mediante actos, y en aquel caso eran propensos a la violencia. Mientras su jefe reflexionaba, la tropa se dejó llevar por un prurito parlanchín. Arturo esperaba que en cualquier momento Román destapara la caja de los truenos, pero no ocurrió nada. Cuando se apercibió del babel, le bastó con una mano para cortar la cháchara como un director de orquesta haría que se desvaneciera el desorden de los instrumentos de los músicos que afinaban. A renglón seguido, miró a Arturo con la melancolía con que se mira a un enfermo.

—Estarás contento —le espetó con una serenidad pasmosa.

Arturo se quedó cariacontecido, y Román, con un chasqueo de sus dedos que valió tanto para tornarle invisible como para que sus acólitos le siguieran, desapareció por la puerta resueltamente. Un par de soldados, advertidos previamente por Gonococo, regresaron a la habitación y se demoraron envolviendo a Xargu en la colcha e improvisando una especie de parihuela, con la que cargaron el cadáver fuera del piso. Arturo vio pasar la saca con un sentimiento de ridículo; había pensado en Román como en un animal esencialmente predecible, pero a éste le había bastado una frase para darle un revolcón. Tomó nota. Aquello serviría para prevenir el exceso de confianza y la tendencia a subestimarle. Se rehízo como pudo y se puso a huronear por la casa. No encontró nada aparte de asolación. Volvió a sentarse en el tresillo. La tarde iba cuajándose mientras escuchaba el trepidar de los soldados por las

escaleras y sus culatazos sobre las puertas.

Román exprimía hasta la última reminiscencia de cada vecino antes de poner Madrid patas arriba. Pero Arturo creía que esos rastros estaban demasiado fríos para llevarle a ninguna parte. Además, por lo poco que había tratado a Xargu, dudaba que el asturiano se fuese a dejar pillar por alguna portera deslenguada. En un intento de encontrarles sentido a aquellos malhadados hechos, recolectó imágenes aquí y allá en su memoria, reordenó los indicios que había ido acumulando, pero acabó con dolor de cabeza y la sensación de tener por delante una tarea inabarcable. Había demasiadas direcciones en las que correr, y todas quedaban desleídas por aquella sangre obsesiva que oscurecía su entendimiento. «Al carajo la tabla. Y el ascenso también», pensó. Ahora, en El Prado, no tendrían más remedio que colgar una estampita para sustituirla. Arturo perdió gas y se relajó. Ya no había tensión, ni ansia: su cuerpo había dejado de luchar. Como el cuerpo que en ese momento iría traqueteando en algún camión. Sólo que Xargu había rubricado su vida y él no haría más que intentar justificar la suya. Se arrellanó aún más en el tresillo y renunció a entenderse con todo, incluso consigo mismo. Entretuvo la vista por el astillado salón hasta detenerla en la puerta de la cocina. En el suelo, junto a una de las esquinas del marco, descubrió un tirabuzón de piel de naranja. Era obvio que la higiene no había sido una de las virtudes de Xargu. Aquello no tenía la menor importancia pero, por razones desconocidas, su mirada no acertaba a separarse del cítrico bucle. Algo se estaba abriendo paso a través de su memoria. La carcoma terminó por abrir una tronera por la que se escapó la despedida de Mario García en su despacho: «Si yo estuviese en su lugar, empezaría por barrer la casa... nunca se sabe, a veces no se encuentran las cosas por tenerlas demasiado cerca». En su cerebro comenzó a formarse algo que tardó bastante en traducir. Fue brotando con la suave brujería con la que el subconsciente hace aflorar un detalle concreto de entre la copiosa maraña que almacenaba diariamente. Al caer en la cuenta, Arturo se pegó una generosa sarta de palmetazos en la frente. A continuación se levantó con rapidez y entró en la habitación de Xargu. Cuando confirmó lo que se figuraba, murmuró: «Qué maricón». La sonrisa que se fue formando en su cara no pudo borrar el gesto de incredulidad. Era incapaz de desclavar la mirada de la pared. Uno podía estar

preparado para muchas cosas, pero no para lo obvio. ¿Cuál era el lugar ideal para esconder algo, el sitio donde a nadie se le ocurriría buscar? Arturo contempló por primera vez *El arte de matar dragones*, colgada sobre la cama de Xargu, escorada hacia la izquierda, delante mismo de las narices de todos. Contempló la tabla seducido, fascinado, y tras enderezarla fue retrocediendo, tanteando a ciegas la silla de enea con su mano hasta sentarse en ella. Y allí se quedó, sentado, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Absolutamente todo.

Segunda parte

Capítulo 11

Los mitos según Newton

La rata, dueña de un terror macizo, cruzó la calle chillando perseguida por una tropa de niños con piernas de alambre y pelados al cero. Corría en zigzag, buscando refugio en todas las cloacas de la acera, pero las bocas taponadas por el fango le hacían quebrar continuamente su carrera. Arturo, sentado en un banco del Retiro cerca de una de las entradas de Alfonso XII, era testigo de la insólita caza sin compadecerse del animal: aparte de los gerifaltes, eran los únicos gordos que se podían encontrar en Madrid. Hacía tres días que el torrente olímpico de felicitaciones de sus superiores había cesado, y tres días que llevaba de brazos cruzados, dejándose vivir y rellenándose de alcohol por las tascas de Fuencarral, la Plaza Mayor o Huertas como se rellena una botella vacía. Disfrutaba del permiso que le había concedido Bouthellier, cordial en su ofrecimiento pero a la vez con su estrella bien puesta en la voz para cortar cualquier intento de pedir explicaciones sobre su ninguneo en la operación. Mientras, los espacios censurados de los periódicos habían dado paso a una prodigiosa campaña de plácemes, cuajándose de consignas, artículos, editoriales y comentarios glosando al Jefe del Estado y al régimen. Arturo había atravesado aquel presente con los ojos vendados por el éxito; solamente más tarde, cuando la rutina fue arrojando puñados de sombra al brillo del triunfo, pudo distanciarse de los hechos y comprender el sentido, no de las respuestas que

había logrado, sino de las preguntas que aún quedaban en el aire. En la soledad de la pensión había resumido lo sucedido en apenas unas cuantas frases sinópticas. En sí, la teoría general del robo era coherente, pero sólo consigo misma, no con los hechos. Y si una teoría parecía correcta y los hechos seguían siendo confusos, lo que no valía era la teoría. ¿Dónde colocar aquella vigilancia extra del camión que le había referido Frutos? ¿Y por qué Negrín se había interesado tanto por la mina de La Vajol? Tampoco olvidaba que, sobre todo aquello, se cernía la misteriosa sombra de Greta; una sombra alargada, sólo conocida por sus actos. Su pensamiento continuaba girando en círculos, y aunque a veces no lograra distinguir las casualidades de lo verdaderamente relacionado con el caso, no dejaba de dudar, porque dudar era la única manera de acercarse a lo más parecido que había a la verdad. Además, cada vez que recordaba la habitación de Xargu le venía un regusto amargo: ¿qué se le había pasado por alto?

Una agria sensación de tarea pendiente se había apoderado de su ánimo, sumiéndole progresivamente en una abulia casi inexpugnable. Por alguna razón, el asunto se había convertido en algo personal. A la imagen recurrente de Manuel Cortina se le había superpuesto ahora la de Frutos y la de Xargu. Demasiados héroes muertos. Ni siquiera la tabla justificaba tanto derroche. Los confusos barruntos de Arturo, sus razonamientos inciertos alimentaban también un oscuro sentimiento de revancha, como si él fuese el último caballero de una Orden Sagrada, obligado a vencer a las fuerzas malignas que habían ido eliminando uno por uno a sus compañeros. Y estaba Anna. Anna. Faltaba una semana para la subasta. Y todas las noches se había tendido en la cama, muerto de celos y soledad, tan borracho como le permitía su cuerpo para anestesiar la tristeza. Tanto, que ni siquiera tenía sus pesadillas de sangre con Badajoz. Pero el tiempo corría igual, y la princesa permanecía encadenada a una roca, víctima propiciatoria de una bestia que no tardaría en aparecer; y aunque el caballero, a muchas leguas de distancia, no cesaba de galopar, le parecía hacerlo sobre una cinta, sin moverse jamás del sitio. Arturo miró el cielo. Un sol frío, a mediodía, seguía manteniendo el tipo contra todo pronóstico y golpeando Madrid en todas partes. Vigiló los vuelos cortos y apresurados de unas golondrinas que planeaban sobre los tejados. Pensó que aún haría falta la muerte de muchas de ellas para confirmar el

invierno. Cerró los ojos. Metió la mano en un bolsillo interior de la chaqueta y palpó las medias de nylon que le había comprado a Vicente. No se había separado de ellas en ningún momento. Las manoseó una y otra vez, como si fueran la cuerda que le mantenía ligado a una realidad distante y que podía desmoronarse en cualquier momento. Se le ocurrieron todas esas palabras de los amantes que sobran cuando no hay un cuerpo que abrazar. Y tuvo la certeza de que si ella le faltaba su vida duraría un mes, un día, una hora... o peor, cien años, mil siglos. De repente, escuchó una respiración agitada. Como si le hubieran pillado robando, sacó la mano con rapidez y abrió los ojos. Frente a él se hallaba uno de aquellos críos, separado del resto, que continuaba haciendo que las patitas de la rata se multiplicaran. Al principio creyó que estaba fumando, pero se dio cuenta de que se trataba del vaho de su boca condensado por el frío. Era muy joven, de tórax estrecho, pecho hundido y ojos saltones. En su cabeza pelona tenía costras verdes del azufre seguramente utilizado por su madre contra la sarna. Sus limpios ojos concentraron la atención de Arturo: era difícil encontrar a un niño que no tuviera ojos de adulto. Le miraba con fijeza, en una mezcla de descarro e ingenuidad, como si conociera mejor que él sus pensamientos. Igual que lo había hecho Vicente, igual que el coronel Gandía. De nuevo era transparente para alguien. Arturo se sintió cohibido; no supo cómo actuar. Y el niño no daba muestra alguna de lo que esperaba de él. Así permanecieron, en un flujo intemporal, hasta que el crío echó mano a uno de los bolsillos traseros de su pantalón y sacó algo. Se le acercó y le ofreció un cromó de fútbol de colores chillones, muy ajado, se lo regaló con la fresca e imperial autoridad de la inocencia, que cree firmemente que basta con un cromó no repetido para borrar todas las penas del mundo. Luego, ante los gritos y gesticulaciones energúmenas de sus compañeros, sonrió travieso y salió corriendo sin despedirse. Arturo le vio alejarse envuelto en una nube de añoranza. También él, quince años atrás, había creído lo mismo. Imaginó que echaba a correr con ellos, pero ellos seguían alejándose, y por más que lo intentaba seguían distanciándose, llevándose fuera de su alcance todo su paraíso silvánico. Apretó el cromó con fuerza y lo guardó junto con las medias. Talismán. Era el talismán que todo caballero debía recibir de un mago para enfrentarse con garantías al dragón; y los hechiceros eran siempre proteicos, se presentaban

bajo las formas más heterogéneas. Se levantó de golpe. Había tomado una determinación. Tenía la sensación de haber perdido algo, algo importante, y cuando uno sufría tal cosa, lo único que le aliviaba era buscarlo. En cualquier parte. Así que debía moverse, meter la cabeza en el estanque, y aunque no diera con lo que buscaba perturbar al menos a todas sus criaturas. Y para ello utilizaría el tiempo que le restaba de permiso. Avanzó con la cabeza gacha, como si lo hiciera contra un vendaval. Había recuperado la fe; la misma con la que el jugador vuelve al casino, pero fe al fin y cabo.

* * *

Su primer destino fue El Prado. Quería contemplar de nuevo la tabla. El edificio de piedra y ladrillo, gris y rosa, se extendía majestuoso en dirección a Atocha. Aún podían verse vallas móviles de espino y sacos terreros amontonados pesadamente contra sus paredes, restos del andamiaje bélico que la guerra le había obligado a levantar para protegerse. Arturo entró por la puerta principal, con su traza de clásico templo dórico. La pinacoteca estaba abierta al público, pero comprensiblemente vacía: cuando había que aquilatar todas las fuerzas para sobrevivir, quedaban pocas ganas de visitar museos. Inexplicablemente, ningún vigilante supervisó su entrada; sólo unos celadores con guardapolvos azules, de palique, le dedicaron un vistazo indiferente. Pensó que si la gente se enterase de lo fácil que era robar un cuadro en El Prado todo el mundo querría uno de recuerdo. En vez de ir directamente a la sala de pintura italiana, prefirió demorarse un poco por las salas. De inmediato, una atmósfera antigua, de mundos desaparecidos, le envolvió. Algo intangible, espiritual, mientras recorría los pasillos con los ojos muy abiertos y se dejaba arrastrar por todas aquellas obras de arte, siempre en competencia entre ellas por demostrar las huellas de la intermitente grandeza de los hombres. Rubens, Goya, Velázquez... los grandes, los más grandes. Arturo comprendió la reticencia de Publio Medina a rebajarse a apreciaciones numéricas cuando se encontraba ante el prodigio orgánico del arte. «El alma —pensó—, el alma humana». Arturo atravesó salas, rotondas, escaleras y galerías iluminadas cenitalmente o en penumbra con toda su belleza

reconcentrada en sí misma, pura, ajena a la desesperación de los hombres. Sin apenas darse cuenta, se vio rodeado de la vasta colección de pintura italiana del Prado. Aquella sala era la única en la cual había un vigilante; se sentaba en una silla tan quieto como la estatua que adornaba el centro de la estancia, pero en cuanto le vio entrar, le acechó con descaro. Arturo hizo caso omiso y buscó la tabla. No tardó en encontrarla; colgaba de la pared más alejada. Comprobó con extrañeza que era la única obra cercada por un cordón de terciopelo, que impedía acercarse a menos de dos metros. También apreció que le habían colocado un marco. Se situó al borde del cordón. La distancia no permitía discernir los detalles, pero allí estaba, casi humilde entre los poderosos primitivos del Renacimiento: *El arte de matar dragones*. Aunque era sólo una impresión aparente. Ante la tabla desaparecían los análisis fríos y mecanicistas a los que se podían reducir el resto de las obras. Una magia indeterminada, viva ante los ojos, subyacía bajo sus pinceladas; pero de igual forma algo sacrílego, como si desafiara una prohibición divina. En la habitación de Xargu, Arturo había permanecido horas sentado, obsesionado por la tabla hasta decidirse a comunicar su hallazgo; y ahora, de nuevo ante ella, continuaba sin encontrar las palabras adecuadas para describir su enigmática fascinación. Tuvo la tentación de tocarla, incluso levantó su mano con avidez, pero un carraspeo del vigilante le contuvo y volvió a contemplarla con calma. Mientras la miraba fantaseó sobre una noche, una noche de tormenta, con su manto de agua y relámpagos cubriendo la ciudad de Florencia —no supo por qué tenía que ser esa ciudad—. Sobre una amplia sala, con la luz de las llamas de la chimenea y los candiles de aceite dotando de una inquietante movilidad a las sombras de sus zonas más lóbregas. Se imaginó al desconocido artista, encorvado, empleando horas y horas de madrugada para hallar las reglas de la perspectiva, poniendo figuras sobre los planos, escorzándolas poco a poco hasta disminuirlas. Las campanas de la Signoria escandiendo el tiempo, las llamas trastabillando en los candiles. De vez en cuando moja el pincel y esboza sobre la superficie de yeso unos cuantos trazos. La lluvia incesante en las tinieblas exteriores, los chasquidos de la madera en la chimenea. Y las cerdas del pincel que van dejando tras de sí un rastro de dolor, de creación, de dolor, de creación...

La realidad. Los continuos carraspeos amonestativos del vigilante

devolvieron a Arturo a la realidad. Una vez fuera, confirmó de nuevo las lindes que la tabla compartía con lo siniestro. Durante unos breves momentos le había contenido, y luego le había escupido de vuelta a su miserable mundo. Renacieron en él los miedos instintivos, los que le hacían amar la soledad como defensa, y fue retrocediendo lentamente hacia la puerta de la sala, observado con suspicacia por el vigilante, hasta que el cuadro desapareció de su vista, pero no de su cabeza.

En el vestíbulo, los bedeles, más chulos que un ocho, continuaban de parla. Arturo se dirigió a la salida sin causar en ellos la más mínima reacción. La fortuna o la desgracia quiso que, cuando pasó a su lado, le llegaran unas palabras deslavazadas: *la que robaron... te digo que sí... cosas muy raras...* Era una voz de pito. Volvió la cabeza y descubrió a su propietario en el vértice de los cuatro que formaban el grupo. Era un tipo joven, delgado, con el pelo color avena y cara de enfermo del estómago. Arturo pensó que tenía dos formas de conseguir información: o mostrar la documentación, o hacerse el tonto. Optó por la segunda. Se detuvo junto a ellos y escuchó.

—Que sé lo que me digo —liquidó el trigüeño.

—Qué vas a saber tú, ceneque —le reprendió uno chungón—. Si tú estás aquí más recomendado que un jarabe.

—Que aquí pasan cosas muy raras.

—Aquí lo único raro es que sigamos escuchándote —dijo otro de los bedeles, de rostro muy tostado—. Tienes más teatro que la Guerrero.

—Esa tabla tiene mala sombra. Ya me diréis si no por qué desde que la trajeron no dejan que nadie se le acerque.

—Para que no la soben tipos como tú —se mofó el chungón.

El comentario provocó la risa del resto de bedeles.

—¿Y qué me decís de lo que pasaba por las noches?

—Eso sólo lo has visto tú.

—¿No hablarán de esa tabla que sale en los periódicos? —se entrometió Arturo, adoptando su más ensayado gesto de candoroso ciudadano.

Los cuatro guardaron silencio.

—Sí —añadió—, precisamente andaba buscándola.

—*Sala de los primitivos*, —le dijo un bedel atontado, con tono tedioso. En cuanto aclararon su duda, volvieron a ignorarle.

—Venga, cuéntalo otra vez —azuzó de nuevo el chungón, con evidente cachondeo—. ¿Qué viste?

—¿Para qué? ¿Para que os sigáis riendo de mí?

—No, hombre, que te creemos.

—Los cojones, me creéis.

—Éste se lo guisa y se lo come —comentó el atondado.

—Vaya, coño.

—Es de pimplar —apuntó el de rostro tostado, llevándose el pulgar a los labios en un movimiento de émbolo.

—Dejadme en paz.

El grupo pareció perder interés y, con un concierto de manojos de llaves, se fue disgregando entre bromas para continuar fingiendo su trabajo en algún otro lugar. Arturo ya sabía quién iba a darle información, o eso creyó, así que se desentendió de los otros y se dirigió al del pelo de avena, inquiriendo con el mayor asombro que pudo representar.

—¿Y qué vio usted?

El tipo le observó fijamente.

—¿Y por qué iba a contárselo?

Arturo adivinó que era el tipo de hombre que hablaba fácil porque se sentía orgulloso de cualquier secreto que hiciese parecer un poco más misteriosa la grisalla de su vida. Le faltaba poco. Un empujoncito.

—Ah, por nada, era simple curiosidad. Perdóneme usted —Arturo fingió los gestos para levantar el campo.

El celador se apresuró a no dejar escapar a su interlocutor.

—No sé si debo —le susurró con sigilo teatral.

—Usted mismo.

Se disiparon sus recelos y su locuacidad se disparó.

—Bueno, pero no se lo diga a nadie. No lo creerá —hizo un gesto que quería asustarle o apabullarle—, pero desde que llegó la tabla aquí, pasa lo nunca visto. No permiten que se le acerque nadie, ni siquiera los profesores que vienen a verla. Y mismamente la noche que la trajeron, que me tocaba guardia, fui a hacer la ronda y me encontré la sala de los italianos cerrada. Y nunca la cierran.

—¿No tiene llaves?

—Probé con la de la sala y con la maestra, pero estaba atrancada por dentro.

El bedel le examinó para medir el efecto que habían causado sus palabras. Arturo simuló que le costaba digerir la historia y se volvió de lado, escéptico.

—Tampoco es para tanto.

El bedel se encorajinó negando con la cabeza y miró a todas partes como buscando algo.

—¿Y si le dijera que había luces? Y ruidos. Como si el mismo diablo anduviese allá dentro, de visita. Incluso olía a azufre, se lo digo yo. Esa tabla está ziguada.

Arturo imaginó un ritual oscuro, con palabras de un idioma antiguo, sólo confiado a tablillas de arcilla o inscripciones en piedra. Una invocación que despertaba a una criatura escamosa, sanguinaria.

—Cosa del Anticristo, seguro —apostilló el bedel con esa delectación de quien habla de algo recién aprendido y aún no comprendido del todo.

Su obstinación hizo que Arturo le estudiase con más calma. Contempló sus gruesas manos menestrales, su expresión palurda; ¿hasta qué punto podía dar crédito a un individuo con toda la apariencia de pertenecer a esa España rural, vestida de miseria, que todavía creía en hombres lobo y sangre de mandrágora?

—O de masones —comentó Arturo con un punto de irónica maldad.

—Es lo mismo. Lo dice el Caudillo.

—Claro, el Caudillo. ¿Y no dio parte?

—Avisé al profesor Bonmatí. Trabaja hasta muy tarde. Pero me dijo que dejase de darle a la botella y que no volviera más al segundo piso. Pero yo le aseguro que esa noche no había bebido una gota. Que porque a uno le guste tomarse un vinito durante las comidas ya se creen que...

—¿Y qué hizo? —le cortó Arturo.

—Pues... no volver. A ver quién es el guapo. Todavía llevo el susto en el cuerpo.

—¿Y desde cuándo trabaja usted aquí?

—Mañana hará un mes. A propósito, ¿no tendrá tabaco?

—No. No fumo.

—Vaya, menuda suerte la mía.

—Lo siento. ¿Y dice que avisó al profesor Bonmatí?

—Sí señor.

—¿Luis Bonmatí?

—Vega. Sí señor.

Arturo recordó que, entre la documentación que le habían proporcionado sobre el caso, había un apartado referido a aquel Comisario del Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional. Durante la guerra, y con no más de treinta años, había sido uno de los *agentes de vanguardia* del Servicio de Recuperación Artística encargados de avanzar con las tropas nacionales y a medida que fuera conquistándose territorio enemigo, incautar y poner a salvo cuantos bienes culturales encontrasen. Mezcla de erudito y aventurero, Luis Bonmatí Vega era conocido por sus obsesivas búsquedas y milagrosos rescates de piezas valiosísimas, pero no tanto como por su carácter excéntrico.

—¿Y dónde está ese señor?

La desconfianza hizo acto de presencia otra vez.

—¿Y para qué quiere saberlo?

—Eso tendrá que preguntárselo al gobierno.

El bedel le miró con gesto de quien espera el final del chiste para soltar la carcajada. Sin más preámbulos, Arturo le mostró su documentación. El funcionario cogió los papeles y los leyó con morosidad, como si hubiera aprendido a hacerlo tarde y mal. Cuando terminó de pegar hebra, se puso pálido y formó de inmediato un envarado saludo romano.

—Arribaspaña. Viva Franco.

—Viva —respondió Arturo con un gesto apático—. ¿Dónde está?

—Abajo. En el taller de restauración. Pero ahora se encuentra trabajando, y no le gusta que le interrumpen.

—Pues hoy deberá hacer una excepción, ¿no cree?

—Como usted diga.

—¿Y a qué espera para llevarme?

Sin más demora, el bedel le guió por los pasillos intestinales del museo hasta detenerse frente a un portalón tachonado de clavos de cabeza romboidal, con un llamador de bronce. Habló como si temiese despertar a alguien.

—¿Está seguro de que quiere verle?

—Para eso hemos venido.

—Usted sabrá lo que hace.

Se santiguó con un inaudible *ya está liada* y picó en la puerta. Casi instantáneamente, algo se estrelló por el otro lado con un descalabro de cristales. El bedel se volvió hacia Arturo con una mueca explícita.

—¿Ve usted como hoy no es un buen día?

Arturo le apartó y abrió él mismo la puerta. De inmediato, un fuerte olor a barniz y cera saturó su olfato. Al entrar, evitó con cuidado los fragmentos de una especie de redoma reventada por el suelo. El taller era una sala larga y blanca, llena de caballetes y mesas cuadradas cubiertas por un maremagno de acetonas, alcohol, aguarrás, espátulas, lijas, bisturís, brochas, estucos... Contra una pared había un pupitre de escritorio con su persiana abierta y, a su lado, un mueble cubierto por un número incontable de cajoncitos con resplandecientes uñas de latón amarillo. Apoyado sobre una de las mesas, rodeado por dos ayudantes y taladrándole con los ojos, había un individuo formidablemente grande, tan fornido que parecía gordo, vestido con un guardapolvo manchado por generaciones de lamparones multicolores que formaban por sí mismos una obra de arte abstracta. El tipo tenía una barba brahmánica, casi albina, un color de piel iluminado por las llamas y la boca desfigurada por la cólera. Arturo no supo por qué, pero esperaba a alguien así, tópicamente parecido a sus acciones.

—¿Quién cojones es usted? —le preguntó con una voz a raudales, magnífica.

—¿Luis Bonmatí Vega? —le interpeló Arturo.

—¿No dije que no se me molestara? Largo de aquí.

Se concentró en algo que tenía sobre la mesa. A los pocos instantes acabó de consultarlo y levantó la vista, contemplándole inmóvil en la puerta.

—Pero, ¿todavía está ahí? —su rostro era una máscara de incredulidad—. Fuera.

—¿Luis Bonmatí Vega? —insistió Arturo.

El profesor gargarizó una flema de tal manera que Arturo creyó que iba a escupírsela. Por reflejo, echó mano al bolsillo y sacó los papeles. Uno de los ayudantes, el más alto, se acercó y examinó con gran atención la

documentación, guiñando un poco los ojos, para volver luego junto a Bonmatí asintiendo.

—Soy el teniente Arturo Andrade —dijo Arturo—. Yo encontré la tabla.

«Información», añadió. Pronunció la palabra mágica exigiendo con su mirada miedo y sumisión, pero la respuesta del profesor le dejó desconcertado: «¿Y qué quiere? ¿Que le dé un premio?». Arturo intentó reorganizar lo que quedaba de su autoridad.

—¿Luis Bonmatí Vega? —repitió.

—Sí, no sea pelma.

—He de hacerle unas preguntas. Se trata de *El arte de matar dragones*.

—¿Quién lo manda?

—Quien puede.

—Estos días ya me han hecho más preguntas de las que puedo soportar.

—Tardaremos sólo unos minutos. Y sería conveniente para todos.

—¿Y si no? ¿Qué hará? ¿Detenerme?

Arturo pensó que aquella técnica sólo valía con los pardillos o la gente insegura, y aquél, evidentemente, no era el caso. Apeló a la responsabilidad.

—Usted tiene un cargo que conlleva unos deberes, señor Bonmatí.

—Por eso mismo. Ahora estoy trabajando.

—Yo también.

Luis Bonmatí le miró con una ausencia que podía también ser desprecio. Arturo no adivinó si estaba calibrando sus palabras o si sus palabras le sumían en otras cavilaciones.

—¿Y tiene que ser hoy? —dijo de repente sin perder el tono sulfurado.

—No hay más remedio.

—Pues vaya al grano, que esto no es el Ateneo.

—Mejor solos —señaló a sus ayudantes.

—Y, vosotros, ¿qué decís? —les consultó Bonmatí.

Los dos individuos mantuvieron una circunspección de crupier.

—Se quedan —decidió por ellos.

—Allá usted. Quería que me hablara sobre esos rumores que corren.

—¿Qué rumores?

—Estos días los celadores han visto, digamos, cosas fuera de lo común.

—Malditos gandules. Oyen campanas y no saben dónde. Pero ya

arreglaremos cuentas.

—Luces a deshora, salas cerradas sin motivo aparente...

—Será cosa de brujas —comentó con ironía—. Hay muchas pintadas por todo el museo. Se aburrirán en las telas.

—Aprecio el sentido del humor, pero no nos ayudará mucho.

—¿Y qué cree que nos puede ayudar?

—La sinceridad.

—Pues empecemos por usted. ¿Quién le envía?

—Se lo he dicho antes. Alto Estado Mayor, sección de Información.

—La Segunda, ¿eh? ¿Y a qué santo?

—Nos preocupamos por la seguridad del Prado.

—A buenas horas, mangas verdes. ¿Y no le han dicho lo que pasaba?

—Quiero que me lo cuente usted.

—Pues que hemos tenido visitantes nocturnos.

Arturo improvisó la coartada sobre la marcha.

—He venido por eso.

Repentinamente tranquilo, Luis Bonmatí colocó mano sobre mano y miró de través a sus subordinados, que sonrieron con discreción. A continuación se concentró en Arturo, dedicándole una de las sonrisas más humillantes de su vida; en ese instante Arturo supo que su olfato de gol había fallado estrepitosamente. Es más, estuvo seguro de que había hecho el ridículo; ahora sólo se hallaba pendiente de la respuesta: su delicadeza iba a ser proporcional al tamaño de la asnada.

—Me parece que la Segunda anda un poco en Babia. Hágase un favor y vuelva a su Madrid de chulos y organilleros —le señaló el camino con una espátula.

—Como siga con esa actitud me veré obligado a tomar medidas.

Luis Bonmatí adoptó una expresión entre asqueada y desabrida.

—Perros ladradores... Sólo escupen tinta, como los calamares. ¿Quiere que coja el teléfono para ver si de verdad viene usted de parte de quien dice?

Arturo no acababa de entender las causas del revolcón. Que aquel tipo era, no una persona, sino un personaje, con sus propias reglas al margen de la sociedad, estaba claro. Pero que tuviese la audacia de desafiarle en una aparente misión oficial sólo significaba que había algo que se le escapaba. Se

sorprendió con el sombrero en las manos, dándole vueltas nerviosamente, y tomó conciencia de lo caricaturesco de su actitud.

—Contradiós... —bramó Luis Bonmatí—, ¿todavía sigue ahí? O es usted el último mono del ejército o es maricón. ¿Le gusto? Vamos, lárguese de una puta vez.

Arturo consideró más prioritario comprender a qué venían aquellos ataques que ofenderse.

—¿No han intentado robar?

—Claro que sí. Las bombillas, estúpido; han intentado robar las bombillas del museo. ¿Para qué querría la gente estos cuadros? ¿Y tú te crees que la Segunda va a mandar a alguien por unas bombillas, gilipollas?

Arturo replicó como si lo hiciera a una pregunta formulada con más urbanidad.

—En la sala de los italianos no hay bombillas. No me está diciendo la verdad.

Luis Bonmatí hizo ademán de ir a por él, pero se contuvo.

—Me cago en el niño Jesús, ¿eres retrasado o te haces? ¿Es que no me has oído?

—Uno de los conserjes habló de...

—Tú eres tonto, chaval —le cortó.

Ni a morterazos. Pero Arturo estaba seguro de que por muy sólida que pareciese, ninguna cadena era más fuerte que su eslabón más débil. ¿Cuál podía ser el de Luis Bonmatí? Echó un vistazo a la mesa sobre la que se apoyaba el profesor. Distinguió un óleo que parecía de Goya. Quizá lo estaban limpiando o restaurando. La obra podría ser la palanca que buscaba ya que, en ocasiones, a los sujetos más inaccesibles les perdía su vanidad intelectual.

—El arte se extravió en algún punto entre las cuevas de Cantabria y Goya —dijo.

Luis Bonmatí le miró repentinamente interesado.

—Vaya... El soldadito nos ha salido intelectual. Pero no me acaba de pegar un intelectual de uniforme.

—Hoy voy de paisano.

—Un militar siempre va de uniforme. Largo de aquí.

Luis Bonmatí no acababa de entrar al trapo, pero Arturo no se hallaba dispuesto a tirar la toalla; aunque para ello tuviera que aguantar otra lluvia de improperios.

—No. No me iré hasta que conteste a mis preguntas.

Un relámpago tensó la mirada del profesor.

—Paco, avisa a los guardias.

El más alto de los ayudantes, el mismo que antes había examinado su documentación, se puso en marcha con rapidez. Arturo desenfundó la pistola.

—Aquí no se mueve ni dios.

Luis Bonmatí no interpretó el arma como una amenaza, sino como una forma de llevarle la contraria. Las venas de la frente se le congestionaron.

—Vamos a ver, meapilas, sólo te lo diré una vez. Como me sigas tocando los cojones vas a ir a pelar guardias al Rif. Yo no sé por qué estás aquí, lo que sí sé es que no vienes de la Segunda.

Arturo intentó mantenerse firme.

—¿Me va a decir la verdad? —insistió.

—¿Pero tú qué te crees, que se puede llegar así, por las buenas, y sacarle la pipa a un Comisario del Patrimonio? ¿En qué tómbola te han dado la papela, *pringao*? Fuera, coño.

Arturo dudó durante una fracción de segundo pero, harto de sentirse como un saco, sintió la necesidad de dejar de hacer el ridículo y acabó eligiendo la estrategia más arriesgada. Amartilló la pistola.

—Muy bien, me iré, pero usted se viene conmigo. Queda detenido.

Luis Bonmatí abrió mucho los ojos.

—¿Sabes el embolado en el que te estás metiendo?

—Eso ya lo veremos en Gobernación.

—Pero si...

Luis Bonmatí iba a continuar, pero se contuvo; Arturo supo que había dado en el blanco: el comisario se hallaba intrigado por las razones por las cuales un simple teniente se metía en un atolladero de tal calibre.

—No te entiendo, teniente —acabó por decir—. ¿Seguro que no te pegaste algún golpe en la cabeza cuando eras pequeño?

—Seguro.

—¿Tú juegas al mus? —le preguntó resueltamente.

Arturo ocultó su estupor.

—No mucho.

—Se nota, porque no tienes ni idea de hacer faroles. ¿No ves que no llevas nada, criatura? Todo *perete*: cuatro, cinco, seis y siete. ¿O guardas alguna carta en la manga?

—Puede que la guardemos los dos.

Luis Bonmatí le midió con abierta curiosidad.

—Así que quieres saber la verdad.

—Del todo.

Luis Bonmatí siguió observándole con un mirar gastado.

—Pues la verdad es que la tabla es falsa —dijo.

A Arturo casi se le cae la pistola del susto.

—¿Falsa?

—Falsa. Más falsa que Judas.

—¿Y el vigilante? ¿Y el cordón?

—Son para que la gente no se acerque demasiado, sobre todo los expertos.

—¿Y las luces a horas intempestivas?

Luis Bonmatí dudó si continuar, pero la república de la curiosidad resultaba tan democrática que era capaz de unir a una personalidad del régimen con un simple oficial.

—Acabemos con esto —concluyó.

Luis Bonmatí ordenó al otro ayudante que le acercara un caballete situado en una esquina de la sala. Montada sobre él y cubierta por un lienzo blanco, se silueteaba una obra. El profesor se colocó delante, ocultándola parcialmente, y pellizó el paño por sus bordes retirándolo con sumo cuidado. Luego la cogió y se la mostró.

—Aquí la tienes.

Para sorpresa de Arturo, le estaba enseñando el anverso. No tardó en adivinar en qué quería que se fijara. En el ángulo inferior derecho, junto a la característica etiqueta vertical y estrecha de la recuperación nacional, aún se veía la antigua de la incautación republicana, que no habían retirado. Cuando Bonmatí confirmó que había captado el detalle, le dio la vuelta. Era una tabla exactamente igual a la que lucía en la sala de los italianos. La única

diferencia residía en que, aproximadamente la mitad de ella, se hallaba como filtrada a través de un vidrio amarillo y espeso, y la otra mitad, limpia y clara.

—¿Y esto? —preguntó Arturo, cada vez más confundido.

—*Esto es El arte de matar dragones*. La tabla original.

Arturo se quedó callado, como si el pensamiento se le hubiese detenido. Se dio cuenta de que la pistola estaba de más, y la guardó. Luis Bonmatí hizo una discreta seña a sus ayudantes para que se relajaran y encajó de nuevo la tabla en el caballete.

—Vamos a empezar otra vez —propuso Arturo.

—No, vamos a acabar. ¿Para qué has venido?

—Cuando uno cobra por lo que hace o lo que piensa, siempre debe uno desconfiar de lo que está haciendo o pensando. Tenía la intuición de que algo iba mal. Simplemente eso.

El tono de Bonmatí no concedía tregua.

—Tú ves muchas películas.

Revolvió su mole eternamente iracunda y se dirigió al ordenado caos de cajoncitos del mueble a sus espaldas. Tiró de uno de ellos y sacó un pliego lacerado por firmas, rúbricas y sellos, que seguidamente exhibió ante las narices de Arturo.

—Una autorización para limpiar y restaurar una obra de arte. Igualita a la que no me dieron para *El arte de matar dragones*. ¿Y por qué? Porque el ministerio está lleno de retrasados. Resulta que alguno empezó a tocar la corneta en cuanto recuperaron la tabla y, claro, los señoritos la querían a punto para cuando llegaran los periodistas. Como si esto fuera una casa de putas. Y mira que se lo advertí. Que esperaran un poco. Pues ni puto caso. Ven. Mira.

Arturo se apercibió de que no estaba cabreado con él, sino con el mundo entero. Su rostro se hinchaba por momentos, rozando la apoplejía. Se situó junto a Luis Bonmatí, que se había acuclillado al lado del caballete.

—Agáchate, coño —gritó Bonmatí—. Y mira. ¿Ves? —le señaló unas grietas que se extendían como un sistema vascular por toda la superficie—. La madera se contrae y se dilata por la humedad, y con tanto trajín el craquelado se ha abombado, provocando pérdidas de pintura. No podía dejar que unos ignorantes terminaran de joderme la tabla. Así que, entre Juan y

Paco —señaló a sus ayudantes con orgullo—, hicieron una copia en un par de noches y la colocaron en la inauguración. Con la distancia adecuada y poca iluminación, sirvió para salir del aprieto. Estas cosas son flor de un día, y cuando pasara la novedad nadie se preocuparía y nos dejarían trabajar a gusto.

—¿Y la diferencia de color?

—Hemos comenzado la limpieza, pero es un proceso largo y laborioso. Antes de ver lo que hay que restaurar y lo que no, hay que quitar el barniz antiguo, que se acaba oxidando y dando ese color amarillento y oscuro.

Luis Bonmatí levantó su tremendo cuerpo con esfuerzo. Le miró con la cantidad de desprecio justa para abrirle una brecha a su orgullo.

—Y seguro que venías con una ristra de ajos. Qué asco de país.

—No le permito...

—¿Qué no me permites? ¿Proteger el patrimonio de una panda de retrasados? Suficiente han hecho ya los rojos para que nosotros nos dediquemos a rematarlo. ¿Sabes que querían cambiar las Meninas a los rusos por ametralladoras? El arte es lo único que no es de derechas ni de izquierdas.

Arturo percibió en Luis Bonmatí esa determinación, ese espíritu de renuncia abnegada y vocación de sacrificio de santos y fanáticos, capaces de proezas altruistas o monstruosidades pavorosas. Por eso vio de nuevo un resplandor en sus palabras, y pensó en una velita de cumpleaños: una pequeña vela en medio de un huracán. Tenía que desviar la conversación a su terreno, hacia un lugar donde se sintiera sobrado, confiado. Optó por la táctica más desesperada: la sinceridad.

—En realidad, estoy aquí porque no me puedo quitar la tabla de la cabeza.

Luis Bonmatí desfrunció ligeramente las cejas. No pareció sorprenderse.

—¿También? Juan, otro pirado como tú.

Al oírse nombrar, Juan quedó paralizado. Era el más alto de los dos ayudantes; también vestía un guardapolvo cubierto por un chafarrinón de colores, y su mandíbula, un monumento cuadrado a la voluntad, contrastaba con su actitud expectante de perro que espera la comida de su dueño.

—No sé qué cojones pasa con esta tabla —redundó Luis Bonmatí observándola—. No es imponente pero impone, lo reconozco.

—¿Tiene... biografía? —se atrevió a preguntar Arturo.

El profesor le miró con una docilidad que no era más que ausencia.

—La primera vez que se tiene noticia de la tabla es en 1336 —dijo inesperadamente comedido—, en Florencia. Aunque no está claro si la tabla fue pintada allí. Lo único seguro es que fue una obra viajera; visitó varias ciudades de Italia, lo que atestiguan diversas personalidades de la época; el mismo Petrarca, en su *Carta a la posteridad*, le dedica algunas líneas. Y todos destacan la morbosa atracción que despierta en ellos. Acabó en la colección privada de Lorenzo de Médicis, en la cual estuvo hasta la entrada de Carlos VIII en Italia. Nos encontramos ya en 1494. Durante el saqueo que precedió al ejército francés, la tabla desapareció. Durante mucho tiempo se creyó que había sido destruida hasta que volvió a aparecer en Nápoles en 1588, donde Felipe II la confiscó para su colección. Más tarde, en 1813, tras los diversos avatares en España de ese enano...

Luis Bonmatí recuperó el gesto destemplado y pareció tener escrúpulos del nombre.

—Napoleón —le ayudó Arturo.

—Ese pichafloja. Mandó la tabla a París y, finalmente, tras su derrota, los austríacos se la llevaron a Viena; los Lauckorovski se hicieron con ella y la depositaron en el castillo de Hohenems. La familia terminó por arruinarse y el gobierno de Primo la volvió a recuperar para España en una subasta en 1924. ¿Más?

—¿Hay más?

—Sigue tú, Juan. Cuéntale el resto.

Juan se puso tan nervioso como un rabo de lagartija recién cortado.

—Sí —le apremió Luis Bonmatí—, la leyenda. Venga.

—La leyenda... —pareció titubear.

—Vamos, cojones, todo el rato dándonos la murga con *ese algo subterráneo que cruza la obra*, ¿y ahora me vienes con tiquismiquis? —se dirigió a Arturo—. Juan también se interesó por la tabla e hizo algunas averiguaciones por su cuenta.

Arturo sintió angustia a medida que escuchaba, pero tampoco quiso dejar de sentirla.

—Ah, ya —resolvió Juan—. Me carteeé con colegas de varias

universidades y museos italianos. Quería saber más sobre *El arte de matar dragones*. Además de los datos técnicos, conseguí otros bastante curiosos. La pista de todo se hallaba en su último propietario, la familia Lauckorovski, pero hasta que no me contaron el resto de los casos no la relacioné. Esta familia se arruinó pero, por lo visto, era lo mejor que les podía suceder. Los anteriores propietarios no tuvieron tanta fortuna. La obra ha ido dejando un rastro de desgracias por los lugares donde ha pasado: incendios, asesinatos, suicidios... —aquí volvió a dudar.

—Y si extrapolamos un poco —le auxilió Bonmatí—, es sorprendente comprobar que incluso los marcos temporales son catastróficos: la decadencia del Renacimiento, el desastre de la Invencible, la retirada de Napoleón... Demasiadas casualidades.

Por primera vez su mirada fue lo más parecido a un abrazo cálido. Por un lado, Arturo experimentó ese agradecimiento del torturado hacia el verdugo que le concede una mínima tregua, y por otro, una satisfacción casi solemne al lograr por fin una coartada para su obsesión, aunque ésta fuese tan ilógica como el velo espiritual que se había interpuesto entre él y la tabla. Se sintió en deuda, obligado a descubrir sus secretos.

—No sé lo que es, pero hay algo en esa tabla que...

Mientras iba volcando sus impresiones, en el rostro de Luis Bonmatí fue precisándose una sonrisa que se iba reteniendo, dejando que Arturo se explayara, hasta que terminó por desembocar en una estrepitosa carcajada. Sus ojos habían recuperado esa expresión de quien tiene una marioneta delante, y Arturo, desconcertado en un principio, comprendió que le habían tomado el pelo.

—¿Desde cuándo la Segunda recluta a estos caloyos? —le preguntó Bonmatí al techo, como si sinceramente se preocupara—. Anda, fuera de aquí, a seguir cazando gamusinos.

Arturo notó la sangre alborotada, sonora dentro de su cuerpo, y se sintió inexplicablemente defraudado por la deslealtad. Había cometido esa negligencia instintiva y peligrosa de quien supone que, por abrirse a una persona, ésta se verá obligada a corresponderle.

—No me joda —se le escapó con rabia.

—Creí que ya lo había hecho —le respondió Bonmatí entre sus últimos

espasmos de hilaridad.

Esta vez ni siquiera se tomó la molestia de encarnizarse; se aferró a una pequeña calavera tallada en cristal de roca que le servía de pisapapeles e, ignorándole, volvió a concentrarse en la mesa. Arturo se alisó el pelo ocultando su nerviosismo: debía continuar fiel a su política de sonrisas si quería sacar algo. Estudió a los ayudantes. Paco, el más alto, se había adherido sin fisuras a la crueldad de su jefe y ahora enfrascaba su atención en lo mismo que él: definitivamente, ahí no se hallaba el eslabón débil. Estudió a Juan. Aparte de su mandíbula distintiva, era rubio y con rasgos de gato, esquivo. También se había unido a Bonmatí, pero no dejaba de espiarle por el rabillo del ojo. Había sido un instrumento para burlarse de él, pero luego se había reído sin ironía, con una punta de decepción. A pesar de que Arturo adivinaba que su lealtad era firme, también sabía que toda virtud, tras pasados ciertos límites, cambiaba de signo y se volvía contra sí misma. Quiso suponer que la duda a la hora de continuar la impostura indicaba que le había repugnado participar en ella. Se arriesgó por última vez.

—Le han echado mucha imaginación —afirmó sin personalizar, como desinteresado de lo que respondieran.

Pero Juan supo que se dirigía a él. En su frente se formó una telaraña de profundas arrugas. Arturo le aguantó la mirada.

—¿No hay nada? —insistió.

Juan se decidió a hablar con una compunción protocolaria.

—Cuando tuvimos que falsificar la tabla, llamé a Italia para algún detalle en concreto, pero no comentaron nada ni de maldiciones ni de fantasmas.

Lo dijo con tal convicción que Arturo pensó que, a lo mejor, todas sus impresiones no eran más que sospechas teñidas de deseo. Sintió incluso un ligero rubor al percatarse de que antes se había extasiado ante una vulgar copia. El temor que le invadió fue, paradójicamente, plácido: si las pistas se transformaban en un espejismo, se habrían acabado sus quebraderos de cabeza. Miró vacunamente la tabla. El caballero, embutido en su armadura, que refulgía con mil reflejos prismáticos. El dragón, musculoso, cebado con las tripas de cientos de guerreros. La virgen, superior, con su rostro esplendente enmarcado por sus cabellos partidos y recogidos en dos gruesas trenzas, entrelazadas de piedras preciosas. ¿Y si toda la magia que poseía la

pintura fuese la misma que albergaba un jamón colgado? Los argumentos lógicos, el método que había elegido como herramienta de trabajo, así lo indicaban. Pero la obra continuaba alentando pensamientos caóticos, resquebrajando análisis ponderados, ganándole para una religión del sentimiento. Arturo pensó que había ideas que se fortalecían con el fracaso, que incluso se depuraban, se sublimaban. Recordó una biografía que había leído de Isaac Newton. Si el padre mismo de la física moderna había creído en dragones, si ni siquiera él había conseguido librarse de la dura costra de superstición que todo hombre alberga, ¿cómo no iba él a dejarse fascinar por su fuego? Cuando volvió a mirar a Juan, sorprendió sus ojos fijos en la pintura. Era una mirada a la que asomaban todos los sentidos; que quería tocar, captar, arrebatarse el alma de lo que contemplaba. Entonces sintió de nuevo ese extrañamiento que produce la clarividencia; bastó con ello para comprender que su parte profética había sido miope. Juan había dudado no porque le hubiera desagradado la actitud de Bonmatí, sino porque, a pesar de sus embustes, también él había sido seducido por la tabla. De repente, recordó lo que en cierta manera compendia el arcano de la tabla: la misteriosa doble A.

—¿Y es difícil falsificar una obra? —preguntó.

La atención de Juan dio paso a cierta jovialidad.

—Los restauradores y los falsificadores tenemos una formación parecida.

—Sí, pero de todas formas...

—Yo he sido cocinero antes que fraile —le aclaró.

Arturo sonrió y estudió la tabla con admiración, evocando su duplicado.

—Pues no se distingue de la falsa. ¿Cómo hacen para que parezca tan antigua?

—Hay muchos trucos. Una obra puede ser una réplica, una copia, una mezcla de auténtica y falsa, de réplica y falsa, de copia y falsa, o tan solo falsa.

—Me acabo de perder.

—Si es una réplica quiere decir que la pintó el maestro que la firma pero que no fue la primera que pintó. Cuando Velázquez o Goya hacían un retrato de Corte, creaban un primer cuadro con un proceso lento y complicado y después hacían un modelo que otros pintores repetían. La copia es la que

realizan los alumnos del maestro. La falsificación, que es a lo que vamos, se puede haber hecho sobre una copia o una réplica; así resulta más difícil de detectar porque los pigmentos están muy mezclados. Para envejecer la pintura podemos mezclarla con hollín, aceite de linaza... Para las craqueladuras se puede pintar sobre una capa de barniz, que al secarse resquebraja las superficies; para aviejar el soporte se suele utilizar trementina o aceite de Judea, larvas de carcoma... Hay muchos trucos. Con *El arte de matar dragones* nos marcamos una chapuza. Si hubiéramos tenido tiempo habríamos terminado algo digno.

—A mí me engañó.

«Es un cumplido», respondió, aunque le miró como si no supiera nada de nada. Arturo pensó que siempre le daban una de cal y otra de arena.

—Muchas gracias por todo. Por hoy no les molestaré más —mintió.

Espió la reacción de Luis Bonmatí, pero éste ni siquiera se dio por aludido. Continuaba estudiando unas notas con Paco. Juan asintió con sequedad, pero sin beligerancia. Arturo se arregló el nudo de la corbata, y cuando iba a marcharse se mordió los labios como si olvidara algo.

—¿Sabe? Ahora que estoy aquí, no puedo irme sin hacerle una pregunta.

—Dígame.

—Cuando llamó a Italia, ¿le aclararon algo sobre la tabla? Me refiero a su interpretación.

Un sello de íntima profundidad afloró al rostro de Juan. Procuró borrarlo de inmediato.

—¿Italia? No, ¿qué quiere que me aclararan? Ya hay estudios de sobra, no hay nada nuevo.

—Es que no me la puedo quitar de la cabeza.

—Exactamente, ¿qué no se puede quitar de la cabeza?

—No sé, todo.

—¿Qué quiere que le diga? El arte sólo se puede ver con el sentimiento o con un manual en la mano. Usted elige.

—O con los dos a la vez.

—Eso ya es más difícil —dijo con cáustica lentitud.

Arturo observó la tabla.

—Ese caballero... —titubeó—, ¿por qué retrocede...? ¿Por qué...? —no

supo cómo continuar.

—El héroe —puntualizó Juan didácticamente—. Una figura que se repite en cualquier época. La reencarnación de los valores e ideales humanos: el Rustem persa, el Gilgamesh mesopotámico, el Aquiles griego, el Rolando franco... —a medida que hablaba iba ensimismándose—. Alguien que lucha contra el mal y protege a los débiles, alguien que hace de la compasión su bandera, alguien que...

En ese instante, Luis Bonmatí soltó un rotundo pedo que sobrecogió al personal. Un sol de luz puntiaguda entró por los ventanales del taller subrayando su figura sinaítica.

—Eso es una maricon, no un héroe —bramó.

Desplazó su mole hasta la tabla. Su voz se volvió como su mirada: fija, turbia.

—Un héroe no puede permitirse ser compasivo. La gente perdona las debilidades del resto para que le perdonen las suyas, pero un héroe no puede porque eso significaría reconocer que él también podría tenerlas. Los alemanes lo han comprendido bien —Arturo pensó en el superhombre niechzteano de las doctrinas nazis—. Esta humanidad está podrida, y no se puede ser blando a la hora de limpiar el continente de morralla. Europa caerá, se derrumbará como un gran edificio para ser reconstruida y ocupada por una nueva raza.

Arturo utilizó la palabra como un lazo, atrayéndole.

—Algo tendrán que decir los demócratas al respecto.

—Los demócratas —Bonmatí escupió la palabra—. ¿Qué sabrán ellos de humanidad? La humanidad comienza allí donde ellos creen que acaba. Apelan a esos ideales de libertad e igualdad para defender sus países, y así les va. Son como todos esos mongoles, esos Ridruejo, esos Giménez Caballero, esos Eugenio Montes... con sus revistitas y sus estrategias de café, intentando darle una justificación intelectual al Caudillo; como si el Caudillo necesitara alguna justificación. Que esta ha sido una guerra de sargentos chusqueros contra intelectuales republicanos, dicen. Que no podemos continuar sin un ideario sólido para Falange, dicen. No tienen ni puta idea: son hormigas a la sombra de una lenteja. Aquí lo único que cuenta es la fuerza. Yo he estado en Berlín, he oído al Führer. La paz y la justicia son

camelos; lo único que cuenta es el orden y la disciplina. Ni Velázquez conquista países ni Tiziano detiene las balas. Los artistas estamos de más en las guerras.

Se movió por la habitación con dificultad, como si anduviera sobre nieve o un lodazal, y Arturo no pudo evitar imaginarse a un Dante paseando por las calles de Florencia, agobiado por el peso de sus visiones.

—Y ahora, lárguese.

Arturo comprendió que la entrevista había terminado. Sólo debía despedirse de Juan, pero éste rehuyó su saludo, como si hubiera hablado demasiado, yendo a unirse a Bonmatí. Sin rencor, Arturo tiró de su última reserva de orgullo, se ajustó el sombrero y salió del taller. Fuera, aún le aguardaba el bedel. Le recibió servil y expectante.

—¿Qué? ¿Cómo ha ido?

—Tenía usted razón: no era un buen día —Arturo se metió las manos en los bolsillos para ocultar un ligero temblor.

El bedel meneó la cabeza fatalista.

—No se lo tenga en cuenta.

—¿A qué viene eso?

—Verá, en mi pueblo decimos que la gente siempre mira las hojas de los árboles, pero donde se cuece todo es en las raíces. Yo creo que se lleva con la gente como se lleva con él mismo, así que debe de estar muy mal. Aunque si a mí me hubiera pasado lo que a él, no sé si estaría todavía en este valle de lágrimas.

—¿Qué le pasó?

El bedel se distrajo un poco por la aparición de una limpiadora, que se iba arrastrando de rodillas por el pasillo tras una bayeta, un cubo y un bloque de jabón.

—Pues... ocurrió en la calle de Jesús y María, cerca de la plaza del Progreso, al principio de la guerra. Allí había una clínica de la Gota de Leche para asistir a embarazadas. Cuando empezó el follón a él le pilló en Pamplona, pero su mujer estaba aquí, en Madrid; su mujer, una niña pequeña y otra acabante de nacer. Fue un obús, y de los nuestros. A esas horas había una larga cola esperando la distribución diaria de leche. Toda la calle quedó llena de mujeres y críos destripados. Ya le digo, para pegarse un tiro. Pero,

¿sabe lo gracioso?

—¿Pero es que puede haber algo gracioso? —preguntó Arturo irritado.

—No, claro, perdone, quiero decir... raro. Sí, raro. Unos metros más abajo había unas casas de putas. Vamos, que andaban en comercio mientras las madres esperaban la leche, y que el bombazo mató a tantas fulanas como a madres. Murieron igual justos que pecadores. ¿No es raro?

Arturo prefirió cortar por lo sano.

—Alguien tiene un extraño sentido del humor.

Los dos permanecieron en silencio, mirando los meneos del culo tamaño regional de la limpiadora. Ambos compartían, cada uno a su nivel, las mismas reflexiones sobre un antiguo orden de cosas: una mujer, unas hijas, una existencia pacífica con sus pequeñas y grandes ilusiones. Algo ya desmontado. Y a Arturo se le ocurrió que debía de haber dolores tan absolutos, que tras ellos nada podía herirte ya. En su cabeza, al recordar al gigante herido, comenzó a sonar machaconamente una regla de caballería: *defender al débil del fuerte, y al fuerte de sí mismo*. Simultáneamente, las facciones del bedel se volvieron complejas, como si una repentina chispa de genio las hubiera modelado.

—¿Se imagina lo duro que debe ser vivir con los recuerdos? —preguntó de repente.

Arturo pensó en sí mismo. No dudó.

—Debe ser lo mismo que no tener ninguno.

Se sintió débil, pero no supo si era de hambre o de la presión de enfrentarse a Bonmatí.

Ladeó el sombrero y adoptó una actitud firme. Luego consultó el reloj maquinalmente, sin fijarse en la hora. El bedel silbó como un vago escape de vapor.

—Menudo peluco.

Esta vez Arturo cambió de papel.

—¿Le gustan los toros?

—Depende.

—¿De qué depende?

—De si no hay fútbol.

Arturo sonrió. Lo bueno de los días en que todo salía mal era el momento

en que nada podía salir peor; representaba una especie de alivio, porque ya nada podía frustrarte más. Y empezó a caminar, ya que al perder la esperanza de encontrar algo, lo único que le hace olvidar a uno el fracaso es el movimiento.

Capítulo 12

La mala ortografía de los dragones

La ciudad era iluminada a ratos por los rayos, como si estuviera siendo fotografiada por demonios. La tormenta se había desencadenado sin previo aviso desde unas nubes ovilladas que se habían ido acumulando a última hora de la tarde. Un viento oscuro soplaba el agua, que caía con pretensión de diluvio, mientras Arturo corría buscando refugio en la pensión. Desde que abandonara El Prado, se había pasado dos días de taberna en taberna con el aspecto de quien ha abolido su orgullo, entregándose sin remordimientos a su fracaso. Sentía frustración, desasosiego, inapetencia. Cuando llegó al portal, antes de subir se entretuvo esperando el siguiente relámpago y contando luego los segundos que tardaba en seguirle el trueno.

El sonido crujiente del entarimado delató sus pasos mientras se dirigía a su habitación. Confuso a cada recodo, el exceso de alcohol le dificultaba la vertical. No tenía ganas de hablar con nadie, así que evitó la sala de estar y cerró la puerta de su cuarto con cuidado. Tanteó la llave en forma de lazo y encendió la luz; el cuarto cobró vida. El dormitorio parecía una leonera: libros deslomados, papelotes, cachivaches, prendas sin planchar... Era un caos, como si todo lo que le rodeaba hubiera salido de su cabeza. Arturo se quitó la ropa mojada, escondió la pistola en el fondo de la mesilla y se echó sobre la cama en camiseta y calzones. Le empezaron a castañetear los dientes y se metió dentro, arrebujiándose entre la ropa. Las sábanas, como de

cartulina, crujieron almidonadas con un ligerísimo perfume a lejía; era lo único que permitía a doña Rosa tocar en su habitación. *Anna*, deletreó espontáneamente. Y se sintió embargado por una profunda decepción. En la orfandad de su cuarto, al cesar la influencia anestésica de la costumbre y las obligaciones, no tenía coartadas para engañarse a sí mismo sobre la soledad en que vivía. *Uno es lo que le rodea*. Su mirada deambuló por los objetos empeñado en la tarea imposible de acelerar el tiempo, de remediar el vacío de cada una de las horas que le faltaban aún para ver a Anna. Deseaba tanto verla, que casi prefería no verla. Porque imaginaba lo que estaría haciendo en ese momento, su otra vida, instalada entre ellos con la precisión cortante de un instrumento quirúrgico. Los hombres arrastrándose por su piel como limacos, dejando un rastro de baba sobre su cuerpo, las manos masajeadas pesadas y brutalmente sus pechos, su rostro inclinado sobre panzas peludas, salpicado finalmente de semen. En realidad, no sentía exactamente celos, sino un sentimiento más complejo, mezcla de indefensión y engaño, y tan destructor como el tiempo o la muerte; algo que igual podía expresarse mediante besos o golpes. Se levantó sobre sus codos. Notaba ese sopor espeso de la borrachera. Una bola de tos le rodó por la garganta. Miró los libros que le rodeaban. Ahora no sabía si le acompañan o le cercaban. Gracias a ellos se había edificado una perfecta vida clandestina en la cual no intervenía ni el paso del tiempo ni la realidad, pero Anna le había proporcionado otros argumentos y los años de lectura le parecían una miserable pérdida de tiempo. Rebuscó en la chaqueta que había dejado colgada en una silla cercana y sacó las medias de Vicente y el cromo talismán que le había regalado el crío. Los colocó sobre su pecho e intentó convocar su mundo cortés; desplegar todo el universo de gracia, valentía y luz que le protegía, pero fue incapaz de pensar en otra cosa que no fuera un vaso de agua. Una viscosidad ebria invadió su garganta. Guardó las medias en un cajón y dejó el cromo a mano. Luego se puso un batín y unas zapatillas y salió al pasillo. El piso se hallaba a oscuras. Un silencio anormalmente profundo inundaba el corredor; no había toses, ni gemidos, ni los arañazos de palabras que habitualmente se escuchaban de noche. Vigiló que no hubiera nadie y se dirigió a la cocina. En el trayecto, distinguió luz en la sala de estar. Era una luz menguada, facetada a través del cristal escamado de la pieza.

Hizo un alto. Al otro lado se escuchaba un rumor turbio, crepitante, muy bajo. ¿Quién podría estar despierto a esas horas? Se apoyó sobre la puerta y empujó. No llegó a entrar; se quedó bajo el marco, apoyado en la manija. El hormigueo estático provenía de una gran radio de ventanal gótico, y la luz, parte de su dial luminoso y parte de una vela sostenida por su propia cera sobre el gollete de una botella de cerveza. Aun juntas, resultaban palidísimas, pero en aquella nada absorbían todo el mundo visible: contornos desleídos de una burbuja de cristal con una virgen auxiliadora, el terciopelo marrón del mantel con borlas de la mesa camilla, una vitrina con cristalería, una máquina de coser Singer sobre su negra consola, con un cajón adosado lleno de retales, tijeras, tizas, carretes de hilo... un sofá cubierto con cojines. Arturo no distinguía a nadie, pero tuvo el vago presentimiento de una presencia.

—Lo más difícil del mundo es dormir cuando no se tiene sueño.

La voz no le tomó de sorpresa. La localizó un poco a la izquierda, sentada en el remanso de sombra que era el extremo más alejado del sofá. Apartando unos cojines, doña Rosa se movió hasta ser visible, situándose en un borde. Iba vestida con una bata vieja de franela y un chal abrigándole los hombros, y llevaba el pelo recogido en un duro moño a base de horquillas.

—¿Usted tampoco puede dormir? —volvió a hablar.

—No —mintió Arturo.

—Claro, usted es demasiado listo para poder conciliar el sueño. Sólo los tontos duermen bien.

—Pues debemos ser los más lúcidos de Madrid —la requebró puerilmente Arturo.

—No, hijo mío, yo sólo soy vieja. Los viejos tampoco podemos cerrar los ojos.

Arturo sintió la espuela de la sed.

—Perdone por molestarla. Ya me voy.

—Espere, no se vaya —su voz sonó anhelante—. Siéntese un poco conmigo.

Arturo dudó. Finalmente decidió que, no hablando demasiado para disimular la curda, bien podría remediar la soledad de ambos.

—Los peces —le advirtió doña Rosa—. El parqué.

A sus pies, dos pedazos de felpa recortados en forma de pez le miraban

con sus ojos de largas pestañas de napa. Los pisó y fue patinando hasta el sofá. Se sentó a su lado.

—¿Una juanola?

Arturo miró la cajita que le ofrecía doña Rosa.

—No, gracias.

—¿Una copita?

Le mostró una botella de anís Imperial Toledo con la sonrisa traviesa de una niña pillada en falta.

—No, muchas gracias —Arturo le devolvió la sonrisa.

—Es muy digestivo.

—Ya, ya —pensó en todo el *digestivo* que había tomado ese día.

Doña Rosa gesticuló con resignación y colocó sus manos una encima de la otra sobre su regazo.

—Menuda la que está cayendo. Seguro que se va la luz —comentó.

Arturo echó un vistazo a la tormenta y luego observó la vela.

—A nosotros nos da igual, ¿no?

La anciana asintió sonriendo.

—Algunas noches me gusta estar aquí, sentada —dijo como disculpándose.

—Sí, se está tranquilo.

Arturo se fijó en la radio. Era un aparato de elegante carcasa de madera con el altavoz oculto por un retal de cretona; en el dial transparente, un resplandor verdoso iluminaba los nombres de las ciudades estampadas en dorados, negros y rojos: Sidney, Washington, París, Roma... La aguja se hallaba en tierra de nadie y se estiró para sintonizar una estación, pero la mujer le detuvo con una mano.

—No, por favor. Déjela así.

Arturo se extrañó, pero no dijo nada.

—También aprovecho para hacer labor —añadió introduciendo sus manos en las sombras—. No le importa que le entretenga con el punto, ¿verdad?

Antes de que Arturo respondiera, ya había sacado la lana y las agujas. Le entregó un ovillo considerable y fue tirando de él hasta establecer un cordón umbilical con un jersey a medio terminar. Durante unos minutos sólo se

escuchó el obsesivo crepitar de la radio junto con el roce de aguja con aguja; cada metro de hilo se le escapaba algún punto y tenía que volver a enlazarlo. De vez en cuando levantaba los ojos y le miraba con ternura. Doña Rosa no era ni había sido guapa; con una sombra de bigote sobre el labio, sus rasgos ya derretidos y la piel llena de manchas como de quemaduras. Pero sus ojos claros hacían que la orfandad de Arturo se sintiera atraída irresistiblemente por su figura materna. Aspiró con suavidad; la anciana olía bien, y se imaginó que así debían oler todas las madres: a bondad. «Dulce madre gris», pensó.

—No me gusta dormir. Suelo tener pesadillas —se oyó confesar, casi en un susurro.

Doña Rosa asintió comprensiva.

—Eso es que tiene muchos sueños, mi niño. Si no hay pesadillas, no hay sueños.

—No compensa.

—Entonces, lo mejor es dormir acompañado. Usted es joven.

—A veces me apetecería ser ya viejo.

De pronto, las agujas se detuvieron, y las manos de la anciana no prendieron el hilo de lana sino que estrujaron un trozo del jersey. Le observó con una mezcla de enojo y reconvención.

—No diga tarambanadas. ¿Quién quiere ser viejo?

—No sé.

—Cuando se es viejo uno no habla más que de muertos. Que si ayer menganito, que si hoy fulanito. ¿A usted le agradaría hablar sólo de muertos? —se palmeó una rodilla como recordando algo muy importante—. Y los sabañones... ¿Le agradaría tener sabañones?

Arturo no respondió.

—¿No ha oído eso que dicen de que envejecer no es tan malo? —continuó—. Sí, que la gente tiene miedo de envejecer porque ya no pueden hacer ciertas cosas, pero que no son conscientes de que se llega a una edad en que ya no se tienen ganas de hacerlas. Pues yo digo, y dios me perdone —se persignó con rapidez—, que eso es una jodienda. No se tienen ganas de hacer nada porque ya no se puede, hay que resignarse, ¿me comprende?

Dejó la labor y cogió un oscuro misal envuelto en un rosario de piedras igual de renegridas. A Arturo se le ocurrió que no sacaba las cosas de las

sombras, sino que las iba haciendo brotar mediante una especie de sortilegio. Doña Rosa comprobó una página, y de entre varias estampas sacras que la marcaban separó una foto de tonos sepias y se la entregó en silencio. Era un retrato de su fallecido marido, con su bigote trabajado a tenacilla y grandes patillas, pero mucho más joven que en el retrato que adornaba la cocina; vestía un traje de lino crudo y bastón, y mostraba una sonrisa abierta y juvenil. Arturo estudió la foto detenidamente y se la devolvió. La anciana se quedó ensimismada, mirando fijamente la imagen de aquel hombre cuya juventud se había fijado para siempre en aquella cartulina, mientras que la de ella se la había llevado el tiempo. Le miraba desde muy dentro, con pupilas de muchacha, como si no quisiera que entre su marido y su corazón, ambos tan jóvenes, se interpusiera su envoltura física de vieja arrugada. Su propia mano se acarició el rostro en una tenue caricia, como si no fuese ella misma quien la moviese, sino su amante; estuvo así hasta que pareció darse cuenta del hojalde resquebrajado de su piel.

—Se llamaba Ignacio —aclaró—. Ésta se la hizo en San Sebastián. Fue antes de embarcarse para Filipinas.

Doña Rosa siguió hablando de él, de sus recuerdos de amor; a cada instante se apartaba de ellos y se extendía en cosas secundarias, para luego volver al motivo principal. Mientras, su rostro salía y entraba de los trozos de luz y sombra, y su voz se iba tornando lánguida, con una especie de pereza soñadora. A Arturo le recordó algo a Margot, tan distintas, tan iguales: flores marchitas, guantes hasta el codo, manguitos, carnés de baile, cajas lacadas con cartas de amor, abanicos de nácar con los que cubrir y descubrir sus bocas en rápidos coqueteos... En realidad, ninguna de las dos se había hecho mayor, era el mundo lo que había envejecido en torno a ellas.

—Me quiso mucho, tanto, que aun después de muerto me prometió que no se separaría de mí. Y mi Ignacio era un hombre de ley. Su frase preferida era que quien quiere hacer algo, encuentra un camino, y quien no quiere hacer nada, encuentra una excusa. Por eso me cortejó a pesar de la prohibición de mis padres, por eso se fue voluntario a las Filipinas, por eso vuelve algunas noches...

Arturo sonrió, imaginando las citas en soledad y fantasía de doña Rosa.

—Murió en Cavite —prosiguió—. Servía en el *Ulloa* cuando los

norteamericanos lo hundieron en la ensenada de Cañacao —hablaba con una precisión lenta, como poniendo un punto final a cada palabra—. Y treinta y dos años después vino a visitarme.

Arturo sintió un escalofrío.

—¿Cómo dice?

—Yo me encontraba igual que hoy, en esta misma salita. Fue antes de que los apuros me obligaran a rentar habitaciones. No hacía mucho que acababa de comprar la radio. A mí es que de siempre me gustó mucho oír la radio. Recuerdo que escuchaba música, y de repente, la emisión empezó a perderse, hasta que acabó por no oírse nada. Bueno, nada, nada, no, como ahora, ruidos y zumbidos. Intenté dar con alguna emisora, pero no había nada que arreglar. Justo cuando iba a apagarla, se oyeron voces, incomprensibles, como si hablaran en otro idioma. Parecía que dialogaran entre ellas; no, no, parecía que discutieran entre ellas, con ganas, todas a la vez. Hasta que empezaron a distinguirse palabras sueltas, confusas. Y oí mi nombre.

Doña Rosa se detuvo y a Arturo se le cayó el ovillo de las manos, que rebotó blandamente contra el suelo y rodó dejando tras de sí una fina línea rosácea. La borrachera se le había quitado de golpe. Miró la radio con aprensión. Los silbidos y crujidos llenaban ahora toda la habitación. Hasta entonces el aparato no había sido más que un lúdico artilugio, pero ahora adquiría matices inquietantes.

—Sí —retomó doña Rosa—, era Ignacio. Su ánimo. No podía hablarme, pero sí filtrar palabras desde el más allá a sólo dios sabe qué precio. Pero él era así: de ley. Intenté comunicarme con él muchas veces, fui incluso a una de esas espiritistas, pero todo inútil. Sólo había un canal, y era de ida.

La imaginación de Arturo se disparó de nuevo. El nutrido cañoneo de la flota estadounidense; los barcos españoles respondiendo ferozmente, pero hundiéndose como trozos de plomo; la cubierta del *Ulloa* en llamas, las manos de Ignacio, sudorosas, apretándose la herida de metralla; su boca incapaz de deletrear el nombre de su mujer; sus ojos añorando una última caricia que el cielo filipino no podía darle. «Las batallas que no fuiste capaz de vencer con la carne, las venciste con el espíritu», pensó.

—Creerá que estoy loca —concluyó la vieja.

—No... no.

—O que ando chocha.

Inexplicablemente, a Arturo no se le había ocurrido dudar de la veracidad de la historia.

—No, en serio. ¿Quién puede estar seguro? Hay más cosas entre el cielo y la tierra...

En ese momento, la radio echó un granulado eructo. Sus miradas quedaron prendidas del aparato. La temperatura de la estancia pareció volverse invernal. La anciana cerró los ojos, sonriendo, como si fuera a escuchar un acto de ópera. Arturo sintió cómo sus nervios se afilaban e invertían sus puntas hacia dentro. Se dio cuenta de lo largo que podía resultar un minuto.

—Usted que está más cerca apáguela, hágame el favor —le rogó doña Rosa al cabo, abriendo los ojos.

Arturo enmudeció la radio un poco agitado, y la luz del dial fue muriendo como un párpado que se cierra.

—Hoy no vendrá —dijo doña Rosa—. Es tímido. Pero no está lejos, nunca lo está.

El rostro de Arturo fue el escenario de diversas emociones, todas contradictorias.

—Ande, váyase a dormir. Yo rezaré para que no tenga pesadillas.

Doña Rosa cogió la burbuja de cristal y contempló la cara de angustia dolorida de la pequeña virgen en su interior. Luego la agitó y una nevada artificial se revolvió a su alrededor. Se la mostró con júbilo infantil.

—Y alegre esa cara. No hay mal que dure cien años.

Arturo se levantó lentamente y guardó sus manos en los bolsillos, encogiéndose de hombros. «Ni hombre que los dure», se le ocurrió.

* * *

Cuando se metió de nuevo en la cama, un ataque de tos recalcitrante le desarmó el pecho. Quizás la mojadura de antes le había hecho pillar algo. Oyó el látigo de la lluvia mientras continuaba fustigando Madrid. Líneas relampagueantes iluminaban fortalezas de nubes. Sus ojos se perdieron en la

blanca loza de un orinal que reposaba sobre una silla. Salvo por la grieta finísima que la recorría, le recordó la nevada que caía sobre la virgen. Pero esta otra era tan densa que estuvo seguro de que impediría cualquier ayuda. Por eso, cuando su conciencia se fue desarticulando, los tendidos de la plaza de toros de Badajoz empezaron a girar a su alrededor, y esta vez repletos de una multitud silenciosa. Entre el público pudo distinguir algunos rostros: Vicente, Frutos, Xargu, Román, Mario García... y una cara vacía: el *no rostro* de Manuel Cortina. La banda atacó un pasodoble con fuerza. Clavó la vista en la negra boca de chiqueros. Un mugido. Una trepidación. «*Minotauro* —susurró—, *mino... tauro... mino... tauro... mino...*».

* * *

En esa ocasión no se le escapó el tranvía. Viajaba en la plataforma delantera, casi en el vacío, con una mano sujetándose el sombrero y la otra enroscada a la barra. El vehículo rodaba abarrotado, chirriando mientras se meneaba por los achuchones de la gente. Arturo, ojeroso por la mala noche, iba atento a la conversación de dos individuos sobre los rumores que circulaban acerca de las intenciones del Patronato Nacional de Turismo de organizar un itinerario para visitar la capital y santuarios de la Cruzada como El Escorial o las ruinas del Alcázar. A punto estuvo de decirles que también deberían incluir Las Ventas, pero conservando la plaza en el estado en que había quedado tras la guerra, con el albero destinado a parcela agrícola, sembrada de lechugas y coliflores.

Se bajó en la Puerta del Sol y observó cómo el tranvía se iba alejando con su trole chisporroteando en el aire. En la calle Carretas, una brigada de presos amontonaba escombros de un edificio demolido. Habían tenido suerte, el día había amanecido otra vez claro, no demasiado frío. Se encaminó hacia Gobernación; antes de entrar, pasó por encima de un juego de rayuela con el tejo olvidado. Le surgieron inmediatas asociaciones con partidos de fútbol con cincuenta en cada equipo, calcomanías y rabos cortados de lagartija; incluso tuvo la tentación de dar un par de saltos. Pensó en el crío de los cromos. Automáticamente, echó mano al bolsillo para palpar el talismán y

permaneció así un buen rato, tocándolo, con una leve sonrisa.

* * *

En las oficinas, la actividad era manicomial: teléfonos sonando al unísono, andanadas de teclazos, órdenes aulladas. Arturo atravesó aquel clima de urgencia y crispación tan ajeno como cercano a todo; entró en su despacho y, quitándose la gabardina y la sobaquera con la pistola, se acomodó entre las montañas de papel y los sellos de caucho como un objeto más, sin saber exactamente cuál sería su próximo cometido. Aburrido, ensalivó el pulgar y hojeó algunos expedientes del medio metro que tenía apilado sobre la mesa; resultaba curioso cómo toda aquella vida ensangrentada quedaba esterilizada una vez pasaba al papel. No tardó en apartarlos a un lado y recostarse contra la silla, con la abulia enroscada en el cuerpo. El teléfono le pilló haciendo rodar un lápiz. Un secretario le informó de que el teniente Mario García deseaba verle. Arturo tuvo un respingo y se subió los calcetines en un gesto reflejo. Tras su aquiescencia, no tardaron en picar y dio su permiso colocándose aún la corbata.

La puerta se abrió y entró el teniente que, tras una mirada lenta y circular, tomó posesión de la silla que había frente a la mesa de Arturo.

—Menos mal que ha parado de llover —dijo a modo de saludo, colocando su gorra de plato sobre el escritorio.

Se alisó los faldones de su impecable uniforme, cruzó las piernas y comenzó a liar un pitillo parsimoniosamente, que acabó encendiendo con un *clinc* de su Dupont dorado. Soltó la primera bocanada con petulancia, acariciando con su dedo gordo la superficie acanalada del mechero.

—Enhorabuena, teniente, ya me han informado de tus éxitos.

—Muchas gracias.

—También me he enterado de tus problemas con el capitán Román Duarte Aldecoa.

—Cosas que pasan.

—Escoges mal a los enemigos.

—Suelo escoger peor a los amigos.

Sin considerarse aludido, Mario sonrió con ese hastío que nace de la extenuación o de la reincidencia. Se quitó unas hebras de tabaco del labio.

—No eres el único. El mismo Duarte Aldecoa no tardará en andar a la cuarta pregunta. Si no, al tiempo.

—No veo por qué.

—¿No estás enterado de que fue a visitar a José Antonio cuando éste se hallaba encarcelado en Alicante?

—¿Y? Mucha gente lo hizo.

—Sí, pero la mayoría sabrá guardar la ropa. Duarte Aldecoa... —trazó un arco con el pitillo—. No sé... Muy idealista.

—No te entiendo.

—Hoy en día ser demasiado joseantoniano es tener ganas de lío.

Arturo le miró dándole a entender que no se le escapaba su intención. Recordó los rumores que habían corrido en el 36, posteriores al fusilamiento de José Antonio, acerca de la supuesta oposición de Franco a cualquier plan para liberarle. La lógica habría sido la misma por la que no puede haber dos gallos en un gallinero: el ideario de la falange joseantoniana chocaba con las pretensiones cesáreas del Caudillo. Y el descabezamiento y posterior domesticación del partido, convertido así en un nuevo galón a su jefatura, no había hecho más que añadir sospecha sobre sospecha. Arturo, al repasar todo aquello, se sorprendió de algo en lo que hasta entonces no había caído: que el programa revolucionario y social de los camisas azules no se diferenciaba demasiado de las reivindicaciones de cualquier socialista moderado. Los extremos se volvían a unir. Y pensar de esa manera en Román, con más juicio que prejuicio, descubriendo su faceta romántica, le resultó chocante.

—Además es un provocador —remató Mario—, anda por ahí diciendo cosas que no le convienen: cosas... disolventes.

—¿Y cómo es que lo han nombrado delegado?

—Es el ojito derecho del director de seguridad.

—¿Finat? Otro camisa vieja.

—Sí, pero, al fin y al cabo, Finat es un político, y cuando le cuadre sabrá guardar la ropa.

Mario García mostró una sonrisa tocada por la nicotina.

—¿Y a qué debo el honor de tu visita? —se interesó Arturo.

—Supuse que más tarde o más temprano te acordarías de mí, así que te he ahorrado el viaje.

Arturo se reprochó no haber ido el día anterior a hablar con él directamente, pero, por alguna razón, se había olvidado de la pieza inicial del rompecabezas. «Jodida autocompasión», pensó.

—Ya, me conozco la canción. ¿Qué es lo que quieres? —inquirió a bocajarro.

—Por dios —su rostro sanguíneo se alteró artificialmente—, no creerás que vengo por una recompensa...

—Acabemos —le cortó con un asomo de impaciencia.

Mario miró por encima de Arturo, como si escuchara a otra persona distinta, y dio otra calada al cigarrillo engrosando las nubes azuladas que le envolvían. Su dedo gordo continuaba recorriendo las acanaladuras del mechero.

—Llama a tu secretario —dijo con rotundidad.

—¿Para?

—Llámalo. Tiene algo para ti.

Arturo titubeó unos segundos y luego descolgó el teléfono, profiriendo una recortada orden. No tardó en aparecer un soldado con un par de humeantes tazas.

—Un regalo —festejó Mario—. Café café, torrefacto. Sé que te gusta. Para celebrar tu próximo ascenso. Te he dejado unos paquetes fuera.

Arturo se preguntó qué oscuras razones manejaría Mario García para bailarle el agua; aunque, de todas formas, su amabilidad no dejaba de ser la misma que se utilizaba con los criados o con los niños. Consideró rechazar el regalo, pero al aspirar el aroma del café se sintió superado y en su lugar lo agradeció, rodeando la taza con las dos manos. Lo paladeó apreciando perfecciones y matices, como un buen catador de vino.

—Teniente, me da que sabes demasiadas cosas —dijo seguidamente.

Mario echó un sorbo a su taza.

—Este café está que pita —ponderó.

—Sí, de lujo.

—Bueno —retomó la afirmación de Arturo—, sé lo que hay que saber. Era mi trabajo. A propósito, he ido a ver la tabla. Demasiado follón para tan

poca cosa.

—Puede.

—Confieso que no creí que fueras capaz de encontrarla. Vamos —rectificó—, ni tú ni nadie.

—Pues ya ves —Arturo dio otro sorbo—. Aunque me han quedado algunos cabos sueltos.

—¿No me digas?

—No tienen mayor importancia, pero me gusta dejar ordenadas las cosas, ponerles un marco, y quizá tú me puedas ayudar. Eras oficial de transmisiones, ¿no es cierto?

—Ya veo que no has perdido el tiempo. ¿Qué tal está el coronel Gandía?

—Como te supongo informado, todo lo bien que puede estar en su situación. Volviendo a lo nuestro, ¿por qué no me dijiste que a partir de Figueras le habían asignado una vigilancia especial a los camiones?

Mario hizo gala de una inmovilidad absoluta.

—¿Se la asignaron?

Arturo observó humear el pitillo y el café de Mario. Si le estaba mintiendo, lo hacía con mucho oficio.

—Entendido. Tú vigilabas los movimientos de las personalidades, de lo que sí estarás enterado es de que Negrín solía visitar a menudo la mina de La Vajol.

—Negrín iba a muchos sitios. No paraba.

—¿Y especialmente a La Vajol?

—Por ahí tenían una parte del Prado, ¿no?

—Incluida la tabla.

—¿Te lo contó el rojo que se automató? Xargu, me parece que traían los periódicos.

—No importa quién me lo haya contado.

Mario remató el pitillo y, al no encontrar un cenicero, lo tiró al suelo aplastándolo con la bota.

A continuación esgrimió el encendedor. En un gesto muy estudiado levantó la tapa con la yema e hizo girar el eslabón estriado sobre el pedernal hasta encender la llama. La contempló unos segundos y empujó la tapa con un agradable *clinc*.

—No sabría decirte —contestó.

«Cacho cabrón», pensó Arturo.

—Está bien. ¿Te suena el mote de Xargu?

—No.

—¿Y Frutos Mota Petit?

—No.

—Ya. Es curioso que la memoria sólo llegue hasta donde llega el interés —comentó Arturo rascándose el cuello.

Mario se envaró un poco, pero acabó lentamente su café y se puso a liar otro pitillo.

—Si yo hago la suma y a ti no te gusta el resultado, yo no tengo la culpa.

—Sí, perdona —se disculpó Arturo—. A propósito, ahora que me acuerdo, ¿sabes algo más acerca del accidente del otro conductor?

—No más de lo que te dije.

—Mmm, ya veo... —Arturo recapituló sus indagaciones y recordó uno de aquellos detalles triviales que había memorizado—. Mandaron hombres desde Barcelona para guiar el convoy, ¿me equivoco?

—No —las nubes volvieron a engrosarse alrededor de Mario.

—¿Quiénes podrían ser?

—Cartógrafos, posiblemente.

—¿Y Manuel Cortina te comentó quién les había orientado por los Pirineos?

—No hablamos mucho antes de que se atragantara, y la verdad, no entramos en ese tema.

—Y entonces, ¿de qué más hablasteis?

Mario dio una profunda calada, que anestesió por completo sus pulmones.

—En la guerra sólo se habla de cinco cosas: de la leña, de la comida, del tabaco, de las velas y del enemigo, aunque de este último es de lo que menos se habla. Yo creo que sobre todo de la leña. Ésta no ha sido una guerra contra los rojos, sino contra el frío.

Como tocado por ese frío alegórico, Arturo empezó a toser broncamente. Tardó un rato en cortar el acceso.

—Eso tiene mala pinta —apreció Mario—. Mira de ver a un matasanos.

Arturo acabó su café e hizo caso omiso de su interés.

—No me estás ayudando nada, teniente.

—Sólo es una visita de cortesía, teniente —Mario recalcó significativamente la graduación de Arturo.

—Muy bien, pues entonces ten la *cortesía* de contarme algo más de Greta.

Arturo percibió que esta vez la rapidez y la contundencia no obtendrían recompensa: Mario no había perdido la compostura. Ante la mención del alias solamente advirtió en él una leve hostilidad y que, por unos momentos, pareció regresar a su mundo conspirador de formas esquinadas y difusas.

—Esto parece el cuento de la buena pipa —ironizó—. ¿Y qué quieres que te cuente? Es secreto militar.

—Puedo pedir un oficio al comandante Bouthellier.

—Tendrás que hacerlo. Y amén, ¿para qué se te antoja más? Ya diste con la dichosa tabla.

—Soy una persona curiosa.

—Pues uno sólo debe meterse donde le llaman, y eso con cuidado.

—¿Es un consejo o una advertencia?

Mario, dándose cuenta de que había cruzado cualquiera que fuese la frontera que se había trazado, usó de nuevo la amabilidad, aunque con cautela, como si tuviera miedo de demostrar algo.

—¿Te ha gustado el café?

—Sí, muchas gracias.

—Me preguntabas por Greta.

—En efecto.

—Greta era la joya de Terminus.

Arturo situó el nombre en clave durante la guerra del cuartel general de Franco.

—Te refieres a...

—Provocadores, derrotistas, bulistas, desmoralizadores, saboteadores, boicoteadores, asesinos... Greta lo controlaba todo. Es más, yo creo que la entrada de los nuestros en Cataluña no hubiera sido posible sin su guerra secreta. Y en cierto modo, tampoco la victoria final.

—¿La victoria?

Mario se dejó envolver por otro silencio de tabaco, como sopesando sus

afirmaciones.

—La historia tendrá la última palabra —explicó—, pero la ofensiva del Ebro, el último zarpazo de los rojos, pudo haber traído consecuencias... Bueno, decir que se pudo perder la guerra sería antiespañol, pero hubiera supuesto ciertas dificultades, ¿me entiendes?

—Te entiendo.

—Greta envió informes que resolvieron algunas dudas del alto mando.

—Me parece perfecto. Pero es extraño que nadie haya visto nunca a una persona que ha desarrollado una actividad tan intensa.

Mario cambió la pierna encabalgada, y su siguiente calada acentuó el rubicundo color de su cara.

—Hombre, por correr corrían rumores, se decían cosas. Yo llegué a oír verdaderos disparates. El más gordo, que era el mismo José Antonio, quien seguía vivo y esperando la ocasión para hacerse con las riendas del país; pero, en realidad, nadie sabía con certeza quién era. Lo único claro eran sus métodos —chupó otra vez el cigarrillo, profundamente, como cogiendo oxígeno—. Y te aseguro que para manejar todo lo que manejó no era suficiente el idealismo; ten en cuenta que el SIM andaba detrás de nosotros, y éstos no se las gastaban chiquitas.

Hablaba con comodines, jugaba con cartas marcadas. Pero la culpa no era suya, la baraja era muy antigua, y los naipes no los había marcado él. Greta. Resultaba insólito que la máxima evidencia de un poder radicara en su ocultación: su mayor arma había sido la incertidumbre. Arturo fantaseó un instante sobre aquella potencia que se instalaba en las salas más oscuras del corazón humano y comenzaba a devorarlo desde dentro.

—¿No te ha comentado Gandía lo que pasó con el grupo de La Cagoule?
—abundó Mario.

—Gandía tampoco me revela secretos militares.

—Bueno, esto es un secreto según con quién se hable —Mario adoptó una pose dramática, entre frívola y fatal—. Para que luego digas que no colaboro.

Arturo supo que debía ir dejándole diezmar sus palabras para fingir escrúpulos morales y simular una integridad que ya había perdido muchos años atrás.

—Te lo agradezco. Adelante, cuenta lo que sea de recibo.

—Que no es poco. Su madre seguirá siendo santa, pero La Cagoule era un grandísimo hijo de puta; uno de esos mercenarios sin patria con una hoja de servicios más negra que la conciencia de Caín. Estuvo en África, al frente de una compañía de Regulares, hasta que pidió la baja sospechando que iban juzgarle por ciertas arbitrariedades —Arturo se imaginó las arbitrariedades: *razzias*, violaciones, penes cercenados e introducidos en la boca de los cadáveres, ojos traspasados por alambres de espino...—. Pero entre gitanos no nos leemos la mano, y un tipo así era demasiado valioso para perderle de vista, por lo que Gandía acabó reclutándolo para las operaciones clandestinas del SIPM. ¿Y adivinas cuál fue su primera misión?

—Tú dirás.

—Pues dar con Greta —se pegó en la rodilla, como certificando lo obvio—. Aunque nunca lo reconozca, a Gandía le ponía de los nervios no saber quién era, así que mandó a La Cagoule a Cataluña con un grupo de tres agentes y lo puso sobre la pista. Por lo visto, La Cagoule llegó a estar muy cerca de Greta.

—¿Cómo lo supo?

—Por la reacción de Greta. Los localizó, uno por uno; se alojaban en pensiones distintas. Aquello pudo terminar como el rosario de la aurora, me refiero a que les podía haber hecho un traje de pino —pasó la punta del cigarrillo alrededor del gañote—. Pero no, Greta era de otra pasta, tenía... estilo. A mí me gusta mucho el boxeo, voy a menudo por la Gimnástica, y estoy harto de ver que para que un golpe sea efectivo se debe de pegar lo justo, no antes ni más fuerte; eso requiere clase, y Greta, a la hora de los detalles, cabría por el ojo de una aguja, puedo asegurártelo —se quedó mirando el cigarrillo y lo remató de una calada imperiosa, para aplastarlo luego bajo su bota—. Y con esto no quiero decir que cuando había que ser duro no lo fuera; al contrario, era una bestia parda. Bueno, a lo que íbamos, que no debió de parecerle buena idea matar a la gente que le pagaba, así que les cambió los zapatos.

—¿Los zapatos?

—Sí, ir con calzado nuevo en una zona en la que escaseaba todo resultaba sospechoso. Habían cazado a muchos de los nuestros por esa pijada.

Arturo no comentó nada; se quedó mirando fijamente la panoplia de sables que adornaba la pared: «Armas —pensó— oxidándose en sus fundas». Mientras, en un ritual ceremonioso, Mario tiró de la caña de sus botas, repasó la raya de su pantalón, planchada como una cuchilla de afeitar, desarrugó la guerrera y acabó poniéndose la gorra como si fuera una corona.

—He de irme, me esperan en Capitanía —dijo levantándose—. Espero haberte ayudado en algo. Y no te empeñes en cosas inútiles, quererlo todo es la manera más fácil de no tener nada.

Arturo se disponía a responderle cuando le tomó una tos de rueda dentada. Trató sin éxito de dominar el acceso y se vio obligado a elevar la mano a modo de despedida. Mario, encuadrándose con seguridad en sí mismo, chocó sonoramente los tacones y le saludó castrense. «Acuérdese de coger el café, teniente. Y preocúpese de esa tos», se despidió. En cuanto se marchó, la cumplidora mano de Arturo se dobló para encajar en un corte de manga. Aún tardó un buen rato en contener la tos. Lo logró justo en el momento en que el reloj de Gobernación martilleaba las doce. Con la mañana vencida, no se le ocurrió qué hacer. Se aflojó el nudo de la corbata, se arrellanó en la silla y no tardó en decidir que el asunto no daba para más. Abrió el cajón donde guardaba la documentación del caso junto con los papeles de Frutos Mota Petit. Mentalmente, ya les había escogido una letra en el archivador: la F. F de finito, F de fingimiento, F de fracaso. Revolvió el cajón y echó un último vistazo a la lámina de *El arte de matar de dragones*; cuando se cansó, hojeó los papeles del funcionario. Folios y folios a máquina; escritos y más escritos legales. Y entre ellos, como un corazón mínimo, la argumentación de su suicidio. A medida que la leía le pareció ser testigo de cómo una brisa iba dispersando las cenizas de un objeto calcinado. «Todas las esperanzas absolutas terminan de la misma manera: con una ausencia absoluta», pensó. Lo único que seguía llamándole la atención era que la exposición de motivos resultara igual de fría que las alegaciones jurídicas. Curioso hasta el final, Arturo repasó una vez más aquella prosa aséptica, eficiente, capaz de camuflar tantas pasiones. En esa ocasión distinguió algo diferente; no en el mensaje, seco, lógico, sino en el soporte. Algo en las letras no le casaba; las revisó una por una. Cuando completó la página, sus ideas comenzaron a ir de un lado a otro de su cabeza como animales enjaulados.

Descolgó urgente el teléfono y soltó una larga serie de bisílabos. No tardó en abrir la puerta un soldado mecanógrafo que se cuadró poniéndose en lo peor al comprobar el estado de excitación en que se hallaba su superior. Ante su requerimiento, cogió los folios que le ofrecía y los comparó. Sus ojos se movieron rápidamente de una hoja a otra, como siguiendo un partido de tenis, hasta que volvió a mirar a Arturo.

—¿Y bien? —la pregunta denotaba ansiedad.

—¿Y dice que son de la misma persona, mi teniente?

—Sí.

El soldado contrastó de nuevo el oficio destinado a los cuerpos jurídicos militares y la declaración previa al suicidio. Negó con la cabeza.

—No, mi teniente. No me parece.

—¿Por qué no?

—Porque las teclas de una máquina tienen distinta intensidad; no es lo mismo que el meñique pulse la ñ a que el índice pulse la t. Y si se fija, en este folio —le mostró el oficio—, las letras tienen diferentes cuerpos, y en este otro —le enseñó las últimas voluntades—, tienen todas la misma densidad.

—¿Y eso qué significa?

—¿A qué se refiere, mi teniente, a esta hoja o a ésta? —efectuó un leve balancín con los folios.

—A las dos.

—Pues que una la ha escrito alguien que sabe mecanografía, y la otra, alguien que ha utilizado un solo dedo.

Lo primero que pensó Arturo fue que *alguien* había dejado la huella de su pezuñita. Y lo segundo, que estaba jodido. El soldado le vigilaba con una sonrisa condicionada y provisional, cuya ignorancia le exculpaba de cualquier falta que hubiera podido cometer.

Arturo se dio cuenta de que esperaba órdenes, y sin más explicaciones le pidió los folios y le permitió retirarse. Una vez solo, se acercó la Underwood y puso una hoja en el rodillo. Tecléo unas líneas; a dos manos y con un dedo. No hizo más que confirmar lo que ya le había aclarado el soldado. Se volvió a concentrar en los folios. La imagen de Frutos en aquella sala de calderas que tanta gracia le hacía antes, pidiéndole una máquina de escribir y *papel timbrado, por supuesto* aun después de su amedrentamiento físico y moral, se

transformó en un recuerdo siniestro. Pero no se abandonó a la turbación y empleó de nuevo el método; aún tenía que comprobar una cosa antes de considerar seriamente su teoría. Una llamada a la cárcel de Porlier bastó para que el brigada que se había ocupado de supervisar a Frutos le asegurara lo que ya temía: que el funcionario escribía perfectamente a máquina. El *clinc* del auricular pareció explicar algunas cosas: su extraño suicidio, a contracorriente de su personalidad; la falta de firma en su argumentación... Los hechos siempre eran correctos por definición, así que lo más probable fuera que alguien le hubiese echado una mano a la hora de matarse: alguien que no sabía escribir a máquina. Arturo sintió una sensación de asfixia y se tocó el cuello. Sus manos temblaban ligeramente. Aquello cambiaba las cosas, abría nuevas interrogantes. ¿Por qué se tomaría nadie el trabajo de asesinar a un tipo que posiblemente acabaría *paseado* por un desmonte o, con muchísima suerte, encerrado unos cuantos años en una celda? ¿Qué amenaza podía representar alguien como Frutos? Arturo se golpeó los párpados con los nudillos, como reprochándose no ver el ojo de la aguja. La única respuesta razonable hubiera sido algo relacionado con el robo, pero la tabla ya había aparecido; y el culpable, Xargu, yacía en cualquiera de las fosas comunes que se abrían a diario en Madrid. Definitivamente sobraba un cadáver; un condenado y gratuito cadáver. Repasó la información que le había proporcionado Frutos. Tenía que ser minucioso; había algo, algo que se le quedaba por el camino. Permanecer en Madrid para rastrear amistades o familiares del funcionario resultaba una tarea infinita, y el tiempo de que disponía para rescatar a Anna no lo era. Las únicas notas discordantes continuaban siendo la vigilancia de los camiones y las reiteradas visitas de Negrín a La Vajol, por lo tanto el único hilo que le restaba en la mano le conducía a Perelada. El siguiente paso estaba claro, pero también le contenía una cuestión de tiempo: era viernes 27, y a cinco días vista de la subasta, marcharse significaba, como mínimo, un par de jornadas entre ida y vuelta, aparte de lo que le llevaran las pesquisas. Asimismo, y aunque le costara reconocerlo, había otra cosa más que le coartaba: si Frutos había sido asesinado quería decir que no había defendido sus ideales con su vida, es decir, que había un héroe de menos. Y eso le quemaba. Le quemaba mucho.

Arturo apoyó desesperado su barbilla contra el pecho; sí, continuaba sin

saber las reglas del juego, ni siquiera quiénes eran los jugadores. Notó como una moneda bajo la lengua: ése era el sabor del miedo. Porque comprendía que se hallaba en peligro. Era plenamente consciente de ello. Desde la calle subió hacia él una sensación de intemperie y soledad, una impresión de acoso. La misma que le había sobrevolado desde que comenzara las investigaciones, ahora incrementada por lo letal de su potencia. Sombras sin rostro, siguiéndole en coches, apostadas nocturnamente bajo su ventana, vigilándole por las calles... Pero sabía que, en vez de flaquear, ése era precisamente el momento de continuar. Si antes había sido la fe, irracional por su misma naturaleza, la que le había proporcionado fuerzas para dirigirse desde aquel banco del Retiro al museo del Prado, cuánto más ahora que esa fe era, también contra su misma lógica, algo fundado. «Éste es el momento del héroe —pensó—, del héroe que sólo vive en tiempos de peste, porque sólo la peste indica quiénes son los héroes; del héroe que continúa avanzando cuando todos se han quedado paralizados... y que por eso siempre se queda solo».

La pelota estaba en su tejado. Pero las dudas le asaltaron de nuevo. ¿Y si sólo hubiera sido un capricho? ¿Y si a Frutos le hubiera dado por escribir con un dedo, excepcionando su ajedrezada vida? Se levantó con decisión para escapar de hesitaciones, se ajustó la sobaquera de la pistola, se puso la chaqueta y la gabardina, y pasó tan rápido delante de sus subordinados que ni siquiera tuvieron tiempo de saludarle.

Capítulo 13

Caperucita al sol

Cuando Arturo puso pie en Barcelona, atrás habían quedado trece horas de tren en abominables condiciones de aglomeración y lentitud. Aunque en su calidad de oficial podía viajar gratis en la clase que quisiese, le dio por ir en tercera. Se encontró montado en un coche lleno de soldados con grandes cobertores en bandolera, sacerdotes de sotana y teja, madres amamantando a sus bebés, campesinos con gallinas cabeza abajo y aterrorizados sacos que se agitaban y retorcían en el suelo, llenos de conejos vivos... hasta una oveja que no le había quitado ojo en todo el viaje. En cada estación se había añadido un poco de más de mugre, ruido, impuntualidad e incomodidad al vagón, sólo aliviado por las botas que se pasaban de mano en mano — curiosamente, en uno de sus tragos se había enterado de que el pelo de las botas no se raspaba y permanecía hacia dentro—, y alguna voz limpia y cantarina. Todo absurdo, como le había dicho aquel marine americano enrolado en la aviación franquista: «*This is an absurd land, which only grows absurd people*».

Aunque Arturo no hubiera realizado el viaje en otro medio por nada del mundo. Sentado en su traqueteante banco de madera, pensando sin pensar en nada y viendo pasar el paisaje y el paisanaje como si alguien tirara de él, se le quedaron grabadas tierras llanas, vertiginosas, herrumbrosas como manteles amarillentos; pueblecitos y manchas de pinares salpicando las colinas en

densidades variables; castillos suspendidos en el aire, rocas como calaveras de gigantes, vastos campos llenos de ejércitos vegetales y ocultas bombas sin explotar; gigantescas nubes ambulantes marchando lenta, lentísimamente, ensombreciéndolo todo... Aquel desplazamiento de la decoración cotidiana había producido en su alma un efecto reconfortante. Pero lo que más, lo que de verdad le había alucinado, habían sido las aminoraciones del convoy coincidiendo con determinadas curvas, y ser testigo del espectáculo de ver salir lanzados por las ventanillas sacos, latas, paquetes, fardos, bultos... Era el teatro del estraperlo, la evacuación de los cargamentos clandestinos para eludir el control de Abastos que les esperaba en los andenes, aguardados en tierra por los respectivos receptores apostados estratégicamente.

Bajo la enorme marquesina de hierro y cristal de la estación, adornada profusamente con banderas rojigualdas, águilas de San Juan, yugos y flechas, cruces tradicionalistas de San Andrés y puntuales esvásticas como negras arañas prehistóricas, Arturo acabó de estirarse, descubriendo por el dolor músculos que no sabía que tuviera; luego posó su maletín de viaje entre las piernas y desniveló el sombrero hacia atrás. A sus espaldas, la maciza máquina, tan negra como el carbón que se tragaba por toneladas, permanecía quieta, resoplando con furor. Echó un vistazo al andén; buscaba no sabía a quién. Mediante las gestiones realizadas desde Madrid con el cuartel de la Segunda en la Ciudad Condal había apalabrado un cicerone, pero se había olvidado de pedir sus señas. Respecto al viaje, no le habían hecho demasiadas preguntas; al victorioso paladín del Prado no se le podía negar el capricho de visitar los escenarios por los que había transcurrido la mudanza cultural, y más después de haberle utilizado como señuelo. Continuó rastreando las caras en busca de una expectación indefinida: militares de todas las graduaciones y cuerpos, tipos menestrales, con blusón y alpargatas, individuos con pujos de dandi, de trajes cruzados y sombreros flexibles, madres, hijas y novias con severos vestidos y pañoletas a juego... Finalmente, un individuo tan alto como su estatura de los diez años, joven, con un tres cuartos de cuero marrón y unas gafas pegadas a la cara, se destacó del conjunto. Le saludó con gesto marcial, pero sin cuadrarse por miramiento al secreto de paisano.

—Buenas noches, mi teniente —le recibió—. Cabo Rogelio Ferral a sus

órdenes. Espero que haya tenido buen viaje.

Arturo, muy susceptible por sus huesos molidos, creyó inicialmente que le estaban faltando al respeto, pero la expresión bienhallada del cabo indicaba que lo había dicho sin pensar.

—Sí, muchas gracias —contestó.

—Permiso, mi teniente —le dijo inclinándose hacia el maletín.

Arturo asintió.

—¿Sólo es esto?

—Sí.

El cabo cogió el bulto y le invitó a seguirle. En el camino hablaron de esas cosas que se podían interrumpir en cualquier punto; su guía tenía una extraña forma de hacerlo, mirando siempre a la solapa del interlocutor. Cerca de la salida, les azotó un viento gélido y el cabo se demoró para abrocharse bien el chaquetón.

—Abríguese, mi teniente, hace un frío que pela.

—Ya lo veo. A propósito, ¿cómo me ha reconocido?

—Tenemos fotos. Además, es usted un ejemplo para todos nosotros. Permítame felicitarle.

—Muchas gracias. ¿Dónde está el vehículo?

—Aquí cerca. ¿Vamos al cuartel?

—Preferiría no perder tiempo. Iremos directamente a Perelada.

El cabo se detuvo incrédulo.

—Pero, ¿a estas horas? ¿Sabe dónde queda Perelada, mi teniente?

—Perfectamente.

La expresión del cabo era todo un poema.

—Pero eso es imposible.

—¿Por qué? ¿Ha venido en bicicleta?

—No, mi teniente, pero como pensábamos que rendiría viaje en Barcelona... y como estamos algo escasos de medios...

No bien había acabado de poner pegatas, el cabo le señaló a unos veinte metros un vetusto Auburn gris de siete plazas, cubierto por un compacto velo de polvo, que parecía una reliquia.

—Moscas a cañonazos —murmuró Arturo.

—¿Decía, mi teniente?

—Que si eso anda.

—Espacio, pero anda.

—Entonces a correr.

—Pero mi teniente —argumentó—, usted lleva muchas horas de viaje, no tenemos gasolina, el jefe de Barcelona deseaba conocerle...

Arturo se subió los cuellos de la gabardina y cortó con un puño un violento ataque de tos. Le apeteció encontrar una palabra, uno de esos términos técnicos tan precisos que carecían de sinónimos, para que aquel cabo entendiera lo imperioso que resultaba para una princesa que él estuviese de regreso antes del miércoles. Y quedaban sólo cuatro días.

—Me presentaré a él cuando vuelva —dijo carraspeando mientras buscaba aún aquella utópica palabra—. Tengo importantes razones para querer estar lo antes posible en Perelada. En cuanto a la gasolina, somos el servicio secreto, ¿no? Algo se podrá hacer. Por cierto, ¿habrá manera de conseguir también una botella de coñac y un termo?

—Sí, por supuesto, mi teniente.

Arturo le quitó el maletín educadamente, descorrió la cremallera y sacó de su interior un par de bolsas lilas de café.

—Con esto, unas mantas y algo de comer, aguantaremos. Y créame —Arturo le cogió con fuerza del brazo—, si me hace este favor, no lo olvidaré.

El cabo Rogelio Ferral nunca supo si lo que realmente le había decidido a secundar aquella barbaridad había sido la soterrada autoridad de un superior, la futura promesa de favores o la fugaz intuición del infierno personal que debía de estar viviendo aquel teniente por el furor con que le apretó el brazo; sólo fue capaz de asentir vigorosamente y, sin más circunloquios, ponerse unas antiparras, dirigirse hacia el señorial Auburn y comenzar a darle vueltas a la manivela de arranque. Arturo le siguió y se montó en la carraca, examinándola. El auto, episcopal, mayestático, estaba adornado con borlas de pasamanería y disponía de un tubo acústico para dar órdenes al chofer a través de la gruesa mampara de cristal que lo separaba de los pasajeros. Mientras se acomodaba, Arturo pensó que Dios reservaba los milagros para casos que no se podían resolver de otro modo, ya que el milagro suponía quebrantar las leyes de la Naturaleza que Él mismo había establecido; y que, claramente, aquella sería una de las pruebas más duras para la Divina

Providencia. Como marco ideal a sus pensamientos se vislumbraba a lo lejos la montaña desde la cual, según la leyenda, Satán le había mostrado a Jesús todos los países del mundo: el Tibidabo. «*Visca Catalunya*», murmuró. Y el motor arrancó con un fuerte petardeo, como un prolegómeno de destajos sagrados.

A pesar de las tanganazas de café y coñac, de las infames carreteras, repletas de baches y resaltos que convertían el Auburn en una coctelera volante, del frío, endurecido como un diamante, Arturo no pudo evitar caer en un adormilamiento, aunque tan fronterizo con la vigilia que apenas se podía llamar sueño. En ese semidelirio recorrió la mayor parte del camino, soportando visiones de dragones que murmuraban tenebrosos conjuros en latín y acorazados caballeros rebozados en su propia sangre. Llegaron de amanecida, envueltos en los andrajos de una neblina algodonesa. Uno de los últimos baches le despertó y en el atolondramiento matutino creyó que aún continuaba en el tren y que se había pasado de estación. La tos había empeorado y notaba el pecho como lleno de vidrio molido. Lo primero que hicieron fue acercarse hasta el cuartelillo de la Guardia Civil. El puesto del Tercio Rural de Perelada lo llevaba un sargento cuarentón de nombre Maximino, que ya a esas horas de la mañana tenía la voz cargada con un cuartillo de vino. Gastaba el mismo deje andaluz que Vicente, tez requemada, pelo brillantado hacia atrás, e iba a cuerpo de torero a pesar del frío que hacía; a la primera de cambio se notaba que era un tipo práctico, sin ilusiones, ni sobre sí mismo. Tras identificarse ambos y explicarle los motivos de su presencia, lo único que de veras despertó su interés fue el Auburn.

—Hay que tener valor para venir con esto desde Barcelona, mi teniente —fue pasándole la mano por la carrocería hasta detenerse en el maletón—. ¿Y no hubo ningún estropicio por el camino?

—Tuvimos el santo de cara, mi sargento —contestó Rogelio.

—El santoral entero, con perdón. Querrán comer algo, y también echar un sueñecito.

—Lo hará el cabo —Arturo buscó confirmación en Rogelio—. Yo querría seguir hasta el palacio de Perelada. ¿Queda muy lejos de allí la mina de La Vajol?

—A un tiro de piedra, mi teniente. Pues no se hable más: al cabo le

prepararemos una cama —dijo la orden a uno de los números, que al ponerse el tricornio charolado le hizo evocar a Arturo un romance de Lorca—, y usted, si le apetece, se trinca un carajillo conmigo.

—Gracias, pero ya he bebido suficiente café. En todo caso le acompañaré.

Maximino lo interpretó al pie de la letra y se tomó su carajillo y el de Arturo. Acto seguido montaron en una asmática camioneta e invadidos por el mismo baile de San Vito del Auburn, se dirigieron al palacio. Un paisaje de espesísimos bosques de pino y tierra caliza, punteados por masías, casas desplomadas y pueblecitos aislados, les acompañó durante todo el viaje. En cuanto llegaron al palacio, Maximino, que conocía al encargado, le presentó a Pere Costa, mayordomo y en ese momento administrador del desocupado edificio. Arturo estudió al sirviente, de físico lozano y grandes bigotes, algo exoftálmico, que andaba tan firme que hacía que los demás parecieran jorobados. Por la manera en que les recibió, mostrándoles el rico mobiliario y las magníficas colecciones como si fueran de su propiedad, y dejándoles a veces solos con peregrinas excusas siempre delante de portarretratos con fotos suyas junto a personalidades que habían estado de visita, Arturo decidió que lo más provechoso sería aplazar las preguntas y que se explayara a gusto. Saber esperar también era una forma de perseguir. Le siguieron por todo el edificio atentos a sus explicaciones.

—¿Ven esa puerta? Tuvieron que arrancar el dintel porque no pasaban las *Meninas... Los Fusilamientos del 3 de Mayo* venía rajado: fue con el hierro de un balcón, creo, así que mi abuela tuvo que hacer un arreglo de urgencia y les zurció la tela... —les condujo hasta una gran sala—. En ese sillón se sentó el coronel Modesto cuando se enteró de la caída de Barcelona, y le dio por empezar a pegarle tiros a un retablo... —apuntó a una esquina—. Aquí tenían los Velázquez, y el resto en el pabellón de al lado; luego les llevaré.

»Yo conviví con esos rojos del Prado durante un año; cuando se marcharon, los muy puñeteros intentaron quemar el palacio, pero con las prisas y la ayuda de Dios, el fuego no se propagó. Síganme —subieron a la segunda planta—. Aquí durmió el Verrugas... —dijo señalándoles una habitación como si estuviera infectada.

—¿El Verrugas? —preguntó Arturo.

—El rojazo de Azaña. Estuvo aquí una semana y después se fue a La Vajol. Allí aguantó cuatro o cinco días y después tiró para la frontera. Negrín y Rojo estaban en Agullana, un pueblo que hay debajo.

Arturo cuadró las fechas por los informes del SIPM: el drama de la cúpula republicana se había consumado entre el uno y el cinco de febrero, y el traslado en los camiones entre el cuatro y el nueve. Seguidamente, el mayordomo les condujo hasta una iglesia anexa al palacio y, en una de sus capillas laterales, les mostró varias cajas grandes de madera, una de ellas con rótulos al exterior como *Las Lanzas*.

—No les dio tiempo de embalar; enrollaron los lienzos y se las piraron.

Salieron fuera. Poco más podía ofrecer el palacio. Arturo decidió que se había acabado la visita turística.

—Usted vio los camiones —afirmó.

—Ah, los camiones, sí, sí. Muchos camiones, una flotilla. Continuamente los últimos días.

—Y aparte de las obras de arte, ¿cargaron alguna otra cosa? Documentos, armas, dinero...

Pere Costa soltó un taco en catalán y habló con una mezcla de escándalo, conmiseración y desdén.

—Dinero... Quemaron millones delante de estos ojos —señaló los suyos—, aquí mismo, en la puerta principal.

—¿Millones...? —era la primera vez que intervenía Maximino, que hasta entonces había permanecido atentamente aburrido.

—Montones de billetes, dinero republicano.

—Ah.

El sargento respiró como si la fortuna hubiera sido suya.

—Pero aparte de eso, ¿vio algo más? —insistió Arturo.

—Que yo sepa, nada.

—¿Dónde se hospedaba el personal? La escolta, los de la Junta, los conductores...

—Se repartieron por los alrededores, en masías, en casas del pueblo... en el palacio sólo quedó la flor y nata.

—¿Vio mucho a Negrín?

—Apenas. Vi mucho a Azaña. Y con ese monstruo ya fue suficiente.

—Ya. Aparte de los jefes, ¿se trató con alguien del resto del personal?

—No tuve el gusto —dijo queriendo decir que todavía había clases.

Arturo se llevó la mano a la boca, como si hubiera sentido un dolor.

—¿Le suena el nombre de Frutos Mota Petit? Era un miembro de la Junta.

—Ahora no caigo. Pero si no vivía en el palacio no era importante.

—¿Y el alias de Xargu? Formaba parte de la escolta.

—No, no me es familiar.

Arturo ya se estaba cansando de tener siempre en la boca los mismos nombres.

Conforme a la mecánica habitual, ahora le tocaría el turno a Manuel Cortina, pero meditó un momento y mientras contemplaba el majestuoso Pirineo catalán, se le ocurrió variar el ángulo del interrogatorio.

—Por aquí hubo un desbarajuste durante la retirada, ¿no? —hizo la pregunta de una manera descuidada, universal.

—No se lo imagina usted —abundó Maximino—, algo de bigotes.

—Así que un accidente pasaría inadvertido. Cualquier tipo.

—A ver —le respaldó el mayordomo.

—Incluso uno que hubiera afectado a un miembro del convoy.

—Sí, claro.

—¿Y por casualidad no tendría usted noticia de alguno?

—Pues no.

Arturo no había esperado otra respuesta, pero aquí Pere Costa esbozó una sonrisa cenagosa, asimétrica, que provocó que Arturo guardara un silencio expectante. El mayordomo sostuvo entonces una especie de pausa ciceroniana atusándose los bigotes; era evidente que disfrutaba del interés que había suscitado. El comentario lo arrojó como si fuera un billete de mil.

—De un accidente, no; pero de un suicidio, sí.

Arturo tuvo un respingo. Se imaginó la forma en negativo de un estuche: sólo faltaba la pieza que insertar en él.

—¿Qué pieza...? —rectificó—. ¿Quién se suicidó?

—Yo me enteré por casualidad, sirviendo coñac a los oficiales. Hablaban de alguien que se había colgado de una viga en una de las casas del pueblo. Se ve que no pudo aguantar. Pero lo ocultaron para no desmoralizar a la

tropa.

Arturo sintió cómo su pulso se aceleraba acentuado por sensaciones piréticas. «Un caballero nunca corre —se repitió—, como un torero».

—¿Y quién era?

El mayordomo adivinó la trascendencia de su respuesta. Aún remoloneó un poco.

—Un conductor. Me parece que era un conductor.

Arturo se puso blanco como la cal.

—Piénselo bien. ¿Está seguro?

—Sí, seguro.

—¿Escuchó el nombre?

—No, no pude oír más.

—Tendrían que sustituirlo.

—Supongo.

—¿Y dijeron por quién?

—No escuché nada de eso.

—¿Manuel Cortina Molins?

—Le digo que no escuché nada.

—Está bien, da igual —se volvió hacia Maximino—. Nos vamos.

Arturo masculló un brusco agradecimiento que dejó al mayordomo de una pieza y acto seguido se montó en la camioneta. El sargento tuvo que despabilarse y apenas le dio tiempo a cumplimentar una rápida despedida. Tras sentarse al volante, sacó una petaca de piel de cerdo con autógrafos reales recortados en oro y hierros de ganaderos, obtenida seguramente por medios furtivos. «Con su venia, mi teniente». Se la ofreció. Arturo echó un trago sin pensárselo, torciendo el gesto con un estremecimiento. Maximino también bebió largo y se quedó mirando hacia donde idealmente estaba Francia.

—Yo no sé ni papa de francés, mi teniente —sentenció con su deje agitanado mientras enroscaba ausente el tapón—, pero prefiero hablar con un gabacho listo que con un español gilipollas.

Arturo sonrió.

—Ya se sabe lo que ocurre cuando se le da un uniforme a cualquier indocumentado. Es la enfermedad del camarero.

—¿Qué enfermedad es ésta?

—La barra tiene dos lados, y los papeles cambian según en qué lado te encuentres. Con el tiempo, algunos tienden a olvidar en cuál de ellos viven.

Maximino le devolvió la sonrisa, guardó la petaca y puso en marcha la camioneta.

—¿A La Vajol, mi teniente?

—A La Vajol, sargento.

* * *

Un cadáver girando en el aire, colgado de una cuerda, sacando una lengua negra. Un cadáver. Girando. Cuerda. Lengua. Negra. Había un plan bajo toda aquella contingencia; Arturo, su instinto, casi estaba seguro de ello. Un plan infinito que iba haciéndose coherente; no comprensible, pero coherente. Mientras veía pasar los bosques catalanes, sus ojos estoicos, o desilusionados, o melancólicos no quisieron plantearse aún lo que representaba aquel suicidio en el conjunto de los acontecimientos. Primero, porque por mucho que se ciñera al plano más empírico de su pensamiento, todo permanecía aún en la dimensión de lo probable; y segundo, porque la posibilidad de que otro de sus héroes resultase de opereta minaba tanto su motivación como su confianza. De momento, prefería ser testigo de los hechos como un enfermo anestesiado localmente contempla su propia operación. Aunque no podía apartar de sí la impresión de que se hallaba cerca de algo; qué, no lo sabía muy bien, pero estaba allí, en algún lugar.

A medida que se iban acercando a la frontera, Arturo fue consciente de ir introduciéndose más y más en el centro de la pesadilla que había sido la retirada republicana. Embudos de explosiones y vehículos quemados, abollados, unidos al destino de sus ocupantes, jalonaban a trechos el camino. Los restos del naufragio le hicieron revivir la tragedia tal y como se la habían contado algunos testigos: lujosos Hispano-Suizas a paso de tortuga, abriéndose paso entre carros tirados a mano y llenos de bultos, quedándose poco a poco sin combustible, camiones atascados en el barro, atrancando la carretera, soldados con uniformes de todas las graduaciones vagando por los

campos y entregados a la desesperación y la rapiña, montones ingentes de armas y pertrechos abandonados en las cunetas, suicidios desesperados con tiros en la boca o granadas, cientos de miles de rostros mohosos, famélicos, derrotados... y en una esquina de la tragedia, apartados, invisibles, un grupo de soldados, ajenos al fin del mundo, contemplando atónitos cómo la muerte abrazaba una nueva conquista. Las campanas de una ermita, sonando como plegarias de bronce, le sacaron de su imaginación.

—El sitio de los tiros, mi teniente —dijo de pronto Maximino, que conducía sobrado, con el codo fuera.

Arturo estudió su perfil.

—Fue malo, ¿eh?

—Sí que lo fue. Para todos.

—¿Estuvo usted?

—Llegué cuando todo había pasado, pero vi lo suficiente. Para hacer mandas al Santo Cristo.

—Parece que le disgusta.

Maximino separó un instante los ojos del camino y le miró duro, midiéndole.

—No estoy probando su inquebrantable adhesión, puede confiar en mí —aclaró Arturo—. Nadie se muere por decir verdades.

—Eso era antes, mi teniente, ahora basta con decir la verdad para buscarle la ruina a alguien o buscársela uno mismo. Así que confiar es ya dejarse matar un poco, ¿no cree?

Arturo no supo qué responder y clavó los ojos en el parabrisas. Le llegó el aliento alcohólico de Maximino; aún estaba tasándole, comprobando si podía pisar en firme. Finalmente, el sargento volvió a concentrarse en la carretera, que iba mareándose a medida que se empinaba.

—A veces se cansa uno de ser hombre, mi teniente —comenzó; por lo visto, Arturo le había dado buen fario, pero hablaba sin perder el tono cauto—. Yo he visto cosas... —se encogió de hombros—. Bueno, lo dejamos estar. Al final, todos somos del mismo sitio; un sitio malo, pero es el único que hay. Y la guerra se ha acabado. Aunque la gente cree que lo peor ya quedó atrás, se equivocan. Porque hay una diferencia entre luchar para no morir y luchar para vivir, ¿me entiende?

—A medias.

—Sí, yo he visto a esos rojos luchar en el frente, dándolo todo. Lo hacían con dignidad, y eso es algo noble. Pasaban hambre, pero no se vendían, no vendían a ninguno de los suyos, preferían ver a sus hijos morir antes que entregarse; porque cuando se lucha para no morir se agarra uno al orgullo. Pero ahora tendrán que luchar para comer y deberán aferrarse a la desesperación. Y venderán a sus esposas, a sus hijos; se humillarán por un mendrugo de pan, por una colilla, por un pedazo de carne podrida. Y a eso no hay derecho, aunque sean rojos.

Mantuvo la dirección con una rodilla y le dio otro lingotazo a la petaca.

—Es usted muy raro, sargento —dijo Arturo.

Maximino sonrió, ablandado por lo que consideraba un halago. Volvió a coger el volante con las dos manos.

—Y que lo diga. Aquí donde me ve yo iba para misionero, con los jesuitas, y aquí me tiene, matando cristianos. Toda la familia por parte de mi madre son gitanos y acabé de guardia civil... Y no le cuento más porque le aburriría.

Arturo pensó que aquel individuo poseía el extraño don de ponerse en el lugar de los demás, y de esa manera había logrado quitarse del odio como uno se quita del tabaco. *Fuego soy apartado y espada puesta lejos*, recordó del Quijote.

—Aunque, bien mirado, no hago más que ir con los tiempos —epilogó Maximino.

—¿Los tiempos?

—Al buen Dios se le ha antojado hacer un ensayo del Apocalipsis unos cuantos miles de años antes. Y ya que somos la reserva espiritual, ¿qué lugar mejor que España para probar el caos? Sólo que el signo de los tiempos no son todavía los Jinetes, ni la apertura de Sellos, sino cosas más rústicas, más de casa, y hay uno que yo considero esencial.

—¿Y se puede saber cuál es?

—Por descontado: Caperucita.

Arturo soltó una carcajada.

—Sí, no se ría, mi teniente —prosiguió—, desde que ganamos la guerra se ha prohibido todo lo que esté relacionado con los comunistas: la

ensaladilla rusa ahora se llama imperial, las katiuskas son botas de agua... pues vale, hasta ahí nada que discutir. Lo verdaderamente inquietante, lo que me preocupa, es que Caperucita ya no sea roja. ¿No le parece una señal divina que en los colegios lean Caperucita Azul? ¿No le parece...?

Maximino interrumpió repentinamente sus reflexiones. El azoramiento de Arturo resultaba palmario. Esperó la continuación de sus argumentos, pero en su lugar el sargento dejó escapar una risa irreverente que terminó por contagiársele.

—Por un momento creí... —empezó Arturo.

«Que hablaba en serio», acabó mentalmente. Las risas de ambos, barajadas, desembocaron en unas carcajadas estruendosas que duraron varias curvas. Por lo visto, había actitudes que tenían que ver con la raíz misma del corazón humano: desconfiar por norma y un día entregarse al primero que llegaba era una de ellas. A Arturo no le había bastado con el correctivo de Luis Bonmatí y volvía a sentirse estúpidamente en deuda, obligado a trocar confianza por confianza. Aguardó a que amainaran las risas.

—¿Puedo preguntarle una cosa, sargento?

—Seguro, mi teniente.

—¿Qué es un héroe para usted?

Maximino no pareció sorprenderse, como si estuviera acostumbrado a que toda la vida le hubiesen planteado la misma pregunta. Se pasó la lengua por los labios y su rostro adquirió una dura lucidez. El traqueteo de hierros viejos de la camioneta aumentó al rodar por un repecho atormentado. Los segundos transcurrieron sin que abriera la boca. Arturo vislumbró en una hondonada el esqueleto quemado de uno de los temibles tanques rusos que tanta muerte habían sembrado en el bando nacional. Recordó el extraño mecanismo que habían perfeccionado los soldados de todas las guerras para minimizar lo que les atemorizaba: la burla; en aquel caso, apodando al carro *Chispún*. La respuesta llegó cuando Arturo ya creía que Maximino se había olvidado.

—¿Quién sabe? A menudo el valor no es más que otra forma de debilidad. Yo he visto a críos salir disparados de la trinchera, con una ametralladora batiéndolos, sólo para que sus compañeros no pensarán que eran cobardes. El valor se diferencia de la cobardía en el origen de los miedos

de cada uno. Aunque también hay personas demasiado fuertes que acaban aficionándose al riesgo. Un héroe... —durante unos segundos pareció buscar algo que su corazón había perdido en algún momento de su vida— un héroe... aunque... bueno, no sé si le interesará...

—Tenemos tiempo de sobra.

—Yo conocí a un tipo en la guerra. Le decían el Arcoiris. ¿Sabe usted a qué venía lo de Arcoiris, mi teniente?

—No.

El asmático motor le obligó a cambiar de marcha, que al rascar le hizo soltar un juramento cavernario.

—Perdone mi teniente, es que esto va muy malamente. Lo que le contaba, porque el muy jeta siempre aparecía después de los truenos. Sí, el punto se despistaba en cuanto empezaba el baile. Toda la compañía le tenía bastantes gatos. Era un navarro que había sido capitán de caballería, pero lo degradaron por los canguelos que le venían. Así anduvo, con el pelotón de fusilamiento rondándole a diario, hasta que al final los mandos le pusieron un par de bayonetas en el culo para que entrara en vereda y no se echara atrás en los asaltos. Bueno, pues resulta que un día tuvimos que tomar un cerro. Esto fue cerca de Guadalajara. Allí estábamos, agachados en una cuneta y con los rojos dándonos leña con una Maxim nuevecita que batía toda la falda. Aquello era una moridera, no había forma humana de avanzar. Y para más inri apareció la aviación republicana y pom pom pom, comenzó a largar bombas. Total, que allí no se podía menear nadie. Del jeta ni papa, bastante teníamos con enterrar la cabeza para que no nos la volaran. ¿Entonces puede creerse que va el tío, le da la venada y sin encomendarse a nadie pega un bote y, saliendo de la nada, se va directo hacia la ametralladora? Los rojos no daban crédito. Subió disparado y tomó él solo la posición. Cuando llegamos le encontramos allí, tan tranquilo, rodeado de soldados muertos y fumándose un cigarrillo. Tenía medio brazo destrozado y la cara negra, llena de sangre, pero permanecía inmutable. Un jabato, mi teniente. Pues, con todo, yo no creo que ese tipo hubiera actuado por valentía, o por miedo, o por vete a saber qué sentimientos; yo creo que actuaba por una especie de instinto, algo que le superaba, que podía más que él... El cabrón era un héroe, pero él no lo sabía.

Maximino se quedó de pronto callado y sólo se escuchó el torturado ronroneo del motor. Las últimas frases las había dicho con una extraña pasión helada que hizo que Arturo se sintiera incómodo. Retomó su exposición sin una secuencia coherente con sus últimas palabras.

—Un héroe siempre es incómodo para todo el mundo, tanto para los valientes, porque no son capaces de llegar a tanto, como para los cobardes, por clarificar su condición. Yo lo único que le puedo asegurar es que, a la hora del combate, es mejor no estar junto a él: suele ser malo para la salud.

Arturo reparó en que la figura del héroe se hallaba sostenida por un cemento de contradicción que iba desde el héroe wagneriano y despiadado de Luis Bonmatí, pasando por la concepción iluminada de Maximino, hasta su propia noción de caballeridad arturiana.

—¿Me da permiso para preguntarle yo ahora, mi teniente?

—Dispare.

—Uno sólo puede enfrentarse a la vida de dos maneras: el *toreísmo* y el tancredismo. ¿Usted qué prefiere?

—Explíquese mejor.

—La vida, como los toros, siempre acaba por echársete encima, y entonces o te mueves o te quedas quieto. Claro que también puedes jugar al despiste, y fingir que vas a hacer una cosa y hacer luego la otra. Como su reloj.

Arturo miró el torero en el interior de la esfera de cristal. Sus brazos pintados continuaban señalando mediodías eternos. El reloj de pega corría a cargo de una apuesta perdida y del siempre ingenioso Vicente.

—Es usted el primero que se da cuenta, sargento.

—No hay que fijarse demasiado, mi teniente. ¿Y le piden mucho la hora?
—preguntó con irónica perplejidad.

Arturo iba a contestar cuando vislumbró un pueblo enriscado, dibujado en miniatura, que iba disociando lentamente sus formas de los contornos boscosos. A medida que se hacía más y más nítido, perdiéndose de vista y volviendo a aparecer en las revueltas del camino, se convertía en una demostración de que la cuadrícula, la línea recta, era extraña a la naturaleza.

—¿Es ése?

—Sí, mi teniente. Se me olvidó decirle que, aunque lo disimulen, allí hay

mucho rojo. Si quiere sacar algo en limpio lo mejor será que no le vean conmigo. Yo puedo esperarle por ahí.

Arturo asintió y permanecieron en silencio hasta llegar a sus alrededores. Justo cuando echaron el freno a la camioneta, sobre un puente de gastadas piedras que combaba su joroba sobre un violento regato, un denso chorro de vapor de agua comenzó a escaparse del tapón del radiador indicando que algún ángel de la guarda continuaba haciendo horas extras. Se bajaron de la caja metálica de la cabina y contemplaron la aldea. La Vajol era un puñado de empinadas callejas que se abrían paso entre muros de granito y porquerizas. Arturo registró las casas con su mirada; no se distinguía un alma, y las puertas y las contraventanas cerradas parecían aumentar el vacío.

—Aquí fusilaron el censo —dijo Maximino respondiendo a sus pensamientos.

—Ya está hecho.

—Sí, claro —dijo sorprendido por la repentina dureza de Arturo—. Espere —se fue a la parte de atrás de la camioneta y rebuscó—. Tome, con este viruji le vendrá bien —le ofreció una gastada trinchera—. Y esperemos que no llueva.

Arturo se puso la prenda sobre la gabardina y empezó a caminar de forma mecánica, sin despedirse, en dirección a lo que hacía las veces de plaza. Muchos años después, cuando Maximino recordara aquella mañana, pensaría que Arturo parecía haber dejado de estar con él mucho antes, y se le ocurrió que quizás la mención del fusilamiento había despertado en él oscuras reminiscencias. La inspiración augur que tendría el sargento era corroborada en ese momento por las descargas de fusilería seguidas del débil petardeo de los tiros de gracia, saltando nucas, que tenían lugar en la cabeza de Arturo. Badajoz. La plaza de toros de Badajoz. Las imágenes le atenazaban, le zarandeaban. Notó en la garganta como una esponja hinchada; el miedo le bailaba en los ojos. Procuró sosegar y se concentró en el pueblo. Lo único digno de mención era el inmenso pilón cuadrado de la fuente, con su respaldo labrado en piedra donde había una gran placa de bronce agradeciendo su construcción a algún benefactor del siglo pasado, y la pequeña iglesia alrededor de la cual se apiñaban las edificaciones. Se detuvo unos instantes frente a uno de sus muros para leer otra placa que, coronada por una cruz

maltesa y rematada con un *presentes* con doble exclamación, perpetuaba a los caídos por Dios y por España del pueblo. A continuación, empleó un par de horas en faldear laderas y recorrer los caminos de herradura que enlazaban pueblos y caserías; quería hacerse una idea de los escenarios por los que había discurrido la mellada punta de la última lanza republicana. A los escasos y suspicaces nativos que iba encontrando procuraba, con escaso éxito, sacarles información con la disculpa de escribir para un periódico. No lograba más que generalidades que lo único que le aclaraban era que tanto unos como otros habían intentado asesinar el país sin conseguirlo. Finalmente, decidió ir en busca de la mina de talco. Las indicaciones de uno de los aldeanos le encaminaron hacia un sendero que discurría entre un maizal y una loma. Se vio obligado a avanzar con tiento, porque no había un palmo cuadrado donde pudiera pisar sin mirar; las calzadas pavimentadas con guijarros, cieno negro y estiércol, a trechos se convertían en un mar de fango y a trechos se hallaban osificadas con un velo finísimo de helada. Encontró la bocamina en la base de una ladera de tierra blanqueada y partida que descendía a gradas. Sobre ella, amoldándose al desnivel y sostenido por musculosos contrafuertes, se levantaba una especie de fortín de cemento, de tres plantas, revestido con pintura de camuflaje. El lugar se hallaba aislado, solitario, y los milenarios y rumorosos bosques que lo envolvían despertaban inmemoriales atavismos que hundían sus raíces en el cerebro de mono de Arturo. Se acercó a la negra hoyo de la bocamina. Estaba clausurada por gruesos barrotes soldados en aspa. Se agarró a ellos y probó a introducir su cabeza por algún hueco. Cuando comprobó la impracticabilidad no le quedó más remedio que pegar su frente al hierro. Por unos instantes, contemplando aquella oscuridad graduándose en capas cada vez más densas, tuvo la impresión de haber dejado de existir. Terminó rodeando la bocamina y subiendo por unas escaleras que ascendían pegadas al edificio hasta plantarse a pocos metros de la entrada principal. Se situó frente a ella y dio un paso atrás, como midiendo la altura de su contrincante: la puerta estaba cerrada por un candado del tamaño de un puño. Le dio unas cuantas patadas, pero acabó capitulando. Aunque la puerta, metálica, estaba cruzada por grandes surcos de óxido, era sólida. Y las escasas ventanas bajas que existían habían sido cegadas con ladrillos. El esfuerzo provocó que sus últimas reservas de aire se

le clavarán en el paladar; una tos cascada le obligó a doblarse. Controló como pudo el acceso y se fue a sentar sobre un lanchón de piedra, haciéndose la promesa de que en cuanto regresase a Madrid visitaría a un médico. La tramontana comenzó a soplar con fuerza y el frío se volvió algo que no tenía nada que ver con el frío. Se sujetó el sombrero con las dos manos; la corbata sin prendedor empezó a ondear enroscándosele en el cuello. A su alrededor, los bosques, con un bronco sonido de gran saurio, simulaban el viento cambiando segundo a segundo su forma. Los árboles, apoyados sobre sus espesas sombras, plantados allí por aquel mismo viento hacía mil años, iniciaban un diálogo entre hijos y padre sólo estorbado por un insignificante hombre. Arturo, inquieto por la embarazosa situación, fue testigo del pasado; de legiones romanas, de huestes alanas, de contingentes napoleónicos que penetraban en la espesura y empezaban a dar vueltas en círculo, extraviados, deshaciéndose paulatinamente de su impedimenta, abandonando sus armas, volviéndose locos... Se puso en pie de un bote y caminó con brío. Por las referencias de uno de los aldeanos le pareció que el lugar ideal para proseguir su investigación sería el bar del pueblo; aunque, en realidad, cualquier lugar lejos de allí sería ideal.

Capítulo 14

Si yo fuera el invierno sombrío

Irrumpió en el bar sofocado, como si acabara de inflar un inmenso globo. El interior olía a polvo, tabaco y vino agrio. Permaneció unos segundos frotándose las manos y zapateando para librarse del aterrimiento. Cuando entró en calor se quitó el sombrero y, tras asegurarse de que su arma no sería visible, se deshizo también de la doble piel de la gabardina y la trinchera colocándolas sobre la barra. Estudió el terreno. Las mesas, despintadas, estaban recogidas con sus sillas sobre ellas, patas arriba; todas menos la ocupada por los cuatro parroquianos que se hallaban sentados tras sendos abanicos de naipes. Éstos le recibieron sin el más leve pestañeo. De inmediato notó una corriente subterránea de recelo bajo la aparente inmutabilidad y desechó las preguntas cónicas, adoptando el principio táctico del caballo de Troya. El grupo se componía de tres viejos y un chico joven; los paisanos llevaban chaquetas y pantalones de pana desollada; el chaval tenía toda la facha de un pastor de Belén, es decir, de como uno se imaginaba que sería un pastor de Belén, con una piel de oveja de grandes guedejas blancas y abarcas sujetas a la pantorrilla con finas correas de cuero. Inexplicablemente, a Arturo se le ocurrió que allí faltaba un cura. Echó un vistazo al resto del local: barricas de costillas desguazadas, cajas de gaseosas y sifones apiladas, pellejos de vino, rosarios de ajos y cebollas y pimientos secos que saltaban de viga en viga, una caja registradora de brillante metal,

una chimenea que desprendía un calor que hacía latir las sienes y por cuyo tiro silbaba el viento...

Todo se hallaba tópicamente donde debía y envuelto en su correspondiente pátina de tocino rancio. Una mesa de billar llena de costurones remendados con bramante, sobre ocho patas elefantíacas, era lo único que parecía fuera de lugar. Una mesa que aparentaban utilizar para todo, incluso para jugar al billar.

—Buenas tardes —saludó Arturo—. Menudo frío.

Los rostros de la mesa, gastados como monedas antiguas, no se alteraron. Sólo uno de ellos, muy gordo, de pelo revuelto y entreverado de ceniza, soltó un borborismo mezcla de catalán y español a modo de bienvenida. Un súbito movimiento bajo la mesa descubrió a un gatizo somnoliento y faraónico que se aseaba a lametones en un suelo poblado de colillas.

—Un gato hermoso —insistió pretendiendo romper el hielo.

Se agachó en un intento de atraer la atención del felino. Otro de los jugadores, que tenía el ojo derecho quemado, posiblemente por el chamuscazo de una escopeta mal ajustada, y que no paraba de cambiar de nalga, como si tuviese almorranas, esbozó la zumbona sonrisa de quien ve una reincidencia.

—No se canse, es muy tímido.

Un segundo después Arturo tenía el gato encima, ronroneando y frotándose, provocando el asombro de todos los jugadores.

—Si no lo veo no lo creo.

El beneplácito del gato hizo más por Arturo que cualquier pretensión diplomática; los rostros se relajaron, aunque sin perder por completo la desconfianza. Tácitamente, la timba acordó una pausa de mecheros de yesca y tabaco cuarterón, momento que aprovechó el jugador más alejado en la mesa, un viejo robusto como una columna, de calva redonda, para levantarse y entrar tras la barra. Arturo comprendió que era el dueño del bar y que debía tomar algo.

—Póngame lo que beban ustedes.

Las inmensas manos del viejo, de gruesas venas, destaparon una botella y le escanciaron un vino denso, oscuro. *A su salud*. Al primer trago Arturo fue consciente de que estaba al límite de sus fuerzas. Pidió de comer. El

tabernero sacó un pan negruzco, plúmbeo, en desmerecedor companaje de un queso fragante, montuno. Entre trago y bocado Arturo comentó las generalidades propias de un foráneo. Los nativos no parecían tener muchas ganas de locutorio y se limitaban a la observación y el monosílabo en un cónclave de gruesas nubes de tabaco, rugosas garrotas y chatos de vino. Buscando alguna reacción, Arturo tiró otra vez de coartada periodística, pero no logró que la efusividad se caldeara.

—Arturo Andrade. Así que es usted escritor —acabó por comentar el del pelo cano.

—Periodista.

—¿No es lo mismo?

—Parecido.

—Bueno, ninguno de los dos es buen oficio en los tiempos que corren.

—Yo creo que no lo han sido en ninguno.

—Si usted lo dice.

—¿Desea usted algo más? —le preguntó el tabernero.

—No, muchas gracias.

El dueño del bar volvió a sentar su masiva presencia en la mesa; nada más unirse al resto de los jugadores, éstos cayeron de nuevo en su mutismo nicotinado. Arturo echó un trago e intentó adivinar si su indiferencia era debida al miedo o a que sencillamente era un grupo de carcamales que había rozado la guerra sin comprometerse y querían que las cosas siguieran igual. Normalmente, en el primer supuesto, los individuos se espiaban unos a otros el fingimiento mezclando el afán por exhibir la propia fe, así que en aquel caso estaba por asegurar que la camarilla se basaba más en el alcohol y la baraja que en las confidencias. Sonsacarles requeriría una labor minuciosa y paciente, pero se hallaba dispuesto a llevarla a cabo con rigor.

—Como les contaba —retomó—, en Madrid están muy interesados en saber las últimas andanzas de los rojos por España.

—Perseguidos, dirá —dijo el del ojo chamuscado.

El grupo le miró con aprensión.

—¿Usted se llama?

—Protasio Canales Álvarez, para servirle —respondió con firmeza.

—Pues me sirve, Protasio; le agradecería que me contase lo que vio o lo

que le pareció ver en aquellos días.

—Mucha gente haciendo por salir de aquí.

—¿Cómo es eso?

Protasio le observó con ojos gelatinosos, sin dejar de mover el culo.

—¿Y la libreta? —inquirió.

—¿Qué libreta?

—Si es escritor, ¿dónde escribe si no?

—Ahora mismo no preciso tomar notas. Tengo buena memoria.

—Ah, entonces, ¿por qué nos cuenta que es escritor si no escribe?

«A cada santo su gesto de sacrificio», pensó Arturo. Se pertrechó de paciencia e intuyó una salida surrealista.

—Soy periodista, los periodistas no necesitan saber escribir.

—Ah —Protasio pareció quedar satisfecho.

—¿Y dice que la gente hacía por salir?

—Venían rotos del frente, sí. Y mataban a muchos nacionales, presos que se llevaban con ellos —hizo un gesto de disparar—, pam, pam, los dejaban en el sitio. Y robaban, lo robaban todo. A mí se me apropiaron dos gallinas.

—El hambre.

—El hambre, sí, y otras cosas —se puso a enroscar pensativo y misterioso la larga mecha amarilla de su chisquero.

—¿Qué otras cosas?

—Y había muchos uniformes —continuó zafándose de la pregunta—. Me gustan los uniformes, los colores son bonitos.

«Multiformes», se le ocurrió a Arturo.

—Guardias civiles verdinegros, falangistas azules, requetés rojos, legionarios verdosos, regulares pardos... —enumeró.

—Muchos colores —apoyó Protasio casi aplaudiendo.

—Así que le gustan los uniformes.

—Mucho, sí, mucho.

—Entonces se fijaría también en los rojos. ¿No estuvo el gobierno por aquí?

—¿Quién?

—Azaña, Negrín...

Protasio buscó ayuda en sus compadres, como si no comprendiera. Arturo

intentó volar más bajo.

—Digo que si vio algún mandamás.

—¿Les gustaba la música?

—¿A quién?

—A los mandamases.

—Pues, no sé, supongo...

—A mí me gusta la música. Sobre todo *La bien pagá*. ¿A usted le gusta *La bien pagá*?

Arturo comenzaba a perderse en aquel diálogo de besugos.

—Y, si es escritor, ¿por qué no trae libreta? —volvió a preguntar Protasio sin darle tiempo a responder, aumentando el furor de su balanceo.

—No des más guerra al señor, Protasio —intervino el del cabello blanco; se dirigió a Arturo—. Perdone la charlatanada; al pobre lelo no se le ocurrió más que meterse debajo de un camión de municiones durante un bombardeo; no sabemos cómo salió vivo, aunque se le desenroscó algo la listeza. Pocos alcances le quedan, como podrá ver.

Arturo miró al zoquete que a su vez le observaba con una mezcla de determinación, preocupación y satisfacción.

—Entiendo.

—No le hemos ofrecido de fumar —confraternizó el tabernero levantando una bolsita—. Este es tabaco del bueno, no ese de Tabacalera todo lleno de estacas.

Arturo prefirió no hacerle ascos para evitar suspicacias.

—Muchas gracias, se me había acabado.

—¿Se lo lío?

—Muy agradecido.

—Durante la guerra aquí no había tabaco porque las plantaciones estaban en la otra zona —dijo el del pelo cano, dando una calada con evidente placer—, y los otros también lo llevaban crudo porque les habían volado la única fábrica de papel de liar que tenían. Así que la cosa anduvo mal de todas todas.

La mesa rió con ganas lo que parecía ser uno de sus lugares comunes, archirrepetidos. Arturo sonrió mientras se acercaba a coger el pitillo que le ofrecía el tabernero y que había manufacturado a una velocidad endiablada.

Rechazó el mechero alegando que para más tarde.

—Me llamo Marcelino —se presentó el gordo de cabello blanco— y soy el alcalde de aquí. Éste —dijo señalando con la barbilla al formidable tabernero— es Josep, y aquél —apuntó con su cigarrillo al pastor— es Joan. A Protasio ya lo conoce.

—Mucho gusto.

Apartada la maleza de las cortesías, fue dando las manos uno por uno; mientras lo hacía, el gato aprovechó para ir transportando su reino de indiferencia por las distintas espinillas hasta arrimarse a un platillo de hojalata lleno de una leche negruzca. Lo lamió con su lengua rosada, a secos chasquidos, dejándolo tan limpio que relucía. Luego volvió con su bigote recién merengado a enroscarse a los pies de Arturo.

—Un animal estupendo —admiró Arturo subiéndose el felino al pecho como pretexto para retrasar el pitillo.

—Y listo —acotó Marcelino—. Sabe muy bien lo que quiere.

—Que ya es mucho saber.

—Por eso lo digo. Lo malo de los gatos es que son como las personas: difícilmente son estúpidos, pero cuando lo son, lo son del todo. Protasio, trae otra silla y hazle sitio al señor.

—No se moleste.

—No es molestia.

Protasio arrimó otra silla e hizo un hueco mientras Arturo posaba al gato en el suelo y regresaba a la barra por su vino. Se sentó con la vista fija en el cigarrillo que pinzaba entre sus dedos.

—¿Y el señor cura? —se le ocurrió preguntar—. Hoy es domingo.

—No hay uno fijo —explicó Josep—. A veces viene uno de Figueras a officiar.

—Por eso está cerrada la iglesia.

—Sí, ahora soy yo quien se encarga de ella —replicó Marcelino—. Le saco el polvo a los santos.

—¿Hay muchos?

—Tres.

Marcelino hizo una pausa para echar un trago y una calada. El resto le imitó. Arturo imaginó una conciencia articulada en circular, como una gota

de aceite derramada sobre agua que se iba agrandando lentamente. También pensó en una mesa redonda, alrededor de la cual los caballeros de una sagrada orden bebían y remembraban antiguos hechos de armas.

—Hay poca gente en el pueblo —comentó.

—Cuando acabó la guerra se marcharon muchos.

—¿Tanta gente había señalada?

—Nunca oí hablar de eso. Aquí la gente siempre ha sido del Caudillo.

Marcelino fiscalizaba cuidadosamente cada respuesta. Arturo sorbió un poco de vino; se preguntó si sería tan salomónico ante una pregunta más espinosa.

—¿Y usted es del Caudillo?

—Yo soy del que manda.

Al César lo que es del César.

—Pues estamos todos de acuerdo —le premió Arturo.

—Sí, en que todos nos vamos a morir —acotó Protasio.

El grupo se removiό ceñudo.

—Claro, de hambre —intentó ironizar Josep.

—Quita, hombre, quita, si tenemos de todo —siguió la broma Marcelino —. Litros y litros de leche.

—Bautizada.

—Tortilla de patata.

—Sin patata y sin huevo.

—Arroz de liebre.

—Al minino.

—Salchichón.

—De acémila.

La mesa rió con ganas otro de sus chistes habituales, pero esta vez la risa sonaba triste.

—¿Y de qué se vive entonces? —interpeló Arturo.

—Ni tanto ni tan calvo. Algo da la huerta, y las ovejas.

Ante la referencia, Arturo arrimó su vista a Joan, pero éste continuó encastillado en su mutismo.

—¿Y la mina no daba?

—La mina Canta está cerrada desde el 37 —reseñó Josep.

—¿Y eso?

—Era propiedad de los Giralt, pero los rojos la incautaron.

—¿Cómo fue?

—A mediados del 37, ya le digo; despidieron a los mineros y montaron un piquete de guardias de Asalto. Al poco llegó otro grupo de mineros; eran de por el sur, me parece —giró su grueso cuello, buscando la aquiescencia de Marcelino.

—Sí —confirmó éste—, los alojaron en Can Barris, aquí al lado, en la misma casa donde durmió Azaña.

Ante la revelación, Arturo recordó una frase de Vicente: *Las palabras son como las cerezas, se enredan, y unas arrastran tras de sí a otras.*

—Ahora me acuerdo, sí, Can Barris, aquí al lado —asertó Josep.

—¿Y para qué querrían echar a unos y traer a otros? —se interesó Arturo con inocencia.

—¿Ha estado usted en la mina? —le preguntó Marcelino.

—Vengo de allí.

—Pues entonces seguro que vio usted el edificio sobre la bocamina. Lo levantaron ellos. Y dentro instalaron un montacargas que baja hasta una de las galerías; una de las más grandes, vendrán a ser unos trescientos metros.

Arturo sintió como una patada en el estómago; apretó el índice contra la mesa para liberar tensión.

—¿Pero no formaba parte de la construcción original?

—Qué va, la levantaron los del ejército.

—¿Y para qué la usaban?

—Lo único que sé es para qué no lo usaban: para sacar talco. En la galería construyeron una de esas cámaras acorazadas de no sé cuántos palmos de hormigón —juntó los dedos de una mano para indicar el grosor, complementando la explicación con trazos en el aire de la otra.

—Así que tenían los cuadros a buen recaudo.

—Ni un bombardeo.

—Los champiñones más seguros del mundo —intervino Josep, mirando distraídamente sus cartas.

Los jugadores volvieron a sonreír ante la mención de otro chascarrillo habitual.

—¿Me pierdo algo? —preguntó Arturo.

—Ahora, allá abajo, cultivamos champiñones —aclaró Marcelino—. Se dan excelentes.

Repentinamente, el alcalde agarró el cayado que descansaba a su lado y lo elevó a la altura de la nariz de Arturo. Éste anduvo a un paso de sacar la pistola, pero se dio cuenta de que la contera del bastón apuntaba directamente al rostro de Protasio.

—Como te vea otra vez intentando fisgar las cartas a Joan te voy a zumbar la pandereta. Disculpe, señor —miró a Arturo mientras retiraba la garrota—. Es tonto, pero para lo que quiere. Es que me pone malo que hagan ardidés.

—El juego pierde emoción —aseveró un conciliador y aliviado Arturo.

—Depende de lo que se juegue uno —añadió Protasio.

El comentario echó a lo alto todas las posibles respuestas; a pesar de la chimenea, la temperatura pareció descender unos grados. El grupo, envuelto en su aliento tabacoso, volvió a ensimismarse; aunque no era el silencio incómodo de quien no tiene nada que decirse, sino el otro. El gato aprovechó las circunstancias para subirse elásticamente a la mesa y erigirse, en un pálido reflejo de sus antepasados faraónicos, en divino centro de atención. Arturo no se atrevió a interrumpir el mutis y repasó todo lo que había escuchado. En 1937, el año de construcción de aquella *caja fuerte*, los cuadros se hallaban en Valencia y aún faltaban casi dos años para que El Prado fuese trasladado a Cataluña. Quien fuera que hubiese dispuesto la salvaguarda del museo o poseía el don de la clarividencia para vaticinar la derrota, o era alguien escrupulosamente previsor, o... Arturo no pudo resistirse a considerar aquella tercera posibilidad, y más teniendo en cuenta los últimos datos: es decir, si todo aquel gasto de ingeniería militar se había realizado sólo para proteger aquella porción del Prado, sin duda valiosa pero una baratija en comparación con lo que se guardaba en Figueras o Perelada, ¿por qué se había dejado la otra parte tan expuesta? Obviamente, cabían muchas explicaciones, pero, ¿no era factible que todo aquel despliegue de medios hubiera servido para proteger un segundo cargamento? Y, en tal caso, ¿qué era lo que se quería custodiar tan celosamente y que, al parecer, tenía más valor que el mismísimo museo del Prado? Volvió a recordar el testimonio de Frutos acerca de las

reiteradas visitas de Negrín a La Vajol. ¿Qué podía ser tan importante como para que un hombre perdiese de vista una guerra que le podía costar la vida a poco que se descuidara? Arturo reconoció que con aquello no tenía mucho, pero tampoco nada. Aunque debía ir con cuidado, porque sabía perfectamente que quien buscaba desesperadamente explicaciones corría el riesgo de inventarlas. Empeñado en restringir su campo de dudas, lo único que estaba logrando era convertir cada paso en una nueva excavación arqueológica: cuanto más profundizaba, más preguntas surgían.

—Y el tabaco que no falte —introdujo a modo de cuña en el silencio de la mesa, girando el pitillo entre sus dedos.

Un murmullo afirmativo, mezcla de aplomo y pesadumbre, se extendió entre los presentes. Marcelino incluso crucificó el aire con el índice mascullando un amén.

—Antes me contaron que los ingenieros habían ocupado la misma casa que Azaña —rehiló Arturo.

Marcelino acomodó sus mantecas y espantó al gato de la mesa, que saltó con un maullido prolongado.

—Can Barris. Aquí cerca.

—¿Y cómo se le veía?

—¿A Azaña? Gordo, feo, un saco de lástimas. Iba de acá para allá, como cansado de todo. No me parecía alguien viril, capaz de mandar.

—Se conoce que lo de hacer poesía amariconada —sentenció Josep, refiriéndose a su faceta de escritor; al cabo se dio cuenta de que estaba sentado con uno—. Perdona, no era con...

Arturo restó importancia a su embarazo con un gesto.

—¿Y Negrín?

—Venía por aquí —señaló Marcelino—. Ése era otro cantar. Mandón, maniático. Yo le recuerdo una mirada intratable.

—Comentan que en Agullana montaba unas orgías que para qué —terció un procaz Protasio—. La guerra la perdió, pero lo que es el tiempo...

Volvieron las risas.

—¿Y también evacuó con él a las putas? —chungueó Arturo.

—Mire, tiene suerte —dijo Marcelino—, aquí Joan se lo podrá contar mejor que nosotros.

Arturo se fijó mejor en el pastor, que achicó los ojos. Tenía un rostro duro, concretado por las extremas condiciones en que debía desenvolverse.

—Es algo tímido —elucidó Josep—, pero tiene la sangre más fría que un langostino.

—Eh, Joan —Marcelino le palmeó el antebrazo—, dile al señor cómo guiabas a los rojos.

—Me obligaron —dijo con una voz seca.

—Ya, hombre, ya —Marcelino miró a Arturo—. Joan sabe de estos montes como nadie.

El pastor, como para eludir unos segundos más su responsabilidad, se concentró en su labor de tabaco liando otro cigarrillo. Al prenderlo se encogió protegiendo la brasa de su mechero como si alrededor soplara un huracán.

—¿No es verdad, Joan? —vociferó el alcalde, agitando todas sus lorzas y apretando el antebrazo del pastor—. ¿No anduviste de lazarillo por esas trochas de Dios?

Joan contrajo los hombros, echando una larga calada.

—No seas modesto. Aquí donde le ve, si no llega a ser por él, a estas horas los mandamases rojos estarían todos fiambres.

—¿Es posible? —se sorprendió Arturo.

—Me obligaron —repitió Joan.

—Fue él quien los llevó salvos hasta Las Illas —aclaró Marcelino.

—¿Dónde está eso?

—En el Col de Lli, es el primer puesto francés.

Arturo seguía sin tener claro si Marcelino decía las cosas con alivio o con saña. Observó con inusitado interés a Joan.

—Como ve es de pocas palabras, pero lo que yo le diga.

—Ha sido usted protagonista de la historia —dijo Arturo sin esperar respuesta.

—Pues la historia fue una chocolatada —respondió Joan sorprendidamente.

—Joder, Joan —saltó el alcalde—, debe ser la primera vez que te oigo más de cuatro palabras seguidas.

El pastor volvió a caer en su perpetuo soliloquio.

—¿Una chocolatada? —sondeó Arturo.

—Barro —le aclaró Protasio—, en esta época el camino hasta Las Illas es un barrizal.

—Resulta que la mañana en que los peces gordos dejaron el país se levantó la niebla —explicó Marcelino—: No se veía un carajo. Los tipos tuvieron miedo de equivocarse el camino, así que buscaron a alguien que les asegurara el tiro.

Mientras erraba en torno al pueblo, Arturo había visto el derrumbadero que conducía a Francia; desde allí, la frontera quedaba a menos de un kilómetro. Pensó que todo formaba parte de una vieja historia: un rey que muere y un príncipe que nace; e imaginó el cuadro, el instante, uno de éstos en que el mundo cambia irremisiblemente: apenas clareado el día, los hombres más importantes de la República, ya con la guerra saldada, derrotados, desmoralizados, hacían a pie los últimos metros de una España que no volverían a pisar jamás. Se arrastraban hacia su último refugio, que ya no era la propia fuerza, sino la fe en las creencias que habían de ser vencidas. En lo alto de la barrancada, quizás, la guardia personal cuadrada, montados los fusiles y gritando un viva a la República mientras el presidente y su séquito, con un último vistazo a sus espaldas, tristísimo, cruzaban el pasillo de carabineros entre salvas de honor. Tras ellos, se iba levantando una muralla ingrátida, infranqueable, silenciosa. «No hubo acompañamiento de prodigios —rememoró Arturo—, ni hora sexta ni hora nona, ni tupida oscuridad, ni rasgamientos de velos, ni terremotos, ni piedras hendidas, ni sepulcros abiertos... Y tal vez alguno se sorprendió de ello».

—Aquéllos a quienes los dioses quieren destruir, primero les llaman dioses —murmuró para sí mismo.

Al escucharle, la mesa se quedó un poco descolocada, por lo que se apresuró a preguntar: «¿Y qué? ¿Cómo va la partida?».

—Estábamos en la última mano —contestó Marcelino—. A ver, que es para hoy.

Los cuatro jugadores volvieron a coger los naipes y a espiarse por encima de los abanicos. Los gestos, las miradas, hasta las respiraciones se economizaron, como si estuviesen en una reunión de jefes indios. Finalmente, echaron las cartas que les restaban y contaron los puntos, que le dieron la partida al alcalde. Éste, contentísimo, se estiró hacia atrás con satisfacción,

redondeando aún más su barriga. Arturo aprovechó su buena estrella para mostrar también él sus cartas.

—¿Y sería posible ver la mina?

El rostro del alcalde alcanzó su máximo de complacencia.

—Mire, está de suerte, traigo las llaves aquí. La mina se la alquilé a los Giralt y los champiñones los tengo a medias aquí con el amigo Josep. Lo malo es que hay que llevarle a usted y esta tarde yo no puedo porque tengo algunas cosas que mercar en Figueras —reflexionó unos segundos—. Pero ahora que caigo, descuide, puede acercarle Joan, también tiene unos quesos curando allí —miró al pastor—. ¿No dijiste que te ibas a llegar hoy hasta la mina?

Cabeceó afirmativamente sin dar tregua al tabaco.

—Le estaría muy agradecido —aseguró Arturo.

El pastor asertó de nuevo y, ajustándose la zamarra, se colocó una boina toda prendida de pequeños amuletos metálicos: tréboles, higas, herraduritas... A continuación se puso en pie como invitándole a marchar.

—Pues el muerto al hoyo y el vivo al bollo —festejó Marcelino sosteniéndose la barriga—. Espero que queden satisfechos en su periódico.

—Si así fuera, mucho se lo debería a ustedes.

—Más que nada poco. Favor que nos hace —era evidente el placer que le producía exhibir su humildad—. Al final no ha fumado —dijo señalando la mano de Arturo.

Arturo miró el cigarrillo que todavía acariciaba entre sus dedos.

—Con la charla me olvidé. ¿Me da fuego?

El alcalde le alargó su mechero. Arturo arrimó la punta del pitillo y echó una larga calada, esmerándose en su más perfecta máscara de gozo. Luego se levantó y fue despidiéndose uno por uno, apretando con firmeza sus manos, hasta llegar a Protasio. Éste casi no hizo presión pero, sin interrumpir su contumaz vaivén, le retuvo una fracción de segundo más que el resto, mirándole con ojos de estupidez y añoranza. Joan, tras coger la llave que le tendía Marcelino, golpeó el suelo con su cayado calentándose antes de salir. Los golpes le sonaron a Arturo como algo definitivo, y le trajeron evocaciones de tragedias griegas, del *pathos*, la exaltación de sus protagonistas ante la vida y el sometimiento ante el destino que les aniquilará.

También recordó la *Quinta Sinfonía* de Beethoven, y su Muerte, oscura bajo su capucha oscura, llamando a la puerta del hombre, a la puerta de todos los hombres.

* * *

El único ser vivo que les vio partir fue una anciana que, desde la ventana de una casa, les observó pasar. Tenía una cara arrugada como un párpado, fajada por un pañuelo negro; una cara que había vivido mucho y que parecía mirarles desde muy lejos, lejísimos, dentro de sí misma. Persignándose, cerró los postigos y volvió a situar entre los espejismos cualquier noticia sobre los habitantes del pueblo. Fue el único testigo de cómo Arturo tiraba el cigarrillo con una mueca de asco.

El camino de vuelta a la mina lo recorrieron a zancadas vivas a través de los apretados bosques. La tramontana seguía tejiendo el invierno y el frío se clavaba en el pecho como una bayoneta. Durante un trecho Arturo intentó indagar acerca de camiones, conductores y escoltas, pero el pastor no se desenredó de su ánimo taciturno. Próximos ya a la mina, se escucharon los golpes secos de un hacha latiendo en algún lugar de la frondosidad. Arturo imaginó un filo desgajando un tronco, la corteza astillada, aceitosa... y los bosques, el bosque, violentada su intimidad tras siglos uterinos, sus corpulentas raíces agarrándose con rabia a la tierra, como patas, como manos... ya no simulando viento, sino susurrando, susurrando. Los golpes cesaron súbitamente. Y Arturo no quiso seguir pensando. Se concentró en la espalda de Joan; en su paso montuno, vigoroso. Se empleó a fondo para estar a su altura. Hasta las mismas puertas del fortín. Hasta el mismísimo infierno si hubiera sido preciso.

* * *

«¿Quiere que abra?». Por primera vez en todo el trayecto Joan rompió el círculo de silencio en el cual se había envuelto y señaló con su cachava la

enorme puerta metálica. Arturo, con una respiración silbante, contempló irresoluto la entrada del fortín, moteada por selvas de moho y óxido. Después se fijó en la mimetización de edificio.

—Los champiñones más camuflados del mundo —remedó.

Joan no pudo evitar una sonrisa, pero economizada, como si tuviera que abrir una brecha en su cara de dura madera.

—Antes también tenía encima una red cubierta de hierbas —dijo.

—Por los aviones. Eran muy precavidos.

—¿Abro?

—Adelante.

Joan sacó la llave y dio dos vueltas en el interior del candado arañando pesadamente su interior. Con un limpio giro de muñeca lo desengarzó de sus anclajes y se lo guardó en un bolsillo de la zamarra. La puerta, algo trabada, no cedió al primer empujón, viéndose obligado a reafirmarse sobre sus pies y aumentar la presión con las dos manos. Un chirrido se fue elevando, transformándose en violento aullido. La puerta acabó por abrirse lo suficiente para que una cuña de luz grisácea penetrara en el edificio. En su vértice había una lata de sardinas vacía, con su tapa de estaño minuciosamente enrollada. Arturo se apoyó en una de las jambas y fisgó el interior. Sintió una mano en la espalda.

—¿Me deja?

Se echó a un lado y Joan entró, trasteando unos momentos en la oscuridad hasta que volvió a aparecer con una lámpara de seguridad.

—Sólo hay bombillas abajo —dijo lacónico.

—Es un inconveniente.

—Descuide. Pero mire bien y vaya detrás de mí; si se pierde, menuda.

Le dio la espalda y Arturo le siguió. Haciendo honor a su impostura de periodista, se dispuso a cumplir a rajatabla la vieja norma del oficio: recoger toda la información posible, incluso aquella que no parecía tener sentido, pues podía ser decisiva en etapas posteriores de la investigación. Con gesto zahorí y sin perder de vista a Joan, inspeccionó planta por planta el edificio. En el piso bajo era necesaria la lámpara, debido a que las ventanas habían sido cegadas con ladrillos, pero los dos restantes podían ser visitados a la luz del día. Las habitaciones eran amplias, de techos altos; todo estaba cubierto

por un dedo de polvo y claros signos de la retirada y vivaqueos posteriores: botellas, trapos, envases, laterío, huellas carbonizadas de fogatas... En el primer piso se hallaba el montacargas usado para descender a la mina. El segundo había sido utilizado como almacén, a juzgar por las cajas de municiones vacías; balerío mexicano, delatado por el águila culebrera estarcida en sus costados. En el tercer piso dio con lo que parecía haber sido un puesto de mando: teléfonos destripados, un mapa en la pared marcado con banderitas, binoculares estallados... Aún podía respirarse una pegajosa ansiedad, la urgencia, el miedo, la adrenalina, los gritos, las órdenes vociferadas. Tras un registro todo lo escrupuloso que fue capaz, encontró sólo cuatro objetos interesantes: una máscara antigás, un cuaderno de pastas negras, una pulsera con la chapa militar, ovalada, con el número para la identificación de bajas, y un extraño invitado: un balón de fútbol, con la lengüeta rajada, desinflado. Cogió la chapa y la máscara: la chapa estaba quemada y borrada por la herrumbre, inservible; la máscara se le antojó la cabeza de un insecto hipertrofiado, con su visor de ojos circulares y su filtro de aire similar a una trompa alimenticia; no juzgó útiles ninguno de los dos objetos, y el balón tampoco creyó que tuviera mucho que ver con lo que buscaba, así que se concentró en el cuaderno. Con Joan iluminándole, lo hojeó: era un cuaderno de contabilidad común, con su debe y haber en gótica azul y roja. Pasó las hojas pero, salvo algún sello con estrella de cinco puntas característico del Ejército Popular, no encontró ninguna anotación, si bien habían sido arrancadas las primeras diez o quince páginas. Rutinariamente, se levantó la trinchera y lo guardó en la gabardina; a continuación, sobándose la cara mal afeitada, decidió que era hora de visitar la mina.

Nada más subirse en la jaula del montacargas Joan accionó una dura palanca. Con un estrépito de hierros flojos comenzaron el descenso. Hacia el fondo de la tierra, como topos, como muertos. A medida que bajaban el frío iba volviéndose más siberiano. Arturo sufrió un acceso de tos bronca que logró dominar tras mucha brega. Intuyó que los incómodos escalofríos que padecía no tenían nada que ver con la gelidez de la mina. Un fuerte topetazo indicó que habían llegado. El goteo intermitente del agua llenaba toda la oscuridad. Joan abrió la jaula y se acercó hasta una caja de interruptores, manipulándolos con convicción. Al hacer contacto, un rosario de bombillas

peladas que colgaban de cables rizados clavados a lo largo de la bóveda, se abrió paso en la oscuridad. Pasillo adelante iluminaron una recta de raíles, una pequeña vagoneta anclada en su inicio, unas enormes puertas de seguridad abiertas de par en par y, más allá, el contenido que ahora custodiaban: cajas y cajas de champiñones; miles, millones de blanquecinos hongos, plantados en escaques terrosos, que fueron saliendo unánimemente de su sueño. Caminaron hasta las puertas pasando en fila india por unos tablones echados sobre un charco de fango. Realmente allí hacía frío, «como si los muertos llamaran a los vivos», pensó. Arturo no lograba paliar su crudeza ni con la trinchera que le había prestado Maximino. Se arrebujó en la ropa y recordó una frase de la pitonisa que le había detenido a la salida de Chicote: «Hay vivos que son tan bellos para los muertos, que muchas veces se quedan a su alrededor para contemplarles... A tu alrededor hay muchos muertos, Arturo». Respiró con fuerza y escupió un esputo. Se le ocurrió pedir un pañuelo a Joan, pero al comprobar su facha desistió ante las pocas probabilidades que habría.

Sorbió las mucosidades. El pastor, tras darle unas someras instrucciones, se disculpó para ir a comprobar sus quesos. Arturo comenzó a internarse por el lateral libre que había entre la acumulación de cajas y las estigias paredes desintegradas a base de picotazos y hormigón. Avanzaba sin ocultar su desarrimo; bajo aquella luz enferma, dejando atrás caja tras caja arrumbada, ahítas de champiñones, la tensión inicial iba transformándose lentamente en nada. Había alentado la esperanza de dar con el dragón. ¿Dónde encontrarlo mejor? A mitad de camino del centro de la tierra, rodeado de arqueadas costillas hundidas en la tierra, de calaveras con sus cuencas anegadas de barro, ejecutando tenebrosos actos de hechicería para elevar la potencia de su muerte a realidad. Pero el ángel bueno o malo de la certeza le garantizaba que, salvo los ojos rojos de alguna rata, allí no había nada.

Llegó al final de la galería y allí se quedó, con las manos resguardadas en su trinchera, pensativo, mirando los miles, millones de hongos como quien mira el tren que acaba de perder. A lo lejos, bajo las puertas de seguridad, terminó por recortarse Joan, que le hizo señas con su lámpara para que volviese.

«Como un Caronte insomne», pensó Arturo. Y echó mano a su cromo

talismán en un tic supersticioso.

* * *

Maximino le esperaba en el mismo puente; se había sentado sobre el estribo de la camioneta, apoyado de espaldas contra su portezuela con su inseparable petaca a un lado y un incesante trabajo con un librillo de liar. Seguía con la guerrera abierta, despechugado, inmune al frío. «Quizás —pensó Arturo al mirar su dermis calcinada— porque todo el sol del mundo ha pasado por su piel y le ha cargado como a una pila». Cuando le vio venir hizo amago de ponerse en pie, pero Arturo le instó con un gesto a que obviara las ordenanzas. El sargento sonrió reconocido aunque se levantó igualmente, dándole un diestro lengüetazo a la parte engominada de un pliego. *Bambú*, leyó Arturo sobre la cubierta del librillo color hueso, con una marca diagonal, que había dejado sobre el capó.

—Y qué, mi teniente, ¿ha sacado algo? —le saludó con su aguardentoso tonillo andaluz.

—No mucho.

—Hay que utilizar más la psicología —sonrió mientras palpaba la culata de su pistola.

—Tiene razón —Arturo también sonrió—. ¿Cómo ha pasado el día?

—Aquí... allí... Yo no me aburro.

—Disculpe por la tardanza. Y gracias por esto —pellizcó la trinchera—, me ha servido.

—No hay de qué. ¿Un lingotazo? —le ofreció la petaca.

—¿Por qué no?

Arturo dio un largo trago que le hundió un hierro al rojo en el estómago. Le devolvió la petaca a Maximino y fue a apoyarse sobre el pretil de piedra. Se echó para atrás el ala del sombrero. La tarde se había decantado con el tiempo algo revuelto. Le apeteció ver la luz del puente y se inclinó temerariamente sobre él. El torrente continuaba explorando con su atormentada nota la soledad circundante. Echó un vistazo panorámico a los bosques. La tramontana se refugiaba en su espesura, dotándolos de voz.

Volvió a contemplar la torrentera. Pensaba. La investigación había ido perdiendo la fuerza gravitatoria que le había orientado en aquella dirección. Todo estaba claro pero invisible, como el agua dentro del agua, como si alguien quisiera que sabiéndolo todo, no supiera nada. «Greta», se le ocurrió al instante. «Greta», susurró.

Pero lo dijo sin convencimiento, como quien repite un número cualquiera delante de una ruleta en marcha. De nuevo la duda. Siempre la duda. Se golpeó el cráneo con los nudillos. Frutos. Frutos. Parecía mentira que se encontrase allí por unas letras mal mecanografiadas. Manuel. Un ahorcado desconocido. Xargu. La habitación de Xargu. Las visitas de Negrín a la mina. *El arte de matar dragones*. ¿Dónde se hallaba la verdad? ¿Dónde el nexo que lo relacionaba todo? Un poco de tierra firme en todo aquel pantano. Un poco de tierra.

Se dio la vuelta y miró a Maximino, que fumaba apoyado contra la camioneta.

—¿Sabe dónde queda Can Barris? —le preguntó.

—Sí, mi teniente.

—¿Hay alguien?

—Creo que está abandonada.

—¿Podemos acercarnos hasta allí?

—Sí, claro.

Arturo, decidido, se montó en el vehículo dando un portazo. Maximino tiró la colilla y frotó el suelo con su bota; luego se subió en la camioneta y la arrancó con un mugido del cambio. Al rato de hallarse en camino, Arturo consideró que acaso el fuerte golpe podía haber sido malinterpretado por el sargento como una señal de irritación. *Nunca utilizar la violencia sin un buen propósito*, pensó.

—¿Y tiene mucho trabajo por aquí, sargento? —se interesó con educación.

—Sobre todo en la montaña, mi teniente —Maximino apuntó con la barbilla a los Pirineos—: Contrabandistas, guerrilleros...

Arturo iba a seguir con su acto de contrición cuando se removió molesto en el asiento. Se inclinó de costado y, levantando la trinchera, extrajo de la gabardina la causa de su incomodidad: el cuaderno con el forro de hule

negro.

—No me acordaba de esto —repasó otra vez sus páginas.

—¿Es suyo o lo ha encontrado, mi teniente?

—Lo he encontrado, y la verdad, no sé por qué me lo he traído. Está en blanco.

—¿Me deja ver?

Arturo le entregó la libreta y Maximino condujo con una sola mano. La que se aferraba al volante vibraba con el doble de fuerza.

—Hay algunas arrancadas —observó.

—Sí.

—¿Y es importante?

—Si se lo pudiera decir, ya sabría tanto como yo.

Maximino apretó los labios y estudió las páginas, vigilando cada poco el camino. En un momento movió los labios para decir algo, pero se lo calló. Cuando le devolvió el cuaderno, lo hizo torciendo la boca y abriéndolo justo por la primera hoja intacta que seguía a las rotas.

—Fíjese —dijo—, ahí —señaló con el dedo—. Han quedado marcadas las anotaciones que hicieron en la última hoja que arrancaron. Se ve mal, pero se ve.

Arturo lo comprobó y, efectivamente, se podían distinguir unos garabatos vaciados en el molde de unas líneas sin tinta. Letras y números.

—*Hipucama 137* —deletreó—. ¿A usted le suena de algo?

—No, mi teniente.

Volvió a examinar los signos. Pasó las páginas hasta que su rastro se fue perdiendo paulatinamente, fundido en el blanco del papel.

—*Hipucama65*.

—Deben ser anotaciones de intendencia o claves de transmisiones.

Arturo efectuó un rápido repaso a los conocimientos de criptografía adquiridos en el SIPM. No se ajustaban a ninguna de las claves con las que había trabajado durante la guerra. Supuso entonces que se trataría de un asiento común de algún tipo de depósito. Le pidió a Maximino algo con que escribir y éste le dejó una estilográfica con la que apuntó las anotaciones en una hoja limpia que luego arrancó, guardándosela en un bolsillo. Miró fuera. Un par de gotas temblaban en el cristal de la ventanilla, pero el cielo aún no

tenía aspecto de descargar.

—¿Ha llovido? —preguntó.

—No que yo sepa, mi teniente.

—Pues esperemos que no lo haga.

Maximino volvió a pelear con las marchas.

—Mi teniente.

—Qué.

—Aquí hay más cera que la que arde, ¿no?

Arturo sonrió espiando una línea de gigantescas encinas.

—Se lo repito: si se lo pudiera decir, ya sabría tanto como yo. O a lo mejor más.

—No, si ya me lo olía yo —dijo ajustándose la entrepierna.

* * *

Can Barris se hallaba en uno de esos recintos claros, transparentes, que hay en medio de los bosques y donde todos los senderos se interrumpen. Era una casa solariega de gruesas vigas y paredes de piedra y yeso, con grandes desconchones revestidos de hiedra. Estaba rodeada por una tapia coronada de cristales sucios y coloreados; y separando casa y tapia, crecía un jardín asilvestrado por el abandono, salpicado por un concierto de objetos: estatuas rotas, con lepras de verdín; piletas vacías con sus cañitos podridos; sillas de mimbre blanco volcadas, desalambradas... Arturo comprobó que la fatalidad no se limitaba sólo al abandono, sino que también la peste militar había llegado hasta allí, delatada por algunos listones carbonizados en el ala oriental, sosteniendo la nada. Dejó a Maximino al pie de la camioneta y caminó hasta la cancela. Se detuvo a dos pasos de ella, admirando el laberinto de herrajos y piñas de bronce que la remataban. Entró en la propiedad precedido de un quejido de hierro oxidado. El viento batía furiosamente persianas y postigos, despertando chirridos de goznes herrumbrosos, rumores de fronda, remolinos de hojas... Era evidente que la casa llevaba tiempo muerta de mano airada. Dio una vuelta alrededor y luego entró. Fue abriendo cajones, recogiendo objetos, levantando piedras y mirando lo que contenía la

oscuridad. Cuando se cansó, se apoyó sobre una bañera volcada, de grano finísimo y sustentada por bronceas garras de león. Parecía que el invierno hubiese vivido físicamente allí, como si durante su estancia en el Ampurdán hubiera elegido aquella casa para proclamar: ya estoy aquí, mi imperio, soy yo, el invierno sombrío. A Arturo no le costó nada imaginarlo porque también él la habría escogido.

Salió al jardín y puso en pie la única de las sillas de mimbre que resistía a la ruina universal, asentándola firmemente en el suelo. Se sentó. El resto de la cosecha de sillas se le antojaron extraños instrumentos de música quebrados. Apoyó su mentón en la concha de sus manos. Las hojas cimbreaban en las puntas más altas de los árboles con un silbido imponente. Un par de gotas de agua percutieron en su rostro y miró hacia arriba; escrutó un cielo pastoso, confundido, aunque las nubes provenientes del este marino de la provincia no parecían aún resueltas a descargar. Echó un vistazo automático al reloj. Su torero continuaba inmóvil, a tono con el lugar. Por alguna extraña e inconsciente asociación visualizó a Anna y se sorprendió pensando que desde que había llegado allí no se había acordado de ella. Anna. Pronunció su nombre para no sentirse demasiado desterrado. Curiosamente, Arturo sólo podía ver sus labios, el frío maligno apretado en ellos cuando se le había montado a horcajadas. Apenas un gesto que se le había quedado grabado, pero por el que un hombre podría olvidar todos sus deseos y ambiciones. Faltaban escasamente tres días para la subasta y él no tenía la más mínima idea de cómo evitarla. «*¿Y qué hago aquí? —se preguntó—. ¿A qué viene esta malsana obsesión de los hombres por llegar al final del camino, cuando la mayoría de las veces allí no les espera nada? ¿A qué?»*.

Un lento esquileo le sacó de sus pensamientos. Una enorme vaca, a parches negros y blancos, se le fue acercando perezosamente. Lo hizo con cuidado, como si no se creyera autorizada a ocupar demasiado espacio, hasta colocar tímidamente su cabeza babilónica frente a su rostro. A intervalos se azotaba con la cola su huesuda grupa embarrada. Allí se quedó, mirándole con sus ojos redondos, líquidos. Arturo se inclinó hacia delante y le acarició el cepillo de su pelo, hasta acabar apoyando la frente en el enorme costillar. Sintió que la presencia del animal transformaba la quietud del lugar no en un reposo de cosa muerta, sino de vida parada. Y experimentó un instante de

paz, como el pedazo de cielo azul que se abrió intermitentemente entre las nubes y que él no llegaría a ver jamás.

Capítulo 15

Metodología del azar

Ya me explicará cómo hace usted esas proezas: «ha dormido veinticuatro horas seguidas». La voz de doña Rosa precedió al fuerte ruido de persianas enrolladas y al recorrer metálico de cortinas. Arturo la escuchaba como a través de filtros opacos, cada vez más finos a medida que iba deshaciéndose de las frazadas de sueño. Intentó moverse, pero se sentía pesado, como si la cama estuviera imantada. Abrió los ojos. Luz luz luz. De piedra sólida. Multiplicada hasta el pánico infinito. Su mente comenzó a coletear confundida, como un pez sacado de aguas profundas. «Le levanto porque no es sano dormir así; también le ha llamado su jefe». Neuralgias. Mareos. Saliva seca. Desorientación. Un bloque de cemento por cabeza. Piedra en el fondo de un sueño. Piedra. Legañosa. «En esta habitación hay más porquería que en el palo de un gallinero, don Arturo, cualquier día le voy a tirar... Santísima virgen». La exclamación alarmada de doña Rosa le despabiló un poco. «Qué mierda...». Embotellamiento de palabras. Tos. Acalambrada. Seca. Logró distinguir el bulto de doña Rosa recortado contra el balcón.

—Esa lengua, don Arturo... Como siga echando sapos tendré que lavársela con jabón, ¿estamos? Y por Dios bendito, ¿se ha visto usted?

Arturo notó una mano abarcándole la frente, que le dejó un rastro oleoso al retirarse.

—Está que no se tiene, hombre de Dios. Debe de tener fiebre. ¿Cómo no

me ha avisado? Hay que llamar a un médico.

Arturo sintió cómo le abrazaban; un blanco abrazo de criatura solar con el instinto maternal a flor de piel. Se acurrucó junto a ella. Era un amor de temperatura idónea, que no quemaba. Doña Rosa le apretó más, como si quisiese meterlo dentro de sí, y se produjo el intercambio: el hijo que nunca tuvo, la madre que nunca tuvo. Se tocaron balsámicamente, se besaron con los ojos, y sus fealdades fueron casi hermosas. Inmerso en el cálido correr del sol, Arturo fue capaz entonces de localizar el puente de recuerdos y proyectos levantado la noche anterior —y que construía cada noche— en los instantes previos al sueño, permitiéndole pasar por encima de aquella pequeña muerte y demostrarse a sí mismo que estaba vivo. Todo volvió. Y sintió que ese todo se removía en su cuerpo como un nido de cangrejos. Súbitamente, un universo de sudor frío. Una arcada. Y otra. La oleada de vómito le golpeó la garganta, tensando sus músculos. Doña Rosa prácticamente se lanzó a por el orinal que había en el departamento de la mesilla, pero llegó tarde. Las sábanas se tiñeron de un color naranja por el que se iba desplazando algún fragmento grumoso. Arturo notó un repugnante olor a bilis mientras las lágrimas le anegaban los ojos. Hilillos de saliva se alargaban desde sus labios hasta encontrar su punto de fractura.

—Qué tenemos, hijo mío, qué tenemos.

Doña Rosa salmodiaba las palabras mientras traía agua, toallas y sábanas nuevas, librándole cariñosamente de su miseria. Arturo, que había asistido medio grogui a las operaciones, experimentó un infinito consuelo por aquel *tenemos* en vez de *tiene*. En cuanto la dueña hubo limpiado y arreglado la cama, recogió toda la ropa sudorosa y desastrada del viaje y, vaciando los bolsillos sobre la mesilla, se la llevó diciendo algo sobre traerle un caldo y llamar inmediatamente a un médico. Arturo apretó los párpados tan fuerte que le dolían; las lágrimas cayeron a pesar de todo. Los mantuvo así hasta que volvió la vieja. Cuando abrió los ojos, ribeteados de rojo, inundados, la miró con autoconmiseración e impotencia; esperaba que ella le susurrara que nada tenía importancia, que no había nada que temer. Sólo necesitaba una pizca más de seguridad para confesarse: deseaba contarle, quería que ella comprendiera. Pero doña Rosa no parecía comprender.

—Badajoz... —susurró—, el dragón...

—Si no habla más alto no le oigo, don Arturo.

—Badajoz...

—¿Cómo dice? —la vieja se acercó a sus labios.

—Los toros... Badajoz...

—No se le entiende nada, está usted disparatando. Es la fiebre. Voy a prepararle algo caliente y a llamar a un médico enseguida. Verá como no es nada.

Arturo calló. Fue una oportunidad perdida, como un cometa que cruzase el firmamento una vez cada cientos de años.

—Vengo ahora. Quédese ahí y tápese.

Tras la reconvención, doña Rosa le dejó solo. Arturo notaba un ligero dolor de garganta y un sabor agrio encostrado en sus papilas. Cuando logró restituir la corriente en su cerebro, fue consciente de que había estado a punto de abrir las provincias más turbias y alejadas de su alma. Una estupidez. El sol, pegajoso como jarabe, le estaba derritiendo la sesera. El astro le hizo pensar en Phineas Fogg. «Si pudiera vivir hacia Oriente, ganar tiempo al sol». La vuelta de Cataluña había resultado un viaje agotador, primero en el polvoriento Auburn y luego en un cochambroso tren; milagrosamente, la cafetera había resistido, y había sido en el ferrocarril donde, como el héroe de Verne, había sido alcanzado por una postergada adversidad y perdido un tiempo precioso, debido a una avería en la máquina que obligó a retrasar la salida cinco horas. Recordaba haber entrado en la estación del Norte embarcado en una velocidad oscurísima, punteada por unas estrellas limpias y afiladas. Nada más llegar a la pensión se derrumbó en la cama no dormido, sino desmayado; tenía pensado descansar un par de horas y no se había levantado en veinticuatro. Ya era miércoles y con Anna en peligro lo último que necesitaba era un medicucho que le recetara una semana encamado y un tubo de pastillas. Abrió el armario y se vistió rápidamente con lo primero que encontró, cubriéndolo todo con una gabardina. La luna que revestía el interior de la puerta le reflejó: su flaquez de galgo, sus brazos colgando a lo largo del cuerpo, como si le pesaran el doble, su rostro pálido y descarnado. Observó aquella naturaleza apaleada: estaba hecho una verdadera mierda. Cerró el armario, cogió la pistola del fondo de la mesilla y rellenó sus bolsillos con lo que doña Rosa había dejado sobre ella. Junto con el cromo, se

hizo también con las medias que guardaba en un cajón. Sofocando una tos rasposa, se escabulló de la pensión antes de que doña Rosa adivinara sus intenciones.

* * *

Madrid. Se asomó por encima de sus pensamientos y contempló Madrid. El efímero espejismo solar hacía que todo fuera más grande, como si la ciudad se hubiera desencogido despertada por el calor. Sudor agrio, aromas baratos de heliotropo, bocanadas espesas de humo y multitud desde las puertas de los cafés; campanas de tranvía, bocinas, cláxones; músicos ambulantes, trotacalles, señorones con abrigos de cuello de piel, mendigos sin piernas dentro de carritos de madera, patrullas de milicias... Al contemplarla en plena efervescencia, le admiró lo milagroso que resultaba que tantos seres pudieran nacer y vivir sin conocerse, sin odiarse ni estimarse; en la misma ciudad, en el mismo barrio, en la misma casa, en sus mismos corazones. Arturo se encontraba destemplado, con un fuerte constipado o dios sabía qué; que su cabeza expulsara extrañas lógicas como el organismo desalojaba el pus resultante de batallas patógenas, no hacía más que confirmarlo. Le entró hambre. Se acercó hasta la Gran Vía, ahora avenida de José Antonio. A la altura del Banco de España había un puesto de churros en el que solía detenerse de vez en cuando. Estuvo contemplando al churrero, de blanco immaculado, manipular la artesa para la masa, los juegos de jeringas, la sartén, los hierros para retirar del fuego los churros y los buñuelos, y finalmente, enhebrar el haz de junquillos en cuyo interior se entregaba al cliente su aceitoso contenido. Cuando recibió el suyo, se entretuvo devorando los churros hasta ver llegar el tranvía que le acercaría al Ibérico. En cuanto montó, el mundo se le presentó de nuevo como una abstracción: un vehículo que corría con tanta decisión y potencia hacia alguna parte, un mecanismo tan preciso, técnicamente tan eficaz, llevándole a él, que no tenía ningún objetivo ni creía ya en nada ni esperaba nada; un caos transportado con horarios exactos, tarifas, cuerpos de inspectores, ordenanzas de tránsito... Sí, extrañas lógicas patógenas.

Arturo sujetó la puerta acristalada del Ibérico tras la apresurada salida de un parroquiano. Invariablemente, quienes primero le recibieron fueron las cabezas de toro, con sus belfos entreabiertos y lenguas moradas, manteniendo congelado en su cerebro de serrín el brillo mortal del último estoque. En el interior de la bodega había un rumor de colmena azuzada. El local estaba lleno hasta las cachas, animado, con gente bebiendo, discutiendo, jugando a las cartas; había hasta unos contertulios palmeando sobre los veladores mientras llevaban el compás de un individuo que cantaba con voz gargajosa. El humo azuleaba esclerosándose sobre las cabezas; brillaban el limpio anís de las copas, la luz añeja del coñac, el jugo oscuro del vino. Arturo saludó sesgadamente a Mauricio y le pidió un vaso y un frasco de tinto. El exboxeador interrumpió el refrote de la barra de caoba grasosa, e intuyendo por el aspecto en llanta de Arturo que no estaba para mucha francachela, le sirvió sin más ceremonia. Sólo se permitió señalar al limpia, que se hallaba sentado de espaldas trabajando los zapatos de un cliente. Arturo cabeceó reconocido y fue a ocupar una mesa que acababan de dejar vacía. Fijó la vista en las blancas vetas del negro velador. Le resultaba perentorio hablar con un amigo. Necesitaba a su escudero. Mientras esperaba comenzó a beber como si estuviera calcinado; terció la botella antes de que Vicente se diera cuenta de su presencia. No bien le hubo localizado, cogió carrera hacia su velador y tras anclar su banqueta, principió su ritual de escabel, naipes, cepillo y bromas. «La corte de los milagros bajo un uniforme de decisión», se le ocurrió a Arturo mientras le veía disponer los utensilios sobre su llamativa caja de limpiabotas profusamente decorada de tachuelas doradas.

—¿Cómo estamos, don Arturo? —saludó aún concentrado en sus trebejos.

—Peor que ayer pero mejor que mañana —respondió éste con voz nasal.

—Pero es un día más.

—También uno menos.

El limpia, satisfecho con el cínico peloteo, levantó su sonriente rostro, que quedó rígido del susto.

—¿Pero qué hace aquí, don Arturo? Usted no está para danzas —le riñó suavemente.

—Figuraciones tuyas.

—Nanai, don Arturo.

—Tengo alguna gotera pero me encuentro bien.

—No se ha visto en el espejo.

—Ya me tengo visto demasiado.

Vicente escrutó un instante los brillantes ojos de Arturo, sus oscuras ojeras; algo debió convencerle para desistir de sermones y volvió a frotar concienzudamente recuperando su mordacidad.

—¿Y qué hay de nuestra dama? Se llamaba Anna, ¿no?

—Sí, Anna.

Vicente hizo amago de abrirse el abrigo.

—¿No querrá alguna cosita más para ella?

—No, no, déjalo. Con las medias fue suficiente.

—¿Y para usted?, precisamente ahora tengo unas novelitas sicalípticas...

—se sujetó de nuevo el borde de la prenda llena de supervivencia—. O si quiere le puedo conseguir género superior: *güisqui Jony Balquer*, perfume de *Gerlaín*, plumas Parker...

—No, Vicente, muchas gracias.

—Usted se lo pierde —soltó la delantera resignado—. ¿Le gustó el *nilón* a su señora?

—Todavía no he podido dárselo. El trabajo...

—No me extraña. Con la que tienen montada esos alemanes. Necesitarán mucho mineral para su guerra. ¿Cómo era aquello que les daba usted?

—Wolframio.

—Pues lo deben estar facturando a paletadas. A la chita callando a la chita callando se llevan trajinada media Europa. Pues eso mismo es lo que tiene que hacer usted con su doña; que si una mentirijilla por aquí, que si un regalito por allá, que si un cañonazo por acullá, y así cae hasta la más pintada.

—Ya veremos. A veces pienso que estaría mejor solo. Te ahorra muchos problemas. Sí, mejor solo que mal acompañado.

—Estar solo es estar mal acompañado —afirmó el limpia casi indignado, con pirotecnia de gestos—. Invierta en salud, don Arturo, que la soledad es muy mala. La gente que no tiene a nadie se enrancia, va por la calle de la amargura. Porque lo que se gasta en el amor, cuando no lo hay, se desvía hacia cualquier otra cosa. ¿No ve a los alemanes? Como no se la chupan bien,

se dedican a tirar bombas para desfogar. O mismamente las monjas. ¿O usted se cree que si esas mujeres hubieran encontrado a alguien a quien querer y que las quisiera y que les echara un polvete cada cuanto, andarían limpiando leprosos en misiones? Puede que alguna, por vocación, pero la mayoría ya tendrían familia y a los leprosos les podían ir dando.

—Eso es atentatorio al pudor. Como vayas por ahí diciendo eso...

—Yo sé con quién me juego los cuartos, don Arturo.

—Bueno, pero ten cuidado.

Arturo cogió el frasco de vino y rellenó el vaso. Echó un trago. Vicente detuvo un segundo su frotamiento.

—¿Y vio más al tanguista?

—¿A quién?

—Al cabrón aquél. El que tenía cara de artista.

Arturo sonrió al comprobar que también Vicente se había percatado del parecido cinematográfico de Román Duarte Aldecoa.

—No, no le he visto más —mintió.

—Es un dolor que haya gente así —los ojos del limpia se humedecieron un poco.

—Tranquilo, Vicente, que no llegó a prender.

—Usted sabe manera, don Arturo, usted sabe manera.

Se mantuvo unos segundos abstraído en la labor hasta que, de improvviso, la cara se le alegró como si hubiera recordado un día feliz hacía muchos años.

—¿Y qué, atrasa mucho el Longines? —preguntó ladino.

Arturo miró el torero petrificado en el mediodía y golpeó teatralmente la esfera del reloj.

—No, ni adelanta.

Cruzaron miradas de connivencia y empezaron a descojonarse. Con un último cepillazo, el limpia le bajó un zapato y colocó el otro en el escabel, buscando nueva postura en el banquetín.

—¿Sigues yendo al cine? —se interesó Arturo.

El limpia se puso algo nervioso.

—Si no ya estaría más muerto que muerto.

—No será para tanto.

—Sí es, sí. ¿Y le cuento por qué? Nunca se lo he contado a nadie.

—Si te apetece.

—Me apetece. Yo duermo mucho, don Arturo, y sueño más.

—¿Y eso es malo?

—Depende. En mi caso es una ruina, porque mis sueños se parecen mucho a la vida, como si no pudiera inventarme nada mientras duermo. Imagínese. Todo el santo día trabajando y luego a seguir la jornada durmiendo. No hay Cristo quien lo aguante.

Hizo una pausa en su discurso aguardando la réplica de Arturo, pero éste permaneció en silencio, a la expectativa. El tono de Vicente se llenó de rabia y ternura.

—Imagínese, qué mal ángel. Pues si no llega a ser por el cine, que me distrae de esta puta vida, a estas horas estaría criando malvas en camposanto. Porque a mí me aprendieron a vivir sin ilusiones, que es la única forma de vivir; mi padre me decía que esperara siempre lo peor, porque así no me llevaría tantas hostias. Y que al mismo tiempo procurara reírme, reírme siempre, aunque me muriera por dentro, porque los desgraciados son apartados del mundo. Así que me ocupaba sólo de este vivir y morir; pero, no sé, me parecía que me encontraba en un pozo, pudriéndome, y que todo pasaba por encima sin saber que yo existía. A mí siempre me faltaba algo, don Arturo, y no tenía ni zorra de lo que era hasta que un día me dio por entrar en un cine. Fue antes de irme a Marruecos. Lo recuerdo como si fuera hoy. Era una película muda: *Don Juan Tenorio*. Y fue magia, don Arturo, le decían a uno que metiera la mano en el fuego y le garantizaban que no se quemaba. A partir de ese momento iba al cine como... como... —se puso nervioso buscando una buena comparación— como los creyentes rezan — casi gritó con alivio—, o como los borrachos vigilan la botella cuando está vacía. Luego, cuando uno sale del cine, la vida vuelve a empezar, y nosotros otra vez a ser sus esclavos, pero mientras... mientras no nos miramos las cadenas, ¿me entiende?

Arturo observó a Vicente dando un sorbo de vino. Siempre le chocaba la apariencia de frivolidad y ligereza del pobre tullido, en contraste con su tristeza y fatalidad.

—¿Y qué has visto últimamente? —le preguntó.

—Nada de Cifesa, que la tengo atravesada; ya sabe usted que las

folclóricas me empachan. Mucho chau chau pero luego nada. Yo al que veo es a Errol Flynn; me gusta mucho cuando actúa de Capitán *Blood*. Con esa sonrisa que tira para atrás, todo el día dando saltos y ensartando villanos como si fueran aceitunas —ejecutó un par de floreos como si su cepillo fuese un sable; con el ímpetu se creció y se le juntó confianzudo—. Y es un vivalavirgen: la chismografía dice que en las fiestas que monta en *Jolivú* toca el piano con la polla —soltó una especie de gorjeo rijoso y recuperó su medio metro por debajo del mundo—. También estuve el otro día en el Avenida viendo *Sigamos a la flota*; me gusta mucho *Fred Astaire* haciendo claqué a toda leche. Con su frac, su sombrero de copa, sus guantes blancos...

—Su Ginger Rogers...

—Y la jamona ésa, sí. Está buena, pero es un poco faltosa; demasiado emperifollada para mi gusto. Ya conoce usted de quién es mi corazón.

—Conozco, ¿cómo no voy a conocer? —aseveró Arturo a través de una media sonrisa.

—¿Hay alguien capaz de no engañarse de la Garbo, don Arturo? Ésa es de las que excepcionan cualquier regla —cerró los ojos como tasando mentalmente sus encantos—. Y eso que dicen que le van las tortillas; pero, qué va, ¿cómo le van a gustar las gachís a una mujer como ésa?

—Precisamente por ello.

Vicente se quedó un poco confundido.

—Igual, no sé —espantó los melindres con un cepillazo—. Bueno, lo importante es que toda estrella de verdad tiene que saber divorciarse, fumar y cruzar las piernas, y nadie como ella, don Arturo. Nadie como ella.

—¿En qué película lo has oído? —preguntó un solazado Arturo.

—En ninguna, me lo parece a mí.

—Ah.

Arturo le observó intrigado. Vicente buscaba desesperadamente una patria de esperanzas, ternuras, recuerdos... Nada raro, lo que perseguía todo el mundo, sólo que él la necesitaba tan perentoriamente que le bastaba con simulacros de luz.

—Hoy ya me he comprado veinte iguales y en cuanto me toque me marcho a conocerla. Ya verá, ya.

—Lo único que veo es que como no te fijes vas a acabar cepillándome los

calcetines.

Su cara de rana vieja adoptó una expresión de susto.

—Qué fallo, perdone, don Arturo, con la emoción no me daba cuenta.

Le limpió los descuidos de betún y le dio un último repaso a los zapatos. Luego contempló su obra entrecerrando un poco los ojos, como un artista que escrutase dónde faltaba el retoque final. En ese momento un cliente pronunció el consabido *limpia* reclamador, al que respondió con un *ya va, ya va* y que le obligó a recoger los trebejos en el estuche. Antes de levantarse volvió a mirar a Arturo con un fijo reproche.

—Váyase a casa, don Arturo, que tiene muy mala jeta.

—No, todavía me quedaré un poco.

—Bueno, usted sabrá. Si se queda, en cuanto cumpla con aquel cliente estoy con usted otra vez. Si quiere, claro.

—Me gustaría mucho, Vicente.

—Pues sanseacabó.

Arturo le siguió con la mirada mientras renqueaba con toda su impedimenta hacia el velador donde le solicitaban. El limpia no era un vencedor, pero era demasiado orgulloso en su derrota; tanto, que la desvirtuaba, le estirpaba su sentido de fracaso. Arturo terminó el frasco de vino y rebuscó en los bolsillos. Tuvo un acceso de ternura al descubrir unas bolitas de alcanfor que doña Rosa utilizaba contra la polilla, pero no se abandonó a él y sacó la hoja del cuaderno de contabilidad donde había apuntado el misterioso acertijo de letras y números. Junto con ella, algo azorado, sacó también una estilográfica; la misma que le había prestado Maximino y se había olvidado de devolver. Estudió las anotaciones. A continuación desenroscó el capuchón de la estilográfica y copió lentamente el calambur, escalonándolo a lo largo del papel pautado. *Hipucama*. Efectuó diversas combinaciones buscando la adecuada para abrir el arcano, todas sin éxito. De tanto copiarlos llegó un momento en que los signos quedaron tallados en su retina; supo que no valía la pena repetir los mismos razonamientos, ya que se acababa formando una huella mental que impedía salidas laterales. Posó la estilográfica y tuvo una de esas distracciones estéticas que surgen en los momentos de agobio, quizás para distraer la sensación de fracaso. Se le ocurrió que los signos podían contener la clave

del nombre secreto del dragón. Si la tradición era cierta, bastaría con pronunciar su nombre para que éste se desplomara sin que el caballero desenvainase siquiera. Y pensar así resultaba de lo más sensato: cada uno es su nombre. AA. Las iniciales, despojadas aún de significado, adquirieron dimensiones desproporcionadas, porque todo era más cuando no era. Se le antojaron un secreto dentro de otro secreto, una fisura en lo apariencial que el anónimo autor de *El arte de matar dragones* había disimulado a base de antropocentrismo artístico e iconografía medieval. En la mente de Arturo se despejó otra solapada brecha en la realidad: una bocanada de luz cegadora que se fue concretando en un bosque de jinetes blindados, envueltos en la cegadora intensidad de sus bruñidas corazas. Volvía a la explanada de la justa. A continuación, escuchó un sonido de Armageddon: heraldos y trompeteros dando comienzo al torneo. Arturo se ajustó el yelmo hasta la gola, se hizo la señal de la cruz y echó un último vistazo al trono rodeado por oriflamas de corazones sangrantes y corazones heridos reservado para la reina de la belleza, a los cortejos de jóvenes doncellas vestidas fantasiosamente y a Anna. Sus ojos negros, brillando como mica negra, sus rasgos exquisitos y simétricos entre sus pesadas trenzas, el esmalte liso de su piel. «El sitio será para ti, princesa», susurró. Tras partir el sol, la flor de la caballería se preparó para entrar en combate. Arturo ocultó celosamente el cromo entre las placas de acero de su armadura. A las señales de las trompetas tensó la mandíbula y espoleó el caballo. Al galope; rápido, rápido, más rápido... Anna...

—Listo, otra vez aquí, don Arturo.

Arturo levantó los ojos violentamente arrancado de su alucinación. Vicente le contemplaba sonriendo como un niño con dentadura postiza.

—Ah, ya has vuelto —respondió con algo de flojera.

—Sí, y le voy a contar el último chiste que corre por Madrid.

—Venga.

El limpia se acantonó a sus pies rodeado de los bártulos.

—¿Usted sabe lo que dijo aquel anarquista después de pegarle fuego a una iglesia?

—No.

—Siento mucho haberlo hecho, pero juro por Dios que creí que estaba dentro el cura.

Arturo sonrió acompañado por las risas descacharradas del limpia. No acertaba cómo pero, aunque estuviese desfondado, Vicente siempre lograba enhebrar su humor.

—Pero si ese chiste es más viejo que andar de pie.

—Pues yo es la primera vez que lo oigo —se palmeó la frente—. Se me olvidaba —sacó un pañuelo de un bolsillo—, tome, don Arturo, el que me prestó.

—¿Qué es?

—¿No se acuerda? Cuando nos topamos frente a Gobernación. Me lo dejó por la llorera.

—Ah, ya —recordó el embarazoso encuentro—. ¿Pero no te lo había regalado?

—No, no, me lo quedé para lavárselo —se lo acercó con resolución.

Arturo asintió aún vacilante. Vicente, al inclinarse sobre la mesa para arrimarle el pañuelo, entrevió la hoja con el revoltijo de anotaciones y clavó descaradamente su vista en ella; la impertinencia llamó la atención de Arturo por ser totalmente ajena a su carácter. Quiso soslayar el desliz del limpia sonándose un poco y dándole las gracias, pero Vicente no respondió, mirándole con un parpadeo de perplejidad. Arturo tuvo que obligarse a no bajar los ojos, invadido por un súbito e incomprensible complejo de culpabilidad.

Vicente volvió a vigilar más que a observar el papel.

—¿Pero no era wolframio lo que mercaba con los alemanes? —le preguntó sin dejar de mirar la hoja.

—Y sigue siéndolo.

—Pues hay poca gente que conozca la clave que usábamos en África para la iperita.

—¿Qué?

—Sí, hipucama: hijodeputacabrónmaricón. La iperita, el gas asfixiante. Cuando lo de Annual, después del suicidio del general Silvestre, los mandos quisieron gasear todo el Rif para acabar con la resistencia, pero hubo bloqueos internacionales y no pudieron utilizarlo. Pero, aunque no dispusieron de grandes cantidades, llegó una partida secreta de Alemania y se hizo un ensayo. Una escabechina, oiga. No era algo cabal. No se puede matar

a la gente como si fueran ovejas.

—¿Y los números?

—No sé, la cantidad de bombas y espoletas a rellenar, cálculos de efectividad por kilómetro cuadrado...

El rostro de Arturo se enturbió. La Virgen de las Casualidades, contingente, voladiza, venía de nuevo a demostrar que la vida estaba llena de absurdos infinitos que no aparentaban verosimilitud precisamente por ser verdaderos. Aquello removi6 ondas concéntricas en su mente. Muchas interrogantes quedaban neutralizadas: todavía no discurría con claridad, pero ya veía con claridad. Miró alternativamente al papel y a Vicente con sentimientos contradictorios; por un lado le apetecía besarle los pies, pero por otro odió la facilidad con la que había llegado a la verdad sin agotarse, tomando el camino más corto.

—Así que era gas —dijo con una voz cortada y enferma.

Arturo estrujó el papel y rumió las alternativas que se le ofrecían. Como una cortesía de su memoria, en su cabeza brilló uno de esos detalles que acumulaba como basura: la máscara antigás que había encontrado en el fortín de La Vajol. «Mierda», pensó.

—Vicente, tengo un poco de prisa —se levantó con premura—. Ya te explicaré.

El semblante de Vicente reflejó una honda preocupación.

—Usted anda metido en algo; lo veo en sus ojos, don Arturo. Ni sé lo que es ni me debe interesar, pero por la estima que le tengo, ha de llevar cuidado. Y sobre todo cuide el alma.

—¿Por qué me dices eso?

—Por nada. Sólo le aviso de que son buenos tiempos para el demonio: la gente está dispuesta a vender. Y el diablo compra mucho. Pero, ¿a que no sabe por qué no compra más?

—No.

—Porque se equivoca al ofrecer el mundo; algunos quieren dinero, o poder, o tierras... Pero yo le aseguro que la mayoría sólo vendería su alma por una miseria, bastaría con un sello o una mariposa rara.

Arturo fijó un gesto susceptible.

—¿Tú crees que yo vendería mi alma por una mariposa?

Vicente le rebatió con amargura.

—No es eso... no es eso.

—Utilizas cábala, Vicente, no te entiendo. Pero es igual, ya me lo explicarás otro día. He de irme, de verdad. Tengo que hacer unas llamadas.

—Cuide su alma, don Arturo.

—Ya, ya... Adiós.

—Cuide su alma, cuide su...

Vicente se detuvo al borde de las palabras cuando vio cómo Arturo desaparecía por la puerta del Ibérico. Se mordió el silencio. Y tuvo negros barruntos, los mismos que aquel día en el Rif cuando le jodieron la vida, porque las palabras de Arturo habían sonado igual que las de aquel oficial que les mandaba; palabras de jugador, de capitán que está dispuesto a perder un número mayor de hombres que el que podría salvar. Soltó una blasfemia y comenzó a recoger los enseres.

* * *

El exclusivo barrio de Salamanca era una de las contadas zonas de Madrid que habían escapado casi intactas de la guerra. La artillería de Franco había recibido la escrupulosa orden de respetarlo debido a que allí se concentraban familiares y patrimonios de muchos de los jefes militares y prohombres de la rebelión. La casa de Mario García se hallaba ubicada entre lo más granado de éste, no muy lejos de la villa del coronel José Gandía Alférez. La distinguida fachada del edificio estaba llena de cristal y hierro forjado; palmeras y laureles secos; banderas, estandartes y colgaduras patrioterías: a menos que el teniente tuviese ascendencia patricia, cosa que Arturo ponía muy en duda, resultaba de lo más sospechoso que un simple oficial hubiera escapado del Madrid universal de oscuros tejados y ropa tendida. Las chimeneas a todo humo le indicaron que era la hora del almuerzo; se ajustó la gabardina y enfiló para la entrada.

Los portales de mármol siempre le parecían los de una casa de putas, y los porteros de los portales de mármol unos hijos de las susodichas. El flemático ejemplar que le había tocado esta vez tenía el rostro tan almidonado

como el cuello de su camisa, aunque, tras la negativa preliminar, flojeó un poco de piernas cuando Arturo utilizó el laxante de una invitación a los sótanos de Gobernación. «Tercer piso, puerta primera». Mientras subía, las escaleras se fueron enroscando al igual que sus pensamientos. La puerta se hallaba claveteada de terciopelo vinoso, y sobre ella gravitaba un fanal en cuyo interior una Purísima sobre un fondo de estrellas prendidas en una tela azul, goteaba lágrimas de cera y sostenía entre sus manos un enorme corazón de plata erizado de puñales. «Virgen de las Casualidades, nunca me abandonas», recitó Arturo mentalmente. En ese instante sufrió un violento ataque de tos que dejó algunas islitas de sangre en el pañuelo que usó. Tras alarmarse en un principio, pensó que si había aguantado hasta ese momento bien podía seguir un poco más. Nada más picar se sintió espiado por la mirilla y tuvo la convicción de que más que las puertas de hierro, más que las paredes, era la mirilla lo que hacía sentir su encierro al prisionero. Le abrió el mismo Mario. Llevaba la guerrera abierta, como si hubiera acabado de entrar en su hogar; por la cara que se le quedó, más rubicunda aún que de costumbre, Arturo supo que ni aguardaba la visita ni le haría la menor gracia. Logró rehacerse artificialmente y recuperar su cinismo.

—Llegas justo para almorzar, teniente.

Su tono no permitía entrever si la frase era un reproche o una invitación.

—Espero no molestar.

—Tú sabrás lo que esperas.

Se apartó del quicio de la puerta y le invitó a pasar. El piso era antiguo, enorme, y estaba inundado por un olor a cocido recién hecho; un cocido con su gallina, su repollo, su morcilla, su chorizo... Mario le guió por un corredor con las paredes llenas de escudos, espadas, puñales y pistolones de chispa hasta una habitación. Era un comedor de esos donde nunca se come, con una formidable mesa de madera noble, encerada y brillante, adornada en su centro con un solitario búcaro lleno de flores. Una gran lámpara de bronce con tulipas espejeaba sobre ella. Desde algún lugar de la casa se oyó un ruido de loza y cubertería y algarabía de exclamaciones infantiles; de entre ellas surgió una voz femenina.

—¿Quién es, cariño?

—Alguien del trabajo, amor. Enseguida estoy contigo.

Mario García terminaba de cerrar la puerta cuando asomó una mujer pequeña, morena, «con una calma en el rostro de quien hace mucho tiempo que ha hecho la paz consigo mismo», pensó Arturo. Se presentó como la esposa de teniente, y dándole una vehemente bienvenida le invitó a comer. «Así nos contará usted algo de las cosas que trama mi marido, que nos tiene en la inopia». A Arturo le quedó claro que el teniente mantenía a su familia totalmente al margen de sus turbios negocios.

—No puede, cariño —se interpuso Mario—. Además será un santiamén, el teniente está muy ocupado, ¿verdad, teniente?

Le observó con una tirante sonrisa que provocó que todo creciera de reticencias y sobreentendidos. Pero Arturo no quería que se sintiera demasiado seguro y alargó la pausa. No acababa de creer en su suerte: era demasiado bueno para ser cierto. ¿Quién iba a contar, a juzgar por el diminuto temblor en las mandíbulas de Mario, con algo que pudiese fundir la escarcha de su juicio? Le dedicó a su esposa su sonrisa más amplia. Era obvio que ésta no esperaba comensales y que le llevaría tiempo hacer más comida, así que jugó con ello para ofender, para hacer daño, para obligar a Mario García a odiarle.

—La verdad es que me encantaría, señora.

La mujer mostró una alegría sincera mientras Mario García realizaba uno de esos pactos sobrehumanos consigo mismo para no llegar a las manos.

—Aunque tiene razón su marido —interpoló Arturo—, todavía me faltan algunos asuntos por despachar. Además, tengo la gripe, y nunca me perdonaría contagiársela a usted o a los niños —miró elocuentemente a Mario—. Se lo agradezco infinito.

La mujer exhibió una contrariedad auténtica y, tras una insistencia ritual, acabó por resignarse.

—Al menos me aceptará un cafelito.

—Con eso cumplirá usted perfectamente con la sal y el fuego de las ordenanzas, señora.

La mujer no se demoró nada en traerle una taza humeante. Mientras, la figura basta y congestionada de Mario García logró mantener un desparpajo que sus ojos contradecían. Cuando Arturo tuvo su café, cerró la puerta del comedor como si fuera una trampa.

—Debe de ser importante para que te hayas tomado la molestia de buscarme. A propósito, ¿quién te ha dado mi dirección?

—¿No recuerdas dónde trabajo?

—Qué cabeza la mía. ¿No quieres sentarte? —señaló una de las muchas sillas que rodeaban la mesa con esa falsa amabilidad que acostumbra a ser burla.

—No, gracias.

—Muy bien, entonces sé breve, por favor.

—Por supuesto. No quiero privarte del placer de una comida familiar. ¿Cuántos niños tienes?

—Dos. ¿Me dices qué buscas?

—Bonita casa. Y con un sueldo de teniente. Tiene mérito.

—Acumulé un capitalito durante la guerra. ¿Me dices lo que te trae por aquí?

—Sí —Arturo bebió un poco de café—, mmm... Me parece que a partir de ahora será el café de tu mujer lo que me traiga —el gesto de Mario se endureció—. Es broma —se apresuró a aclarar Arturo; simuló que hacía memoria—. Mmm... Frutos Mota Petit, muerto, aunque creo que no sabes quién es, ¿o sí?

—No tengo ni idea.

—Da igual. Xargu, muerto, otro que tampoco conociste. Manuel Cortina, muerto. Y por si no lo sabías, el conductor a quien sustituyó, también está muerto. Demasiados muertos, ¿no crees?

—Sí, es lo que suele pasar en las guerras: que la gente se muere.

Arturo pasó por alto la ironía y dio otro sorbo. Beber café le resultaba tan sensual que posó la taza para no distraerse.

—Sólo que, salvo Manuel Cortina, todos se suicidaron.

—Cosas de rojos.

—Sí, también tenemos una tabla que desaparece y vuelve a aparecer como por arte de birlibirloque.

—Eso demuestra que Dios está de nuestro lado.

—Y una misteriosa mina. Y una más que misteriosa Greta.

Mario García suspiró, sentándose en una de las sillas. Sacó su Dupont dorado y comenzó a jugar con la tapa.

—Parece el argumento de una novela barata. ¿Y bien?

—Pues nada. Te he venido a contar lo que me resulta más frustrante de toda esta *novela*.

—¿En horas de comida?

—Cuando encarta. La patria no espera. Al principio me preguntaba por qué. ¿Por qué el edificio de mi razonamiento se derrumbaba una y otra vez? La estructura de mis deducciones, el armazón de las causas y efectos... Lo cierto es que estaba equivocado desde que empecé, teniente. Y lo raro es que tenía la seguridad de haber deducido bien, de no haber descuidado detalle, de haber rastreado lo posible... ¿Te imaginas lo frustrante que resulta haber razonado bien y estar equivocado? Produce mucha angustia. Total, que hace poco me di cuenta de por qué no encontraba la salida. En efecto, razonamos bien, perfectamente cuando lo hacemos sobre una premisa A, B, C... pero olvidamos que puede existir una D, una E, una F... —Arturo apretó la espaldera de una silla con ambas manos.

—¿Queda mucho, *teniente*? —Mario hizo uno de sus ofensivos incisos—. Se me enfría el cocido.

—Apenas, no te preocupes. Lo gracioso es que he dado con las D, E y F... hasta con una G y una H. Reconozco que por casualidad, pero he dado: sé lo que había realmente en la mina, teniente Mario García.

Mario sonrió y giró el eslabón estriado del encendedor, prendiendo la llama.

—¿Obras de arte? —aventuró.

—Y algo más.

—Dime.

—Armas.

Mario hizo un hiato de bostezos y apagó el mechero con un sonoro *clinc*.

—Me parece que eso es bastante común en una guerra. Como los muertos.

—Armas... químicas. Gases asfixiantes. Iperita.

El teniente mantuvo una extraña dignidad.

—¿Y por qué estás tan seguro?

—Hipucama. ¿No te suena?

—No se me dan bien las adivinanzas, lo siento. En cuanto a los gases,

éstos no se usaron en toda la guerra, ni por uno ni por otro bando.

—Pero que no se utilizaran no implica que no existieran. Había cinco fábricas en España. Me lo han confirmado.

—¿Y dices que te faltaba esa premisa en tus deducciones? Lo que no entiendo es para llegar a qué conclusión. Ya tienes la tabla, ¿qué más quieres?

—No quiero nada, ni siquiera llegar a una conclusión —mintió Arturo—. Simplemente me jode que se me oculten cosas. Ya te digo, las piezas no acababan de casarme, y cuando las piezas no me casan, me pongo nervioso, no duermo bien.

—Pues es una pena —Mario guardó el mechero—. ¿Y qué pretendes que haga yo? No tengo noticias de que almacenaran ese tipo de armas en la mina.

Arturo soltó el respaldo de la silla y metió la mano por entre la camisa con gesto de agobio.

—Vamos a ver si nos entendemos. Yo no estoy aquí para jugar a los acertijos o para joderte el día. He hecho pesquisas, tengo pruebas. Y no me gusta nada que se hayan estado riendo de mí. Me toca los cojones, ¿comprendes?

Arturo manejaba con intención un lenguaje cuartelero sabiendo que en ciertas coyunturas podía producir frutos, sobre todo en contraste con su habitual templanza. Mario, lejos de su carácter crecido, no rechistó; se limitó a cruzar las piernas y a observar a Arturo con mirada de experto, como si fuera a cortarle un traje.

—Es la última vez que te lo pregunto —faroleó Arturo.

Mario García se apartó un mechón de la frente con un largo movimiento y se dedicó a centrar el búcaro con flores que adornaba la mesa. Cuando logró equidistarlo a su gusto, soltó una risa joven y simpática que lo convertían de repente en un amigo. Un nuevo matiz en su voz indicó que comenzaba a ceder.

—He de reconocer que te corre más la cabeza que el almanaque, teniente. Eres un tipo listo.

—No puedo serlo mucho cuando me han estado timando.

—No, nadie te ha timado. Sencillamente era uno de los secretos militares más *secretos* de la guerra. Y no te molestes en buscar documentos, porque

ante el acuse de recibo todo se destruía.

Lo afirmó con el énfasis de quien no pudiendo silenciar una situación que le resulta penosa, prefiere proclamarla para dar idea de que lo hace sin ninguna dificultad. «Qué gran actor ha perdido el teatro», pensó Arturo.

—Sí, por lo visto todo el mundo lo sabía menos yo —observó con ironía.

—No era necesario para tu investigación.

—¿El comandante Bouthellier estaba enterado?

—Fue él quien me ordenó que no te hablara de ello.

—¿Y Gandía?

—Tanto monta, monta tanto.

Inexplicablemente, Arturo sintió la mordedura de la traición, al igual que con Luis Bonmatí.

—Entiendo —dijo pensativo—. ¿Y esto que acabas de contarme es lo que sucedió de verdad o todavía quedan más sorpresas?

—Te lo puedo jurar.

—No me jures más cosas, por favor, y resume.

Mario ejecutó un pequeño ademán, como conectando sus recuerdos a la guerra.

—Era un plan de emergencia, lo llamaban Operación Dogal. Fue idea de Negrín. Había un acuerdo tácito entre Franco y los rojos para no utilizar gases en el frente, así evitaban denuncias ante embajadas europeas y la mala propaganda. Convenía a todos. Pero a medida que avanzaba la guerra y los rojos la perdían, hablamos de mediados del 37, Negrín ordenó construir un gran depósito de armas químicas en La Vajol. No tenía un propósito concreto, no creo que ni siquiera Negrín supiese qué uso darle. Supongo que sería algo simbólico, una especie de *no me das risa, pero tampoco miedo*. De todas formas, Negrín nunca destacó por su genio militar, no era más que una bravuconada, una de tantas durante la guerra. Te confiaré que se barajó incluso la posibilidad de que el SIM hubiera infiltrado espías en la zona nacional para propagar el virus de la mosca tse-tsé. Hubo una verdadera psicosis; pero nada, bulos y más bulos. Aunque nosotros debíamos vigilar, por si acaso.

—Abrevia.

—No te impacientes, teniente. Lleva su tiempo. Así que había que

clarificar la situación no fuera a ser que a alguien le diera por largar hilo a la cometa. Un mes antes de la llegada de los cuadros, en marzo del 38, y como la guerra iba tomando mal cariz y por miedo a quedar con el culo al aire ante las potencias europeas, comenzaron a hacer desaparecer los bidones de gas, de noche y con destino desconocido. Nosotros creemos que se los llevaron a Cartagena, a un arsenal de la Armada llamado La Algameca, y que luego los echaron al mar. Pero eso no es seguro, son hipótesis.

—¿Has dicho bidones?

—Sí.

—Continúa.

—Cuando limpiaron lo más gordo dejaron una cantidad indeterminada de bidones, no muchos, los suficientes para desencadenar una ofensiva a pequeña escala. Así mataban varios pájaros de un tiro: en el caso de que el gobierno quedara atrapado en una bolsa o tuviera dificultades para escapar a Francia, podrían usar los gases para abrirse paso; también protegían los cuadros con los bidones y los bidones con los cuadros de un posible bombardeo o sabotaje. Ellos sabían que nosotros sabíamos pero ninguno sabía, ¿me entiendes?

—Un equilibrio de terror.

—Exacto. Y eso es todo. ¿Satisfecho?

Arturo guardó silencio atravesando con sus ojos a Mario. Éste no le rehuía, y cuando comprendió que era una especie de prueba se aplicó a enfrentarse con más ahínco. Arturo acopló su voz a un tácito convencimiento.

—¿Qué fue de esa última remesa de bidones?

—Se los llevaron en los primeros viajes de los camiones, entre las obras.

—¿Transportó alguno Manuel Cortina?

—No me dijo nada, y no te miento. Ya no tengo por qué mentirte.

Tras esa afirmación Arturo se quedó en blanco, porque las preguntas que de verdad le interesaban estaba seguro de que no se las contestarían, y las otras, para qué preguntarlas. Miró de plano a Mario García. Era tentador; el deseo, ese deseo casi insuperable del corredor de maratón de abandonar la carrera, de soltar aire, sonreír, desear buen provecho, despedirse con una tristeza educada y seguir creyendo que el comunismo cainita y asesino era el culpable de todos los males del mundo; y creer a Mario García, sí, y creerle

por la misma razón por la cual creería al resto de los hombres con quienes compartía la victoria; en realidad, a cualquier hombre; por la única razón por la que se ha hecho siempre: para no sentirse desplazado, diferente, perseguido, para que le amen a uno. Pero frente a la tentación le surgieron dudas que le remitían a la tabla; al caballero, cuajado de sudor dentro de su exoesqueleto de metal mientras su vida daba un paso atrás en cada tajo fallido. El deseo pánico de rendirse. ¿Era eso lo que anhelaba un héroe? ¿Buscar la unidad o dar luz a la diversidad? ¿Perpetuar la tradición o ser fieles a la ruptura? ¿Treinta o cuarenta molinos o treinta o cuarenta gigantes...? El *no ser* que gobernaba al héroe fue invadiéndole de nuevo; el anhelo de ser lo que no era, atento exclusivamente al futuro, viviendo en el futuro; la sempiterna resistencia a lo habitual, el perenne dolor en su intento de colonizar la realidad con el pensamiento. «No —gritó Arturo mentalmente—, no, no, no...». Automáticamente, reconstruyó la imagen de estar relativamente satisfecho de su testigo y de su investigación y fingió las secuencias lógicas que suelen realizarse cuando se va a abandonar: dar las gracias, despedirse, buscar la salida... No tenía ni idea de la cantidad de bidones necesaria para organizar una ofensiva en un teatro de operaciones como el Ampurdán, e implícitamente tampoco lo engorroso que serían de transportar; que Manuel Cortina o Frutos Mota Petit no lo hubieran sabido o lo hubieran ocultado (más difícil en el caso de este último) en una postrera traza de fidelidad a la República era, hasta cierto punto, comprensible; pero que un tipo desencantado y sin pelos en la lengua como Xargu hubiera desaprovechado la oportunidad de poner a parir a sus jefes, le escamaba. Y las visitas de Negrín a La Vajol exclusivamente para comprobar el estado de unos bidones —ya que no de las obras de arte, como demostraba su desinterés por visitar las más preciosas colecciones de Figueras y Perelada— seguían sin parecerle del todo congruentes. Preguntas y más preguntas le asaltaban con maniática minuciosidad, analizando todas las caras del poliédrico misterio. ¿Cuánto de fortuito podía tener el ahorcamiento que provocó la aparición de Manuel Cortina, teniendo en cuenta que éste había sido testamentado por alguien como Mario García? ¿Y la muerte del mismo Manuel Cortina? Si el suicidio de Frutos Mota Petit había sido calculado, ¿no tendría sentido solamente si estuviese relacionado con su capacidad para

reconocer a gente relacionada con el convoy? ¿Y quién, aparte de Xargu, podía ser reconocido? ¿O mejor dicho, no ser reconocido? ¿Tenían algo que ver en el robo alguno de aquellos asesores militares que habían enviado de Barcelona para guiar el convoy? De diez personas habían llegado cinco, ¿habían caído realmente los escoltas del camión bajo el fuego nacional? ¿Y por qué tenía la sensación de que se le había escapado algo en la habitación de Xargu? Arturo sólo veía chispas que brillaban y se apagaban cada una por su cuenta, acontecimientos aislados, y fue consciente de que lo único que podía relacionarlo todo era Greta. Miró a Mario García, que ya le abría la puerta, y le pareció oír el silbido de una serpiente, el mismo que anidaba permanentemente en el atormentado oído de Adán, porque recordó al coronel Gandía negándole la existencia en la mina de algo más que los cuadros, pero al mismo tiempo y aunque en ese momento no se apercibiera, previniéndole del atolladero hacia el que iba de cabeza: «No sé exactamente en qué se está metiendo ni me interesa, pero si quiere ser un Quijote, tenga en cuenta que hay molinos de viento muy peligrosos». Otra pregunta más le golpeó la mente: ¿sabía el coronel Gandía algo más aparte de la existencia de los bidones? Arturo dudó que una visita a su destierro en la remota y siberiana Soria lograra sacarle de dudas. Y sintió un acceso de odio e indecible tristeza; por Manuel Cortina, por Frutos, por Xargu... por Mario García... por permitir que todo se enturbiara, por dejar al reptil deslizarse en el pozo de agua clara donde bebían los héroes, emponzoñado, emponzoñado para siempre. Por tolerar que el dragón estrechase más sus anillos alrededor de la princesa; vueltas y vueltas y más vueltas... Apenas quedaba tiempo para rescatarla de la subasta, y lo que era más importante: no tenía dinero con qué. La necesidad sangrante que sufrió entonces, la impotencia, le obligó una vez más a que su persecución lúcida y científica fuera sucedida por otra caótica, a tumbos. Sí, un salto ciego en su lógica; algo poderoso que le guiaba, tan inexplicable como seguro, igual que los pasos de un sonámbulo, y que venía a añadir un nuevo suplicio a su estado: la esperanza. *Rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo,* recordó del Quijote, e interrumpiendo su retirada miró hacia un punto lejano, sonriendo con una sonrisa pequeña, casi culpable, de haber tenido una esperanza tan ridícula y la osadía de violar el santuario doméstico de Mario

García. Luego fingió consultar su reloj y se lo mostró al teniente.

—A ti te gustaban los toros, ¿verdad? —preguntó como si lo hiciera por el tiempo.

—Mucho, mucho —respondió Mario impaciente, casi despidiéndolo.

—¿Puedo robarte un segundo más?

El rostro de Mario se volvió más rubicundo, como recocado en su propio odio.

—Sólo uno.

—Un toro, ¿cómo se sabe el peligro que puede tener?

—A qué viene...

—Hazme el favor de responder, es muy importante.

La pregunta pareció amansarle, provocando que adoptase un tono de aficionado sapiente y cabal.

—Los que no tienen ni idea dirían que depende de si es un animal encastado o no, de cómo embista, de cuánto le castiguen... —sonrió por primera vez en toda la entrevista—. La verdad es que el peligro no depende del toro, sino del torero. El toreo, poniendo atención, es mucho menos peligroso de lo que se cree. El torero cae exclusivamente por un error suyo; al toro siempre se le ve venir.

—Pues me parece que tú no has visto venir al toro.

Mario arqueó las cejas con sorpresa.

—No te extrañes —continuó Arturo—. Sabes perfectamente por qué lo digo. ¿No creerás que me he tragado todas esas milongas? Te has metido en un lío, teniente.

—No me digas.

—Quiero tajada en el negocio... Reconozco que no sé por qué ha muerto tanta gente, pero debe valer la pena. No soy avaricioso, sólo quiero dinero, el suficiente para no tener que romperme más los ¿cuernos? —colocó las manos a modo de pitones sobre las sienas.

—No es un chiste muy original.

—Entonces éste te va a parecer más gracioso: como te haces el loco, creo que no me conformaré con las migas; ahora tendrás que darme lo que valdría el rescate de una princesa.

—Me parece que son demasiadas cuerdas para tu guitarra. No tienes muy

buena cara. ¿Estás enfermo?

—Mira —Arturo intentó que sus palabras no sonaran definitivas para que no se notase que compensaba así su inseguridad—, los dos estamos al tanto de que esto ha sido una partida de ajedrez con reglas muy extrañas; tardé en aprender cómo se jugaba, de hecho hasta hace unas horas aún no tenía ni idea. Era sencillo: las piezas no tenían funciones fijas, cambiaban según el escaque en el que se encontrasen colocadas y la distancia respecto a otras piezas. Eso me despistó mucho, pero ahora me la trae floja. Soy una ruedecilla insignificante de la maquinaria, pero la fuerza también tiene que pasar por mí. Puedo seguir preguntando, investigar más a fondo, levantar un poco todo ese polvo que vosotros, y fíjate que digo vosotros, os habéis ocupado de barrer. Al final daré con algo debajo de alguna piedra, puedes estar seguro. ¿Y qué le dirá tu esposa a tus hijos cuando sean mayores y tenga que explicarles que su padre fue fusilado por traidor? —aquí Arturo titubeó, pero acabó decidiéndose por una canallada—. ¿Cómo hacerles comprender por qué ella se levantaba tan tarde cada día y desaparecía cada noche? Deberán crecer un poco para entender que les alimentaba con el sudor de su coño, porque quien tenía que llevar el pan a casa fue ejecutado por ladrón. No creo que tenga problemas, aún está de muy buen ver, le quedan unos años de rodaje. Y si tiene alguna hija, más adelante también puede meterla a puta...

Mario le miró con ojos muertos. Arturo se dio cuenta de que en esos momentos el teniente reprimía unas ansias salvajes de asesinarle; intentaba mostrarse firme, pero no había encajado bien.

—¿No tienes miedo? —preguntó al fin.

—Claro que tengo miedo, pero todo torero sabe que con el miedo se han cuajado grandes tardes.

—Lárgate de mi casa.

—¿No me invitas a otra taza? —echó un vistazo a la que había dejado sobre la mesa—. Ésta se me ha enfriado.

—No tientes más tu suerte, hijo de puta —dijo apretando las mandíbulas. Arturo hizo el saludo romano.

—No hace falta que me acompañes. Conozco la salida.

Arturo se dio la vuelta lentamente pero con algo de inquietud, temiendo haber despertado algo incontrolable. Cuando cerró la puerta, aún sentía los

ojos de Mario clavados en su espalda como un estilete.

* * *

El día maduraba, se oxidaba como una manzana. Y el cielo se había ido cubriendo progresivamente de un velo oscuro que no tardaría en amagar tormenta. Arturo caminaba a grandes trancos, supliendo con un movimiento decidido la falta de objetivo. Nada más salir a la calle había tenido otro virulento ataque de tos, atomizando de sangre su pañuelo. Aunque lo había superado se notaba peor; sufría náuseas, vahídos que le nublaban la vista, y un dolor constante dentro de su cráneo parecido a un quejido de velamen roto. Las ideas flotaban en su cabeza como maderos de un naufragio. Ideas delirantes. Lógicas patógenas, enfermizas, morbosas. *El Mal*, pensó; quizás a esas alturas era inútil buscar autores, acaso aquel laberinto no conducía a verdades personales, sino a una verdad absoluta: un mal innato, como la nieve, como los cristales de nieve, porque un diseño no suponía siempre un diseñador; la simetría de los cristales era producto de fuerzas electromagnéticas, y la naturaleza favorecía la simetría, tendía orgánicamente hacia ella, y el mal sería un concepto de simetría, algo natural. «*Draco*», susurró. Y se imaginó una enorme fuerza negra, negrísima, o muy azul, o muy verde, de un color intenso en todo caso, que removía su imperio de acontecimientos, que rugía, que forcejeaba como una enorme selva virgen alrededor de un templo; y era él, el caballero, quien debía mantenerla a raya cercenando con su espada cada intento de progreso. Fue entonces, enfrentado a aquella ilusión, cuando creyó comprender por qué el caballero, el héroe, debía ser inmisericorde, como había dicho Luis Bonmatí. Hasta ese instante no había considerado que para ser capaz de enfrentarse a esa fuerza, que por desconocida paralizaba a los hombres, era preciso que el héroe no sintiese compasión por nada ni por nadie, ni siquiera por sí mismo, porque entonces el miedo le haría creer con derecho a retroceder ante lo extraño. Sí, al héroe no le quedaba más remedio que no tener piedad. Acarició las líneas duras y heladas de su pistola. Contornos acerados, fríos como la hoja de una espada.

Arturo fue consciente de que estaba enfermo, enfermísimo. Procuró hacer

estación en unos cuantos bares para anesthesiarse y aumentar la superficie de contacto con la vida a fin de evitar el hundimiento. Al salir de uno invocó un nombre musical, un nombre de mujer. Anna. Anna. Su imagen se quedó unos segundos flotando ante él. Cuando se disponía a abrazarla, un violento frenazo quemó neumáticos a su costado. De un coche sin matrícula surgieron tres hombres que le inmovilizaron y le lanzaron al asiento trasero del vehículo. Un cuarto hombre al volante arrancó casi sin esperar a que cerraran las puertas. Ninguna de las personas que habían sido testigos de la escena movió un músculo. La regularidad con que se sucedían aquellos hechos les conferían casi un aire de normalidad. Nada más arrancar, entre forcejeos e insultos, le quitaron la pistola y le esposaron, cubriendo su cabeza con una especie de capucha que le impedía totalmente la visión. Intentó revolverse, pedir explicaciones, pero un par de golpes le convencieron de que insistir sólo le traería más problemas. El coche rodó en una dirección y durante un tiempo que le fue imposible discernir; en ese intervalo intentó sacar en claro quién podría haber ordenado todo aquello, pero estaba tan nervioso que su mente se bloqueaba. Lo único de buen agüero que se le ocurrió fue que le habían esposado las manos a la espalda; lo normal, en los *paseos*, era maniatar a la víctima con un cordel: quitar las esposas a un muerto siempre era más complicado que dejarle atado. El coche acabó por detenerse con un ligero derrape. Arturo sintió que tiraban de él y lo arrastraban fuera sin miramientos. Desequilibrado, ciego, trastabilló unos metros hasta derrumbarse estrepitosamente. En algún momento del viaje había empezado a llover, y un viento soplaba agua helada a ráfagas. El tapeteo de las gotas contra su capucha le pareció el sonido más aterrador del mundo. No veía nada y estaba aterido. Y era obvio que sus secuestradores no albergaban intenciones de remediar ninguna de las dos cosas. Guardó silencio. Los desconocidos también. En realidad, no había nada que decir. Arturo tuvo la seguridad de que iba a morir, pero no sufría un miedo animal, sino otro civilizado, rabioso, porque se sabía con un último derecho, uno que tenía todo condenado y sin el cual el universo carecía de sentido: conocer por qué era condenado. Intentó levantarse apoyándose sobre una rodilla, pero le volvieron a tumbar de una patada en la espalda. En la costalada se reventó un labio; saboreó el polvo y la saliva sanguinolenta, escupiendo con asco. Sin

previo aviso le quitaron la capucha. Al principio no logró enfocar bien el terreno; los bordes de las cosas estaban desdibujados, en parte debido a las sábanas de lluvia y en parte a un horizonte que no acertaba a desgajarse ya del frente de la tormenta. Cuando consiguió salir de aquella maraña visual vislumbró un páramo desolado, como si le hubieran arrancado de cuajo todo posible milagro. Y atravesada en medio, la forma coleóptera de un Renault igual al que le había perseguido por las calles de Madrid. A sus raptores seguía sin poder verles; se hallaban en algún lugar a sus espaldas. Tercamente, aún a riesgo de recibir más castigo, se irguió de nuevo poniéndose de rodillas. Esta vez se lo permitieron. Arturo elevó la vista al cielo. Sintió la lluvia golpearle de lleno el rostro. Definitivamente iba a morir. Así de simple. No había ninguna esperanza. Ninguna. Desde que le habían metido a la fuerza en el coche, o tal vez ya desde mucho antes, desde que había comenzado la investigación, había repetido tanto aquella escena en su mente que la podía ver con una cruel vividez: la noche, el frío, la lluvia; el paisaje vacío, solitario; la mueca de hastío del asesino mientras saca la pistola, un pequeño y rápido apretón de gatillo, una detonación, el rebrinco de la culata, un cuerpo que se desploma... Tal vez por eso no le amilanó el ventarrón que se desató ni el sonido inconfundible del arma que es amartillada, aunque no pudo evitar que un chorrito de orina le corriera pantalones abajo. Cuando se notó flaquear comenzó a desgranar en voz baja una letanía de caballero: *No sabemos dónde nos espera la muerte. Esperémosla en cualquier lugar. La premeditación de la muerte es premeditación de libertad. Aprender a morir es aprender a no servir...* Mientras aguardaba el disparo, le resultó curioso que no experimentara tanto el miedo a ser herido como dónde iba a ser herido: todo su cuerpo se convirtió en un enorme nervio que esperaba el lugar por donde entraría la bala. También le sorprendió que, en lugar de ver los dorados fantasmas del pasado que teóricamente deberían cruzar vertiginosos su frontal en las milésimas previas a dejar de existir, sólo era capaz de tener obsesivamente presente la pera de luz que había en su habitación. Escuchó un *clinc* característico. Varias veces. Luego el raspado de una piedra de mechero. Iba a decir algo cuando sonó la detonación. Un impacto en su cráneo. Una peonza negra girando ante sus ojos. Y ya nada.

Nada.

La lluvia continuó apretada, tenaz.

Capítulo 16

Badajoz capital Madrid

Ha amanecido un día más azul que todos los mares revueltos. A vista de pájaro, la ciudad es una elevación rodeada por un meandro plácido del Guadiana y una gruesa muralla. A vista de hombre, es el infierno. Al fervor revolucionario y la alegría espontánea de los milicianos por la ocasión de defender sus ideales le han seguido las bombas que cayeron desde los *Junkers* y las cargas multicolores de los fascistas. El verdeoliva de las gorrillas legionarias y el rojo de los *feces* moros se suceden en oleadas frente a la puerta del Pilar. Y tú te encuentras achaparrado contra el pináculo de la puerta, alimentando la cinta de la ametralladora que Manolo García, comisario de la milicia republicana, dispara fieramente con un movimiento epiléptico. Sudáis como cerdos. El matraqueo y el olor a cordita quemada es intensísimo. La presión de los asaltantes no cesa ni un momento y los compañeros que defienden contigo la posición van cayendo uno por uno. Hacia las dos de la tarde os veis obligados a ceder y os retiráis en dirección al centro de la ciudad. Disparos, órdenes, alaridos, imprecaciones. El caos es absoluto. La lucha continúa por las estrechas calles y las avenidas. Los moros y los legionarios se abren paso precedidos por las granadas rompedoras y los botes de humo hasta el punto focal de la plaza de la catedral. La resistencia final de los milicianos comienza entonces en el interior del templo. Pierdes a todos los conocidos en la desbandada y procuras esconderte en un

confesionario. Tiemblas escalofriado. Las emociones van del terror a la confusión, a la pena, a la culpa y de nuevo al terror. *Mejor morir de pie que vivir arrodillados*. Estás paralizado. *No pasarán*. Los legionarios entran al asalto por la gran puerta tachonada de clavos y empiezan a matar a tiros a todo bicho viviente. *Obreros, campesinos, antifascistas y patriotas de España: alzaos en defensa de la República*. Pequeños arroyuelos de sangre van corriendo por las escaleras de mármol. *El enemigo está a las puertas de Badajoz; podrán quitarnos la vida, pero más no podrán*. Los soldados sacan a los supervivientes y parten sus almas a bayonetazos contra la pared norte de la catedral. *Salud, compañeros, salud*. Quieres ser un héroe, morir con ellos, pero el pánico te mantiene clavado al suelo del confesionario. Milagrosamente, la nave es despejada sin que te descubran y aprovechas el momento para escaquearte. Arrugado bajo el asiento de la cabina, como una muda de piel, yace el mono azul que acabas de quitarte.

En la calle, te apresuras a llegar a casa procurando evitar las patrullas que detienen a los paisanos y les arrancan la camisa: quien tenga cardenales en el hombro derecho ha disparado sin duda un fusil y es ejecutado en el acto o se lo llevan, brazos en alto, a la plaza de toros. Nada más entrar en tu habitación te cambias de ropa y procuras borrar todo indicio de simpatías izquierdistas: vales del Socorro Rojo, propaganda sindical, números de *El Socialista*, libros de Marx, Kropotkin, Bakunin, Noi de Sucre... Afortunadamente no te has hecho notar mucho y no te has afiliado a ningún partido porque todos estaban divididos *ingresa en la CNT, únete al partido comunista, incorpórate al POUM*, y el orgullo de cada partido te pareció más fuerte que el sentimiento de defensa común. Había entusiasmo pero no cohesión y, además, no aguantas disciplinas. Cuando terminas de borrar las pruebas, te duchas y te pones ropa nueva. Luego ensayas gestos y un par de frases: piensas hacerte pasar por ciudadano alemán para intentar llegar hasta los mandos fascistas. Alguien con idiomas y cultura será inestimable en el nuevo régimen; ése será tu pasaporte para la salvación. Te refrescas pasándote un paño húmedo por el cuello, respiras hondo y sales a la calle.

En el camino hay un olor a mil contrapuestas muertes, montones de cadáveres jalonan las barricadas levantadas en cada arteria de la ciudad. Cientos de moscas de un azul metálico y bellísimo zumban sobre su sangre.

Un sol emplomado hace ascender una flama de las piedras. En la calle de San Juan te dan el alto unos moros. Logrando dominar el pánico finges un precario español salpicado de expresiones germánicas y les intentas convencer de que eres un ciudadano alemán. Los soldados, muy ebrios, han decidido que todos los habitantes de la ciudad son comunistas y, haciendo caso omiso de tus airadas protestas, te llevan a la plaza de toros. Sus altos muros de argamasa y ladrillo rojo la convierten en el local más espacioso de la ciudad, ideal como campo de concentración. Los sospechosos republicanos permanecen apretujados en los toriles, desde donde en tiempos mejores se lanzaban los toros a la arena del ruedo. Contemplas con espanto cómo cerca del centro de la plaza yacen una docena de muertos, y frente a ellos, una docena de vivos esperando a ser muertos. Tienen los ojos descampados, huidos, y obedecen sin rechistar, como si ya hubiesen hecho entrega de su voluntad a los verdugos. No muy lejos de ellos, tras una ametralladora, un par de oficiales charlan acalorados. Ves en ellos tu oportunidad. Les vas con el mismo cuento. La incredulidad y la tensión es evidente. No acaban de creerte, y más teniendo en cuenta la cantidad de comunistas alemanes exiliados. Uno de los oficiales sugiere sin miramientos que te incorporen a la fila de condenados. En ese momento, sientes los latigazos del corazón en las sienes y ves nítidamente tu cuerpo tirado, arrugado; las moscas que ponen sus huevos entre tus vísceras, tu sangre coagulándose sobre la arena. La mirada se te nubla. El miedo te crece y se hace vasto, cetáceo. Uno de los oficiales nota tu actitud apocada y te agarra del brazo, pero te desases de la presa con musitado brío y te diriges directamente hacia la ametralladora. Has tomado tu decisión. Compruebas el peine del arma y apuntas a los condenados. Tú también eres un fascista, también quieres limpiar el mundo de aquella carroña roja. Entre los milicianos descubres con terror a Manolo García, que te ha estado observando con una expresión de pasmo. Tiembles. Flaqueas. El sol que abrasa. El aire que no corre. Y Manolo que abre la boca, que va a delatarte, que va a... Disparas, disparas, disparas. Sangre. La sangre. A caño libre. Con onírica lentitud los hombres van cayendo, como caerán muchos a lo largo de los días siguientes; tantos, que jamás darán abasto las fábricas del olvido. Y cuando todo finaliza, en el aire aún resuena el grito delator de Manolo García: *Viva la libertad*. El movimiento de tus ojos se va

desacelerando a medida que las dos aguas de la realidad y el sueño van separándose. Desacelerando. Desacelerando. Desacelerando. Despiertas. Todo termina ante sus ojos.

* * *

De lo primero que fue consciente Arturo era de que el cielo tenía goteras; se oía un estrépito de agua cayendo de canalones rotos. Y de que olía a una mezcla de cera rancia, humedad, orines y madera podrida. Tras unos instantes de desconcierto, se dio cuenta de que estaba echado a la larga sobre algo duro. Palpó y concluyó que era un banco de madera. Se irguió con cuidado. Tenía la vista algo turbia, como si acabara de sacar la cara de un cubo de agua. Echó una mirada alrededor. Mosaicos de cristales montados sobre armaduras de plomo, hornacinas con santos, reclinatorios, confesionarios... Si aquello era el cielo tenía un parecido prodigioso con la nave de una iglesia. Algo más sereno, Arturo comprobó su estado. Astroso, con un labio partido, pero nada roto. Nada de estar muerto. Estaba vivo y bien vivo. Se puso en pie y caminó inestable acompañado por un tintineo de cristales barridos. Cuando se encontró seguro de dominar la gravedad, inspeccionó más detalladamente el lugar. Era una iglesia; su altar aparecía saqueado, con las estatuas mutiladas tiradas por el suelo y las faldillas del ara podridas; el sagrario se hallaba abierto y vacío; los cepillos, reventados; los bancos, tumbados y desencajados; las pilas del agua bendita y la bautismal, rotas. El templo ya no era un santuario de la infinita piedad de Dios, sino un recordatorio de que la justicia en la tierra no existía; de hecho, eso era lo primero que te enseñaban en las iglesias: que la justicia sería repartida en el otro mundo, no en éste. Un combustible suficiente para alimentar cualquier pesadilla durante un período ilimitado de tiempo. Una vida entera, por ejemplo.

Arturo apretó los labios al enfrentarse de nuevo con Badajoz. Él también había creído en la utopía, en aquella justicia en la tierra frente a la opresión ultramontana y patronal; mítines y sindicatos, jornadas asamblearias y comunales, días viriles de tomar decisiones, de soñar con la revolución y el país fabuloso de las grandes fábricas y los obreros sonrientes que prometían

los carteles de propaganda. También él había sido uno de aquellos voluntarios, un poco héroes, un poco locos, que habían ido al frente cantando, inocentes, como si fueran de excursión, antes de que su idealismo se viera envuelto por un torbellino de chispas y negra humareda. *Somos los pobres, los jodidos, los nadie que no son alguien aunque quieran, que no son personas sino mano de obra, que no tienen cara sino brazos, que no tienen nombre sino número, que cuestan menos que la bala que los mata...* Arturo recordó la cantinela con que Manolo García, comisario de la milicia, les había arengado el día que se pusieron detrás de aquella ametralladora, *pero soñamos, creemos en milagros, porque un pobre que no cree en milagros es no solamente cien veces más pobre de lo que realmente es, sino que, por añadidura, es un pobre equivocado.* La justicia en la tierra. La justicia, a secas. Arturo no podía apartar de sus ojos el fogonazo con el que habían reventado la nuca del comisario. Qué ironía: en una iglesia había comenzado el pacto con su conciencia y en otra se rompía. Todos aquellos años se había ocultado su traición para no volverse loco; una tras otra las disculpas se habían ido relevando: el rechazo del ministerio a su traslado a Madrid, el odio y el resentimiento que habían carcomido a la retaguardia republicana, facciones opuestas, actividades sectarias, venganzas personales, servidumbres... el reguero de muertos, presos y represaliados con que una República hemorrágica perdía la guerra... Todo en vano, porque haría ya tiempo que su subconsciente le había juzgado y sentenciado.

Arturo se sentó de nuevo en el banco. Cada vez que respiraba parecía que diera una chupada a un cigarrillo. Los ojos y la cabeza le ardían, y no paraba de toser. Fuera, continuaba lloviendo. Un Santocristo desnarigado y apolillado desplegaba sus brazos sobre todo aquel desbaratamiento apóstata. Al verlo, se le vino a la memoria una frase de un miliciano del POUM: «Si los triángulos imaginasen a Dios le darían tres lados». Sonrió. Era lo único que podía ayudarlo a conservar su cordura. Ése era uno de los problemas de seguir vivo: no volverse loco. Porque estaba vivo. Pero, desgraciadamente, no tenía muy claro si eso significaba que había perdido o ganado. Como tampoco entendía los motivos por los que continuaba con vida. Tal vez habría sido mejor morir; la muerte podría haberle dado una dignidad temporal de la que ahora carecía. Pulsó de nuevo el teclado de su memoria. Un *clinc* de

mechero. Un disparo. No cabía duda de que había sido el cabrón de Mario García. Tras simular un *paseo*, le había golpeado, dejándole tirado en aquella iglesia. Pero estaba en las mismas, ¿por qué le había permitido seguir vivo? ¿Y por qué le había abandonado en una iglesia? El único norte que veía ya era Anna; el único punto firme en aquel universo itinerante. Se levantó y echó una ojeada al templo. Todo se hallaba en la última ruina. Y eso era justamente lo extraño: que un santuario de la capital hubiera escapado al furor reconstructor de los fieles. Quizás era una de las iglesias que el obispado de Madrid había decidido no restaurar para ejemplarizar a sus corderos sobre la barbarie roja. Buscó una salida, pero las puertas estaban cegadas o atrancadas. Sólo encontró abierta la puerta de la sacristía. Entró en ella. También allí reinaba un revoltijo de rapiña. Echó un vistazo rastreando una puerta de salida. Un banco a lo largo de la pared, astillado, unas cristaleras deshechas, una hornacina vacía, un sillón frailerero con su terciopelo rajado, candeleros caídos, una gran cómoda con los herrajes de plata arrancados... Arturo se quedó de piedra cuando vio la talla de madera que reposaba sobre la cómoda. Las figuras mostraban la ancestral lucha de San Jorge contra el dragón. Esta vez, el santo cargaba con toda su fe concentrada en la punta de una lanza. En medio de aquella devastación, su calidad se hallaba acentuada, como si toda la liturgia del templo se hubiera apretado en torno a su único icono intacto. En ese momento el cielo pareció derrumbarse y la pirotecnia celestial le siguió en su caída; el fulgor del primer rayo iluminó cruelmente la talla. El navajazo de luz hizo estallar las fauces del dragón, los tendones de sus garras, la mueca enloquecida del caballo, la mirada suicida del caballero. Era casi como ver una única criatura, un solo organismo, porque todo ser empeñado en destruir a otro acaba asimilándole, en cierta medida comprendiéndole, incluso amándole. Arturo se pasó la mano por sus cabellos aún húmedos. Se acercó a la cómoda. Fue entonces cuando distinguió el papel clavado en la lanza. Lo pellizcó por una esquina y fue descorriéndolo a lo largo de ella. Era una entrada de cine. Para la sesión nocturna. Cine Capitol. Esquinada, había una anotación y una firma: *Es hora de conocernos. Greta*. Arturo inspiró con fuerza. Aquel desenlace hizo que surgiera en él una extraña calma; pensó que todo era como una representación, la ausencia que había en toda representación, que por muy decididos que fueran los gestos

continuaban siendo falsos. Volvió a leer la nota. La letra le evocaba algo; rascó en su memoria y no tardó en caer en la cuenta de que era la misma que se había encontrado en el folio que le habían introducido en su chaqueta citándole con Xargu. Ya entonces la grafía no le había casado con el asturiano: minuciosa, elegante, impecable. Y la firma era idéntica: una puñalada de tinta. Se metió el papel en un bolsillo. Cine Capitol. Qué mejor lugar para que Greta le citara que un sitio plural, anónimo, rodeado de fantasmas: como su mundo de espías. Entonces recordó el comentario de Mario García acerca de la teatralidad de la que hacía gala Greta y comprendió por qué seguía con vida: una vez graduada toda la intensidad de la trama *in crescendo*, y estirado el suspense hasta límites portentosos, lo lógico era que necesitase un protagonista para el desenlace. Aquel tique era una bomba y el detonador se llamaba curiosidad.

Se revolvió con violencia y se aplicó vehementemente en la búsqueda de una salida; estaba seguro de que no le habían encerrado en una ratonera. Su razonamiento dio fruto cuando encontró una puertecilla estrecha que antes le había pasado inadvertida debido a un armario desportillado caído de través. La gatera se abría a un callejón angosto y sucio que transcurría encajonado por cáscaras de edificios y opresivos tómulos de basura. Arturo, conforme lo cruzaba empapado por la lluvia y helado por sucesivas ráfagas de viento, iba notando cómo el paisaje muerto iba apoderándose de él. Intentó situarse, pero era una parte de Madrid que se hallaba demasiado desfigurada por la guerra para resultarle familiar. Casas abstractas, sin techo ni paredes; tiendas, bares, portales... con sus interiores oscuros, vacíos, llamándole con el grito silencioso de una boca sin lengua. La lluvia hacía que los montones de desperdicios rezumaran un líquido negro, baboso, que se adhería a las suelas. En cierto tramo le dio la impresión de hallarse en un sueño o en un libro; un oasis de atemporalidad preñado de relojes constantes e inflexibles, porque los interiores de las casas estaban intactos; exhibían mostradores, mesas con sillas y banquetas alrededor, comedores con platos y cubiertos dispuestos para la hora de la comida. Siguió caminando hasta que la calle torció en un repentino ángulo recto y fue a desembocar en una plaza conocida, donde había algunas personas que le devolvieron a la ciudad su humana razón de ser. Arturo recordó inevitablemente un cuento de Poe, *El hombre de las*

multitudes, y se sintió como su desesperado protagonista. Desde allí, el Capitol no quedaba lejos. Un nuevo ataque de tos le derrumbó en el suelo. Saboreó el gusto oxidado de la sangre. Le dolía mucho el pecho, como si se lo hubieran machacado en un combate de boxeo. Pero haciendo un tremendo uso de su voluntad, reunió todas sus fuerzas, se levantó de un salto y anduvo en dirección al cine explorando los límites de su resistencia, acortando cada vez más la ventaja invisible que le separaba de sus pesadillas.

La película ya había empezado. Arturo apartó el cortinón y se sumergió en la penumbra mercurial del cine sin fijarse en las escenas que se proyectaban sobre la pantalla. La gran platea estaba casi vacía. Algunas parejas se hacían arrumacos con las cabezas juntas buscadas intermitentemente por la linterna gazmoña de algún acomodador. Había también varios hombres diseminados, solitarios, envueltos en prendas de abrigo. En el interior de la sala hacía tanto frío como en la calle. De pie, en lo alto del pasillo, Arturo dejó que sus ojos se habituaran a la oscuridad. Definitivamente, aquella era una metáfora perfecta del sombrío mundo en el que vivía Greta: un lugar donde la materia se transformaba en sueño, los cuerpos en fantasmas, la verdad en mito. Buscaba entre las cabezas el eslabón que le conduciría al centro de toda aquella demencia cuando, a su izquierda, en la penúltima fila, alguien le siseó. El corazón le dio un vuelco, pero se sentó a su lado felinamente. Ni siquiera le miró; esperó en silencio. Lo hizo con esa seguridad de que cualquier cosa que sucediera en el minuto siguiente cambiaría irremisiblemente su vida. Una mano se posó sobre su bragueta. Arturo giró el rostro sobresaltado y miró a Greta. Un par de ojos, iluminados por el episódico resplandor de la pantalla, brillaron como los de un gato. Por fin, el maestro titiritero, el gran falsario, era, inesperada, obviamente, una mujer. Pelo corto; rostro hambriento, furtivo, solícito; rebeca azul marino. Arturo retiró su mano con violencia, entre indignado y avergonzado. La chica no era más que una de las pajilleras que aliviaban en la oscuridad uterina de los cines a quienes no disponían del mínimo estipendio para ir a un burdel decente. Le chocó, porque el Capitol no era un cine donde se prodigarán. La cosa debía estar peor de lo que pensaba. La putilla, acorralada, empezó a temblar, y Arturo se levantó rápidamente murmurando unas disculpas. Se fue a sentar seis filas más adelante. Tenía los nervios desquiciados. Por primera

vez en su vida le apeteció ser fumador para anestesiar lengua y pensamiento. No podía prestar atención a la película. Los destellos de la pantalla se sucedían ingrátidos; los diálogos transcurrían sin sentido. Cuando su incertidumbre se hallaba en su punto más crítico, escuchó a su espalda un sonoro clinc. Un *clinc* característico. Un *clinc* inolvidable.

—Tendría que haberlo supuesto —susurró Arturo sin darse la vuelta, con su sorpresa diluida como por un desagüe.

—¿Tan claro estaba?

La voz no era exactamente la que esperaba. Aunque hablase muy bajo, parecía desfigurada; más nítida, menos grave.

—La única persona en quien nunca había pensado y la única que debería haberseme ocurrido —respondió Arturo.

—Siempre tan agudo. Ésa es una de las cosas que más me gusta de usted. El *clinc* volvió a sonar concentrando toda la atención de Arturo.

—¿Por qué sigo vivo?

—Cuando ya tendría que estar muerto, ¿verdad? Será que muere mal.

—O que me han fusilado de pena.

La voz soltó algo semejante a una risa.

—Ni yo mismo lo sé bien. La senda por la que camino es muy oscura, muy solitaria, y sólo encuentro hombres iguales a mí; casi siempre son enemigos, pero es el único lujo que puedo permitirme.

—¿He de sentirme halagado?

—No... tampoco tengo muy claro que seamos mejores que el resto, distintos quizás... diferentes...

—¿Greta duda? —dijo Arturo con una mezcla de falsa conmoción e ironía.

—Sólo en las cosas de las que no depende mi vida.

—Eso tiende a deshumanizar. Y más algo como el Círculo.

—Es inevitable. Cuando uno acepta el mando vende su alma.

«Esa voz...», pensó Arturo.

—Es curioso, hace poco un amigo me hablaba de lo mismo: de vender el alma.

—Alguien que habla sobre ello es que hace ya mucho que perdió la suya.

—No me consta; es más, creo que es de las pocas personas que aún la

conserva.

Se levantó un silencio. Se escucharon una serie de rápidos *clincs*. Las imágenes de cine empapaban toda la sala con sus oníricos resplandores.

—Nadie es con quien se está, don Arturo, sólo su reflejo. Eso lo sabe bien su torero.

Arturo iba a replicar, pero se quedó súbitamente afónico. Y buscó la carcajada descomunal que normalmente se hallaba en esos casos, esos en los que es más terrible el desengaño que la muerte, pero no la encontró. A cambio sufrió una absoluta inestabilidad, el hundimiento de todas las certezas sobre las que había construido su vida, porque sólo había dos personas que supieran que su reloj era falso. Y estuvo seguro de que Maximino, el guardia civil, continuaba manteniendo su acento andaluz. Se volvió en la butaca.

—¿Y el acento, Vicente? —preguntó—. ¿O tampoco te llamas Vicente? ¿Vladimiro, quizás?

Oyó de nuevo cómo el cilindro del mechero rascaba la piedra y a continuación vio brotar la pequeña llama que iluminó tanto el Dupont como el rostro del limpia. Inmediatamente, el *clinc* de la tapa ahogó la luz y la cara se llenó de los centelleos plateados de la pantalla.

—Me llamo Vladimiro, y también Vicente. Y soy de Sevilla; pero no por ser inglés tiene que gustarte el té.

Su manera de decir era más rotunda, en absoluto popular.

—¿Y la cojera? ¿También es de trápala?

—No abuse, don Arturo.

—Mira quién va a hablar.

Se produjo un silencio en el que ambos se sintieron íntimamente incómodos, como si tuviesen que acudir con apremio a ese pasado donde habían sido amigos para poder comprender, y aún soportar, lo adversarios que eran ahora.

—¿Por qué? —fue lo único que se le ocurrió a Arturo.

—¿Por qué? Ésa es la pregunta menos importante. Mejor un cómo, un cuándo, un dónde antes que un porqué. Si se hubiera limitado a ser una rata en el laberinto no estaríamos aquí, don Arturo. Usted debía hallar la salida por sí mismo, es cierto, pero yo le ayudaba bloqueándole los falsos corredores: al final usted tendría su ascenso, ellos la tabla, y yo... bueno... lo

mío; pero no, se empeñó en abrir agujeros.

—Se debió simplemente a que no soy una rata.

—Por supuesto, por supuesto. Le subestimé, es una deformación: estoy demasiado acostumbrado a tratar con imbéciles.

—Entonces cuéntame el cómo, el cuándo...

Vicente volvió a encender y apagar el Dupont.

—No hay mucho que contar. Más o menos, ya lo sospecha usted todo. Manuel Cortina era de los nuestros; eliminamos al conductor de uno de los camiones y nos las arreglamos para que le dieran a él el puesto.

—¿Te refieres al ahorcado?

—Había que levantar las menos sospechas posibles, y sí, lo hicimos pasar por un suicidio. De eso se ocupó Mario.

—Mario García. ¿No era oficial de transmisiones?

—Sí, precisamente por eso tenía una relación muy estrecha con el capitán Segura, el jefe del convoy. Fue él quien recomendó a Manuel para el puesto de conductor. Una vez tuvimos a Cortina infiltrado sólo había que esperar a que empezaran a sacar los cuadros y los bidones de La Vajol. Con el desbarajuste del momento nadie se daría cuenta de si un camión destinado a Figueras o Perelada aparecía por la mina.

—¿Y dónde entra Xargu?

—Xargu también formaba parte del Círculo; era uno de los agregados geógrafos que mandaron de Barcelona para guiar los camiones. Mario se encargó de que en su programa de trabajo estuviera el camión de Manuel Cortina.

—Todo va encajando. Por eso matasteis a Frutos Mota Petit, ¿no?, porque hubiera podido reconocer a Xargu.

—Tampoco estábamos seguros, pero los de la Junta del Tesoro habían metido las narices en todos lados, así que preferimos no arriesgar.

—Y ahí entra el famoso toque Greta: un coma diabético.

—Cuando se dispone de tiempo no hay por qué ser chapucero.

«Tenía... estilo», Arturo recordó la historia que le había contado Mario García acerca de La Cagoule, el mercenario que el coronel Gandía había enviado a Cataluña para desenmascarar a Greta, y la exquisita manera que éste había tenido de advertirle que estaba enterado de su presencia; y se

apercibió del verdadero calibre de la sutilidad de Vicente: un limpia que le roba los zapatos a unos asesinos.

—La Cagoule —murmuró.

Vicente sonrió con ancianos ojos infantiles. Arturo se revolvió incómodo en su butaca.

—¿Y por qué inmolar a Xargu? —prosiguió sin tregua.

—Debía deshacerme de testigos incómodos. Hay que eliminar la mayor cantidad de riesgos posibles. De ello se ocupó también Mario. Le voló los sesos simulando un suicidio minutos antes de que usted llegara; sólo tuvimos que ir poniendo miguitas hasta la casa. Tiene gracia, ¿verdad?, que fuera el mismo Xargu quien sin saberlo organizase su propia muerte. Lástima, reconozco que era bueno; seguro que su actuación en la Ciudad Universitaria fue de miedo.

—Lo fue.

Arturo apreció que Vicente hablaba de hombres como si lo hiciese de peones, sin ningún miramiento emocional o moral. Experimentó la fascinación no de la maldad, sino de su absoluta anulación; había pocas personas capaces de superar jerárquicamente los manantiales de la malicia: vanidad, temor, envidia, avaricia, mentira... Fortuitamente, relacionó el asesinato de Xargu con la habitación que tanto le había obsesionado. Pensó y volvió a pensar para descubrir qué tenía ahora que no hubiera tenido antes; y de repente halló la causa de su desazón: la sangre, el charco de sangre ante el cual había retrocedido, sangre densa, oscura... coagulada. Si Xargu se hubiera suicidado inmediatamente antes de que entraran los hombres de Román la sangre todavía habría estado líquida, caliente.

—Ese día, ¿avisaste tú a Bouthellier? —preguntó con precaución.

—No, la verdad es que no esperaba que se montara todo aquel circo. Yo creo que no fue cosa tanto de Bouthellier como de ese Román Duarte; es un individuo muy astuto. De todas formas, yo ya sabía que a usted le seguían, y la impaciencia de ese capitán no hizo más que justificar mejor el suicidio. Siempre hay que contar con los imprevistos.

Arturo lo corroboró recordando la carta de despedida de Frutos Mota Petit. No estuvo seguro de que Vicente supiese la verdadera razón por la cual había continuado la investigación cuando todo parecía tan atado. Sintió la

tentación de interrogarle acerca de si Mario García sabía escribir a máquina. Neutralizó el impulso con otra pregunta.

—Aquí ya entra el porqué, Vicente. ¿Por qué robar la tabla y después ponérmela en bandeja? ¿Por qué hacer que Manuel Cortina, Xargu y Mario García corriesen todos esos riesgos, muriesen incluso, por nada? ¿Por qué, si acostumbrabas a controlarlo todo, colocaste el cuadro de manera que cualquiera podría haberlo visto antes que yo?

En un principio Vicente se quedó ensimismado y ajeno; luego esbozó una sonrisa helada. A Arturo le seguía chocando ese canje de personalidades que, aunque continuara utilizando el *don* para dirigirse a él, desvirtuaba cualquier antigua sumisión.

—Yo no soy sólo un espía, don Arturo, también soy un artista, me tomo la vida como una obra de arte. Y no se puede crear verdadero arte sin correr riesgos, aunque éstos estén medidos. Creo conocer a las personas, y a Román y a sus esbirros les falta algo que a usted le sobra: imaginación. Conté con eso, aposté y gané.

Arturo hizo ademán de hablar pero Vicente le cortó con firmeza.

—Déjeme. En un principio la tabla constituía para mí una especie de guinda, un capricho, y así la consideré hasta que apareció el eterno imprevisto; sólo que esta vez el imprevisto era usted, don Arturo. Cuando se dieron cuenta de la desaparición de la obra y le encargaron la investigación, yo ya llevaba tiempo de limpia por Madrid. Exactamente lo mismo que había hecho en Barcelona. Únicamente tuve que informarme de quién era usted y realizar el contacto. Imagínese mi sorpresa cuando me enteré que era uno de mis clientes —«Virgen de las Casualidades», pensó Arturo—. Sorpresa y al mismo tiempo alivio. No es que me inquietase lo más mínimo, con la cantidad de asuntos que el gobierno debía resolver la búsqueda terminaría en agua de borrajas, sólo era cuestión de esperar y tenerle a ojo —Vicente se adelantó al sentimiento de desamparo que comenzaba a sufrir Arturo—. Aunque no me malinterprete, usted me caía bien, lo mío no era interesado... Pero entonces hizo aquello...

Una sombra de extrañeza recorrió el rostro de Arturo.

—¿Hice qué?

—Defenderme.

—¿Defenderte? ¿Yo a ti?

—Mi vida ha sido dura, don Arturo, puede creerme, en esa parte no le he mentado —parecía verdaderamente consternado—. Y nadie, le aseguro que nadie, ha hecho nunca por mí lo que usted hizo ante Román. Se enfrentó a él, y por nada. Ya le dije que me tomo la vida como una obra de arte; pero se ha perdido la importancia del gesto, su concepto estético: un guiño en el momento oportuno justifica una vida, incluso la redime. Sí —adoptó un aire soñador—, un hombre que sube al cadalso con elegancia, alguien que recita unos versos antes de ser fusilado. *Beau Geste*.

—Y decidiste recompensarme —acotó Arturo.

Vicente negó con la cabeza.

—No sabe lo importante que fue para mí... No lo sabe. Además, ¿qué mal hay en que por una vez en la vida tanto altruismo y tanta nobleza sean premiados? Por fin un caballero es recompensado por el ancho de su virtud. Porque usted es un caballero, no lo dude.

Arturo obvió el cumplido y endureció sus pensamientos.

—¿Y qué hay de Manuel Cortina? ¿También era otro testigo incómodo?

—También le hubiéramos eliminado —la inflexión de Vicente volvió a denotar indiferencia—, pero es cierto que se atragantó con una pepita. Trabajo que nos ahorró. Tiene gracia, ir a morir así alguien que peleó en la mitad de los frentes...

—Así que era un héroe de verdad.

«El único», continuó mentalmente Arturo.

—Xargu... aunque en realidad se llamaba... bueno, tampoco tiene importancia; Xargu se inspiró en él para crear su personaje de soldado desencantado. Es interesante ver cómo cambian las cosas en tres años de guerra; mueren muchos hombres, muchos proyectos, muchas ideas... También a mí me ocurrió... hace tiempo. Aun así nos costó lograr la colaboración de Manuel Cortina. Pero los grandes beneficios acaban por hacer desaparecer los grandes principios —sentenció impudicamente.

—Sabes que no era el caso —le censuró Arturo.

—Nunca es el caso.

—¿Y Frutos? —inconscientemente, Arturo intentaba rescatar lo que quedaba de sus idealizados héroes—, ¿estaba al tanto de los bidones?

—No, puedo asegurárselo.

«Algo es algo», pensó Arturo. Casi todos los ígneos interrogantes que habían fulgurado en su cabeza se habían ido apagando.

Quiso librarse de los restos incandescentes que aún le quedaban.

—Presumo que los carabineros que iban con los caballos no fueron tiroteados por los nuestros. ¿Cuántos llegaron realmente?

—Lo de la emboscada fue una milonga. Había diez carabineros, y llegaron los que llegaron, tampoco tiene importancia.

Siempre era igual. Con Greta se jugaba a un juego donde contaba poco el verdadero sentido de las cosas; se ganaba o se perdía según las apariencias, y siempre se tenía una intuición de derrota. Arturo contempló por unos instantes la pantalla; era el perfecto remedo de Vicente: se afirmaba a sí misma mediante la negación de otros, asimilaba a los espectadores, les anulaba. Le miró fijamente.

—¿Y ahora me contarás la verdad? —dijo con un acento desencantado.

Vicente jugó de nuevo con el Dupont.

—Cuántos muertos, cuánto dolor por una banda violeta o roja en una bandera, ¿verdad? —preguntó sin esperar respuesta—. Y ahora no es más que una bandera ondeando sobre un montón de cenizas. Ya no quedan héroes, don Arturo: se han matado o están matándose. Y nosotros ya no somos jóvenes, ya no es el momento de creer, de tener ideas; ahora sólo podemos ser materialistas, oportunistas. De eso me di cuenta en África. ¿Quiere saber lo que me pasó allí? ¿O prefiere que vaya directo al grano? No se preocupe, está hablando con Vicente, no con Greta. No me molestaré si mi vida no le interesa.

Arturo estudió el feo rostro del limpia, cuyos ángulos eran resaltados por las titilaciones del cine. Comprendió que Vladimiro, o Vicente, o Greta, o quienquiera que fuese aquel individuo, buscaba únicamente que le escuchasen. Porque a pesar de poseer todo aquel poder, o precisamente por eso, se encontraba solo, terriblemente solo. Y a Arturo ya no le importaba escuchar porque se dio cuenta de que, a medida que se hallaba más cerca de la solución, ésta le incumbía cada vez menos.

—Me interesa, Vicente —dijo con sinceridad.

El *clinc* del mechero fue como el menear del rabo de un perro.

—Entonces empezaré por el final. La biografía de la gente debería empezar siempre por el final. Por su cadáver; es decir, por el mío. Porque yo estoy muerto, don Arturo, está usted hablando con un muerto. Me mataron en Monte Arruit.

—¿Arruit? —preguntó Arturo asustado—. Sabía que habías estado en lo del Rif, pero nunca me dijiste...

—Para qué... —le interrumpió—, tampoco a mí me gusta hablar de ello. ¿A quién le gusta hablar del día que le mataron?

Pero habló. Lo hizo lentamente, con un tono bajo, comprimido, como si estuviera descubriendo la historia a medida que la contaba; aunque también lo hizo con fuerza, con la energía ahorrada de años de silencio. Habló del vibrante resplandor de los secarrales, de los sofocantes mediodías, de la claridad asfixiante, del cerco de los rifeños, de los manantiales convertidos en cementerios, de la gangrena que iba comiendo miembro a miembro a sus compañeros; de la muerte, cargada con su saco de nombres mientras recorría diariamente la guarnición, de la traición, de la masacre, de las torturas... Tres mil muertos en Arruit. Tres mil. Cuando acabó, Arturo esperaba una sonrisa amenazadora, o sarcástica, o triunfal, u ofendida, o inane, pero no hubo nada.

—Por eso me siento rodeado de fantasmas, soy uno de ellos —continuó; Arturo recordó de nuevo la frase de la bruja de Chicote: «Hay vivos que son tan bellos para los muertos que muchas veces se quedan a su alrededor para contemplarles»—. A partir de aquello sólo creo en mi porcentaje; en realidad, es la mayor seguridad que pueden ofrecerte: la mejor garantía de la lealtad de un hombre es que puedas comprarle. Así, cuando comenzó la guerra, organicé el Círculo. Hasta entonces había sobrevivido en Barcelona ganándome la vida como limpia, pero siempre, siempre preparando el terreno; y, hágame caso, no hay nada como un desgraciado para inspirar confianza: un pobre tullido, una criatura desvalida digna de lástima. Y la guerra es el negocio que produce más dinero. Da igual cualquiera de los bandos, sólo hay que tener paciencia. Y también es el mejor maestro; en ella aprendí a imitar a la Providencia, que nos mata a diestro y siniestro, pero que también nos enseña a amar lo bello, se encuentre donde se encuentre.

A pesar de su procacidad, Arturo le notaba como un cansancio de vencer en lo que no le importaba y un malestar de no vencer en lo que le interesaba.

—¿Y dónde estaba el negocio en La Vajol? —preguntó.

—Me extraña que no haya dado con él. De verdad, don Arturo. ¿Qué va a ser?

—Ilumíname.

—Por lo único que se mueve el mundo, don Arturo: dinero. Oro. El oro del Banco de España.

Resultaba tan obvio que Arturo no pudo evitar tomárselo a broma.

—El Prado, bidones de gas, oro... aquélla era la cueva de Alí Baba.

—No le miento, don Arturo.

—El único oro del Banco de España que conozco, que es con el que se pagó las armas a los franceses y a los rusos, según mis noticias, estaba muy lejos de la frontera. Se lo llevaron a Cartagena al principio de la guerra.

—En efecto, precisamente a los depósitos de La Algameca.

—Me suena. ¿No fue ahí donde almacenaron los bidones que hicieron desaparecer de La Vajol?

—Sí, un mes antes de la llegada de los cuadros, en marzo del 38, comenzaron a hacer la goma; es decir, los nacionales ya eran dueños del Mediterráneo y no era posible continuar embarcando el oro para su venta con un mínimo de seguridad, así que lo que quedaba decidieron llevarlo a La Vajol y a la vuelta a Cartagena cargar el grueso de los bidones para hundirlos en el mar. Mucho antes de que El Prado empezara a moverse hacia Francia el oro ya se transportaba en camiones hasta la frontera. Todo bajo el más absoluto de los secretos, por supuesto. Ahí nosotros no podíamos hacer nada; demasiada vigilancia. Pero ya le digo, sólo hay que esperar. Y la oportunidad llegó: la retirada. Desorden, caos... Ahí sí que podíamos meter mano. De todas formas, había que hilar fino; la mayor parte del oro ya había pasado a Francia, y lo que restaba lo tenían bajo siete llaves, pero siempre hay una gacela débil; junto con el oro se transportaba el contenido de las cajas de seguridad del Banco de España que se habían forzado e incautado en el 36. Las migajas siempre se barren al final, pero qué migajas, don Arturo: kilos y kilos de plata y alhajas. Con las prisas la custodia que se les asignó fue insignificante; tuvieron incluso que improvisar algunos bidones vacíos para el traslado; iban en el camión que conducía Manuel Cortina. Lo demás ya se lo puede imaginar.

Un *clinc* final del mechero certificó el éxito del plan. Inesperadamente, Arturo se dio cuenta de la incongruencia del Dupont en aquella escena; la misma que al principio le había confundido, haciéndole pensar que Greta era Mario García.

—¿Ese mechero no es del teniente? —preguntó.

—Me temo que sí.

En su cabeza volvió a sonar el disparo, y experimentó la desazón del hombre que se ve frenado después de haber cerrado los ojos y decidido saltar. Comprendió la causa por la cual las aguas se habían juntado en el último momento, salvándole: la bala estaba destinada a Mario García. El resto: el secuestro, la iglesia, el cine... formaban parte de la laberíntica escenografía propia de la mente de Greta. La muerte de Mario no pesaba, en el otro extremo de la balanza había demasiados asesinatos, pero Arturo no pudo evitar acordarse de su esposa e hijos.

—No hay que dejar pruebas —dijo con algo de pena.

—Ésa es la idea.

—Ya. Sólo me queda una duda, Vicente.

—Adelante —guardó el mechero.

—¿Por qué Greta?

Vicente sonrió, pero ya no mirando a Arturo, sino extasiado por la gigantesca pantalla del cine. Arturo siguió sus ojos y contempló también él a una divina Greta Garbo de varios metros, mientras se entregaba a un enamorado Robert Taylor. Si hubiera mirado la cartelera antes de entrar habría sabido qué película proyectaban: *Margarita Gautier*.

—Márchese, don Arturo —dijo Vicente repentinamente ansioso—. Coja lo que pueda y lárguese del país. Vendrán tiempos malos, se lo aseguro; peores que durante la guerra. Revolución —escupió la palabra—, aquí no se revoluciona nada, siempre queda lo mismo sólo que con más muertos. Afirman que Franco les ilumina, pero no hace más que deslumbrarles. Y Franco no se irá, nunca; porque Franco es el único hombre que ha comprendido de verdad el alma de este país. Yo lo vi claro, por eso terminé decantándome por Burgos. Franco sabe que España sólo es Europa en los mapas; sabe que aquí impera el cabilismo social y que si una casa se quema los españoles no se unirán para apagarla, sino que se saquearán mutuamente

unos a otros; sabe que preferimos sacarnos un ojo con tal de que el otro se quede ciego. También sabe que el español, o no cree en nada, o cuando le da por creer lo hace hasta extremos irracionales, sangrientos; sabe que los españoles son como niños y que él representa ese pequeño trozo de infancia que se agazapa en cada uno y donde es dulce sentir que por encima de ti hay alguien que te puede reprender; sabe, al contrario que Azaña, que el poder no se mide por los que están a tu lado, sino por los que huyen de ti. Franco sabe, y sobre todo ello construirá su trono. Aquí no vendrán los aliados, don Arturo. Lárguese, ni a mí ni a usted nos importa nada de esto. Pasarán los años y lo olvidaremos todo. Márchese.

—Antes debo hacer algo.

—No me hace caso. ¿Recuerda cuando le hablé del alma, don Arturo?

—Sí.

—Todavía está a tiempo de no perderla.

Arturo negó con la cabeza.

—Debo hacer algo —insistió.

—Todo hombre se parece a su dolor. ¿Qué es lo que le hace sufrir?

Arturo frunció el entrecejo y miró de nuevo a Vicente. Éste había sacado un grueso collar de esmeraldas que colocó sobre el cabezal de la butaca.

—El rescate de una princesa, ¿no fue eso lo que le pidió a Mario? Es suyo con una condición.

Arturo no titubeó.

—Lo que sea.

—También debe llevarse esto.

En su otra mano brillaba el oscuro hierro de un arma. La equilibró al lado del collar.

—Mi pistola —se sorprendió Arturo—. ¿Sólo eso?

—Créame, será demasiado.

Arturo tuvo la impresión de que Vicente ya no era Vicente, ni Vladimiro, ni siquiera Greta, sino un cuerpo ocupado por algo muy antiguo, muy deforme. El silencio que se irguió entre ellos fue su mejor forma de comunicación. Observó el collar y luego la pistola. Estuvo plenamente seguro de que tanto uno como otro eran peligrosos; de lo único que dudaba era de cuál lo era más. Supuso que Vicente conocía milimétricamente su vida,

incluida su obsesión por Anna. ¿Qué retorcido plan había fraguado esta vez la perversa mente de Greta? Recordó la iglesia y la relacionó con aquel presunto conocimiento universal de su biografía. ¿Sabría Vicente lo de Badajoz? ¿Habría sido una sutil referencia, propia de sus alegóricas torturas? Escrutó el rostro del enano. Tenía la mirada apasionadamente perdida en la pantalla. Y Arturo comprendió que no tenía nada más que preguntar, que Vicente no tenía nada más que responder. Cogió el collar y la pistola y se levantó. Iba a despedirse, pero el limpiador no pareció apercibirse de su marcha; prefirió dejarle confundido en su mundo de seda y cristal. Salió al pasillo y se dirigió con precaución hacia la rendija de luz que lo coronaba. Tiraba de sus ojos como un garfio. Avanzó hacia ella exactamente igual que si lo hubiera hecho hacia la redención.

Fuera, continuaba lloviendo.

Capítulo 17

El arte de matar dragones

Debido al aguacero, no había murciélagos frente a Casa Margot. El único ser vivo que encontró fue el portero que salió de la garita alta y labrada del portal, que le sonrió con salacidad cuando le dijo a qué piso quería ir, como si fuera un imbécil por querer ir a ese piso. Arturo no se anduvo con contemplaciones y con tres frases escasas dismanteló sus aires de grandeza. Sin perder tiempo subió las escaleras a toda prisa y llamó con el puño a la puerta. La rodaja de bronce se descorrió y permitió ver un ojo negro a través de uno de sus gajos. Estuvo vigilando a Arturo sus buenos segundos sin decidirse a abrir.

—Soy amigo de Margot —le ayudó Arturo—. Y de Publio Medina.

La mirilla se cerró y el ruido de pasadores y cerraduras dio paso a una chica de pelo a lo *garçon*, oxigenado, quizás con demasiado colorete en el rostro. Continuó mirándole con cierta prevención.

—Ya ha empezado, señor.

Al escuchar la frase Arturo quiso entrar; corriendo incluso; ni siquiera hizo ademán de quitarse la gabardina ante un gesto servil de la chica. Sólo echó mano al bolsillo, pero no para comprobar que aún tenía el collar o la pistola, sino el cromo y las medias.

—La subasta —balbuceó.

La chica iba a decir algo cuando una mano constelada de sortijas se apoyó

en su hombro. Era Margot.

—Buenas noches, Arturo.

Un ligero crispamiento de cejas rápidamente reprimido fue el único vehículo demostrativo de lo incómodo que le resultaba su presencia. Arturo se sintió inseguro y buscó santuario en su mirada. La madame le acarició el brazo, pero al instante se arrepintió y retiró la mano, como si aquel gesto de confianza le hubiera parecido un exceso que sólo se atenuase con la desaparición del culpable. Le habló en voz baja, casi de enamorada.

—¿Por qué has venido?

No era una pregunta, sino un lamento, una reconvención, un reproche.

—Llueve —respondió Arturo.

—Señora, el señor quería...

Margot acalló a la chica con un gesto cortante y con otro la despidió.

—El señor quiere tomar un baño y relajarse, Cuca; eso es lo que quiere.

Por primera vez Arturo se vio a sí mismo a través de los ojos de la madame: totalmente empapado, jaspeado de mugre, oliendo a orines, con un ojo a la virulé y la cara con restos de sangre.

—Perdone —musitó.

—No importa. Hazme caso y báñate. No tardarás nada. Luego te vas.

—¿Llego tarde?

—No, no es eso. Toma un baño y vete. Ella no es para ti.

Por toda repuesta Arturo sacó el collar y lo mantuvo colgando a escasos centímetros de la nariz de Margot. La alhaja desplegó una belleza por fases, como si cada una de las esmeraldas fuese un fotograma de la misma escena. La madame encaró la joya igual que si fuese el cañón de una pistola y su rostro adquirió la sequedad de un pedazo de arcilla.

—No creo que seas tan estúpido como para tratar de impresionarme.

Arturo captó al instante lo inadecuado de su salida. Margot había malinterpretado sus intenciones. Escondió, más que guardó, el collar.

—Disculpe, no era mi intención. Sólo que... —titubeó— me ha costado mucho...

No encontraba las palabras adecuadas y, temiendo volver a irritar a Margot, permaneció en silencio mirando el bolsillo donde acababa de meter la joya. La madame se ablandó y quiso ser el lenitivo de la misma herida que

había abierto.

—¿Sabes lo que me gusta de ti, Arturo? La mayoría no tiene ni idea de qué hacer con sus sueños, prefiere compadecerse, pero tú no... En una época que carece de grandes pasiones has colocado a una puta en el centro de tus sueños.

«Y de tus pesadillas...», obvió añadir. Quiso seguir hablando, intentar convencerle de su dislate, pero a medida que comprobaba la desesperación oceánica de Arturo, se apercibió de que una desesperación así, de ese tamaño, no podía estar ligada sólo a una persona concreta, no podía ser la verdadera causa de ella. Porque hacía mucho que aquella desesperación había rebasado el objeto de su deseo. Como contrapunto a aquel discurso silencioso, Arturo afirmó más sus pies, como si hiciera frente a la resaca en una playa: había oído una algarabía proveniente del salón de las ninfas. Margot sacudió la cabeza y le señaló otro corredor.

—Acompáñame, Arturo. Y olvídala.

—Anna —dijo Arturo.

Margot, viendo el futuro como si fuese pasado, asintió con tristeza y le dio la espalda, dirigiéndose hacia el salón. Arturo la siguió por las revueltas de la casa hasta la puerta de cristal helado. La madame la abrió como si fuera un balcón y se quedó en el umbral, dueña y señora de almas y voluntades. Alrededor del delfín de mármol blanco que lanzaba un chorrito de agua por la boca, como si nunca se hubieran movido de allí, continuaban su parranda la reunión de uniformes, fajines, ceñidores de charol, sotanas y corbatas aflojadas. Cuando vieron a Margot, las chicas, con un revoloteo de corpiños y batas de seda, irguieron sus cuellos como polluelos atentos a su madre. Arturo supo que todo estaba sin alterar, pero que todo estaba alterado, como si segundos antes de entrar se hubiera terminado algo. Margot sonrió dando su bendición y la farra recuperó su vitalidad. Después miró a Arturo; ambos sabían que se hallaban al margen de todo aquello, que compartían un mismo tiempo, una desdicha común. Le cogió del brazo y le llevó hasta un lateral de la estancia oculto por una columna llena de cornucopias. Descorrió un cortinón de terciopelo y empujó un falso tabique que daba a un pasillo estrecho y oscuro. Entraron en él y lo recorrieron con lentitud, guiándose por una lucecita que había al fondo que les condujo hasta un tabuco míseramente

iluminado por una lámpara de gas que se engarfiaba en el techo. Al principio Arturo sólo vislumbró un hueco negro, espeso, como si la noche se hubiera detenido en aquel espacio, pero a medida que se habituaba a la tenuidad pudo distinguir en la pared del fondo a una persona de espaldas, inclinada algunos grados hacia delante, como si mirase por un agujero.

—Aún estás a tiempo, Arturo —la voz de Margot sonó como un disco muy usado.

—Quiero ver a Anna. Tengo dinero.

Al instante siguiente se arrepintió de la mención pecunaria, pero esta vez Margot no pareció concederle importancia.

—Un abismo llama a otro abismo.

La madame murmuró aquel proverbio serbio tan bajo que Arturo no alcanzó a entenderla. A continuación rozó el codo del mirón y le susurró algo al oído. El hombre se hizo a un lado y un hilo de luz finísimo cortó instantáneamente la oscuridad. Arturo sintió pánico, pero también una curiosidad delictiva, la misma que nos impulsa a fisgar entre los objetos privados de personas conocidas aun a riesgo de que nos sorprendan o de descubrir algo que les rebaje a nuestros ojos. Supo que no debía mirar, que si tuviera dos dedos de frente daría media vuelta y saldría de aquella casa con una proporcionada sonrisa. Recordó unas líneas de un libro de caballería: *Os he hecho débiles para salir del abismo porque os he hecho lo bastante fuertes para no caer en él*. Sí, estuvo seguro de que si miraba se arrepentiría el resto de su vida, pero ajustó su ojo al chorrillo de luz. Tardó unos instantes en regular el exceso de claridad. Cuando su pupila logró separar arquitecturas de entre las masas informes, fue dibujándose una habitación con biombos de querubines y nubéculas, pesadas cortinas, grandes alfombras de complicados arabescos y una enorme cama. Enseguida vio a Anna, acostada sobre ella, desnuda; su piel sin maquillaje, satinada, perfumada, lujosa. Observaba un ángulo muerto de la habitación con una expresión lasciva que se superponía a la niña, deformando su rostro. A Arturo no le dio tiempo a preguntarse qué era lo que reclamaba su atención de manera tan acuciante. Román apareció de pronto, tan desnudo como ella, y se acercó a la cama. Comenzó a morder la nuca de Anna y a acariciar sus pechos con una morosidad no exenta de dureza. Sus manos se fueron desplazando hacia su pubis, introduciendo en él

sus dedos, para luego agarrar su cabeza con fuerza y empujarla sin miramientos hacia la mayúscula erección que exhibía. Anna apartaba la boca como una mojígata, estremecía sus labios, oponía una nerviosa resistencia que no era sino consentimiento disfrazado. Unas bofetadas la hicieron ceder y Román la penetró profundamente, hasta la garganta. Anna se aferró a las nalgas del delegado y aguantó las embestidas con pasión. A la cuarta o quinta Arturo dio un paso atrás. Sus ojos eran los de un animal a punto de ser atropellado. Sentía horror, pero no tanto por la escena que acababa de presenciar como por los tortuosos caminos que seguía su naturaleza. Estaba tan empalmado que le dolía. Buscó a Margot, pero la madame se había marchado mientras espiaba la habitación. Espectador de su propia desdicha, las imágenes continuaban rodando por su cabeza con una nitidez espeluznante. Intentó manejar a tientas el timón de aquella pesadilla aferrándose al cromo talisman y recitando una salmodia de caballero: *Nunca odiar, nunca odiar...* Pero el odio crecía, se incrementaba, se multiplicaba; y ese odio hacia los amantes no estrangulaba el odio que sentía hacia sí mismo, sino que lo vigorizaba, lo nutría hasta borrar su última brizna de intelecto.

—Tan joven y ya con todos los pecados del mundo, ¿verdad, don Arturo? Lo cierto es que siempre ha sido más puta que las gallinas.

Era la voz de su olvidado compañero de voyeurismo. Una voz engolada, zarzuelera. La voz de Publio Medina. El cuerpo morbosos del aristócrata fue materializándose a medida que imprimía un giro a la espita de la lámpara de gas y la llama iba engordando. Cuando adquirió connotaciones casi solares, el marqués se acomodó las gafas, aposentó el doble mentón y colocó las manos sobre su abultado vientre.

—Veo que se ha llevado un disgusto —continuó con matices falsamente apesadumbrados—, pero qué le vamos a hacer. Román es el delegado de Orden Público y, ya que me ha regalado su amistad, no he podido menos que obsequiarle para celebrar el nombramiento. Y usted ya sabe que cuido los intereses del país en todos los aspectos —sonrió significativamente; no había olvidado el desplante de Arturo—. Pero, aunque no me crea, no ha malogrado usted tanto; hay que pagar una fortunita para disponer de este cuarto y, por lo que veo, Margot le ha concedido gratis uno de los placeres más sofisticados que puede disfrutar el hombre moderno: mirar.

Durante toda la perorata Arturo permaneció en silencio, apretando con fuerza el cromo. Junto con el odio empezaba a experimentar otro extraño sentimiento: nostalgia; pero no del pasado, sino del futuro, de todo ese luminoso tiempo que no viviría con Anna. Y comenzó a retroceder, a recoger sus pasos seguido de cerca por la mirada cínica y perversa de Publio Medina. Desanduvo rápidamente el corredor y, abriendo el falso tabique, cruzó el salón sin fijarse en nada ni en nadie. El pasillo que le hubiera debido conducir hasta la salida se extravió en un dédalo de revueltas obligándole a detenerse. Intentó orientarse. La casa era enorme, un laberinto minoico de puertas y pasillos que le hicieron andar con ese paso sin músculo de los sonámbulos. En uno de los recodos sufrió una repentina migraña; tuvo que arrodillarse de dolor, apretándose las sienes con las manos. Una tos oxidada pasó una cuchilla por sus entrañas y acabó llenando la alfombra de babas de sangre. La crisis no cesaba. La tortura de berbiquí en su cabeza, tampoco. Le parecía estar en una corrida; era un toro, picado por Vicente, banderilleado por Publio Medina, y ahora despachado por Román con una espada hundida en el cuello, parecida al resto de los agujones en los cuartos delanteros pero haciéndole tambalear de súbito y ahogarse en la misma sangre que vomitaba. Todo fue adquiriendo matices cruentos y rojos, las paredes, el suelo, los techos... todo chorreaba sangre. La vida parecía escurrírsele como la humedad de una esponja estrujada pero, al mismo tiempo, sintió que el miedo se disolvía, y que cada instante se alargaba, se tornaba infinito. Porque había perdido a Anna, y si la había perdido nada importaba ya. El mismo pánico que le había paralizado minutos antes le volvía ahora invulnerable. Y le embargó una libertad divina, por encima de todas las criaturas. Su cuerpo comenzó a cubrirse de placas de blanco metal aislándole de aquel mundo de carnicería e inmundicia. Desenvainó la espada, magnífica, larguísima. Empezó a caminar, y mientras avanzaba la realidad fue perdiendo su forma y solidez. El crujido sincopado de su armadura acompañaba sus pasos. La música y las risas le guiaron de nuevo hasta el salón. En cuanto le vieron entrar, mujeres pintarrajeadas, sudorosas, pretendieron abrazarle, templar la gelidez del hierro que le cubría, separarle del dragón. Pero esta vez Arturo tuvo la certeza de que el dragón no se escondería. Las apartó con brutalidad. Muchos pares de ojos le miraron con sorpresa. Un par de gañanes se

levantaron e intentaron también detenerle; se deshizo de ellos a golpes planos de su espada. En el radio de un grito hubo lamentos, imprecaciones, carreras, vasos rotos... Del remolino brotó un rostro conocido.

—Ven aquí, prenda.

Un segundo antes de explotar, el rostro de Gonococo compuso la más extraña mueca de la que es capaz el ser humano: la incredulidad ante lo imposible. Un segundo después su cuerpo cayó a plomo sobre la alfombra. Arturo ni siquiera se entretuvo en mirar el cadáver. Siguió andando, espada en mano, dejando tras de sí un reguero de sangre. A medida que se internaba en las entrañas de la casa, su locura iba girando y presentando facetas cada vez más exquisitas: los corredores fueron transformándose en una senda que se abría paso a través de un denso bosque; ramas bajas, gruesas, cartilaginosas que caían sobre él, le golpeaban, lentificaban su marcha. Una oscuridad azulada se aplastaba contra los perfiles de los árboles, la niebla se removía entre la fronda como si bullera un ejército de fantasmas. Bruscamente, sin el progresivo raleo que anticipa el vacío, penetró en un claro. Era un prado cuajado de amapolas y otras flores inidentificables de un azul concentrado y brillantísimo, y en su centro, novios de una violentísima boda, se hallaban Anna y el dragón. La bestia resoplaba con fuerza mientras sodomizaba a la princesa. Sus costillas empujaban la escamosa piel inflándose y desinflándose al ritmo de las embestidas. Arturo apretó la empuñadura de su espada y la golpeó contra el peto de su armadura. El escándalo metálico alertó al dragón, que retorció su columna vertebral hasta que pudo perforar con sus ojos a Arturo. El diseño simétrico y obsesivo de su piel helaba el corazón. Se desacopló lenta, sinuosamente, hasta que su sexo erecto apuntó a Arturo. El caballero sintió de inmediato la atmósfera de horno que envolvía a la criatura. La princesa se había erguido en toda su desnudez y contemplaba a los dos contendientes. La escena se congeló en la cabeza de Arturo remedando la tabla. Justo entonces un doloroso trallazo volvió a distorsionar la realidad y le obligó a cerrar con fuerza los párpados. Cuando los abrió el claro silvestre se había transformado en la habitación secreta, y quien se hallaba ante él, desnudo, insultantemente hermoso, era Román. Arturo observó su espada; también había sufrido el mismo encantamiento y ahora era de nuevo su arma reglamentaria. Lo único que permanecía inmune

era Anna. Continuaba manteniendo su ambigua postura pero, al contrario que en la tabla, Arturo pudo descifrar sus ojos. Anna miraba; miraba con una mezcla de decepción e ira, que a la manera de una paleta de colores daba como resultado una emoción distinta: reproche. Para subrayarla, la breve carnosidad de sus labios se apretaba con dureza; pero, incomprensiblemente, no era hacia Román, hacia el dragón que la había violado, sino hacia el caballero, hacia el héroe, hacia Arturo. «Vengo a rescatarte...», dijo con impotencia. Román aprovechó su desconcierto para intentar quitarle la pistola. Arturo reaccionó a tiempo y retrocedió recuperando la misma distancia que había perdido. Le encañonó de nuevo.

—Ni un paso.

Arturo quiso atravesar a Román con su mirada, pero quedó cegado por el descomunal tamaño de su erección, que iba perdiendo fuerza paulatinamente, rindiéndose a la gravedad. Román lo advirtió y empuñó su pene.

—Qué, ¿te gusta? Si quieres puedo metértela un poco. Vas a disfrutar igual que esta guarra.

Arturo miró a Anna queriendo contagiarle la indignación que sentía porque la insultasen, pero ella sólo parecía concentrar su desdén sobre él.

—Anna —le rogó.

Pero Arturo leyó en sus ojos algo definitivo: que por mucho que intentase ser carencia, ella nunca le añoraría. Y aquel desengaño fue como una pequeña muerte. Su corazón empezó a bombear con fuerza. Su cabeza pareció estallarle. Súbitos vahídos rayaron su percepción del cuarto. Y entonces todo en él se volvió interno, callado. Metió la mano en el bolsillo y sacó el collar, tirándolo al suelo. Sus piedras dibujaron una forma poliédrica que brillaba como un milagro inútil. Luego sacó las medias y también las soltó. Su progresivo desistimiento sorprendió tanto a Román como a Anna. No comprendían que Arturo no haría más que escenificar su impotencia, porque el dragón no presentaría batalla, nunca lo haría. *Hay una relación muy mística y estrecha entre el dragón y su matador; el dragón es monstruo, pero también maestro, ya que se sacrifica y revela al héroe, que es también su alumno y por ello ritualmente su hijo, el secreto profundo de su ser.* No necesitaba aparecer porque nunca se había ido; estaba delante, detrás, arriba, a un lado... Se hallaba en todo, lo era todo. *La iniciación acaba con la*

muerte del iniciador y con su revivir en el iniciado a través de la ingestión de la sangre por el caballero. El héroe sabe muy bien que matar al dragón es matarse a sí mismo, suicidarse como hombre viejo y resurgir como hombre nuevo. Siempre mirándole, mirándole, con un sello de maldad en los ojos, milenariamente irónico. AA. AA. Arturo Andrade. Arturo Andrade. Arturo rebuscó una vez más en los bolsillos y sacó el cromo. Lo observó. El jugador de fútbol, de pie, con los brazos en jarras, vigilaba la cámara con una sonrisa de liturgia bovina. Un movimiento equívoco de Román desvió momentáneamente su atención.

—Copón. Estás como una cabra —Román le observaba con una mirada superior y cabrona—. Te vas a cubrir de gloria.

Por el rostro de Arturo se deslizó un mohín de desamparo. La mano que sostenía la pistola perdió decisión. Miró de nuevo a Anna buscando santuario, pero lo único que confirmaba su rostro era que Arturo estaba condenado a la maldición de su amor.

—Si te gustan las pollas te va a follar un tabor entero, mamón.

Román continuaba con su chulería cuartelera. Pero Arturo sólo estaba pendiente de la princesa, hechizada, violada, ultrajada. Luchaba contra esa paradoja del deseo por la cual éste se combina con la imagen del objeto deseado para formar dos fuerzas que el verdadero objeto tendrá que igualar con su presencia, y se esforzaba por ver a través del fervor, de reconocer la inocencia. Eso fue lo que le hizo capaz de levantar de nuevo el arma. Porque entendió que aquella era otra prueba, la última. El hecho mismo de lo irreal, de la posibilidad de lo imposible: rescatar a la princesa del caballero, le reconcilió consigo mismo. Volvía a ser un héroe. «Siempre fuimos leales a las causas perdidas», susurró.

El disparo resonó en toda la casa.

Un intenso olor a pólvora llenaba la habitación. El cuerpo de Román yacía desmadejado en el suelo, con una estrella de sangre en la frente. Arturo, sentado en la cama, lo contemplaba. En su regazo acunaba la cabeza de Anna, que le miraba fijamente, con los ojos muy abiertos, como un jilguero al que hubiesen abierto la puerta y se encontrara horrorizado por la visión de la libertad. Arturo le acariciaba los cabellos, la mecía, la acurrucaba contra su estómago, la arropaba con la colcha... pero siempre hipnotizado por el

cuerpo de Román. Un Valentino derrotado, de largos músculos, bellísimo; con esa belleza que es el comienzo de lo terrible, de todo lo terrible que alguien que cayera a sus pies pudiese soportar. Señor de los oscuros palacios del morbo, dueño de una polla gruesa, de un semen perverso, de unos labios... Arturo levantó con infinita delicadeza la nuca de Anna y la depositó sobre la cama, cubriendo con una esquina de la colcha el agujero cauterizado que tenía en medio del pecho. Luego le cerró los ojos y se arrodilló junto a Román. Sobre su rostro se ramificaba una madeja de hilillos sangrientos. Arturo limpió la sangre de la herida que le había abierto con la culata de su pistola. «Román —repitió el nombre como si acabara de aprenderlo—. Román». Los labios de Arturo fueron recorriendo su cuerpo como las manos de un ciego. Porque él había estado ciego; un héroe santo y ciego en las profundidades de su tentación. Besó su pene, su ombligo, sus pezones. *La bestia ya está aquí.* Su cuello, sus lóbulos, sus mejillas. *Y no hay ángeles para combatir su llegada.* Su nariz, sus párpados. No hay ángeles.

No hay.

Ángeles.



IGNACIO DEL VALLE (Oviedo, 1971), reside en Madrid. Es autor de la serie de suspense histórico protagonizada por Arturo Andrade y formada por *El arte de matar dragones* (Algaida, 2003; Alfaguara, 2016. Premio Felipe Trigo), *El tiempo de los emperadores extraños* (Alfaguara, 2006. Prix Violeta Negra del Toulouse Polars du Sud 2011, Premio de la Crítica de Asturias 2007, mención especial Premio Dashiell Hammett 2007, Premio Libros con Huella 2006), que fue llevada al cine por Gerardo Herrero (*Silencio en la nieve*, película con Juan Diego Botto y Carmelo Gómez estrenada en 2012), *Los demonios de Berlín* (Alfaguara, 2009; Premio de la Crítica de Asturias 2010) y *Soles negros* (Alfaguara 2016).

Asimismo ha escrito las novelas *De donde vienen las olas* (Aguacilar, 1999; Premio Salvador García Aguilar), *El abrazo del boxeador* (KRK, 2001; Premio Asturias Joven), *Cómo el amor no transformó el mundo* (Espasa, 2005) y *Busca mi rostro* (Plaza & Janés, 2012); y el libro de relatos *Caminando sobre las aguas* (Páginas de Espuma, 2013).

Además de los galardones mencionados, tiene en su haber más de cuarenta premios de relatos a nivel nacional y sus obras han sido traducidas a varios

idiomas. Escribe columnas de opinión en el diario El Comercio de Gijón y el Panamá América, y colabora con El Viajero de El País, entre otras publicaciones.

De 2012 a 2015 ocupó el cargo de subdirector y coordinador para Europa de la fundación cultural Mare Australe de Panamá.

Actualmente dirige la sección cultural Afinando los sentidos en Onda Cero Radio.